DISCURSOS A MIS ESTUDIANTES

PLATICA I

La Vigilancia que de sí Mismo Debe Tener El Ministro

“Ten cuidado de ti mismo y de tu doctrina.” —1 Ti.4: 16.

Todo obrero sabe cuán necesario le es conservar su herramienta en buen estado, porque "si los instrumentos se embotasen y no los amolase, tendría que emplear más fuerzas." Si al obrero se le gastara el filo de su azuela, sabe que se vería obligado a redoblar su esfuerzo, so pena de que su obra saldría mal ejecutada. Miguel Ángel, el predilecto de las bellas artes, comprendía tan bien el importante papel que desempeñaban los útiles que usaba, que hacia con sus propias manos sus brochas y pinceles, ejemplificándonos de ese modo al Dios de la Gracia que con especial cuidado se adapta a sí a todo ministro verdadero. Es verdad que el Señor puede trabajar sin el auxilio de instrumento alguno, conforme lo verifica a veces valiéndose de predicadores indoctos para la conversión de las almas; y también lo es que puede obrar aun sin agentes, como lo hace cuando salva a los hombres sin ninguna clase de predicadores, aplicando la palabra directamente por medio de su Santo Espíritu; pero no podemos considerar los actos soberanos y absolutos de Dios, como regla para normar los nuestros. El puede, supuesto lo absoluto de su carácter, obrar como mejor le plazca; pero nosotros debemos hacerlo, según nos lo preceptúan sus más claras dispensaciones; y uno de los hechos más palpables es que el Señor generalmente adapta los medios a los fines, en lo cual se nos da la lección de que es natural que trabajemos con tanto mayor éxito, cuanto mejor sea nuestra condición espiritual. En otras palabras: generalmente efectuaremos mejor la obra de nuestro Señor, cuando los dones y gracias que hemos recibido se hallen en buen orden; y lo haremos peor, cuando no lo estén. Esta es una verdad práctica para nuestra guía. Cuando el Señor hace excepciones, éstas no hacen más que probar la exactitud cíe la regla que acabamos de sentar.

Nosotros somos, en cierto sentido, nuestros propios instrumentos, y de consiguiente, debemos conservarnos en buen estado. Si me es menester predicar el Evangelio, no podré hacer uso sino de mi propia voz. y por tanto, debo educar mis órganos vocales. No puedo pensar sino con mi propio cerebro, ni sentir sino con mi propio corazón, y en consecuencia, debo cultivar mis facultades intelectuales y emocionales. No puedo llorar y sentirme desfallecer de ternura por las almas, sino en mi propia naturaleza renovada, y por tanto, debo conservar cuidadosamente la ternura que por ellas abrigaba Cristo Jesús. En vano me será surtir mi biblioteca, organizar sociedades, o proyectar estos o aquellos planes, si me muestro negligente en el cultivo de mí mismo; porque los libros, las agencias y los sistemas son sólo remotamente los instrumentos de mi santa vocación: mi propio espíritu, mi alma y mi cuerpo son la maquinaria que tengo más a la mano para el servicio sagrado; mis facultades espirituales y mi vida interior son mi hacha de armas y mis arreos guerreros. McCheyne, escribiendo a un ministro amigo suyo que andaba viajando con la mira de perfeccionarse en el alemán, usó un lenguaje idéntico al nuestro: "Sé que te aplicarás con todo empeño al alemán, pero no eches en olvido el cultivo del hombre interior, quiero decir, del corazón. Cuán diligentemente cuida el oficial de caballería de tener su sable limpio y afilado, frotándole con tal fin cualquiera mancha con el mayor cuidado. Recuerda que

eres una espada de Dios, instrumento suyo, confío en ello, y un vaso de elección para llevar su nombre. En gran medida, según la pureza y la perfección del instrumento, será el éxito. No bendice Dios los grandes talentos tanto como la semejanza que se tiene con Jesús. Un ministro santo es una arma poderosa en la mano de Dios."

Para el heraldo del Evangelio, el estar espiritualmente desarreglado en su propia persona, es tanto para él mismo como para su trabajo, una verdadera calamidad; y con todo, hermanos míos, ¡cuán fácilmente se produce tal mal! ¡Cuánta vigilancia, por lo mismo, se necesita para prevenirlo! Viajando un día por expreso de Perth a Edinburgo, nos vimos repentinamente detenidos, a consecuencia de haberse roto un pequeño tornillo de una de las dos bombas de que virtualmente constan las locomotoras empleadas en los ferrocarriles; y cuando de nuevo nos pusimos en camino, tuvimos que avanzar al impulso de un solo émbolo que funcionaba en lugar de los dos. Sólo un pequeño tornillo se habla inutilizado, y si ese hubiera estado en su lugar, el tren habría andado sin pararse todo su camino; pero la falta de esa insignificante pieza de hierro desarregló todo lo demás. Se dice que un tren se paró en uno de los ferrocarriles de los Estados Unidos, con motivo de haberse llenado de moscas los depósitos de grasa de las ruedas de los carros. La analogía es perfecta: un hombre que bajo todos conceptos posea las cualidades necesarias para ser útil, puede por algún pequeño defecto que tenga, sentirse extraordinariamente entorpecido, o reducido a un estado absoluto de incapacidad. Semejante resultado es de sentirse en extremo, por estar relacionado con el Evangelio que en el sentido más alto, está adaptado a producir los mejores resultados. Es cosa terrible que un bálsamo curativo pierda su eficacia debido a la impericia del que lo aplica. Todos vosotros conocéis los perjudiciales efectos que con frecuencia se producen en el agua que corre por cañerías de plomo; pues de igual modo el Evangelio mismo al correr por hombres espiritualmente dañados, puede perder su mérito hasta el grado de hacerse perjudicial a sus oyentes. Es de temerse que la doctrina calvinista se convierta en la enseñanza peor, si se predica por hombres de vida poco edificante, y se presenta como una capa que puede cubrir toda clase de licencias; y el arminianismo, por otra parte, con su amplitud en ofrecer la misericordia, puede causar un serio daño a las almas, si el tono ligero del predicador da lugar a que sus oyentes crean que *pueden* arrepentirse cuando les plazca, y que de consiguiente no hay urgencia en acatar desde luego las prescripciones del mensaje evangélico. Además, cuando un predicador es pobre en gracia, cualquier bien duradero que pudiera ser el resultado de su ministerio, será por lo general débil, y no guardará ninguna proporción con lo que habría derecho de esperar. Una siembra abundante será seguida por una cosecha escasa; el interés producido por los talentos será en extremo pequeño. En dos o tres de las batallas perdidas en la última guerra americana, se dice que las derrotas se debieron a la mala clase de la pólvora ministrada por ciertos contratistas falsarios del ejército, pues eso fue causa de que no se obtuviera el efecto buscado por el cañoneo. Lo mismo puede acontecernos a nosotros. Podemos no dar con nuestra mira, desviarnos del camino que intentamos seguir y desperdiciar nuestro tiempo, por no poseer verdadera fuerza vital dentro de nosotros mismos, o no poseerla en tal grado que conforme a ella pueda el Señor bendecirnos. Cuidaos de ser predicadores falsarios.

Uno de Nuestros Principales Cuidados Debe Ser el que Nosotros Mismos Seamos Salvos

El que un predicador del Evangelio sea ante todo participante de él, es una verdad simple, pero al mismo tiempo una regla de la mayor importancia. No vivimos entre los que aceptan la sucesión apostólica de los jóvenes, tan sólo porque éstos pretenden asumirla. Sí la vida de

colegio de los mismos, ha sido vivaz más bien que espiritual; si los honores que allí han adquirido los deben a ejercicios atléticos más bien que a sus trabajos por Cristo, nosotros necesitamos en tal caso, pruebas de otro género de las que ellos pueden presentarnos. Por crecidos que sean los honorarios que hayan pagado a los más sabios doctores, y por grandes que sean los conocimientos que hayan recibido, en cambio, no tendremos por eso una evidencia de que su vocación les ha venido de lo alto Una piedad sincera y verdadera es necesaria como el primer requisito indispensable. Sea cual fuere el "llamamiento" que alguien pretenda haber recibido, si no ha sido llamado a la santidad, puede asegurarse que no lo ha sido al ministerio.

"Atavíate primero a ti mismo, y adorna después a tu hermano," dicen los rabinos. "La mano que trata de limpiar algo," dice Gregorio, "es menester que esté limpia." Si vuestra sal no tiene sabor ¿cómo podréis sazonar con ella? La conversión es una cosa *sine qua non* en un ministro. Vosotros aspirantes a nuestros púlpitos, es menester que nazcáis de nuevo. Ni es la posesión de esta primera cualidad una cosa que pueda tenerse como concedida por cualquiera, porque hay una muy gran posibilidad de que nos engañemos acerca de si estamos convertidos o no. Creedme, no es juego de niños el que os aseguréis de vuestro llamamiento y elección. El mundo está lleno de imposturas, y abunda en seductores que explotan la presunción carnal y se agrupan en torno de los ministros con la avidez con que lo hacen los buitres en torno de los cuerpos en putrefacción. Nuestros corazones son engañosos, de manera que la verdad no se halla en la superficie, sino debe ser sacada de su más profundo interior. Debemos examinarnos a nosotros mismos muy afanosa y profundamente, no sea que por algún motivo después de haber predicado a los demás, resulte que nos hallamos en la línea de los réprobos.

¡Cuán horrible es ser predicador del Evangelio y no estar sin embargo convertido! Que cada uno se diga en secreto desde lo más recóndito de su alma: "¡Qué cosa tan terrible será para mí el vivir ignorante del poder de la verdad que me estoy preparando a proclamar!" Un ministro inconverso envuelve en sí la más patente contradicción. Un pastor destituido de gracia es semejante a un ciego elegido para dar clase de óptica, que filosofara acerca de la luz y la visión, disertara sobre ese asunto, y tratara de hacer distinguir a los demás las delicadas sombras y matices de los colores del prisma, estando él sumergido en la más profunda oscuridad. Es un mudo nombrado profesor de canto; un sordo a quien se pide que juzgue sobre armonías. Es como un topo que pretendiera educar aguiluchos; como un leopardo elegido presidente de ángeles. A un supuesto de tal naturaleza se le podrían aplicar las más absurdas metáforas, si el asunto de suyo no fuese tan solemne. Es una posición espantosa en la que se coloca un hombre que emprende una obra para la ejecución de la cual es entera y absolutamente inadecuado; pero su incapacidad no lo exime de responsabilidades, puesto que deliberadamente las ha querido asumir. Sean cuales fuesen sus dotes naturales y sus facultades mentales, nunca será el ministro a propósito para una obra espiritual, si carece de vida espiritual; y en ese caso cumple a su deber cesar en sus funciones ministeriales mientras no adquiera la primera y más simple de las cualidades que para ello se han menester.

El ministro inconverso asume un carácter igualmente horroroso en otro respecto. Si no ha recibido comisión, debe ser muy desgraciada la posición que tenga que ocupar. ¿Qué puede ver de lo que entre el pueblo pase que le dé consuelo? ¿Qué será lo que sienta cuando oiga los lamentos de los penitentes, o escuche sus ansiosas dudas y solemnes temores? Es natural que se admire al pensar que sus palabras deben haberse apropiado para conseguir tal fin. La palabra de un hombre inconverso puede ser bendecida para la conversión de las almas, puesto que el Señor a la vez que desconoce a un hombre semejante, honrará con todo, su propia verdad. ¡Cuán perplejo debe sentirse un hombre así al ser consultado respecto de las dificultades que se

presenten a los cristianos maduros! Debe hallarse muy alejado del sendero por el cual han caminado sus oyentes regenerados. ¿Cómo podrá escuchar sus goces en el lecho mortuorio, o unirse a ellos en sus entusiastas regocijos cuando se congregan en torno de la mesa de su Señor?

Muchas veces ha sucedido que los jóvenes destinados a un oficio que no cuadra con su carácter han huido al mar, prefiriendo esto a continuar en negocios para ellos enfadosos; pero ¿a dónde huirá el que ha comprendido su vida toda a este santo llamamiento, y está sin embargo totalmente sustraído al poder de la piedad? ¿Cómo puede atraer diariamente los hombres a Cristo, si él mismo desconoce el ardiente amor del Salvador? Oh señores, esto debe ser seguramente una perpetua esclavitud. Un hombre semejante tiene que odiar la vista del púlpito, tanto como el sentenciado a galeras odia el remo. Y cuán inservible tiene ese *quídam* que ser. Está llamado a instruir a otros siendo él mismo un necio. ¿Qué otra cosa puede ser sino una nube sin agua, y un árbol con hojas solamente? Lo que pasa en el desierto a una caravana en que todos los que la forman están sedientos y se sienten morir bajo los rayos de un sol abrasador, y al llegar a un pozo ardientemente deseado, ¡horror de los horrores! lo encuentran sin una gota de agua, eso mismo pasa a las almas que sedientas de Dios van a dar con un ministro que carece de gracia, pues están en grande riesgo de perecer por no hallar en él el agua de la vida. Mejor es abolir los púlpitos, que ocuparlos con hombres que no tienen un conocimiento experimental de lo que enseñan.

¡Ay! el pastor no regenerado se hace también terriblemente dañino, porque de todas las causas que originan la infidelidad, los ministros faltos de piedad deben ser contados entre las primeras. El otro día leí que ninguna fase del mal presentaba un poder tan maravilloso de destrucción, como el ministro inconverso de una parroquia que contaba con un órgano de gran valor, un coro de cantores profanos y una congregación aristócrata. Era de opinión el escritor que no podría haber un instrumento más eficaz que ese para la condenación. La gente va al lugar donde tributa su culto, se sienta cómodamente, y se figura que deben ser cristianos, siendo así que en lo único en que consiste su religión es en escuchar a un orador a la vez que la música les halaga los oídos, y tal vez distraen sus ojos los ademanes graciosos y de moda de los concurrentes. El conjunto no es mejor de lo que oyen y ven en la ópera, y si no es tan bueno quizás en punto a belleza estética, no es por eso ni en lo más mínimo más espiritual. Son muchos los que se felicitan a sí mismos y aun bendicen a Dios por tenerse como cristianos devotos, y al mismo tiempo viven alejados de Cristo en un estado no regenerado, pues alardean de piedad en la forma, pero niegan el poder de esa virtud. El que se apega a un sistema que no tiende a una cosa más elevada que el formalismo, se constituye más en siervo del diablo que en ministro de Dios.

Un predicador formal puede alucinar en tanto que conserve su equilibrio exterior; pero como carece de la balanza de la piedad para sostenerse en él, tarde o temprano es casi seguro que dé un resbalón en su carácter moral, ¡y en qué posición se coloca entonces! Cuán blasfemado es Dios y el Evangelio profanado!

Es cosa terrible considerar qué muerte debe esperar a un hombre tal, y cuál tiene que ser su condición después de ella. El profeta pinta al rey de Babilonia descendiendo al infierno, y a todos los reyes y príncipes a quienes él había destruido, y cuyas capitales había devastado, levantándose de sus lugares en confuso tropel, y saludando al tirano caído con este punzante sarcasmo: "¿Te has hecho semejante a nosotros?" ¿Y no podéis suponer a un hombre que ha sido ministro, pero que ha vivido sin Cristo en el corazón, bajando al infierno, y a todos los espíritus aprisionados allí, que antes le escuchaban, y a todos los impíos de su parroquia, saliéndole al encuentro y diciéndole en acerbo todo: "¿Te has hecho tú también como nosotros? Médico, ¿no

te curaste a ti mismo? Tú que pretendías ser una luz brillante, ¿has sido arrojado a las tinieblas por siempre?" ¡Oh! si alguno tiene que perderse, que no sea de esta manera. Perderse bajo la sombra de un púlpito, es cosa muy terrible pero lo es mucho más perecer desde el púlpito mismo!

Hay un pasaje pavoroso en el tratado de Juan Bunyan titulado "Suspiros del Infierno," que a menudo repercute en mis oídos: "¡De cuántas almas," dice "no han sido los ministros ofuscados el medio de destrucción por su ignorancia! La predicación de los tales no fue para las almas, mejor que el arsénico para los cuerpos. Muchos de ellos, es de temerse que tengan que responder por poblaciones enteras. ¡Ay amigo! te digo que al haber tomado por tarea predicar al pueblo, tal vez has tomado la de hacer una cosa que no puedes decir qué es. ¿No te afligiría ver que toda tu parroquia marchara tras de ti para el infierno, exclamando: "Esto tenemos que agradecerte, pues tuviste temor de hablarnos de nuestros pecados para que no dejáramos de apresurarnos a ponerte viandas en la boca? ¡Oh, malvado, maldito, que no te contentaste siendo un gula ciego como eras, con caer en el hoyo tú mismo, sino que nos has conducido a él también a nosotros contigo!"

Richard Baxter en su "Pastor Reformado," entre otras muchas solemnes cosas, escribe lo que sigue: "Tened cuidado de vosotros mismos, no sea que os halléis faltos de esa gracia salvadora de Dios que ofrecéis a los demás, y seáis extraños a la obra eficaz de ese Evangelio que predicáis; y no sea que a la vez que proclamáis al mundo la necesidad de un Salvador, vuestros corazones le vean con menosprecio, y carezcáis de interés en él y en sus salvadores beneficios. Tened cuidado de vosotros mismos, repito, no sea que perezcáis a la vez que exhortáis a otros a que se cuiden de perecer, y no sea que os muráis de hambre, a la vez que les preparáis el alimento. Aunque se haga la promesa de que brillarán como estrellas, a aquellos que vuelvan a muchos al camino de la rectitud, (Dan. 12:3,) esto es en el supuesto de que los tales hayan vuelto primero ellos mismos a él; y no podría ser de otra manera, porque semejantes promesas se hacen *coeterís paríbus, et sup posítís supponendis.* Su propia sinceridad en la fe, en la condición de su gloria, simplemente considerada, si bien sus grandes trabajos ministeriales pueden ser una condición de la promesa de su gloria mayor. Muchos hombres han amonestado a otros para que no vayan al lugar de tormentos, al cual ellos mismos, sin embargo, se apresuran a ir: se hallan ahora en el infierno muchos predicadores, que centenares de veces han exhortado a sus oyentes a poner el mayor cuidado y una diligencia suma en evitarlo. ¿Puede racionalmente imaginarse que Dios salve a los hombres tan sólo porque éstos ofrezcan la salvación a los demás, a la vez que la rehúsan para sí y porque comuniquen a otros, aquellas verdades que por su parte han visto con descuido y menosprecio? Andan vestidos de andrajos muchos sastres que hacen ricos trajes para otros; y apenas pueden lamerse los dedos algunos cocineros que han aderezado para los demás platillos suculentos. Creedlo, hermanos, Dios nunca ha salvado a nadie porque haya sido predicador, ni porque haya tenido habilidad para ello, sino porque ha sido un hombre justificado y santificado, y en consecuencia, fiel en el trabajo de su Señor. Cuidad por tanto de ser primero, aquello que persuadís a otros que sean; creed en lo que diariamente los persuadís a que crean, y hospedad en el corazón al Cristo y al Espíritu que ofrecéis a los demás. El que os mandó que amarais a vuestros prójimos como a vosotros mismos, implicó en ese precepto el de que os amaseis a vosotros mismos, y no odiaseis ni destruyeseis tanto a vuestras personas como a ellos."

Hermanos míos, que estas importantes máximas causen en vosotros el efecto debido. No puede haber necesidad, seguramente, de agregar nada más; pero permitidme os ruegue que os

examinéis vosotros mismos, para que así hagáis buen uso de lo que sobre este particular os llevo dicho.

Una vez fijado el primer punto de la verdadera religión, sigue en importancia para el ministro el de *que su piedad sea vigorosa.*

No debe conformarse con caminar al mismo paso que las filas del común de los cristianos; es preciso que sea un creyente maduro y avanzado, porque los ministros de Cristo han sido llamados con toda propiedad "lo más escogido de su escogimiento, lo selecto de su elección, la iglesia entresacada de la iglesia." Si fuera llamado a ocupar una posición ordinaria y a desempeñar un trabajo común, quizá con una gracia común podría satisfacerse, no obstante que ni aun así pasaría de indolente su satisfacción; pero con el hecho de haber sido electo para trabajos extraordinarios, y llamado a un lugar rodeado de peligros nada comunes, debe sentirse ansioso de poseer aquella fuerza superior, única, adecuada a su posición. El pulso de su piedad vital debe latir de un modo fuerte y regular; el ojo de su fe debe ser perspicaz; el pie de su resolución debe ser firme; la mano de su actividad debe ser pronta: todo *su hombre interior,* en fin, debe hallarse en el más alto grado de salud. Se dice que los egipcios escogían sus sacerdotes de entre los más instruidos de sus filósofos, y luego estimaban tanto a sus sacerdotes, que de entre éstos escogían sus reyes. Nosotros necesitamos que se tenga por ministro de Dios a la flor y nata de las huestes cristianas, a hombres tales que si la nación necesitara reyes, no pudiera hacer cosa mejor que elevarlos al trono. Nuestros hombres de espíritu más débil, más tímidos, más carnales y peor contrabalanceados, no son candidatos a propósito para el púlpito. Hay algunos trabajos que nunca podríamos encomendar a los inválidos o deformes. Un hombre puede no tener las cualidades necesarias para trepar por altos edificios; su cerebro quizá sea demasiado débil, y su trabajo en un lugar elevado lo expondría a grandes peligros: si eso es así, dejadlo permanecer en el suelo y que busque una ocupación útil en donde su cerebro fuerte es menos esencial. Hay hermanos que tienen defectos análogos en lo espiritual, y no pueden ser llamados al desempeño de un servicio conspicuo y elevado por ser sus cabezas demasiado débiles. Si por casualidad obtuviesen buen éxito, se henchirían de vanidad, defecto demasiado común entre los ministros, y que es de todos el que menos cuadra con su carácter, y el que con más seguridad los hará caer. Si nosotros como nación fuésemos llamados a la defensa de nuestros hogares, no haríamos sin duda salir al encuentro del enemigo, a nuestros muchachos y muchachas, armados de espadas y fusiles; pues tampoco la Iglesia debe enviar a combatir por la fe a cualquier novicio charlatán, o entusiasta falto de experiencia. El temor de Dios debe enseñar al joven la sabiduría, sino quiere tener cerrada la puerta del pastorado. La gracia de Dios debe madurar su espíritu, pues de lo contrario haría mejor en esperar hasta que el poder le fuese dado de lo alto. El carácter moral más elevado, debe conservarse diligentemente. Hay muchos que no son a propósito para desempeñar un cargo en la Iglesia, y que sin embargo, son bastante buenos como simples miembros de ella. Tengo formada una opinión severa con respecto a los cristianos que han incurrido en pecados graves: me complazco en creer que pueden convertirse sinceramente, y con esta esperanza y las precauciones debidas, ser recibidos de nuevo en la Iglesia; pero tengo duda, grande duda, acerca de si un hombre caído en pecados groseros pueda ser fácilmente restituido al púlpito. John Angell James observa, y con razón, que "cuando un predicador de la justicia ha andado por el camino de los pecadores, no debe nunca abrir de nuevo sus labios para hablar a una congregación antes de que su arrepentimiento haya sido tan notorio como su falta." "Que aquellos que han sido esquilados por los hijos de Ammón, se estén en Jericó hasta que sus barbas

crezcan;" esto que con frecuencia se ha dicho en son de mofa a los mozuelos barbilampiños a quienes evidentemente es inaplicable, es una metáfora bastante propia y que conviene a los hombres deshonrados y sin carácter, sea cual fuere su edad. ¡Ay! una vez cortada la barba de la reputación, es sumamente difícil que llegue de nuevo a crecer. Una inmoralidad descarada, en la mayoría de los casos, por profundo que sea el arrepentimiento, es un signo fatal de que el carácter de quien así procedió, nunca fue dotado de gracias ministeriales. La esposa del César no debe exponerse a que de ella se sospeche; que no haya desfavorables rumores en cuanto a la conducta inconsecuente de un ministro, pues de lo contrario deben abrigarse pocas esperanzas de que sea de utilidad. A los caídos tiene que recibírseles en la iglesia como penitentes, y en el ministerio pueden serlo si Dios los coloca ahí; no consiste en esto mi duda, sino en si Dios les dio alguna vez lugar en él. En mi concepto, pues, no debemos apresurarnos a ayudar a que suban al púlpito de nuevo, a los que habiéndolo ocupado una vez, han mostrado que carecen de la gracia necesaria para salir airosos en las pruebas a que sujeta la vida ministerial.

Para cierta clase de trabajos, no escogemos sino a los fuertes; y cuando Dios nos llama a las labores ministeriales, debemos esforzarnos en adquirir gracia que nos fortalezca y haga aptos para el desempeño de nuestra misión, y no ser meros novicios llevados por las tentaciones de Satanás al punto de perjudicar a la Iglesia y de labrar nuestra propia ruina. Tenemos que estar equipados con las armas todas de Dios, dispuestos a efectuar proezas de valor no esperadas de parte de los demás: para nosotros, la negación y el olvido de nuestras propias personas, la perseverancia y la paciencia, deben ser virtudes cotidianas, y ¿quién es por si mismo capaz de todas estas cosas? Nos es indispensable vivir muy cerca de Dios si queremos aprobarnos en nuestra vocación.

No olvidéis, como ministros, que vuestra vida toda, y muy especialmente vuestra vida toda pastoral, debe estar afectada por el vigor de vuestra piedad. Si vuestro celo languidece, no oraréis bien en el púlpito; lo haréis peor en familia, y detestablemente a solas en vuestro estudio. Al enflaquecer vuestra alma, vuestros oyentes sin saber cómo o por qué, hallarán que vuestras oraciones en público les son poco edificantes, y conocerán vuestra tibieza quizás antes que vos mismo la notéis. Vuestros discursos pondrán después en relieve vuestro decaimiento espiritual. Bien podréis valeros de frases tan escogidas y períodos tan correctos como en un tiempo lo hacíais; a pesar de todo, se os echará de ver una pérdida notable de fuerza espiritual. Haréis Impulsos como en otras veces, tan vigorosos cual los del mismo Sansón, pero hallaréis que vuestra grande fuerza se ha acabado. En vuestra comunicación diaria con vuestro pueblo, no tardará éste en percibir el menoscabo de vuestra gracia que en todo se hará patente. Ojos perspicaces verán los cabellos canos aquí y allá, mucho antes que vos lo hagáis. Que un hombre se vea hecho víctima de una enfermedad del corazón, y cuantos males hay que irán envueltos en ella: del estómago, de los pulmones, de las entrañas, de los músculos, de los nervios, de todo en fin, padecerá; de la misma manera, que se le debilite a un hombre el corazón en cosas espirituales, y muy en breve su vida entera caerá bajo la marchitadora influencia de ese mal. Además, como resultado de vuestros oyentes tendrá más o menos que sufrir: los más vigorosos de entre ellos podrán quizá sobreponerse a esa tendencia depresiva, pero los más débiles se verán seriamente perjudicados. Sucede con nosotros y nuestros oyentes, lo que con los relojes de bolsillo y el reloj público: si el de nuestro propio uso anduviese mal, con excepción de su respectivo dueño, pocos se engañarían por su causa; pero si el de un edificio público tenido como cronómetro llegare a desarreglarse, una buena parte de su vecindario desatinaría en la medida del tiempo. No es otra cosa lo que pasa con el ministro: él es el reloj de su congregación; muchos regulan su tiempo por las indicaciones que él hace, y si fuere inexacto, cual más, cual menos,

todos se extraviarían, siendo él en gran manera responsable de los pecados a que haya dado ocasión. No podemos soportar el pensar en esto, hermanos míos. No tendremos al hacerlo, ni un solo momento de consuelo; más sin embargo, no debemos omitirlo a fin de estar en guardia contra semejante mal.

Debéis tener presente también, que nos es menester una piedad muy vigorosa, porque el peligro que corremos es mucho mayor que el de los demás. Sobre todo, no hay ningún lugar tan asaltado por la tentación, como el ministerio. A pesar de la idea popular de que está en nuestro carácter retirarnos prudentemente de una tentación, no es menos cierto que nuestros peligros son más frecuentes y envidiosos que los del común de los cristianos. El lugar que ocupamos puede ser ventajoso por su altura, pero esa misma altura es peligrosa, y para muchos no ha sido el ministerio sino una roca de tropiezo. Si nos preguntaseis cuáles son esas tentaciones, podría faltarnos tiempo para particularizároslas; pero os diremos que entre otras se hallan las más groseras y las más refinadas: a las primeras pertenecen la indulgencia con que nos juzgamos al aceptar y hacer los honores a una buena mesa, a lo cual nos vemos muy a menudo invitados entre un pueblo hospitalario; y las tentaciones de la carne, que sin cesar acometen a los jóvenes solteros enaltecidos y admirados por el bello sexo. Más creo haber dicho bastante: vuestras propias observaciones os revelarán bien pronto miles de celadas, a menos que vuestros ojos se hayan cerrado a la luz. Hay lazos más secretos que éstos de los cuales menos fácilmente podemos escapar, y de ellos el peor es la tentación al ministerialismo, es decir, la tendencia a leer nuestras Biblias como ministros, a orar como ministros, a dar, en suma, en hacer todo lo concerniente a nuestra religión como sí eso no incumbiera a nuestras personas sino de un modo puramente relativo. Perder la personalidad en el arrepentimiento y en la fe, es por cierto, perder mucho. "Nadie," dice John Owen, "predica su sermón bien a otros, si no se lo predica primero a su propio corazón." Hermanos, es sumamente difícil observar esta máxima. El cargo que desempeñamos en vez de avivar nuestra piedad, como algunos aseguran, se convierte, debido a la maldad inherente a nuestra naturaleza carnal, en uno de sus más serios estorbos; al menos, así lo juzgo por experiencia.

Cómo debate uno y lucha contra el oficialismo, y sin embargo, cuán fácilmente nos acosa! Es como una larga vestidura que se enreda en los pies de uno que va a correr, y le impide hacerlo. Precaveos, queridos hermanos, de ésta y de todas las otras seducciones de vuestra vocación; y si lo habéis hecho así hasta ahora, continuad en vigilancia hasta la última hora de la vida.

Hemos hecho notar uno de los peligros; pero a la verdad, hay de ellos una legión. El gran enemigo de las almas toma el mayor empeño en no dejar ni una piedra sin voltear para la ruina del predicador. "Tened cuidado de vosotros mismos," dice Baxter, "porque el tentador hará su primera y más furiosa embestida contra vosotros. Si sois los gulas que le salís al frente, no dejará de acometeros sino en los casos que Dios no se lo permita. Os pone las mayores asechanzas, porque tenéis por misión causarle el daño mayor. Como él odia a Cristo más que a ninguno de nosotros, por ser Jesús el general del campo y el "Capitán de nuestra salvación," y quien hace más que el mundo entero contra el reino de las tinieblas, es esta la razón que tiene para fijarse en los caudillos que militan bajo las banderas del Salvador, más que en el común de los soldados que igualmente lo hacen según su proporción. Sabe cuanta confusión puede introducir en el ejército, si los jefes caen ante su vista. Ha procurado siempre la manera de combatir contra éstos, y no precisamente contra los muy grandes o muy pequeños, comparativamente; y la de herir a los pastores para poder dispersar el rebaño. Y es tan grande el éxito que ha alcanzado de este modo, que seguirá su táctica hasta donde pueda. Tened cuidado, por tanto, hermanos míos, porque el

enemigo os mira con especial atención. Seréis objeto de sus más sutiles insinuaciones, incesantes solicitaciones y violentos asaltos. Por sabios y eruditos que seáis tened cuidado de vosotros mismos, no sea que supere el ingenio que pensáis tener. El diablo es más instruido que vosotros, y más diestro disputador; puede trasformarse en un ángel de luz para engañaros. Se introducirá en vosotros y os echará la zancadilla antes que os pongáis en guardia; hará de juglar con vosotros sin descubrirse; os persuadirá de vuestra fe o inocencia, y no sabréis que las habéis perdido. Más aún, os hará creer que las poseéis en mayor grado, cuando ya no las tengáis. No veréis ni el gancho ni el sedal, mucho menos el mismo sutil pescador, cuando él os ofrezca en cebo incitador. Y sus añagazas serán tan adecuadas a vuestro temperamento y disposición, que llevará por seguro hallar auxiliares suyos en vosotros mismos, y hacer que vuestros propios principios e inclinaciones os traicionen; de esa manera, siempre que os arruine, os hará el instrumento de vuestra propia ruina. ¡Oh! qué conquista pensará haber hecho, si puede volver a un ministro perezoso e infiel; si puede inducirlo a la codicia y al escándalo! Se gloriará contra la iglesia y dirá: "Estos son vuestros santos predicadores: ved cuál es su gravedad afectada, y adónde ésta los llevará." Se gloriará también contra el mismo Jesucristo y dirá: "¡Estos son tus campeones! Puedo hacer que los principales de entre tus siervos se mofen de ti; puedo hacer infieles a los mayordomos de tu casa." Si él así insultó a Dios partiendo de un juicio falso, diciéndole que podría hacer que Job le blasfemara en su rostro, (Job 2:5,) ¿qué no haría si él de hecho prevaleciese contra nosotros? Y por último, le serviríais de irrisión por haber podido arrastraros a ser falsos respecto del gran depósito que se os había confiado, a manchar vuestra santa profesión, y a prestar un positivo servicio a vuestro mayor enemigo. ¡Oh! no complazcáis de ese modo a Satanás; no le prestéis un auxilio tan eficaz; no permitáis que os trate como los filisteos trataron a Sansón, es decir, que primero os prive de vuestra fuerza para haceros después objeto de su triunfo e irrisión."

Una vez más. Debemos cultivar el mayor grado de piedad, porque la naturaleza de nuestro trabajo así lo requiere imperativamente. La obra del ministerio cristiano es bien ejecutada en exacta proporción con el vigor de nuestra naturaleza renovada. Nuestro trabajo está bien hecho solamente cuando así lo está con nosotros mismos. Cual es el obrero, tal será su obra. Hacer frente a los enemigos de la verdad; defender los baluartes de la fe; gobernar bien en la casa de Dios; consolar a los que sufren; edificar a los santos; guiar a los irresolutos; sobrellevar a los díscolos; ganar y nutrir las almas: todos estos trabajos y otros mil más, no son para ser ejecutados por una persona débil de espíritu o dispuesta a hacer alto en su camino, sino están reservados para las dotadas de un gran corazón a quienes el Señor ha hecho fuertes para él mismo. Buscad, pues, fuerza en el Fuerte por excelencia; sabiduría, en la fuente del Saber; en suma, buscadlo todo en quien es Dios de cuanto hay.

En tercer lugar, es menester que el ministro tenga cuidado de que *su carácter personal concuerde en todos respectos con su ministerio.*

Todos nosotros hemos oído referir la historia del hombre que predicaba tan bien, y vivía tan mal, que cuando estaba en el púlpito no había quien no dijera que nunca debía salir de él, y cuando lo dejaba, todos a una declaraban que no debía volverlo a ocupar jamás. ¡Que Dios nos libre de imitar a semejante Jano! No seamos nunca ministros del Señor en el altar, e hijos de Belial fuera de la puerta del tabernáculo; por el contrario, seamos como Nazianceno dice de Basilio: "Rayo en nuestra doctrina, y relámpago en nuestra conversación." No podemos confiar en los que tienen dos caras, ni los hombres creerán nunca en aquellos cuyos testimonios verbales y prácticos son contradictorios entre sí. Así como los hechos según el proverbio, hablan más alto

que las palabras, así también una vida mala sofocará, a no dudarlo, la voz del ministro más elocuente. Sobre todo, nuestros edificios más seguros deben ser fabricados por nuestras propias manos; nuestros caracteres deben ser más persuasivos que nuestros discursos. Aquí desearla yo amonestaros no sólo contra los pecados de comisión, sino también contra los de omisión. Demasiados predicadores se olvidan de servir a Dios cuando están fuera del púlpito, siendo así su vida negativamente inconsecuente. Lejos de nosotros, queridos hermanos, el pensamiento de ser ministros *automáticos,* es decir, de esos que se mueven no por tener en si mismos la virtud de hacerlo, sino porque los ponen en movimiento fuerzas transitorias; de esas que solamente son ministros a intervalos, bajo la compulsión del toque de la hora que los llama a sus trabajos, y que dejan de serlo tan luego como bajan los escalones del púlpito. Los verdaderos ministros nunca pierden su carácter. Muchos predicadores se parecen a esos juguetitos movidos por arena que compramos para nuestros niños y en los cuales volvéis para arriba la parte inferior del depósito, y el pequeño acróbata da vueltas y más vueltas, hasta que toda la arena ha bajado, quedando entonces colgado sin movimiento alguno. Hacemos esta comparación, porque hay muchos que perseveran en las ministraciones de la verdad tanto tiempo cuanto es el que hay una necesidad oficial de su trabajo, pero después, *no hay paga, no hay paternoster;* no hay salario, no hay sermón.

Es una cosa horrible ser ministro inconsecuente. Se dice que nuestro Señor fue como Moisés, por la razón de haber sido un "profeta poderoso en palabras y en obras." El hombre de Dios debe imitar a su Señor en esto: es preciso que sea poderoso tanto en la predicación de su doctrina, como en el ejemplo que dé con sus obras, teniendo si es posible, en esto último, mucho mayor cuidado todavía. Es de llamar la atención que la única historia eclesiástica que tengamos, sea lo de "Los Hechos de los Apóstoles." El Espíritu Santo no tuvo por conveniente conservarnos los sermones de éstos. Deben haber sido magníficos, mucho mejores que los que nosotros podamos nunca predicar, y con todo, el Espíritu Santo ha tomado solamente nota de sus "hechos." No tenemos libros en que consten las resoluciones de los apóstoles. Cuando nosotros verificamos un registro de nuestras minutas y resoluciones, pero el Espíritu Santo sólo consigna los "hechos." Nuestros hechos deben ser tales que merezcan ser registrados, ya que de todas maneras lo han de ser. Debemos vivir, por tanto, como cumple hacerlo al que se halla bajo la inmediata mirada de Dios, y envuelto en la brillante luz del gran día que todo lo revela.

La santidad en un ministro es su necesidad principal a la vez que su más piadoso ornamento. Una mera excelencia moral no es suficiente; debe haber la virtud más elevada; es preciso que haya un carácter consecuente, pero éste necesita estar ungido con el óleo sagrado de la consagración, pues de lo contrario careceremos de lo que nos hace más fragrantes para Dios y para el hombre. El anciano John Stoughton, en un tratado titulado "Dignidad y Deber del Predicador," insiste sobre la santidad del ministro, en razones llenas de peso. "Si Uzza debió morir *por tocar el arca de Dios,* y eso que lo hizo por sostenerla cuando estuvo próxima a caer; si los hombres de Bethsemes perecieron *por mirar adentro de ella;* si las bestias que no hicieron otra cosa que acercarse al Monte Santo, fueron amenazadas, entonces ¿qué clase de personas deben ser admitidas a conversar familiarmente con Dios; a estar ante él como los ángeles lo hacen, y contemplar su faz continuamente; a cargar el arca sobre sus hombros; a llevar su nombre entre los Gentiles; en una palabra, a ser sus embajadores? La santidad es propia de tu casa, Oh Señor: ¿y no seria una cosa ridícula pensar o imaginar que los vasos deben ser santos, las vestiduras deben ser santas, todo en fin, debe ser santo, con la sola excepción de aquel sobre cuyas mismas vestiduras debe estar escrito santidad al Señor? ¿Qué, las campanillas de los caballos debían tener una inscripción, en Zacarías, y las campanas de los santos, las campanas de

Aarón, no deben estar santificadas? No; los ministros deben ser luces ardientes y brillantes, pues de lo contrario su influencia despedirá alguna maligna cualidad; deben rumiar el alimento y tener dividido el casco, o son inmundos; deben distribuir la palabra rectamente, y andar también rectamente en su vida, y unificar así su vida y su enseñanza. Si carecen de santidad los embajadores, deshonran al país de donde vienen, y al príncipe de parte de quien vienen; y este Amasa muerto, esta doctrina muerta, no animada con una buena vida, yaciendo en el camino, detiene al pueblo del Señor, impidiéndole que prosiga alegremente en su lucha espiritual."

La vida del predicador debe ser un imán que atraiga los hombres a Cristo, y es cosa triste a la verdad, que los mantenga separados de él. La santidad de los ministros es un llamamiento expresivo al arrepentimiento que se hace a los pecadores, y cuando va acompañada de una jovialidad piadosa, se hace atractiva de un modo irresistible. Jeremy Taylor en el rico lenguaje que le es propio, nos dice: "Las palomas de Herodes nunca habrían inducido a tantas compañeras suyas forasteras a entrar a su palomar, si no hubiesen sido untadas con opobálsamo. Por eso dice Didymus: 'perfumad vuestros pichones, y ellos atraerán parvadas enteras'; de igual modo, si vuestra vida fuese excelente, si vuestras virtudes fuesen como un precioso ungüento, pronto haríais que los que están a vuestro cargo corriesen *in odorem un guentorum*, 'tras vuestro grato perfume;' pero debéis ser excelente no *'tanquam unus de populo,'* sino *'tanquam homo Dei;* debéis ser *un hombre de Dios*, no según la manera común de los hombres, sino 'según el propio corazón de Dios;' y los hombres se esforzarán en ser como vosotros, si vosotros os esforzáis en ser como Dios. Pero sí os estáis en la puerta de la virtud en otro objeto que el de mantener el pecado fuera de ella, no atraeréis al rebaño de Cristo a nadie sino a aquellos a quienes el temor arrastre a él. *'Ad majorem Dei gloriam,'* 'hacer lo que más glorifique a Dios,' es la línea de conducta que os debéis trazar: porque no hacer otra cosa fuera de aquello que todos los hombres necesitan hacer, es proceder con servilismo más bien que con el afecto de hijos; y mal podréis ser padres del pueblo si no os comportáis siquiera como los hijos de Dios: porque una linterna sorda aunque haya una débil brillantez en uno de sus lados, apenas alumbrará a uno; y mucho menos conducirá a una multitud o atraerá a muchos de los que la sigan, por el brillo dc su alma.

Otro teólogo episcopal igualmente admirable, el obispo Reynolds, ha dicho enérgicamente y con razón: "La estrella que condujo a los sabios a Cristo, la columna de fuego que condujo a los hijos de Israel a Canaán, no solamente brillaba, sino iba delante de ellos. Mat. 2:9; Exo. 13:21. La voz de Jacob no se tendrá mucho en cuenta si las manos son las de Esaú. En la ley, ninguna persona que estuviese manchada podía ofrecer oblaciones al Señor, (Lev. 21 :17-20); Enseñándonos el Señor así qué gracias debería haber en sus ministros. El sacerdote tenía que llevar en su túnica, campanillas y granadas: las unas como figura de una sana doctrina, y las otras de una vida fructífera, (Exo. 28:33, 34). El Señor será santificado en todos aquellos que se le acerquen, (Isa. 52:11) porque los pecados de los sacerdotes hacen al pueblo menospreciar los sacrificios del Señor, (1 Sam. 2:17); sus vidas malvadas hacen que sus doctrinas se avergüencen; *Passionem Christi annunciant profitendo, male agendo exhonorant* como dice San Agustín: con su doctrina edifican bien, y con su vida destruyen. Concluyo este punto, con aquel saludable pasaje de *Hierom ad Nepotianum:* "No dejes," dijo él, "que tus obras avergüencen tu doctrina, no sea que los que te oyen en la iglesia contesten tácitamente: '¿por qué no haces tú aquello que enseñas a los demás?' No deja de ser demasiado estrambótico el maestro que con la barriga llena trata de persuadir a otros a que ayunen. Un ladrón puede acusar codicia. *Sacerdotis Christi os, mens, manus que concordent;* en un ministro de Cristo deben estar en armonía su lengua, su corazón y su mano."

Muy propio y expresivo es también el lenguaje de Tomás Playfere en su "Di bien, haz bien." "Había un actor ridículo," dice, "en la ciudad de Esmirna, que al pronunciar *¡O coelum!* ¡Oh cielo! señalaba con el dedo hacia el suelo; al ver esto Polemo, que era el personaje principal de aquel lugar, no pudo permanecer indiferente más tiempo, y se salió apresuradamente de la compañía diciendo: 'este bárbaro ha cometido un solecismo con la mano, pues ha hablado un latín espurio con el dedo.' Semejantes a éste son los que *enseñan bien* y *hacen mal*, que aunque tengan el cielo en la punta de la lengua, tienen con todo la tierra en la punta del dedo; los que no sólo hablan un latín espurio con la lengua, sino una teología espuria con las manos; los que no viven, en fin, según su predicación. Pero el que tiene su asiento en el cielo se reirá de ellos desdeñándolos, y los echará a silbidos del teatro si no enmiendan su modo de actuar.

Aun en las cosas pequeñas debe cuidar el ministro de que su vida sea consecuente con su ministerio. Es preciso que cuide con especialidad, de no dejar de corresponder a lo que de su palabra haya lugar a esperar. Esto debe llevarse hasta la escrupulosidad: la verdad no solamente debe estar en nosotros, sino sacar su brillo de nosotros. Un célebre doctor de teología en Londres, que ahora debe estar en el cielo, no lo dudo, hombre excelente y piadoso, anunció un domingo que se proponía visitar a todos los miembros de su congregación, y dijo que para poder en sus excursiones hacerles a ellos y a sus familias una visita en el año, iba a seguir el orden de sus respectivos domicilios. Una persona muy conocida mía que era entonces pobre, se sintió complacido por la idea de que el ministro iría a su casa a verlo, y como una o dos semanas antes del día en que según sus cálculos le llegaría su turno, su esposa tomó todo empeño en limpiar el hogar y asear la casa, y el hombre volvía corriendo de su trabajo esperando cada noche encontrase con el doctor. La cosa siguió así por mucho tiempo. Y ya fuera porque el doctor olvidara su promesa, porque le fastidiara cumplirla, o por cualquiera otra razón, el caso es que nunca llegó a ir a la casa de este pobre, dando eso por resultado que el hombre perdiere la confianza en todos los predicadores y dijese: "ellos cuidan de los ricos, pero no de nosotros los que somos pobres." Nunca volvió a concurrir a ningún lugar de culto por muchos años, hasta que al fin fue a dar a *Exeter Hall*, y fue oyente mío durante todo el resto de su vida. No fue pequeña tarea la de convencerle de que cualquier ministro podía ser hombre honrado, y amar imparcialmente tanto a los ricos como a los pobres. Evitemos el incurrir en tal falta, siendo exactos en cuanto al cumplimiento de nuestra palabra.

Debemos recordar que se fija mucho en nosotros la atención. Los hombres apenas se atreven a quebrantar la ley ante la vista abierta de sus semejantes, pues bien, en una publicidad así nosotros vivimos y nos movemos. Somos vigilados por miles de ojos perspicaces como de águila; comportémonos de manera que nos tenga sin cuidado el que los cielos todos, la tierra y el infierno llenen la lista de nuestros espectadores. La posición pública que ocupamos será para nosotros una gran ganancia si podemos mostrar los frutos del Espíritu Santo en nuestra vida: cuidad mucho, hermanos míos, de no desperdiciar esa ventaja.

Cuando os decimos, queridos hermanos, que cuidéis de vuestra vida, os damos a entender que lo hagáis aun de las cosas al parecer más insignificantes de vuestro carácter. Evitad el contraer deudas ni aun pequeñas, toda falta de formalidad, el inmiscuiros en chismografías, el entablar disputas, el poner apodos, todos aquellos defectos, en fin que son otras tantas moscas que llenan y echan a perder el aceite. La indulgencia con que uno se juzga a sí mismo, y que ha ocasionado el menoscabo de la reputación de muchos, es una cosa que no debéis nunca permitiros. Ciertas familiaridades que dan lugar a que se sospeche del que las gasta, deben evitarse, procediendo en todo con el mayor decoro y castidad. La aspereza de carácter que hace a algunos temibles y repelentes, y las chocarrerías que hacen a otros despreciables, son defectos de

que debemos huir a todo trance. Estamos expuestos a correr grandes riesgos si nos disimulamos ciertas cosas tenidas como pequeñas. Debemos ser nimiamente escrupulosos en obrar, en todo normándonos a la regla de "no inferir la menor ofensa en nada, a fin de que el ministerio no sea nunca censurado."

HASTA AQUÍ HE CORREGIDO

Entiéndase, sin embargo, que no queremos decir por esto que estemos obligados a sujetarnos a cualquiera moda o capricho de la sociedad en que vivimos. Por regla general, me disgustan las modas de sociedad y detesto el convencionalismo, y si me pareciera mejor pasar por sobre una ley impuesta por una vana etiqueta, no tendría escrúpulo en hacerlo. No, somos hombres libres y no esclavos, y no tenemos necesidad de postergar nuestra libertad varonil para convertirnos en lacayos de los que afectan donosura o blasonan de elegancia. A lo que me contraigo, hermanos, es a que debemos huir como de una víbora, de todo lo que muestre falta de buena crianza o grosería, por ser esto cosa que se acerca mucho al pecado. Las reglas de Chesterfield nos parecen ridículas, pero no así el ejemplo de Cristo; y el Salvador nunca fue grosero, bajo, descortés o mal educado.

Aun en vuestras recreaciones, no echéis en olvido que sois ministros. Aun cuando estéis fuera de la acción sois, sin embargo, oficiales en el ejército de Cristo, y debéis conduciros como tales. Y si respecto de las cosas pequeñas es preciso que seáis tan cuidadosos, ¡cuánto no tendréis que serlo tratándose de los grandes asuntos de moralidad, honestidad e integridad! En esto el ministro no debe nunca faltar. Su vida privada tiene que estar siempre en armonía con la santidad de su ministerio, o éste llegará pronto para él a su ocaso y mientras más en breve se retire de él será mejor, porque la continuación en su cargo no hará más que deshonrar la causa de Dios y labrar su propia ruina.

***

PLATICA II.
La Vocación al Ministerio

Cualquier cristiano que posea la habilidad de difundir el Evangelio, tiene el derecho de hacerlo; más aún, no sólo tiene el derecho, sino el deber de proceder así mientras viva. (Apoc. 22:17). La propagación del Evangelio se ha dejado no a unos cuantos, sino a todos los discípulos del Señor Jesucristo. Según la medida de la gracia que haya recibido del Espíritu Santo, cada hombre está obligado a ministrar la Palabra a sus contemporáneos, tanto en la Iglesia como entre los incrédulos. Esta incumbencia, a la verdad, se extiende a más allá de los hombres, e incluye a la totalidad del otro sexo, pues ya sean los creyentes varones o mujeres, todos sin distinción están obligados, siendo capaces de ello por la gracia divina, a esforzarse cuanto les sea posible a fin de extender el conocimiento de nuestro Salvador. Nuestros trabajos en este sentido, sin embargo, no es preciso que tomen la forma particular de una predicación; y hay ciertamente casos en que no lo deben, como pasa por ejemplo respecto de las mujeres cuyas enseñanzas públicas se hallan expresamente prohibidas. (I Tim. 2:12; I Cor. 14:34). Con todo, si tenemos la habilidad de predicar, nos incumbe el deber de practicarla. No quiero aludir en esta plática a la predicación ocasional o a otra forma cualquiera del ministerio común a todos los santos, sino al trabajo y

cargo propio del pastorado, en que se incluye así la enseñanza como el gobierno de la Iglesia, los cuales requieren la dedicación de la vida entera de un hombre al trabajo espiritual, y su separación de todo asunto secular (2 Tim. 2:4); y lo autorizan a recurrir para la subvención de sus necesidades temporales, a la Iglesia, puesto que emplea todo su tiempo, todas sus energías y empeño, en promover el bien de aquellos sobre los cuales preside. (I Cor. 9:11; I Tim. 5:18). A un hombre semejante se dirige Pedro en las palabras siguientes: "Aceptad la grey de Dios que está entre vosotros, teniendo cuidado de ella" (I Ped. 5:2). Ahora, no todos en una iglesia pueden apacentar o gobernar: debe haber algunos que sean apacentados o gobernados; y nosotros creemos que el Espíritu Santo designa en la Iglesia de Dios a algunos para que obren como apacentadores, mientras a otros se les da la voluntad de ser apacentados para bien suyo. No todos son llamados al trabajo de predicar o de enseñar, a ser ancianos, o a desempeñar algún otro cargo de importancia; ni todos deben aspirar a trabajos de esa naturaleza, puesto que las dotes necesarias para ello no se han prometido en ninguna parte a todos; pero sí, deben entregarse a tan Importantes tareas, los que como el apóstol, conozcan haber "recibido este ministerio" (2 Cor. 4:1). Ninguno debe meterse en el aprisco de las ovejas como pastor intruso, pues es preciso que no pierda de vista al Pastor .principal para estar pendiente de sus indicaciones y mandatos. Es decir, para que un hombre salga a la palestra como embajador de Dios, necesita recibir de lo alto su llamamiento para ello, pues si no lo hace así y se entra de rondón al sagrado ministerio, el Señor dirá de él y de otros que se hallen en su caso: "Yo no los envié, ni les mandé: y ningún provecho hicieron a este pueblo " (Jer. 23:32).

Consultando el Antiguo Testamento, hallaréis que los mensajeros de la antigua dispensación afirmaban haber recibido su comisión de Jehová. Isaías nos dice que uno de los serafines le tocó los labios con un carbón encendido tomando del altar y que la voz del Señor dijo: "¿A quién enviaré, y quién nos irá?" (Isa. 6:8). Entonces contestó el profeta, "Heme aquí, envíame a mí." No se apresuró a salir sino hasta después de haber sido visitado así de un modo especial por el Señor, y hecho apto para su misión. "¿Cómo predicarán si no son enviados?" Esta era una frase que no se había pronunciado entonces todavía, pero cuyo significado era perfectamente comprendido. Jeremías da los detalles de su llamamiento en su primer capítulo: "Fue pues palabra de Jehová a mí, diciendo: Antes que te formase en el vientre te conocí; y antes que salieses de la matriz te santifiqué, te di por profeta a las gentes. Y yo dije: ¡Ah, ah, Señor Jehová! He aquí no sé hablar, porque soy joven. Y díjome Jehová. No digas soy joven: porque a todo lo que te enviaré irás tú, y dirás todo lo que te mandaré. No temas delante de ellos, porque contigo soy para librarte, dice Jehová. Y extendió Jehová su mano, y tocó sobre mi boca; y díjome Jehová: He aquí he puesto mis palabras en tu boca: mira que te he puesto en este día sobre gentes y sobre reinos, para arrancar y para destruir, y para arruinar, y para derribar, y para edificar, y para plantar." Jer. 1:4-10. Variando algo en la forma, pero encaminada al mismo propósito, fue la comisión que recibió Ezequiel. Este profeta se expresa así a su respecto. "Y díjome: Hijo del hombre, está sobre tus pies, y hablaré contigo. Y entró espíritu en mí luego que me habló, y afirmóme sobre mis pies, y oía al que me hablaba; y díjome: Hijo del hombre, yo te envío a los hijos de Israel, a gentes rebeldes que se rebelaron contra mi: ellos y sus padres que se rebelaron contra mí: ellos y sus padres se han rebelado contra mí hasta este mismo día." Ezeq. 2:1-3. "Y díjome: Hijo del hombre, come lo que hallares: come este envoltorio, y vé y habla a la casa de Israel. Y abrí mi boca, e hízome comer aquel envoltorio. Y díjome: Hijo del hombre, haz a tu vientre que coma, e hinche tus entrañas de este envoltorio que yo te doy. Y comílo, y fue a mi boca dulce como miel. Díjome luego: Hijo del hombre, vé y entra a la casa de Israel, y habla a

ellos con mis palabras." Ezeq. 3:1-4. El llamamiento de Daniel a la profecía, aunque no se halla consignado, está abundantemente atestiguado por las visiones que se le concedieron y el distinguido favor de que gozó con el Señor tanto en sus meditaciones solitarias como en sus actos públicos. No nos es menester pasar revista a los otros profetas, porque todos ellos manifestaban su derecho a hablar, diciendo "así dice Jehová." En la presente dispensación el pastorado es común a todos los santos; pero por lo que hace a la profecía, o lo que es análogo a ella, es decir, el ser uno movido por el Espíritu Santo para entregarse enteramente a la proclamación del Evangelio, podemos asegurar que es, como asunto de hecho, el don y llamamiento de sólo un número pequeño de individuos comparativamente, y no cabe duda alguna en que éstos necesitan tener la certeza de la legalidad de su posición, como la tuvieron los profetas; ¿y cómo podrán justificar su derecho al cargo que desempeñan, si no es por un llamamiento semejante?

Mal haría el que imaginara que tales llamamientos son meramente ilusorios, y que no hay nadie en estos tiempos excluido de la obra especial de enseñar a la Iglesia y de cuidarla, porque los nombres mismos dados a los ministros en el Nuevo Testamento, implican un previo llamamiento a su trabajo.

Es cierto que el apóstol dice: "Ahora pues, nosotros somos embajadores de Dios;" pero ¿no estriba acaso la esencia misma de semejante cargo, en el nombramiento hecho por el monarca representado? Un embajador que no hubiese sido enviado, sería objeto de risa. Los hombres que se atreven a declararse embajadores de Cristo, deben estar persuadidos del modo más solemne, que el Señor les ha encomendado la palabra de la reconciliación. (2 Cor. 5:18, 19). Si se dijere que esto se ha restringido a los apóstoles, yo contestaría a eso que la epístola está escrita no en el nombre de Pablo solamente, sino también en el de Timoteo, y por lo tanto se incluye a los otros ministros, además del apostolado. En la primera epístola a los Corintios leemos "téngannos los hombres por ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios," (I Cor. 4:1,) en donde la palabra nos se refiere a Pablo y a Sostenes. Es evidente que el que dispensa o distribuye algo, debe recibir tal cargo del amo No puede ser nadie despensero, solamente porque le agrada serlo, o es considerado así por otros. Si a algunos de nosotros se nos ocurriese ser despenseros o mayordomos de un secretario de Estado, y procediéramos a negociar con sus propiedades, se nos haría ver en el momento del modo más convincente, que habíamos incurrido en un error. Debe evidentemente estar autorizado un hombre para ser legalmente obispo, es decir, "dispensador de Dios," (Tito 1:7) antes de asumir tal cargo.

El título apocalíptico de ángel, (Apoc. 2:1), significa mensajero, y ¿cómo han de ser los hombres heraldos de Cristo, si no es por la elección y ordenación que de ellos haga el Señor? Si fuese cuestionada la referencia de la palabra ángel al ministro, me complacería ver mostrado que podía referirse a otro alguno. ¿A quién habría de escribir el Espíritu en la

Iglesia, como representante de ella, sino a alguno que ocupara una posición análoga a la del anciano que la presidiera?

A Tito le fue mandado que hiciera una prueba concienzuda de los ministros que iba a vigilar: luego habla algo en que debían sujetarse a prueba. Algunos son "vasos para honra, santificados y útiles para los usos del Señor, y aparejados para toda buena obra," 2 Tira. 2:21. Al amo no se le

puede negar el derecho que tiene de elegir los vasos que él usa, y dirá de ciertos hombres lo que dijo de Saulo de Tarso: "vaso escogido me es éste para que lleve mi nombre en presencia de los Gentiles," Hechos 9:15. Cuando nuestro Señor ascendió a lo alto, concedió dones a los hombres apartados para varios trabajos: "El mismo dio unos, ciertamente apóstoles; y otros profetas; y otros, evangelistas; y otros, pastores y doctores," (Efes. 4:11); de lo cual es evidente que ciertos individuos son, como resultado de la ascensión de nuestro Señor, otorgados a las Iglesias como pastores; son dados por Dios, y en consecuencia, no elevados por sí mismos a su posición. Hermanos, confío en que algún día podréis hablar del rebaño sobre el cual "el Espíritu Santo os ha puesto como obispos," (Hechos 20:28), y deseo ardientemente que cada uno de vosotros pueda decir con el apóstol de los gentiles, ni por hombre, sino que lo ha recibido del Señor. (Gal. 1:1). Ojalá sea cumplida en vosotros la antigua promesa de "Yo os daré pastores, según mi corazón," (Jar. 3:15); "pondré sobre las ovejas pastores que las apacienten," (Jer. 23:4). Ojalá que el Señor realice en vuestras varias personas esta su propia declaración: "He puesto vigilantes sobre tus murallas, oh Jerusalén, que nunca descansarán ni de día ni de noche." Ojalá que saquéis lo precioso de lo vil para que así seáis como la boca de Dios. (Jer. 15:9). Ojalá que el Señor haga manifiesto por medio de vosotros, el sabor del conocimiento de Jesús en todas partes, y haceros "bueno olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden," 2 Cor. 2:15. Teniendo un tesoro inestimable en vasos de tierra, ojalá que la excelencia del poder divino esté en vosotros para que así podáis a la vez que glorificar a Dios, limpiaros de la sangre de todos los hombres. Así como el Señor Jesús subió al Monte, llamó a si a los que él quiso, y los envió en seguida a predicar. (Mat. 3:13), que de igual modo os escoja, os llame a lo alto a comunicaros con él, y os envié como sus siervos escogidos a bendecir tanto a la Iglesia como al mundo.

¿Cómo puede saber un joven si es llamado o no? Este es un punto de suma importancia, y deseo tratarlo con toda seriedad. ¡Quiera Dios guiarme al hacerlo! El que centenares han errado su camino y tropezado contra un pulpito, es un hecho desconsolador pero evidente, que se deja ver en la esterilidad de los ministerios, y en el decaimiento de las iglesias que nos rodean. Es una calamidad espantosa para un joven errar su vocación; y por lo que hace a la iglesia sobre la cual se impone, el conflicto en que su yerro la mete, es de los más penosos que se puede imaginar.
Cuando pienso en los males sin cuento que pueden resultar de un error en cuanto a nuestra vocación para el pastorado cristiano, me siento abrumado por el temor de que alguno de nosotros se muestre remiso en el examen de sus respectivas credenciales; y preferirla que nos halláramos en grande duda y nos examináramos muy a menudo, a que nos constituyéramos en estorbo de esa profesión. No faltan muchos métodos exactos por los cuales puede un hombre sujetar a prueba en sí mismo acerca de este punto. Una vez teniendo asegurada su salvación personal, le es menester investigar lo que haya sobre el asunto ulterior de su llamamiento a este cargo: lo primero, tiene para él un interés vital como cristiano; lo segundo, lo tiene igualmente vital para él como pastor. Es lo mismo profesar el cristianismo, sin conversión, que ser pastor sin vocación. En ambos casos se adopta un nombre, y nada más.

I. La primera señal del llamamiento celestial, es un deseo intenso, que todo lo absorba, de emprender esa obra. Para que sea verdadera la vocación al ministerio, debe sentirse una sed irresistible, abrumadora, insaciable de comunicar a los demás lo que Dios ha hecho en bien de nuestras almas; lo que yo llamaría una especie de comezón, tal como la que tienen las aves por criar a sus polluelos cuando llega la estación, tiempo en que la madre antes morirla que abandonar su nido. Se decía de Alleine, por uno que lo conocía íntimamente, que "sentía un

hambre infinita e insaciable por la conversión de las almas." Cuando pudo haber disfrutado una beca en la universidad, prefirió una capellanía, porque "estaba movido por una impaciencia irreprimible de que se le ocupara directamente en el trabajo ministerial." "No entréis en el ministerio si podéis evitarlo," fue el consejo profundamente sabio que dio cierto teólogo a uno que le consultaba su opinión. Si algún estudiante de entre los que esto escuchan o leen, pudiese darse por satisfecho con ser editor de un periódico, comerciante, agricultor, doctor, abogado, senador o rey, en nombre del cielo y de la tierra, que siga su camino: no es el hombre en quien mora el Espíritu de Dios en su plenitud; porque aquel que estuviera lleno de Dios, sentiría suma repugnancia por todo lo que fuera aquello por lo cual suspira en lo Intimo de su alma. Si por el contrario, podéis decir que ni por todas las riquezas de ambas Indias, consentiríais ni osaríais optar por empleo alguno que no fuera el de consagraros a la predicación del Evangelio de Jesucristo, en ese caso, descansad en ello, si en lo demás obtenéis resultados igualmente satisfactorios, pues tendréis las señales requeridas para este apostolado. Debemos sentirnos llenos de inquietud si no predicamos el Evangelio; la Palabra de Dios debe ser en nosotros como fuego en nuestros huesos; de lo contrario, si emprendemos los trabajos ministeriales, seremos desdichados al ocuparnos en ellos; careceremos de aptitud para armarnos de la abnegación que debe acompañarlos, y serán de poca utilidad para aquellos entre quienes trabajemos. Hablo de abnegación, y bien puedo hacerlo, porque la obra del verdadero pastor está llena de ella, y sin amor a su vocación pronto sucumbirá, o dejará por penosas las tareas que se ha impuesto, o las proseguirá con disgusto, abrumado por una monotonía tan cansada como la del caballo ciego que tira de la rueda de un molino.

"Hay un consuelo en la fuerza del amor; y éste hará soportable una cosa que de otra manera, destrozaría el corazón."

Ceñidos con ese amor, seréis intrépidos; desprovistos de ese cinturón más que mágico, de irresistible vocación, desfalleceréis bajo el peso de la miseria mayor.

Este deseo debe ser meditado. No basta que sea un impulso repentino que no vaya acompañado de una ansiosa consideración. Es preciso que sea el fruto de nuestro corazón en sus mejores momentos, el objeto de nuestras reverentes aspiraciones, el sujeto de nuestras más fervorosas oraciones. Debe persistir en nosotros aun cuando ofertas tentadoras de riquezas y comodidades vengan a ponerse en conflicto con él, y permanecer como una resolución tomada con calma y con la cabeza despejada, después que todo haya sido estimado en su justo valor, y calculado concienzudamente su costo. Cuando siendo yo niño vivía en el campo en la casa de mi abuelo, vi una partida de cazadores vestidos de casacas coloradas, corriendo a caballo a través de los campos en persecución de un zorro. Mi corazón infantil se entusiasmó, y me sentí dispuesto a seguir tras los sabuesos saltando setos y zanjas. Siempre he sentido una inclinación natural por esa clase de ejercicios, y cuando de muchacho se me preguntaba lo que yo quería ser, generalmente contestaba que iba a ser cazador. ¡Hermosa profesión, a fe mía! Muchos jóvenes tienen de ser pastores de almas, la misma idea que yo tenía de ser cazador. Los anima un pensamiento meramente pueril de que les agradaría la casaca roja y el silbato de cuerno, es decir, los honores, los respetos, las comodidades y son probablemente bastante necios para pensar también en las riquezas del ministerio. La fascinación que ejerce el cargo de predicador en los espíritus débiles, es muy grande, y por lo mismo exhorto encarecidamente a todos los jóvenes a

que no confundan un capricho con la inspiración, y un antojo pueril con el llamamiento del Espíritu Santo.

Fijaos bien en que el deseo de que he hablado, debe ser profundamente desinteresado. Si un hombre después de un cuidadoso examen de sí mismo, puede descubrir que tiene un motivo diferente del de la gloria de Dios y el bien de las almas, para optar por el pastorado, haría bien en volverse de él inmediatamente; porque el Señor llevará a mal el ingreso de compradores y vendedores en su templo: la introducción de cualquiera cosa mercenaria, aun en el menor grado, será como la mosca en el bote de ungüento, y todo lo echará a perder.

Este deseo debe ser tal que persista en nosotros, una pasión que resista toda clase de pruebas; un anhelo del cual nos sea imposible escapar, aunque hayamos procurado hacerlo; un deseo, en suma, que crezca más intensamente con el transcurso de los años, hasta que llegue a convertirse en ahínco, en vehemencia, en hambre de proclamar la Palabra.

Este intenso deseo es una cosa tan noble y hermosa, que siempre que lo veo inflamar el pecho de algún joven, me muestro siempre tardo en desanimarle, aun cuando tenga mis dudas con respecto a su aptitud. Puede ser necesario, por razones que después os expondré, amortiguar esa llama, pero eso debe hacerse con repugnancia y prudencia. Tengo un respeto tan profundo por este "fuego en los huesos," que si yo mismo no lo sintiese, dejaría en el acto el ministerio. Si vosotros no sentís ese calor vivo y consagrado, os ruego que volváis a vuestras casas y sirváis a Dios en la esfera que os sea propia; pero si estáis asegurados de que arden dentro de vosotros brasas de enebro, no las sofoquéis, a menos que otras consideraciones de gran momento os prueben que ese deseo no es un fuego de origen celestial.

2. En segundo lugar, combinada con el vehemente deseo de hacerse pastor, debe tenerse la aptitud de enseñar, y en cierto grado, las otras cualidades necesarias para el desempeño del cargo de instructor público. Para cerciorarse un hombre de su vocación, es menester que haga con buen éxito una prueba de ellas. No por esto pretendo que las primeras veces que un hombre se pone a hablar, predique tan bien como lo hacia Robert Hall en sus últimos días. Si no predica peor de lo que ese grande hombre predicaba en un principio, no debe ser condenado. Ya sabéis que Robert Hall se abatió completamente tres veces y exclamó: "¡Si esto no me hace humilde, nada lo hará!" Algunos de los más elocuentes oradores no tenían la mayor fluidez en su juventud. El mismo Cicerón en un principio sufría debilidad de la voz y dificultad para pronunciar Con todo, no es preciso que un hombre considere que está llamado a. predicar, hasta haberse cerciorado de que puede hablar. Dios ciertamente no ha criado al hipopótamo para que vuele y aunque el leviatán tuviese un fuerte deseo de remontarse con la alondra, sería esa evidentemente una aspiración insensata, puesto que no está provisto de alas. Si un hombre estuviese llamado a predicar, se hallará dotado con cierta habilidad de locución que él cultivará y aumentará. Si no tuviese el don de expresarse medianamente en un principio, no es probable que alguna vez se pueda desarrollar en él.

He oído hablar de un individuo que tenía un deseo muy intenso de predicar, y asediaba con su solicitación a su ministro, hasta que después de una multitud de desaires obtuvo permiso para predicar un sermón como prueba. Esta oportunidad fue el fin de sus importunaciones, pues al anunciar su texto se halló destituido de toda clase de ideas, con excepción de una que dio a

conocer lleno de sentimiento, dejando en seguida la tribuna: "Hermanos míos," dijo, "si alguno de vosotros piensa que es cosa fácil predicar, le aconsejo que suba aquí, y cambiará de modo de pensar." La prueba de vuestras facultades os llevará hasta poneros de manifiesto vuestra incapacidad, si es que carecéis de la aptitud necesaria. No ha llegado a mí noticia que haya otra cosa mejor. Debemos nosotros mismos sujetarnos a inequívocas pruebas a este respecto, pues de lo contrario no podemos tener la seguridad de si Dios nos ha llamado o no; y mientras duren tales pruebas, debemos preguntarnos a menudo si sobre todo, podemos abrigar la esperanza de edificar a otros con semejantes discursos.

Debemos sin embargo, hacer más que dejar eso a la decisión de nuestra propia conciencia y juicio, porque somos jueces poco competentes. Cierta clase de hermanos tienen gran dificultad para descubrir que han sido muy admirable y divinamente auxiliados en sus declamaciones; yo les envidiaría su gloriosa libertad y complacencia de si mismo, si hubiera algún fundamento para ello; pero ¡ay! por lo que a mí toca, muy a menudo tengo que deplorar y lamentar mi falta de éxito y los escasos frutos que obtengo como orador. No hay que fiar mucho en nuestra propia opinión; pero puede aprenderse mucho de personas juiciosas dotadas de ánimo espiritual. No es esta de ninguna manera una ley obligatoria a toda clase de personas, pero es con todo una buena y antigua costumbre en muchas de nuestras iglesias rurales, que el joven que aspira al ministerio, predique ante la congregación en lo particular. Con dificultad será esto alguna vez una ordalía muy agradable para la juventud aspirante, y en muchos casos, apenas será un ejercicio muy edificante para el pueblo; pero sin embargo, puede suceder que sea un acto muy provechoso de disciplina, y evite la exposición oficial de una extrema ignorancia. El libro llevado en la iglesia de Arnsby contiene el siguiente pasaje:

"El dicho Robert Hall nació en Arnsby el 22 de mayo de 1764, y fue desde su niñez no sólo serio y dado a la oración secreta aun antes de poder hablar claro, sino enteramente inclinado a la obra del ministerio. Comenzó a componer himnos antes de cumplir siete años de edad, y en ellos dio muestras de piedad, de profundo pensamiento y de genio. Entre los ocho y los nueve años, hizo varios himnos que fueron muy admirados por muchos, uno de los cuales fue impreso en el "Cospel Magazine" (una revista evangélica) por ese tiempo. Escribió sus pensamientos sobre varios asuntos religiosos y porciones selectas de la Biblia. Estaba al mismo tiempo poseído de una intensa inclinación por la instrucción, e hizo tales progresos, que el maestro de aldea bajo cuya dirección estaba, no pudo enseñarle más. Fue enviado entonces a la escuela de internos de Northampton, bajo el cuidado del Rev. John Ryland, en donde permaneció como un año y medio, e hizo grandes progresos en latín y en griego. En octubre de 1778, fue a la Academia de Bristol, bajo el cuidado del Rev. Mr. Evans; y el 13 de agosto de 1780, fue enviado al ministerio por esta iglesia, no teniendo entonces más que diez y siete años y tres meses de edad. La causa de que la iglesia quedara satisfecha de sus aptitudes para la grande obra, fue su manera de hablar cuando le llegaba su turno, en las juntas conferenciales, sobre varias porciones de la Escritura, en las cuales y en la oración bahía participado por más de cuatro años; y el haber de regreso a su casa, a petición de la iglesia, predicado en las mañanas de los domingos, con gran satisfacción de los fieles. Estos por lo mismo, pidieron encarecida y unánimemente, el que fuese consagrado de una manera solemne para un empleo público. En consecuencia, en el día antes dicho, fue examinado por su padre delante de la iglesia, respecto de sus inclinaciones, motivos y fines, en referencia al ministerio, pidiéndosele a la vez hiciera una declaración de sus sentimientos religiosos. Hecho todo lo cual a entera satisfacción de la iglesia, los miembros de ésta lo

consagraron levantando cada uno su mano derecha y haciendo todos, una solemne oración. Su padre entonces predicó un sermón tomando por texto a 2 Tim. 2:1. "Pues tú, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús." Enviado de esta manera, predicó en la tarde sobre 2 Tes. 1:7, 8. "Que el Señor le bendiga y le dé gran éxito." (Apuntes biográficos del Rev. Robert Hall, por J. M. Morris, 1833).

Debe darse una considerable importancia al juicio de los hombres y de las mujeres que viven cerca de Dios, y en la mayor parte de los casos su veredicto no será equívoco. Sin embargo, esta apelación no es final ni infalible, y tiene que ser estimada sólo en proporción a la inteligencia y a la piedad de las gentes consultadas. Recuerdo bien cuan encarecidamente me disuadía de predicar una señora cristiana de las más piadosas que hayan existido jamás; yo procuré apreciar el valor de su opinión con sinceridad y paciencia, pero fue de mayor peso el juicio de personas de más vasta experiencia. Los jóvenes que se hallen en duda, harán bien en llevar consigo a sus amigos más sensatos la próxima vez que tengan que ir a la capilla o lugar de reunión del campo o de la aldea, para ensayarse delante de ellos en la predicación de la Palabra. Yo he notado, que vosotros, señores, como cuerpo de estudiantes, en el juicio que formáis los unos de los otros, pocas veces o nunca os engañáis. Con dificultad podría hallarse un caso en que la opinión general del colegio entero relativa a un hermano, haya sido errónea. Los hombres no son tan incapaces para formarse una opinión exacta unos de otros, como algunas veces se supone que lo son. Juntándoos como lo hacéis en clase, en las reuniones de oración, en pláticas familiares y en varios ejercicios religiosos, os aforáis entre vosotros; y un hombre sensato no podrá fácilmente desatender el veredicto de sus compañeros.

No completaría yo este punto si no agregase que la mera habilidad para edificar y aptitud para enseñar, no son bastantes, pues son menester otros talentos para completar el carácter pastoral. Un sano juicio y una sólida experiencia deben instruiros; modales finos y afecciones cariñosas, caracterizaros, y la firmeza y el valor manifestarse en vosotros, en quienes a la vez no debe faltar ternura y simpatía por los demás. Dotes administrativos para gobernar bien, son tan necesarios como dotes de erudición para enseñar bien. Debéis ser idóneos para dirigir, estar preparados para afrontarlo todo, y tener fuerza para perseverar. Con respecto a gracia debéis tener la cabeza y los hombros sobre los demás, a fin de que podáis ser su padre y consejero. Leed atentamente cuáles son las cualidades que necesita tener un obispo, en I Tim. 3:2-7, y en Tito 1:6-9. Si tales dotes y gracias no residen y abundan en vosotros, puede suceder que-tengáis éxito como evangelistas; pero como pastores, no podréis servir.

3. Para que un hombre ponga más a prueba su vocación, después de haber ejercitado un poco sus dotes tales como los de que he hablado ya, es preciso que vea algo que indique que la obra de la conversión camina bajo sus esfuerzos, pues de lo contrario, puede concluir que se ha equivocado, y por tanto, debe desistir del mejor modo posible. No es de esperarse que en el primero, ni aun en el vigésimo esfuerzo hecho en el público, podamos siempre notar un buen resultado; y un hombre puede sujetarse mientras viva a la prueba de predicar, si se siente llamado a hacerlo; pero me parece que como hombre consagrado al ministerio, su comisión carecerá de sello hasta que las almas sean traídas por su medio al conocimiento de Jesús. Como obrero, tiene que llevar adelante su trabajo tenga o no buen éxito; pero como ministro no puede estar seguro de su vocación, sino hasta que los resultados sean patentes. ¡Cómo me palpitó el corazón de alegría cuando se me dio la noticia de mi primer convertido! Nunca pude sentirme satisfecho sólo con

una congregación numerosa, y las bondadosas felicitaciones de mis amigos; deseaba ardiente--mente que los corazones se conmoviesen, que las lágrimas se viesen correr de los ojos de los penitentes. Me regocijé tanto como oí que adquiere un valioso botín, con motivo de que la esposa de un pobre labrador, confesó que sentía la culpa del pecado, y había hallado al Salvador debido a mi sermón de un domingo en la tarde. Tengo en este momento ante mi vista la choza en que ella vivía; creedme, siempre la hallo pintoresca. Recuerdo perfectamente cuando la mujer fue recibida en la iglesia, y cuando murió para ir a ocupar un celestial hogar. Fue el primer sello de mi ministerio, y puedo aseguraros que un sello muy precioso, a la verdad. Fui más feliz de lo que jamás haya podido serlo una madre a la vista de su hijo primogénito. Entonces pude haber entonado el cántico de la virgen María, porque mi alma magnificó al Señor por haberse acordado de la bajeza de mi estado para concederme el alto honor de efectuar una obra por la cual todas las generaciones me llamarían bendito, pues tanto así conceptué yo la salvación de un alma.

Debe haber algo de obra de conversión en vuestros trabajos irregulares, antes de que podáis creer que la predicación tiene que ser el empleo de vuestra vida. Recordad las palabras del Señor dichas por boca del profeta Jeremías; están muy adecuadas a este asunto, y deben alarmar a todos los predicadores que no obtienen buenos frutos: "No envié yo aquellos profetas, y ellos corrían: yo no les hablé, y ellos profetizaban. Y si ellos hubieran estado en mi secreto, también hubieran hecho oír mis palabras a mi pueblo, y les hubieran hecho volver de su mal camino, y de la maldad de sus obras." Jer. 23:21, 22.

Es para mí una maravilla el que haya hombres que se hallen a gusto predicando año tras años sin tener una conversión. ¿No tienen entrañas que los muevan a compadecerse de los demás? ¿Carecen del sentimiento de responsabilidad? ¿Se atreven por una vana y falsa representación de la Soberanía Divina, a dejar que caiga el vituperio sobre su Señor? ¿O tienen la creencia de que Pablo planta, Apolos riega, y Dios no da aumento alguno? En vano son sus talentos, su filosofía, su retórica y aun su ortodoxia, sin las señales que les deben seguir. Profetas cuyas palabras carecen de poder, sembradores cuyas semillas todas se secan, pescadores que no cogen peces, soldados que no combaten, ¿son éstos hombres de Dios? Seguramente valdría más ser rastrillo de lodo, o escoba de chimenea, antes que hallarse en el ministerio como un árbol enteramente infecundo. La ocupación más baja proporciona algún beneficio a la humanidad; pero el hombre miserable que ocupa un pulpito y no glorifica nunca a su Dios haciendo conversiones, es un cero social, un borrón, un mal de ojos, una calamidad. Es caro por la sal que se come, y mucho más por su pan; y si escribe a los periódicos quejándose de la pequeñez de su salario, su conciencia, si tiene alguna, podría bien contestarle: "ni aun lo que tienes mereces." Puede haber tiempos de sequía, y ¡ay! años de amargura pueden consumir lo adquirido en años anteriores, pero con todo, habrá frutos de que echar mano, y frutos para la gloria de Dios; y en el entretanto, la esterilidad transitoria hallará al alma presa de angustia indecible. Hermanos, si el Señor no os da celo por las almas, dedicaos a cualquiera cosa que no sea el pulpito, tomad la piedra del zapatero o la cuchara del albañil, por ejemplo, si es que estimáis en algo la paz de vuestro corazón y vuestra futura salvación.

4. Un paso más allá de todo esto, es, sin embargo, preciso en nuestra investigación. La voluntad del Señor relativa a los pastores, se da a conocer por el juicio suplicatorio de su iglesia. Es indispensable como una prueba de vuestra vocación que vuestra predicación sea aceptable al pueblo de Dios. Dios comúnmente abre las puertas de una buena expresión, a aquellos a quienes

llama a que hablen en su nombre. La impaciencia querría abrir la puerta empujándola, o derribándola, pero la fe está a las órdenes del Señor, y a su debido tiempo se le da su oportunidad. Al llegar ésta es cuando nos llega nuestra prueba. Una vez ya predicando, nuestro espíritu será juzgado por el auditorio, y si fuese condenado, o si como regla general, la iglesia no fuese edificada, no debe ponerse en duda la conclusión de que no somos enviados de Dios. Las marcas y señales de un verdadero obispo, se hallan asentadas en la Palabra para guía de la Iglesia; y si al seguir tal guía, no ven los hermanos en nosotros esas cualidades, y no nos eligen para tal cargo, es bastante claro que por bien que evangelicemos, el oficio de pastor no es para nosotros. No todas las iglesias son sabias, ni todas juzgan influidas por el Espíritu Santo, sino que muchas lo hacen según la carne; con todo, yo estaría más dispuesto a aceptar la opinión de una congregación del pueblo del Señor, antes que la mía, al tratarse de un asunto tan personal como el de mis dotes y mi gracia. De todas maneras, ya sea que deis o no importancia al veredicto de la Iglesia, una cosa es cierta, y es que ninguno de vosotros podrá ser pastor sin contar con el afectuoso consentimiento del rebaño, y de consiguiente, esto será para vosotros un indicador práctico aunque no sea enteramente exacto. Si vuestro llamamiento por el Señor fuese real, no guardaréis silencio largo tiempo. Tan cierto como es que el hombre necesita su hora, lo es que la hora necesita su hombre. La Iglesia de Dios siempre tiene urgente necesidad de buenos ministros: para ella un hombre es siempre más precioso que el oro de Ophir. Los pastores puramente formales, carecen de trabajo y sufren hambre, pero los ungidos del Señor nunca pueden hallarse sin ocupación, porque siempre hay oídos prontos a escucharlos que los conocerán por sus discursos, y corazones dispuestos a darles la bienvenida en el lugar señalado. Sed idóneos para vuestro trabajo, y nunca estaréis fuera de él. No corráis ofreciéndoos vosotros mismos para predicar aquí y allá; dad más importancia a vuestra aptitud, que a vuestra oportunidad, y más aún a andar en los caminos de Dios, que a ninguna otra cosa. Las ovejas conocerán al pastor enviado de Dios; el portero del redil os abrirá, y el rebaño conocerá vuestra voz.

Cuando comencé esta plática, no había leído aún la admirable carta que John Newton escribió a un amigo suyo sobre este asunto; se halla tan de acuerdo con mis ideas, que a riesgo de que se me tenga por un copista, lo que ciertamente no soy en esta ocasión, voy a leeros la carta:

"Vuestro caso me trae a la memoria el mío; mis primeros deseos hacia el ministerio, fueron acompañados de grandes incertidumbres y dificultades, y la perplejidad de mi ánimo se aumentó por los diversos juicios de mis amigos, opuestos entre sí. El consejo que tengo que ofrecer, es el resultado de una penosa experiencia, y por esta razón, quizá no sea inaceptable para usted. Ruego lo haga útil nuestro bondadoso Señor.

"Me hallaba muy preocupado, como vos lo estáis, acerca de lo que fuera o no un llamamiento propio al ministerio. Ahora me parece un punto de fácil solución; pero tal vez no lo sea así para vos, hasta que el Señor os lo haga claro en vuestro propio caso. No cuento con tiempo para decir tanto como podría. En resumen, creo que eso incluye principalmente tres cosas:

"1. Un ardiente y sincero deseo de ser empleado en este servicio. Concibo que el hombre que una vez que es movido por el Espíritu de Dios para este trabajo, lo preferirá, si está a su alcance, a un tesoro de oro o plata; de modo que, aunque a veces se halle intimidado por la importancia y dificultades de tal cargo, en vista de su grande insuficiencia (porque es de presumirse que un

llamamiento de esta naturaleza, si realmente viene de Dios, debe estar acompañado de la humildad y menosprecio de sí mismo) no pueda, con todo, abandonarlo. Juzgo que es una buena regla investigar con relación a este punto, si el deseo de predicar es más ferviente en nuestras más vivas y espirituales fantasías, y cuando más nos hundimos en el polvo delante del Señor. Si es así, esta es una buena señal. Pero si, como algunas veces acontece, una persona está muy ansiosa de predicar a las demás, cuando se halla con poca hambre y poca sed de gracia en su propia alma, es entonces de temerse que su celo dimane más bien de un principio egoísta, que del Espíritu de Dios.

"2. Además de este afectuoso deseo y buena disposición de predicar, debe en su debido tiempo aparecer la competencia suficiente para ello en cuanto a dotes, instrucción y modo de expresarse. Es seguro que si el Señor envía a un hombre a predicar a los demás, cuidará de proveerlo de lo que ha menester. Creo que han pensado en constituirse en predicadores, muchos que apenas estaban en camino, o antes de su llamamiento a hacerlo. La principal diferencia entre un ministro y un cristiano privado, parece que consiste en aquellas dotes ministeriales que se le imparten no para su propio beneficio, sino para la edificación de los demás. Pero digo que estos tienen que aparecer a su debido tiempo; no deben esperarse instantáneamente, sino por grados, en el uso de los medios adecuados. Son necesarios para el desempeño del ministerio, pero no lo son como requisito previo para sancionar nuestras aspiraciones a él. Por lo que a vos hace, sois joven y tenéis tiempo ante vos, por tanto, creo que no debéis preocuparos con la investigación de si ya tenéis tales dotes. Basta que vuestro deseo se haya fijado y que tengáis voluntad en el camino de la oración y de la diligencia, de estar a las órdenes del Señor que las concede. Por ahora no los necesitáis.

"3. Lo que finalmente evidencia un llamamiento propio, es que tenga un principio providencial, por una reunión de circunstancias que gradualmente indiquen los medios, el tiempo y el lugar para emprender los trabajos. Y hasta que esta coincidencia no se verifique, no debéis esperar ver vuestro espíritu libre siempre de toda vacilación. La principal precaución que debe tomarse a este respecto, es no dejarse llevar por las primeras apariencias. Si la voluntad del Señor fuese traeros al ministerio, ya os tiene designados vuestro lugar y vuestro servicio, y aunque no sepáis cuales son todavía, lo sabréis en su oportunidad. No teniendo los talentos de un ángel podrías hacer nada bueno con ellos hasta que os llegue la hora prefijada por Dios, y él os conduzca a la gente
1 Nosotros titubearíamos en hablar precisamente de esta manera. Los dotes deben manifestarse de alguna manera antes de que el deseo sea estimulado. Con todo, en lo esencial estoy de acuerdo con el Sr. Newton a quien haya determinado bendecir por vuestro medio Es muy difícil que nos restrinjamos aquí dentro de los límites de la prudencia, cuando nuestro celo es ardiente: al afectar a nuestro corazón un sentimiento de amor a Cristo, y de tierna compasión por los pobres pecadores, es natural que nos veamos impulsados a comenzar cuanto antes; pero el que cree no debe apresurarse. Yo duré cinco años bajo esta compulsión, pensando algunas veces que debía predicar aun cuando fuera en las calles. Prestaba atención a todo lo que me parecía plausible, y a muchas cosas que no las juzgaba así; pero el Señor bondadosamente, y de un modo insensible, por decirlo así, obstruyó mi camino con espinas: a no haber sido esto, y abandonado yo a mis propios sentimientos, habría puesto fuera de mi posibilidad el haber sido colocado en una esfera de utilidad tal como a la que él en su debido tiempo se ha servido conducirme. Y ahora puedo ver con claridad que en el tiempo en que yo habría querido salir a la palestra, aunque mi intención haya sido buena en el fondo, como quiero creerlo, con todo, me estimaba yo

en más de lo que valía, y carecía del juicio espiritual y de la experiencia que son requisitos indispensables para un trabajo de tan gran importancia."

Lo dicho hasta aquí podría bastaros, pero puedo presentar a vuestra consideración el mismo asunto si os pormenorizo algo de la experiencia que he adquirido en mi trato con los aspirantes al ministerio. Tengo que llenar constantemente el deber que caía en suerte a ciertos empleados de Cromwell llamados Triers o probadores. Tengo que formar una opinión en cuanto a la cordura de ayudar a ciertos hombres en sus tentativas para hacerse pastores. Este es un deber de suma responsabilidad, y el desempeño del cual requiere un cuidado nada común No me constituyo, por supuesto, en juez para fallar si un hombre debe ingresar o no al pastorado; sino que mi examen lleva meramente por mira contestar a la pregunta de si esta institución tiene que ayudarle o que abandonarle a sus propios esfuerzos. Algunos de nuestros caritativos vecinos nos acusan de tener aquí una fábrica de pastores, pero semejante cargo no es cierto absolutamente. Nunca hemos tratado de hacer un ministro, y fracasaríamos si tal pretendiéramos: no recibimos en el Colegio sino a los que profesan el ser ministros ya. Se acercarían más a la verdad los que me llamaran destructor de pastores, porque un buen número de principiantes han sido desahuciados por mí, y tengo enteramente tranquila la conciencia al reflexionar en lo que así he hecho. Ha sido siempre para mí una tarea penosa el desanimar a un hermano joven y lleno de esperanza que ha solicitado su admisión al Colegio. Mi corazón se ha inclinado siempre al lado de la condescendencia, pero mi deber para con las iglesias me ha obligado a juzgar con toda imparcialidad. Después de oír lo que el candidato ha tenido que decir, de leer sus excusas, y de hacerme cargo de sus respuestas a mis preguntas, si ha entrado en mi ánimo la convicción de que el Señor no lo había llamado, me he visto precisado a manifestárselo así. Algunos de esos casos pueden ser tipos de todos. Se presentan algunos jóvenes que ardientemente desean entrar al ministerio, pero con pena se ve trasparentárseles el motivo principal que a ello los impele, que no es otro que el deseo de brillar entre los hombres. A hombres de esta clase, considerados desde un punto común de vista, hay que recomendárseles por su aspiración; pero es de tenerse en cuenta que el pulpito no debe ser la escalera por la cual tenga que encaramarse la ambición. Si hombres así hubieran entrado al ejército, nunca habrían estado satisfechos sino hasta haber llegado al rango superior, vista su determinación de seguir adelante en su camino, lo cual hasta cierto punto merece ser encomiado; pero están alucinados con la idea de que si ingresaran al ministerio, se distinguirían en gran manera: han sentido brotar en ellos los pimpollos del genio, y se han considerado superiores a las personas ordinarias, y por lo mismo, miran al ministerio como una plataforma donde desplegar sus supuestas habilidades. Siempre que esto ha sido visible, no he podido menos que dejar al hombre "to gang his ain gate" (ir por su propio camino) como los escoceses dicen: persuadido de que tales espíritus llegan siempre a nulificarse si entran al servicio del Señor. Hablamos que no tenemos nada de qué gloriarnos, y si algo tuviéramos, el peor lugar para exhibirlo sería un pulpito, pues allí somos llevados diariamente a sentir nuestra propia insignificancia y nulidad.

A hombres que desde su conversión han mostrado gran debilidad de espíritu, y pueden ser inducidos con facilidad a abrazar doctrinas extrañas, o a frecuentar malas compañías y a caer en pecados groseros, nunca me dictará el corazón que los anime a entrar en el ministerio, sea cual fuere su palabra. Que se mantengan, si verdaderamente se han arrepentido, en la retaguardia de las filas. Inestables como el agua, no podrán sobresalir.

De la propia manera, a los que no pueden soportar un trabajo pesado, sino son de los que gastan guantes de cabritilla, yo los remitiría a otra parte cualquiera. Necesitamos soldados, no petimetres; obreros empeñosos, no apuestos haraganes. Los hombres que nada han hecho hasta el tiempo de su ingreso al colegio, se dice que ganan sus espuelas antes de haber sido probados públicamente como caballeros. Los amantes fervorosos de las almas, no esperan hasta ser amaestrados, sino que desde luego sirven a su Señor.

Acuden a mí ciertos hombres bonachones que se distinguen por lo extremo de su vehemencia y de su celo, tanto como por la carencia absoluta de todo seso: hermanos son éstos que hablan y hablan sin decir nada; que machacan y cascan la Biblia, y no sacan nada de toda ella; que son enérgicos, oh sí, terriblemente enérgicos, montes enfermos de parto, de la clase más lastimosa, que nada dan a luz, ni siquiera el ridículo ratón. Hay predicadores fanáticos que no son capaces de concebir o de expresar cinco pensamientos consecutivos, cuya capacidad es tan estrecha, cuanto ancha su presunción, y éstos bien pueden martillar, y gritar, y delirar, y desgarrarse, y rabiar, y todo *el ruido que armen será como el que sale del hueco de un tambor. Yo concibo que estos hermanos harán lo mismo con educación que sin ella, y por lo mismo, he rehusado generalmente acceder a su petición.

Otra clase de hombres sumamente numerosa, buscan el pulpito sin saber por qué. No pueden enseñar ni quieren aprender, y con todo, quieren a todo trance ser ministros. Semejantes al hombre que durmió en el Parnaso, y desde entonces se figuró que era poeta, han tenido la imprudencia bastante para lanzar alguna vez un sermón sobre un auditorio, y no pueden después vivir sin predicar. Tienen tanta prisa por desprenderse de vestiduras cosidas, que harán un rasgón en la iglesia de la cual son miembros por salirse con la suya. El mostrador de una tienda tiene poca gracia, mientras que el cojín del pulpito está lleno de atractivos; están cansados de las balanzas y de las pesas, y necesitan ejercitar sus manos en las balanzas del santuario. Tales hombres, como las olas agitadas del océano, forman espuma por lo general con su propia vergüenza, y somos felices cuando nos despedimos de ellos para no verlos más.
Los defectos físicos dan lugar a la duda acerca de la vocación de algunos hombres excelentes. Yo no pretendo, como Eusthenes, juzgar a los hombres por su aspecto, pero su físico general puede servir para formar un criterio de no pequeño peso. Un pecho angosto no indica a un hombre formado para discursos públicos. Podrán pareceres extravagancia, pero con todo, me siento bien persuadido de que cuando un hombre tiene un pecho contraído, sin distancia entre sus hombros, el Creador sapientísimo no se propuso que contrajera el hábito de predicar. Si hubiera llevado la mira de que hablara, le habría dado cierta anchura de pecho suficiente para contener la cantidad necesaria de fuerza pulmonar. Cuando el Señor se propone que una criatura corra, le da piernas ligeras, y si se propone que otra criatura predique, le dará pulmones a propósito para ello. Un hermano que tenga que pararse en la mitad de una frase, para dar aire a sus órganos respiratorios, debe preguntarse a sí mismo, si no hay alguna otra ocupación que le sea más adecuada. Un hombre que apenas puede terminar una sentencia sin molestia, con dificultad puede ser llamado a "clamar en voz alta sin cesar." Puede haber excepciones; pero ¿no es de peso la regla general? Los hermanos que tienen bocas defectuosas y una articulación imperfecta, no están por lo común llamados a predicar el Evangelio. Esto mismo se aplica a los hermanos que carecen de paladar o de un perfecto tono.

Se recibió una solicitud hace poco tiempo, de parte de un joven que tenía una especie de acción rotatoria de quijadas, que causaba un lamentable efecto en el que lo veía. Su pastor le recomendó como un joven muy santo, que había sido instrumento para traer algunos a Cristo, y expresaba la esperanza de que yo lo recibiría, pero no pude ver el fundamento de ella. No me habría sido posible verlo predicar, sin soltar la carcajada, aun cuando me hubieran dado todo el oro de Tarsis por no hacerlo, y es muy probable que a las nueve décimas partes de sus oyentes, les habría costado más trabajo reprimirse que a mí. A un hombre de lengua tan gruesa que le llenaba toda la boca impidiéndole articular con claridad; a otro sin dientes; a otro que tartamudeaba; a uno más que no podía pronunciar todo el alfabeto, he tenido aunque con pena, que desecharlos, fundándome en que Dios no les había dado aquellas cualidades físicas que son, como un devocionario diría, "generalmente necesarias."

He tropezado por ahí con un hermano ¿uno digo? con diez, con veinte, con cien, que han alegado que estaban ciertos, enteramente ciertos de que eran llamados al ministerio, y esta certeza absoluta, les venía de haber fracasado en todo lo demás. He aquí una historieta que pinta a lo vivo a esta clase de pretendientes: "Señor, fui puesto en el despacho de un abogado, pero no pude soportar el encierro, no pude estar en mi elemento estudiando leyes; se vio claramente que la Providencia había obstruido mi camino, porque perdí mi colocación."—"¿Y qué hizo usted entonces?" —"Pues, señor, me vi inducido a abrir una tienda de abarrotes."—"¿E hizo usted buen negocio?"—"No del todo, señor, pues no pienso que mi destino haya sido nunca el comercio, y pareció que el Señor me cerraba también este camino, porque fracasé y me hallé envuelto en grandes dificultades. Desde entonces he trabajado un poco como agente de una compañía de seguros de vida, y he procurado conseguir una escuela, además de vender té; pero siempre he encontrado obstáculos en lo que hacía, y algo dentro de mí me hace sentir que yo debo ser ministro." Yo por lo general les doy esta respuesta: "Bien, lo entiendo, usted ha fracasado en todo, y por lo mismo, juzga que el Señor le ha concedido dotes especiales para su servicio; pero temo que se haya usted olvidado de que el ministerio necesita formarse de la flor y nata de los hombres, y no de los que no sirven para nada. Un hombre que alcanzara buen éxito como predicador, lo alcanzaría probablemente también como comerciante, abogado u otra cosa cualquiera. Un ministro realmente estimable, habría podido distinguirse en todo. Apenas habrá cosa imposible para un hombre que puede conservar una congregación unida por años enteros, y ser instrumento de su edificación durante centenares consecutivos de días consagrados al Señor; debe ser poseedor de algunas habilidades, y de ninguna manera un necio o bueno para nada. Jesucristo merece que los mejores hombres prediquen su cruz, y no los casquivanos o descamisados."

Un joven con cuya presencia fui honrado una vez, dejó en mi ánimo fotografiada su refinada presunción. Su semblante mismo parecía la portada de un torno entero de petulancia y falsedad. Me envió un recado a mi despacho un domingo en la mañana, diciéndome que necesitaba verme en el acto. Su audacia le abrió la puerta, y cuando lo tuve enfrente, me dijo: "Señor, necesito entrar en el colegio de usted y desearla hacerlo inmediatamente."—"Bien, señor," le contesté, "temo que no tengamos lugar para usted por ahora, pero tomaré en consideración el caso de usted"—"Pero mi caso es muy notable, señor; probablemente usted no ha de haber recibido nunca una solicitud como la mía."—"Muy bien, nos fijaremos en ella; mi secretario dará a usted uno de los formularios usados para las solicitudes, y usted puede verme el lunes." Volvió, en efecto, ese día, trayéndome las preguntas contestadas del modo más extraordinario. En cuanto a

libros, pretendió haber leído toda clase de literatura antigua y moderna, y después de haber dado una inmensa lista de obras, agregó: "no he hecho más que escoger algo; he hecho estudios más extensos en todos estos ramos." Por lo que hacía a su predicación, podía producir los más altos testimonios, pero apenas creía que eso le fuera menester, puesto que una entrevista suya personal conmigo, me convencería en el acto de su habilidad. Su sorpresa fue grande cuando le dije: "Señor, me veo obligado a decirle a usted que no puedo recibirlo." —"¿Por qué no, señor?"—"Se lo diré a usted con franqueza. Es usted tan estupendamente sabio, que me resistiría yo a inferirle la ofensa de recibirlo en nuestro colegio, en donde no tenemos más que hombres comunes y corrientes: el presidente, los directores y estudiantes, son personas todas ellas de medianos alcances, y usted tendría que usar mucha condescendencia para ingresar a nuestro seno." El me miró severamente y me dijo con dignidad: "¿Es decir que porque tengo un genio poco común, y he producido en mí mismo un espíritu tan gigantesco como por rareza puede verse, se me rehúsa la admisión en el colegio de usted?"—"Sí," repliqué con toda la calma que me fue posible, considerando el reverente y subyugador temor que su genio inspiraba, "por esa misma razón."—"Entonces, señor, usted debe permitirme el que ponga a prueba mis aptitudes oratorias: escójame usted el texto que le agrade, o sugiérame el asunto que le parezca, y aquí, en este mismo sitio, hablaré o predicaré sobre él sin la menor deliberación, y usted se sorprenderá."—"No, gracias, prefiero no tomarme la molestia de escuchar a usted."—"¡Molestia! señor; le aseguro a usted que sería el mayor placer posible que usted pudiera disfrutar." Le dije que bien podría ser, pero que me sentía indigno de ese privilegio, y de consiguiente le di una larga despedida. El individuo me era desconocido en ese tiempo, pero desde entonces ha figurado en los anales de la policía, quizá por su extremada habilidad.

A veces hemos tenido solicitudes de las que quizá os sorprenderíais, de hombres que evidentemente tienen bastante fluidez, y que contestan todas nuestras preguntas muy bien, excepto las relativas a sus opiniones doctrinales, a las cuales en repetidas ocasiones hemos tenido esta respuesta: "¡El señor Fulano de tal está dispuesto a recibir las doctrinas del colegio, sean éstas cuales fueren!" En semejantes casos nunca titubeamos ni un momento, dando en el acto una contestación negativa. Hago mención de esto para poner así de bulto nuestra convicción de que no están llamados al ministerio los hombres que carecen de conocimientos religiosos y de creencias bien definidas. Cuando se presentan individuos jóvenes que dicen que no han fijado definitivamente sus ideas en cuanto a teología, debe hacérseles volver a la escuela dominical hasta que lo hagan. Porque un hombre que viene con vacilaciones o engañifas al colegio, pretendiendo que tiene su espíritu abierto para acoger cualquiera forma de verdad, y que es eminentemente receptivo, pero que no ha fijado en su ánimo cosas tales como si Dios tiene o no una elección de gracia, o si él ama a su pueblo hasta el fin, me parece que es una perfecta monstruosidad. "No un novicio," dice el apóstol; y un hombre que vacila acerca de puntos como éstos, no es otra cosa que un egregio y manifiesto novicio, y debe ser relegado a la clase de catecismo hasta que haya aprendido las primeras verdades del Evangelio.

Sobre todo, señores, tendremos que probar nuestro llamamiento por la prueba práctica de nuestro ministerio en el transcurso de nuestra vida, y será para nosotros una cosa lamentable emprender la carrera sin el examen debido, pues que haciéndolo así, nos exponemos a tener que dejarlo con ignominia. Por último, la experiencia será nuestra prueba más segura, y si Dios nos sostiene de año en año, y nos da su bendición, no necesitamos otra señal de nuestro llamamiento. Nuestra aptitud moral y espiritual será patentizada por la obra de nuestro ministerio, y esta es la prueba

más fidedigna de todas. No recuerdo a quién le oí hablar en una conversación, de un plan adoptado por Matthew Wilks, para examinar a un joven que quería ser misionero. El designio, si no el asunto de la prueba, se recomienda a mi juicio aunque no a mi gusto. El joven deseaba ir a la India como misionero, en conexión con la Sociedad Misionera Londinense. El señor Wilks fue designado para juzgar de su aptitud para tal puesto. Con este motivo le escribió al joven diciéndole que fuera a verlo la mañana siguiente a las seis. El hermano vivía a muchas millas de allí, pero estuvo en la casa a las seis en punto. El señor Wilks no entró, sin embargo, en la pieza, sino hasta horas después. El hermano esperó sorprendido de la tardanza, pero con paciencia. Por fin llegó el señor Wilks, y se dirigió al candidato del modo siguiente en el tono gangoso que le era habitual: "¿Conque usted, joven, quiere ser misionero?"—"Sí, señor."—"¿Ama usted al Señor Jesucristo?"—"Espero que sí."—"¿Y ha recibido usted alguna educación?"—"Alguna, señor,"—"Bien. Pasemos ahora a examinar a usted. ¿Sabe usted deletrear la palabra gato?" “El joven pareció confuso y apenas sabía qué contestación dar a una pregunta tan descabellada. Su ánimo vaciló evidentemente entre la indignación y la sumisión, pero dominándose respondió al momento con firmeza: "g, a, ga; t, o, to: gato."—"Muy bien," dijo el señor Wilks, "ahora deletree usted perro." Nuestro joven mártir titubeó, pero el señor Wilks le dijo del modo más frío: "Oh, no se preocupe usted, no sea tímido; usted deletreó la otra palabra con tanta propiedad, que apostaría a que usted podría deletrear ésta; convengo a que la cosa es dificililla, pero no en tan alto grado que no pueda usted hacerla sin ponerse colorado." El joven Job replicó: "p, e, pe; rr, o, rro: perro."—"Perfectamente. Veo que sabe usted deletrear. Ahora veamos qué tal está usted en aritmética: ¿cuántas son dos veces dos?" No sé como el señor Wilks no recibió dos veces dos mojicones, pero el sufrido joven le dio la respuesta debida, y quedó concluido el acto. El señor Matthew Wilks dijo en la junta del Comité: Yo recomiendo cordialmente a ese joven. He examinado debidamente sus certificados y su carácter, y además lo he sujetado a una prueba personal de tal naturaleza que pocos la habrían podido soportar. Probé su abnegación, haciéndole levantarse muy temprano en la mañana; probé su carácter, y probé su humildad. El puede deletrear gato y perro, y sabe decir que dos veces dos son cuatro, de lo cual deduzco que será un excelente misionero." Ahora, lo que el anciano caballero se dice que hizo con tan pésimo gusto, podemos nosotros hacerlo con mucha propiedad con nosotros mismos. Debemos probar si podemos soportar el ser mirados con desdén, el cansancio, la denigración, el escarnio, los trabajos molestos; y si podemos consentir en ser hechos la basura de cuanto hay, y en ser tratados como estropajo, todo por el amor de Jesucristo. Si podemos sufrir todo esto, tenemos algunos de los puntos que indican la posesión de las raras cualidades que deben hallarse en un verdadero siervo de nuestro Señor. Tengo dudas serias acerca de si algunos de nosotros, cuando tengamos nuestros buques caminando lejos de la playa, podamos hallarlos tan dignos del mar como los hemos juzgado. Oh, hermanos míos, construidlo de la manera más sólida mientras estáis en este retiro y trabajad diligentemente en haceros idóneos para vuestra alta vocación. Os veréis sujetos a bastantes pruebas, y ¡ay de vosotros si no andáis cubiertos de pies a cabeza, con una armadura que pueda resistirlas! Tendréis que correr con la caballería, para que la infantería no os canse mientras estáis en vuestros estudios preliminares. El diablo se halla afuera, y le acompañan muchos. Probaos a vosotros mismos, y ojalá que el Señor os prepare para el crisol y el horno que seguramente os esperan. Vuestra tribulación no puede en todos respectos ser tan severa como la de Pablo y sus compañeros, pero debéis estar dispuestos a una ordalía semejante. Permitidme que os lea sus palabras memorables, y que os ruegue le pidáis a Dios, mientras las escucháis, que su Santo Espíritu os dé fuerza para cumplir con todo lo que aquí se os presenta: "No dando a nadie ningún escándalo, porque el ministerio nuestro no sea vituperado: antes habiéndonos en todas

cosas como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles, en alborotos, en trabajos, en vigilias, en ayunos, en castidad, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en Espíritu Santo, en amor no fingido, en palabra de verdad, en potencia de Dios, en armas de justicia a diestro y a siniestro, por honra y por deshonra, por infamia y por buena fama; como engañados, mas hombres de verdad; como ignorados, mas conocidos; como muriendo, mas he aquí vivimos; como castigados, mas no muertos; como doloridos, mas siempre gozosos; como pobres, enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo."

***

PLATICA III
La Oración Privada del Predicador

El predicador se distingue por supuesto sobre todos los demás como hombre de oración. Ora como un cristiano común, de lo contrario sería un hipócrita. Ora más que los cristianos comunes, de lo contrario estarían incapacitados para el desempeño de la tarea que ha emprendido. "Sería enteramente monstruoso," dice Bernard, "que un hombre fuese superior en cargo, e inferior en alma; el primero en posición y el último en su manera de vivir." Sobre todas sus otras concernencias, la preeminencia de la responsabilidad del pastor derrama la luz de un halo, y si es sincero para con su Señor, se hace distinguir por su espíritu de oración en todas ellas. Como ciudadano, tiene en él su país la ventaja de su intercesión; como vecino, todos aquellos a quienes su sombra cobija son recordados en sus oraciones. Ora como marido y como padre; se esfuerza en hacer de las devociones de su familia, un modelo que presentar a su rebaño; y si el fuego propio del altar de Dios, tiene que bajar de allí para arder en alguna otra parte, se halla bien atendido en la casa del siervo escogido del Señor, porque él cuida de que tanto el sacrificio matutino como el vespertino, santifiquen su morada. Pero hay entre sus oraciones, algunas relacionadas con su cargo, y de éstas nos lleva a hablaros con especialidad, el plan que nos hemos propuesto seguir en las presentes pláticas. Ofrece oraciones particulares como ministro y además aproxima a Dios en este respecto, todo lo referente a sus otras concernencias.

Doy por sentado que como ministro siempre está orando. Cada vez que su ánimo vuelva al trabajo que le incumbe, ya sea que esté en él o fuera de él, eleva una petición, enviando sus santos deseos, como saetas bien dirigidas a los cielos. No está siempre en el acto de la oración, pero sí vive en el espíritu de ella. Si su corazón está en el trabajo que le incumbe, no puede el pastor comer o beber, tener asueto, acostarse o levantarse por la mañana, sin sentir constantemente un fervor de deseo, un peso de ansiedad, y una simplicidad de su dependencia de Dios; y de esta manera, en una forma u otra continúa su oración. Si tiene que haber algún hombre bajo el cielo, obligado a cumplir con el precepto de "Orad sin cesar," lo es sin duda el ministro cristiano. Este tiene tentaciones especiales, pruebas particulares, dificultades singulares y deberes notables; tiene que mantener con Dios relaciones reverentes, y que estar ligado a los hombres por medio de misteriosos intereses; necesita de consiguiente, mucha más gracia que los hombres comunes, y como él lo sabe así, se ve obligado a clamar incesantemente pidiéndole fuerza al Fuerte, y a decir- "Levantaré mis ojos a los montes, de donde viene mi socorro." Aleine escribió una vez a un amigo querido: "Aun cuando me hallo inclinado a dejar mi puesto, rompiendo violentamente las cerraduras que me mantienen en él, me parece, sin embargo, que estoy como

un pájaro fuera de su nido, y no me siento tranquilo sino hasta verme en mi antiguo camino de comunión con Dios, pasándome lo que a la aguja de la brújula que no se pone en reposo sino hasta que se halla vuelta al polo septentrional. Puedo decir, por la gracia divina, con la iglesia: Con mi alma te he deseado por la noche, y con mi espíritu te he buscado temprano dentro de mí. Mi corazón está temprano y tarde con Dios; es la ocupación y el deleite de mi vida buscarle." Tal debe ser, oh hombres de Dios, el constante tenor de vuestro proceder. Si como ministros no sois muy dados a la oración, merecéis que mucho se os compadezca. Si en lo futuro, sois llamados a ocupar pasturados, grandes o pequeños, si os mostráis remisos en la oración secreta, no sólo vosotros necesitaréis que se os compadezca, sino vuestras respectivas congregaciones también; y en adición a eso, seréis vituperados, llegando el día en que os veáis avergonzados y confundidos. Apenas me parece necesario encareceros los gratos usos de la devoción privada, y sin embargo, no puedo abstenerme de hacerlo. Para vosotros, como embajadores de Dios, el propiciatorio tiene una virtud inestimable; mientras más familiarizados estéis con el atrio del cielo, desempeñaréis mejor vuestra misión celestial. Entre todas las influencias formativas que tienden a hacer a un hombre favorecido de Dios en el ministerio, no conozco ninguna más eficaz que su familiaridad con el propiciatorio. Todo lo que el curso de estudios en un colegio puede hacer por un estudiante, es cosa vasta y externa en comparación con el refinamiento espiritual y delicado obtenido mediante la comunión con Dios. Mientras el ministro en cierne está dando vueltas a la rueda de la preparación, la oración es el instrumento del gran alfarero, por medio del cual amolda la vasija. Todas nuestras bibliotecas y estudios son meras vaciedades en comparación con nuestros gabinetes de retiro. En estos crecemos, nos hacemos fuertes, prevalecemos en la oración privada.

Las oraciones que hagáis serán vuestros auxiliares más eficaces mientras vuestros discursos estén sobre el yunque todavía. Mientras otros hombres como Esaú anden en busca de su porción, vosotros con el auxilio de la oración hallaréis cerca de vuestra casa la carne delicada, y podréis decir de razón lo que Jacob dijo sin ella, "el Señor me la trajo." Si podéis mojar vuestras plumas en vuestro corazón, recurriendo a Dios con toda sinceridad, escribiréis bien; y si arrodillados en la puerta del cielo podéis reunir vuestros materiales, no dejaréis de hablar bien. La oración como ejercicio mental, traerá muchos asuntos al entendimiento, y así ayudará a la elección de un punto, a la vez que como práctica espiritual purificará vuestra vista interior para que podáis ver la verdad a la luz de Dios. Los textos rehusarán a menudo revelar sus tesoros hasta que los abráis con la llave de la oración. ¡Cuan admirablemente fueron abiertos los libros a Daniel, cuando estaba en oración! ¡Cuánto aprendió Pedro sobre el techo de una casa! El gabinete de retiro es el mejor estudio. Los comentadores son buenos instructores, pero el Autor mismo lo es mucho mejor, y la oración hace una directa apelación a él y lo alista en nuestra causa. Es una gran cosa que uno ore en el espíritu y sustancia de un texto, trabajando dentro de él para convertirlo en alimento sagrado, a semejanza del gusano que se abre camino por entre la almendra de una nuez. La oración suministra una palanca para levantar verdades pesadas. Se asombra uno al pensar cómo pudieron haberse colocado en sus sitios las piedras de Stonehenge, pero más asombro causa el inquirir de dónde han obtenido algunos hombres un conocimiento tan admirable de doctrinas misteriosas: ¿no fue la oración la poderosa máquina que obró tal maravilla? Sirviendo uno a Dios se le tornan a menudo las tinieblas en luz. Una investigación perseverante de los oráculos sagrados, levanta el velo y da gracia para mirar el interior de las cosas de Dios. Cierto teólogo puritano, en un debate, se observó que escribía con frecuencia en un papel que tenía delante, por lo cual hubo algunos curiosos que procuraron leer sus anotaciones, no encontrando

en el papel más que las palabras "Más luz, Señor;" "Más luz, Señor," repetidas muchas veces: he ahí una oración muy a propósito para el estudiante de la palabra cuando está preparando su discurso.

Vosotros hallaréis frecuentemente corrientes frescas de pensamientos, surgiendo del pasaje que tengáis a la vista, como si la roca hubiese sido golpeada por la vara de Moisés; nuevas vetas de rico metal se presentarán a vuestras atónitas miradas, si trabajáis como canteros en la Palabra de Dios, usando diligentemente el martillo de la oración. Algunas veces sentiréis como si estuvierais enteramente encerrados, más cuando menos lo penséis se os abrirá un camino nuevo. El que tiene la llave de David abre, y nadie cierra. Si alguna vez habéis navegado en el Rin siguiendo su corriente, la escena que presentan las aguas de ese majestuoso río, os habrá hecho la impresión de que en su efecto tiene mucha semejanza con la que presentarían una sucesión de lagos. Tanto por el lado de la popa, como por el de la proa del barco, aparece éste rodeado de macizos muros de roca, o de terrados circulares cubiertos de viñedos, hasta que de improviso dais vuelta a un ángulo, y veis el alegre y caudaloso río continuar su curso con la fuerza que le es propia. Del mismo modo el estudiante empeñoso va a dar con un texto; éste se le presenta sin ninguna salida, pero la oración impele su barco dirigiendo su proa por aguas dulces, y entonces contempla el río ancho y profundo de la verdad sagrada corriendo en su plenitud, y llevándolo con él. ¿No es ésta una razón convincente, para no dejar nunca la oración? Usad la oración como un taladro, y fuentes de agua viva saltarán de las entrañas de la Palabra. ¡Quién podrá conformarse con morirse de sed, pudiendo tener aguas vivas con tanta facilidad!

Los hombres mejores y más santos han hecho siempre de la oración la parte más importante de su preparación para el pulpito. De M'Cheyne se dice lo siguiente:1 "Ansioso de dar a un pueblo el día del Señor, lo que algo le hubiera costado, nunca sin una razón urgente, se presentaba ante él, sin haber meditado y orado mucho con anterioridad. Su principio a este respecto, estaba encarnado en una observación que nos hizo a algunos de nosotros que platicábamos acerca de tal asunto. Preguntándole lo que opinaba con respecto a una preparación diligente para el pulpito, nos hizo recordar a Ex. 27:20: "aceite molido; aceite molido para las lámparas del Santuario." Y además de esto, su espíritu de oración era mayor todavía. A la verdad, no podía descuidar su asociación con Dios antes de entrar en la congregación. Necesitaba estar bañado en el amor de Dios. Su ministerio era de tal manera el resultado de las ideas que habían santificado primero su propia alma, que la salud adquirida por ésta le era absolutamente necesaria para el vigor y eficacia de sus ministraciones. "Para él el principio de todo trabajo consistía invariablemente en la preparación de su propia alma. Las paredes de su aposento eran testigos de sus oraciones constantes y de sus lágrimas, asi como de sus lamentos."

1 Memoir and Remains del Rev. Robert Murray M'Cheyne, pág. 61. Esta es una de las obras mejores y más provechosas que se hayan publicado jamás. Todos los ministros deberían leerla a menudo.

La oración os auxiliará de un modo singular en la predicación de vuestro sermón; nada, en efecto, puede poneros tan gloriosamente en aptitud de predicar, como el que acabéis de bajar del monte de comunión con Dios, para hablar con los hombres. Nadie es tan a propósito para exhortar a los hombres, como el que ha estado luchando con Dios en favor de ellos. De Alleine se dice: "Derramaba su corazón en ruegos y predicación. Sus súplicas y exhortaciones eran tan

amorosas, tan llenas de santo celo, de vida y de vigor, que vencían enteramente a sus oyentes, por quienes se enternecía, en términos que deshelaba y ablandaba, y a veces derretía los más duros corazones. No podría haber nada de este derretimiento sagrado, si su espíritu no hubiese estado previamente expuesto a los rayos tropicales del Sol de la Justicia, por medio de una asociación privada con el Señor levantado de entre el mundo. Una predicación verdaderamente patética en que no hay afectación sino mucha afección, puede ser sólo el resultado de la oración. No hay retórica como la del corazón, ni escuela para aprenderla fuera del pie de la cruz. Sería mejor que nunca aprendieseis una regla de oratoria humana, sino que estuvierais llenos del poder que dimana de un amor nacido del cielo, que el que hubieseis dominado a Quintiliano, Cicerón y Aristóteles, permaneciendo desprovistos de la unción apostólica.

La oración no podrá haceros elocuentes según el modo humano, pero os hará verdaderamente, porque hablaréis con el corazón; ¿y no es éste el significa -'do de la palabra elocuencia? La oración hará descender fuego del cielo sobre vuestros sacrificios, haciéndolo de ese modo aceptable al Señor.

Así como durante la preparación brotarán con frecuencia manantiales nuevos de pensamientos, en respuesta a vuestra oración, así también pasará en la predicación de vuestro sermón. Muchos de los predicadores sometidos al Espíritu de Dios, os dirán que sus mejores y más vivos pensamientos, no son los que fueron premeditados, sino los que expresaban las ideas que les venían volando como en alas de los ángeles a tesoros inesperados traídos de improviso por manos celestiales, semillas de las flores del paraíso, levantada por el aire de los montes de mirra. Cuántas, cuántas veces al sentirme embarazado para expresar mis pensamientos, o falto de éstos, los lamentos secretos de mi corazón me han proporcionado alivio, y he disfrutado más libertad que la de costumbre. ¡Mas cómo nos atreveremos a orar en la batalla, si no hemos clamado nunca al Señor, al estarnos poniendo la armadura! El recuerdo de sus luchas en la casa, alienta al predicador que se siente engrillado cuando ocupa el pulpito. Dios no nos abandonará a menos que nosotros le hayamos abandonado. Vosotros, hermanos, hallaréis que la oración os asegurará fuerza mientras viváis.

Así como descendieron lenguas de fuego sobre los apóstoles, al estar ellos sentados orando y vigilando, así también bajarán sobre vosotros. Os hallaréis, cuando quizá tal vez hayáis flaqueado, levantados y sostenidos de improviso, como por el poder de un serafín. Se pondrán ruedas de fuego a vuestro carro que había comenzado a arrastrarse pesadamente, y corceles angélicos se uncirán en un momento a vuestro carro de fuego, hasta que escaléis los cielos como Ellas, en un rapto de ardiente inspiración.

Después del sermón, ¿cómo daría un predicador concienzudo desahogo a sus sentimientos, y hallaría solaz para su alma, si le estuviese negado el acceso al propiciatorio? Elevados al más alto grado de excitación, ¿Cómo podremos dar alivio a nuestras almas si no es por medio de peticiones continuas? Oprimidos por el temor de un fracaso, ¿cómo seremos alentados sino quejándonos de nuestras cuitas ante nuestro Dios ¡Cuántas veces nos hemos agitado algunos de nosotros de aquí para allá en nuestro lecho, por el conocimiento que tenemos de cuan pocos son los frutos obtenidos por nosotros que pueden presentarse en nuestro testimonio! ¡Con cuánta frecuencia nos hemos sentido ansiosos de volver corriendo al pulpito para decir de nuevo con más vehemencia, lo que hemos expresado de una manera tan fría! ¡Dónde podemos hallar

descanso para nuestro espíritu, sino en la confesión de nuestros pecados, y en la súplica tierna que nuestra flaqueza o necedad, no puedan de modo alguno alejar de nosotros el Espíritu de Dios! No es posible en una reunión pública derramar el amor de nuestro corazón en nuestro rebaño. Como José, buscará el ministro amoroso donde llorar; sus emociones, por mucha que sea la libertad con que se exprese, tendrán que ser refrenadas en el pulpito, y sólo en la oración privada podrá quitarles la presa que las detiene, y dejarlas correr en libertad. Si no podemos prevalecer con los hombres por Dios, podremos al menos esforzarnos en prevalecer con Dios por los hombres. No podemos salvarlos, ni aun persuadirlo de que sean salvos, pero podemos al menos deplorar su necedad, y pedir en nuestras súplicas la mediación del Señor. Como Jeremías, podemos hacernos esta resolución: "Si vosotros no queréis oírlo, mi alma llorará en secretos lugares por vuestro orgullo, y mis ojos llorarán doloridos derramando lágrimas." A unas apelaciones tan patéticas, el corazón del Señor no puede ser indiferente; en su debido tiempo, el intercesor que llora se tornará en placentero ganador de almas. Hay una distinta conexión entre las súplicas tiernas e incesantes y el verdadero éxito, como la hay entre el parto y el nacimiento, entre la siembra que se hace con lágrimas y la cosecha que se levanta con alegría. "¿De qué depende que tu semilla nazca tan pronto?" preguntó un jardinero a otro. "De que Ja empapo," fue la contestación. Debemos empapar todas nuestras enseñanzas en lágrimas, "cuando nadie más que Dios se halla cerca," y su crecimiento nos sorprenderá y deleitará. A nadie causará admiración el buen éxito alcanzado por Brainerd, cuando sepa que en su libro de notas se hallan algunas al tenor de ésta: "Día del Señor, abril 25. —Esta mañana empleé cerca de dos horas en sagrados deberes, y me vi en aptitud más que de ordinario de rogar hasta desfallecer por las almas inmortales; aunque era en la mañana temprano, y apenas se dejaba ver la luz del sol, tenía con todo, el cuerpo enteramente bañado en sudor." El secreto del poder de Lutero reconocía el mismo origen. Hablando de él se expresa así Teodoro: "Le escuché cuando estaba en oración; pero ¡Dios mío! con qué animación y espíritu lo hacía! Oraba con tanta reverencia como si le estuviera hablando a Dios; y con tanta confianza, como si estuviera hablando con su amigo." Hermanos míos, permitidme que os ruegue que seáis hombres de oración. Quizá no tengáis jamás grandes talentos, pero lo haréis bastante bien aun sin ellos, si abundáis en intercesión. Si no oráis pidiendo por lo que habéis sembrado, es posible que la soberanía de Dios determine otorgar una bendición, pero no tenéis derecho a esperarlo así, y aun cuando eso sea, no os traerá tal gracia consuelo a vuestro corazón. Ayer estaba yo leyendo un libro del padre Taber, del Oratorio de Brompton, mezcla maravillosa de error y de verdad. En él refiere una leyenda sobre este mismo asunto. Dice que cierto predicador cuyos sermones convertían a los hombres por docenas, recibió una revelación del Cielo, de que ninguna de esas conversiones era debida a sus talentos o elocuencia, sino todas a las oraciones de un hermano lego iliterato que se sentaba en los escalones del pulpito a rogar sin descanso por el buen éxito del sermón. Lo mismo puede pasarnos a nosotros en el día en que todo se revele. Tal vez descubramos después de haber trabajado larga y afanosamente en la predicación, que toda la honra corresponde a otro constructor cuyas oraciones eran oro, plata y piedras preciosas, mientras nuestros sermones, al no ir acompañados de la oración, no pasaban de ser paja y rastrojo.

Cuando hayamos concluido de predicar, si somos verdaderos ministros de Dios, no concluiremos de orar, porque la Iglesia entera, con multitud de lenguas, estará clamando en oración, en el lenguaje del macedonio: "Ven a prestarnos auxilio." Si estáis en aptitud de prevalecer en la oración, tendréis muchas súplicas que presentar en nombre de otros que en tropel se os dirigirán pidiéndoos los tengáis presentes en vuestras intercesiones, y de ese modo os hallaréis

comisionados con mensajes para el propiciatorio, por amigos y oyentes en general. Tal es siempre la suerte que me cabe, y me siento gozoso al tener que presentar semejantes súplicas a mi Señor. Nunca os mostréis parcos en asuntos para la oración aun cuando no os los sugiriera nadie. Pasad revista a vuestra congregación. Siempre hay ovejas enfermas en el rebaño, y muchas más que lo están en lo moral. Algunas no están salvas, otras están buscando y aún no pueden hallar. Muchas se sienten desesperanzadas, y no pocas creyentes están expuestas a resbalar o se hallan en aflicción. Hay lágrimas de viudas y suspiros de huérfanos que echar en nuestra redoma para irla luego a vaciar ante el trono del Señor. Si sois ministros verdaderos de Dios, estaréis como los sacerdotes ante Jehová, llevando puestos espiritualmente el efod y el pectoral con los nombres inscritos de los hijos de Israel, rogando por ellos dentro del velo. He conocido a hermanos que han acostumbrado llevar una lista de las personas por quienes se sentían movidos a orar de una manera especial, y no pongo en duda que semejante registro les haya traído a la memoria con frecuencia, lo que de otro modo habrían quizás olvidado. Ni debéis concretaros tan sólo a vuestra gente: la nación y el mundo reclaman también su parte. El hombre perseverante en la oración, será un muro de fuego alrededor de su país, su ángel guardián y su escudo. Todos nosotros hemos oído decir cómo los enemigos de la causa protestante temían a las oraciones de Knox, más que a ejércitos de diez mil hombres. El famoso galés era también un gran intercesor por su país. Acostumbraba decir que se admiraba de que un cristiano pudiese permanecer acostado toda la noche en su lecho, sin levantarse a orar. Cuando su esposa temiendo que se resfriara le siguió al cuarto donde él se había retirado, oyó que decía en frases entrecortadas: "¿Señor, no me concederás a Escocia?" ¡Ojalá que nosotros pudiéramos ser vistos a media noche luchando de esa manera y exclamando: "¿Señor, no nos concederás las almas de nuestros oyentes?"

El ministro que no ora fervientemente por su obra, es preciso que sea un hombre vano y presuntuoso. Se porta como si se juzgase suficiente por sí mismo, y sin necesidad por lo tanto, de recurrir a Dios. ¡Y qué orgullo tan infundado se muestra al concebir que nuestra predicación puede ser por sí misma alguna vez tan poderosa que haga volver a los hombres de sus pecados, y traerlos a Dios sin la operación del Espíritu Santo! Si verdaderamente somos humildes de corazón, no nos aventuraremos a presentarnos en la pelea, sino hasta que el Señor de los ejércitos nos haya revestido de todo poder, y dichones: "Anda en esta tu fuerza." El predicador que descuida la práctica de orar mucho, es menester que sea muy negligente en cuanto a su ministerio. No puede haber comprendido bien su llamamiento, computado el valor de una alma, o estimado lo que significa la voz eternidad. Es preciso que sea un mero empleado, tentado a ocupar un pulpito porque el pedazo de pan que pertenece al cargo del ministro le es muy necesario, o un hipócrita detestable que aspira a las alabanzas de los hombres y no se cuida de merecer las alabanzas de Dios. El que así procede llegará a ser con seguridad un orador puramente superficial, bien aceptado donde la gracia sea lo que menos se valorice, y una vana ostentación lo que más se admire. No puede ser de aquellos que aran bien la tierra para obtener una abundante cosecha. Es un mero holgazán, no un trabajador. Como predicador tiene un nombre para vivir, pero está muerto. Da traspiés en su vida como el hombre cojo de quien se habla en los proverbios, cuyas piernas no eran iguales, porque su oración es más corta que su predicación.

Mucho me temo que, en mayor o menor grado, una gran parte de nosotros necesitemos examinarnos interiormente en cuanto a este asunto. Si alguno de los que están aquí se aventurase

a decir que ora tanto como debe, en su calidad de estudiante, pondría yo en grande duda su dicho; y si hay presente un ministro, diácono o anciano, que pueda asegurar que en su creencia está ocupado con Dios en la oración tanto cuanto debe estarlo, me agradaría conocerle. Yo por mi parte sé decir que si se juzga con derecho a esta excelencia, me deja muy atrás, porque yo no tengo esta pretensión: ojalá y pudiera. Hago esta confesión con no poca vergüenza y confusión, pero me veo obligado a hacerla. Si no somos más negligentes que otros, eso no puede servirnos de consuelo: los cortos alcances de los demás no son para nosotros una excusa. ¡Cuan pocos de nosotros podemos compararnos con el Sr. Joseph Alleine cuyo carácter antes he pintado! "Cuando él disfrutaba de salud," escribe su esposa, "se levantaba constantemente a las cuatro de la mañana o antes, y se sentía muy apenado cuando oía a los herreros o a otros artesanos en sus respectivos talleres, antes de que él estuviese en comunión con Dios, diciéndome con frecuencia: 'Cómo me avergüenza ese ruido. ¿No merece mi amo más que el amo de ellos? Desde las cuatro hasta los ocho pasaba el tiempo en oración, en santa contemplación y en cánticos de Salmos, cosas en que se deleitaba sobremanera y practicaba diariamente solo, tanto como en familia. A veces suspendía la rutina de sus tareas parroquiales, y dedicaba días enteros a estos ejercicios secretos, para lo cual procuraba hallarse solo en una casa vacía, o en algún lugar escondido de los valles. Allí se entregaba a la oración, y a la meditación en Dios y el cielo."

¿Podríamos leer sin ruborizarnos la descripción que Jonathan Edwards hace de David Brainerd? "Su vida," dice Edwards: "muestra el camino que debe seguirse para tener buen éxito en los trabajos ministeriales. El lo buscaba como el soldado resuelto busca la victoria en un sitio o una batalla; o como un hombre que toma parte en una carrera aspirando al premio principal. Animado por el amor a Cristo, y a las almas, con qué fervor trabajaba siempre, no sólo en sus palabras y doctrinas, pública y privadamente, sino en sus oraciones día y noche 'luchando con Dios' en secreto, con inexplicable afán, y con indecibles gemidos y agonías, hasta ver a Cristo formado en los corazones del pueblo al cual había sido enviado! ¡Cuan sediento estaba de una bendición para su ministerio, y cómo velaba por las almas, como el que tiene que dar cuenta de ellas algún día! ¡Cómo iba adelante en la fuerza del Señor Dios, buscando y descansando en la influencia especial del Espíritu, para que le auxiliase y le hiciese prosperar! ¡Y cuál fue el fruto feliz, al fin, después de una larga espera, y de muchas apariencias oscuras y desalentadoras: como un verdadero hijo de Jacob, persevera luchando por todas las tinieblas de la noche, hasta ver aparecer la luz del día!"

No puede menos que avergonzarnos el diario de Martyn, en donde hallamos consignadas súplicas como las que siguen: "Septiembre 24. —La determinación que tenía yo al irme a acostar anoche, de dedicar este día a la oración y al ayuno, pude por fortuna ponerla en práctica. En mi primera oración porque se nos librara de pensamientos mundanales, contando con el poder y las promesas de Dios para fijar mi alma mientras yo oraba, me vi auxiliado para abstenerme casi enteramente del mundo, por cerca de una hora. En seguida leí la historia de Abraham para ver cuan familiarmente se había revelado Dios a los mortales en la antigüedad. Después orando por mi propia santificación, mi alma respiró libre y ardientemente en la atmósfera de la Santidad de Dios, y ésta fue para mí la mejor hora del día."

Quizá nos sintamos unidos más cordialmente con él, al oír sus lamentos después del primer año de su ministerio en que "él juzgaba que había dedicado demasiado tiempo a las ministraciones públicas, y muy poco a la comunión privada con Dios."

Apenas podremos hacernos cargo de cuántas son las bendiciones que hemos perdido por habernos mostrado remisos en la oración, y ninguno de nosotros podría calcular cuan pobres somos en comparación de lo rico en gracia que podríamos haber sido si hubiésemos vivido habitualmente más cerca de Dios por medio de la oración. De ninguna utilidad nos serán el vano arrepentimiento, y aprensiones falsas que tengamos, pero sí nos servirá de gran provecho una sincera determinación de indemnizarnos de lo que hemos perdido, en lo futuro. No sólo debemos orar más, sino estamos estrictamente obligados a ello. Es un hecho innegable que el secreto de todo buen éxito ministerial, estriba en nuestra constancia en acercarnos al trono de la Misericordia.

La gloriosa bendición que la oración privada atrae sobre el ministerio, es algo indescriptible e inimitable que mejor se entiende que se explica; es un rocío que viene del Señor, una presencia divina que reconoceréis en el acto cuando os digo que es '•una unción del Santísimo." ¿Y esto qué es? No sé cuánto tiempo tendríamos que devanarnos los sesos antes de expresar por medio de palabras, con la conveniente claridad, lo que se significa con la frase de predicar con unción; con todo; el que predica conoce la presencia de ella; y el que oye advierte pronto su ausencia. Samarla, presa del hambre, tipifica un discurso sin unción; Jerusalén con sus festines hechos de animales cebados llenos de gordura, puede representar un sermón enriquecido con ella. Todo el mundo sabe lo que es la frescura de la mañana cuando se ostentan multitud de perlas orientales en cada una de las hojas de las yerbas; pero ¿quién puede describirla, ni mucho menos hacer que se produzca por si misma? Semejante a este es el misterio de la unción espiritual: nosotros lo conocemos, pero no podemos decir a los demás lo que es. Es una cosa tan fácil como necia el contrahacerla como acostumbran algunos empleando expresiones que llevan por objeto mostrar un ferviente amor, pero que muy a menudo indican un sentimentalismo enfermizo o mera jerigonza, tales son: "¡Querido Señor! ¡Dulce Jesús!" etc.-, vertidas por mayor, al grado de fastidiar.
Estas familiaridades pueden haber sido no sólo tolerables, sino aun hermosas, al ser vertidas por los labios de un santo de Dios que hablaba, por decirlo así, como salido de la misma gloria; pero cuando se repiten petulantemente, son no sólo intolerables, sino indecentes, si es que no profanas. Algunos se han esforzado en simular unción, dando a su voz un tono afectado y quejumbroso, volteando en blanco los ojos, y levantando las manos del modo más ridículo. Otros hermanos hay que llaman la inspiración haciendo contorsiones y lanzando gritos, pero no por eso les viene. A algunos hemos conocido también que interrumpen su discurso y exclaman: "Dios os bendiga;" y a otros, por último, que gesticulan grotescamente, y se clavan las uñas en las palmas de las manos como si estuvieran sufriendo convulsiones de celestial ardor. ¡Bah! Todo eso no pasa de ser pura ficción. Tratar de avivar el fervor en el auditorio por el fingimiento de él de parte del predicador, es en éste un defecto repugnante que debe ser evitado por todo hombre de bien. "Afectar sentimiento," dice Richard Cecil, "es cosa nauseabunda y que pronto se descubre; pero poseerlo realmente es el camino más expedito para llegar al corazón de los demás." La unción es una cosa que no se puede manufacturar, y sus falsificaciones no sirven para nada; con todo, es en sí misma de un precio inestimable y de todo punto necesario, si es que deseamos edificar a los creyentes y llevar los pecadores a Jesús.

Al que en secreto se pone en comunicación con Dios, se le hace poseedor de este secreto: cae sobre él el rocío del Señor, y en su torno se esparce el perfume que alegra el corazón. Si la

unción que usamos no nos viene del Señor de los ejércitos, somos impostores, y puesto que sólo por medio de la oración podemos obtenerla, persistamos sin cesar en súplicas fervientes. Que vuestro vellón permanezca en la era de la oración, hasta que sea mojado con el rocío de los cielos. No vayáis a ministrar en el templo, hasta que os hayáis purificado en el lavacro. No penséis en llevar un mensaje de gracia a los demás, antes de haber visto al Dios de la gracia vosotros mismos, y de haber recibido la palabra de sus labios.

El tiempo empleado en quieta postración del alma ante el Señor, es lo que más vigoriza. David "se sentaba ante el Señor;" es una gran cosa asirse de estos sagrados asientos, por ser el entendimiento receptivo como una flor abierta que absorbe los rayos del sol, o como la lámina sensitiva fotográfica en que se retrata la imagen que se le pone enfrente. La quietud que algunos hombres no pueden soportar porque revela su pobreza interior, es como un palacio de cedro para los sabios, porque a lo largo de sus atrios santificados, el rey en su hermosura se digna ir a pasear.

¡Silencio santo! tú eres con razón Compuerta del más hondo corazón; Dulce fuente de origen celestial, Que si la boca al imponente, hielas, L'alma en cambio, deshielas del mortal.
—Flecknoe

Por inestimable que sea el don de la expresión, puede decirse que el silencio bajo algunos aspectos le es muy superior. ¿Me tenéis acaso por un cuáquero? Hacedlo si queréis. Sigo en esta máxima a Jorge Fox con toda voluntad, porque estoy persuadido de que la mayor parte de nosotros nos preocupamos mucho en cuanto a los discursos, que no son después de todo, sino la corteza del pensamiento. Una quieta contemplación, una adoración silenciosa, un arrobamiento mudo, son cosas mías, cuando mis joyas más valiosas se ostentan ante mí. Hermanos, no privéis a vuestro corazón de las más puras alegrías que hay en el fondo del mal, por el prurito de hablar entre las conchas quebradas y las agitadas ondas de la playa.

Con toda seriedad quisiera recomendaros que cuando os halléis establecidos en el ministerio, os consagréis de tiempo en tiempo exclusivamente a la devoción. Si vuestras ordinarias oraciones no mantienen en buen estado la frescura y el vigor de vuestras almas, y os sentís flaquear, separaos del bullicio por una semana, o aun por un mes si posible fuere. Tenemos en ocasiones días de asueto, ¿por qué más a menudo no hemos de tener días de santidad? Sabemos que algunos de nuestros hermanos más ricos se proporcionan tiempo para emprender un viaje a Jerusalén, ¿no podríamos nosotros economizar alguno para emprender otro menos difícil y mucho más provechoso a la ciudad celestial? Isaac Ambrose que en un tiempo fue pastor en Preston, y que escribió el famoso libro titulado "Mirando a Jesús," acostumbraba retirarse a la soledad un mes al año, encerrándose en una choza en un bosque de Garstand. No hay que admirarse de que haya sido un teólogo tan esclarecido, puesto que podía pasar con regularidad tiempo tan largo en el monte en comunión con el Señor. Veo que los católicos tienen la costumbre de disponer lo que ellos llaman "retiros o ejercicios" a donde cierto número de sacerdotes se retiran por algún tiempo con el fin de permanecer en perfecta quietud, no empleando todas sus horas sino en la práctica de la abstinencia y de la oración, para inflamar de ese modo sus almas de santo ardor. Podemos tomar esta lección de nuestros adversarios. Sería magnífico que de vez en cuando se reuniesen algunos hermanos verdaderamente espirituales a efecto de pasar uno o dos días en oración fervorosa. Los pastores solos gozarían de mucha mayor libertad

que estando en una sociedad mixta. Los tiempos que a la humillación y a las súplicas destina la Iglesia toda, nos aprovecharán también, si tomamos parte en ellas de buena voluntad. Nuestras temporadas de ayuno y de oración en el Tabernáculo, han sido días gloriosos en verdad: nunca han estado las puertas del cielo abiertas más que entonces de par en par; jamás nuestros corazones han estado más cerca que entonces, de la gloria central. Pienso en nuestro mes dedicado a una devoción especial, como los marinos piensan en la tierra a donde se proponen arribar. Aun cuando nuestros trabajos públicos los dejáramos a un lado a fin de proporcionarnos tiempo suficiente para la oración especial, tendrían con eso una gran ganancia nuestras iglesias. Nuestro silencio podría ser mejor que nuestras voces, si nuestra soledad la empleásemos con Dios. Es de elogiarse lo que hizo el viejo Jerónimo cuando dejó a un lado todos los compromisos de urgencia que tenía para llevar a cabo un propósito que él consideraba como inspirado del cielo. Tenía una numerosa congregación, tan numerosa como cualquiera de nosotros la quisiera tener, pero les dijo a sus gentes: "Ahora es de necesidad que sea traducido el Nuevo Testamento, y debéis buscar otro predicador: la traducción es menester que se haga. Voy a irme al desierto y no volveré hasta que mi tarea quede terminada." Se fue en seguida con sus manuscritos, y oró y trabajó y produjo una obra—La Vulgata Latina—que durará tanto como el mundo, y que es una admirable versión de la Santa Escritura. Como el retiro consagrado al estudio y a la oración juntamente, pudo producir una obra inmortal, si nosotros de igual modo dijéramos a nuestra gente al sentirnos movidos para ello: "Queridos amigos, no podemos abstenernos de irnos por una corta temporada, a refrescar nuestras almas en la soledad," el provecho que saquemos pronto se echaría de ver, y si no escribíamos Vulgatas Latinas, haríamos sin embargo una obra inmortal al grado que ni el mismo fuego la podría consumir.

***

PLATICA IV
Nuestra Oración Pública

Se han jactado algunas veces los episcopales de que los fieles van a sus iglesias a orar y a adorar a Dios, mientras que los miembros de otras no se reúnen sino para escuchar sermones meramente. Nuestra contestación a esto es, que si bien puede haber algunos profesores que sean culpables de esta falta, no sucede lo mismo con respecto al pueblo de Dios entre nosotros, pues éste se forma de las únicas personas que siempre tendrían verdadera devoción en cualquiera iglesia. Nuestras congregaciones se reúnen con el fin de adorar a Dios, y aseguramos, teniendo en qué fundarnos para hacerlo así, que hay tanto de verdad y de oraciones aceptables ofrecidas en nuestros cultos ordinarios No conformistas, como puede haberlas en los mejores y más pomposos de la Iglesia de Inglaterra.

Además, si dicha observación lleva por objeto implicar que el escuchar sermones no es adorar a Dios, se apoya en un grande error, porque oír el Evangelio es en verdad, una de las partes más interesantes de la adoración tributada al Altísimo. Es un ejercicio mental, cuando se practica de un modo debido, en que se ponen en juego para actos devocionales, todas las facultades del hombre espiritual. El acto de escuchar reverentemente la Palabra ejercita nuestra humildad, ilustra nuestra fe, nos llena de radiante

***

PLATICA IV

Nuestra Oración Pública

Se han jactado algunas veces los episcopales de que los fieles van a sus iglesias a orar y a adorar a Dios, mientras que los miembros de otras no se reúnen sino para escuchar sermones meramente. Nuestra contestación a esto es, que sí bien puede haber algunos profesores que sean culpables de esta falta, no sucede lo mismo con respecto al pueblo de Dios entre nosotros, pues éste se forma de las únicas personas que siempre tendrían verdadera devoción en cualquiera iglesia. Nuestras congregaciones se reúnen con el fin de adorar a Dios, y aseguramos, teniendo en qué fundarnos para hacerlo así, que hay tanto de verdad y de oraciones aceptables ofrecidas en nuestros cultos ordinarios No *conformistas*, como puede haberlas en los mejores y más pomposos de la Iglesia de Inglaterra.

Además, si dicha observación lleva por objeto implicar que el escuchar sermones no es adorar a Dios, se apoya en un grande error, porque oír el Evangelio es en verdad, una de las partes más interesantes de la adoración tributada al Altísimo. Es un ejercicio mental, cuando se practica de un modo debido, en que se ponen en juego para actos devocionales, todas las facultades del hombre espiritual. El acto de escuchar reverentemente la Palabra ejercita nuestra humildad, ilustra nuestra fe, nos llena de radiante alegría, nos inflama de amor, nos inspira ardiente celo y nos levanta el alma a la mansión celestial. Muchas veces un sermón ha sido una especie de escala de Jacob en la que hemos visto a los ángeles de Dios subir y bajar, y en cuya cima se halla el mismo Dios que ha celebrado pacto con nosotros. Con frecuencia hemos sentido cuando Dios ha hablado por medio de sus siervos las siguientes palabras a nuestras almas: "Esto no es otra cosa que la casa de Dios y la misma puerta del cielo." Hemos magnificado el nombre del Señor y alabándolo con toda la efusión de nuestro corazón, mientras ha estado hablándonos por medio de su Espíritu que ha comunicado a los hombres. De aquí es que no existe la grande distinción entre la predicación y la oración, que algunos quisieran que admitiéramos, porque la una parte del culto, va por su naturaleza a dar a la otra, y el sermón con frecuencia inspira la oración y el himno. La verdadera predicación es una aceptable adoración de Dios, por la manifestación que se hace de sus divinos atributos. El testimonio que se da a su Evangelio que prominentemente le glorifica, y la obediencia con que se escucha la verdad revelada, son una forma aceptable de adoración al Altísimo, y quizá una de las más espirituales que el entendimiento humano puede ejecutar. Con todo, como el antiguo poeta romano nos dice, es conveniente que recibamos lecciones de nuestros enemigos, y por tanto, bien puede ser que nuestros opositores en liturgia nos hayan indicado lo que es, en algunos casos, un lado débil en nuestros cultos públicos. Es de temerse que nuestros ejercicios piadosos no estén siempre modelado en la mejor forma, o presentados de la manera más recomendable. Hay casas de reunión en que las oraciones que se hacen no son ni tan devotas ni tan cordiales como es de desearse; en otras, se halla la cordialidad tan aliada con la ignorancia, y la devoción tan adulterada como un lenguaje altisonante, que ningún creyente dotado de buena inteligencia puede asistir al culto con placer. Orar en el Espíritu Santo no es cosa muy general entre nosotros, no que todos oren tanto con el entendimiento como

con el corazón. Hay algo que puede mejorarse, y en ciertos lugares, hay urgente necesidad de que esto se haga. Permitidme de consiguiente, amados hermanos, que encarecidamente os recomiende tengáis la precaución de no hacer que desmerezcan vuestros cultos con vuestras oraciones; haceos la firme resolución de que todo lo que se relacione con el santuario, sea de la mejor calidad.

Estad seguros de que la oración libre y, espontánea es la más bíblica, y debe ser la forma más excelente de las suplicas publicas.

Sí perdéis la fe en lo que estáis haciendo, nunca lo haréis bien; fijad en vuestra mente, por lo mismo, que en presencia del Señor estáis tributándole adoración de un modo garantizado por su divina Palabra y aceptado por -El. La expresión "oraciones leídas" a que estamos tan acostumbrados, no se hallan en las Santas Escrituras, ricas como son en palabras para dar dirección a los pensamientos religiosos; y tal frase no se halla en ellas, porque la cosa misma no existía. ¿En qué parte de los escritos de los apóstoles podemos encontrarnos con la idea desnuda de una liturgia? La oración en las congregaciones de los primitivos cristianos, no estaba restringida a ninguna forma de palabras. Tertuliano escribe: "Oramos sin admonitor, porque oramos de corazón." ("Denique sine monitore, quia de pectore oramus." -Tertulliani Apologet. c. 30). Justino mártir describe al ministro que presidía los cultos, como orando "según su habilidad." (Justin Martyr, Apol. 1. c. 68, p. 270. Ed. Otto). Sería difícil descubrir cómo y cuándo tuvieron principio las liturgias; su introducción fue gradual, y según creemos, coextensiva con la decadencia de la pureza en la Iglesia. La admisión de ellas por los No conformistas, marcaría clara la era de nuestra decadencia y caída. La naturaleza de este asunto me tienta a extenderme más sobre él, pero no es el punto de que vengo tratando, y por lo mismo lo dejo en tal estado, no sin advertiros que hallaréis el expresado asunto de las liturgias hábilmente tratado por el Dr. John Owen, a quien haréis bien en consultar. (Discourse concerning Liturgies and their Imposition. Vol. V. Owen's works, Goolds edition).

Tengamos especial cuidado en probar la superioridad de la oración improvisada y espontánea, haciéndola más espiritual y fervorosa que la devoción litúrgica.

Es una gran lástima que un oyente se vea obligado a hacer la observación de que su ministro predica mejor de lo que ora. Esto no es tomar por modelo a nuestro Salvador que hablaba como nadie habló e impresionó con sus oraciones de tal manera a sus discípulos, que éstos decían Señor, enséñanos a orar." Todas nuestras facultades deben concentrar su energía, y todo nuestro ser debe elevarse a un punto más alto de vigor, al hacer la oración pública, y mientras el Espíritu Santo bautizará el alma y el espíritu con su sagrada influencia; pero una palabrería desaliñada, incoherente y sin vida, pronunciada a guisa de oración, sólo para llenar cierto espacio de tiempo en el culto, es cosa cansada para el hombre y abominable para Dios. Si la oración libre hubiera sido siempre de un modo más elevado, nunca se habría pensado en la liturgia, y las formas de oración que hoy se usan no tienen otra disculpa que la debilidad de la devoción espontánea y de las oraciones improvisadas. Y esto consiste en que no somos tan realmente devotos de corazón como deberíamos ser. Debemos tener una comunión habitual con Dios, so pena de que nuestras oraciones públicas sean insípidas o de rutina. Si no se derritiera el hielo en las cuevas que se hallan en las cimas de las montañas, no bajarían de ellas arroyuelos bulliciosos a dar alegría a los valles. La oración privada es el medio más a propósito de que debemos valernos para

disponemos a la práctica de nuestros ejercicios más públicos: no debemos, pues, ser negligentes en ella, si no queremos exponernos a fracasar cuando tengamos que orar ante la gente.

Nuestras oraciones nunca deben arrastrarse por la tierra; deben sublimarse y ascender. Necesitamos darle forma a nuestra mente en un molde celestial. Nuestras solicitaciones al trono de la gracia necesitan ser solemnes y humildes, no petulantes y estruendosas, o formales y hechas con dejadez. La forma coloquial del discurso es impropia ante el Señor; debemos inclinárnosle con la más reverente y humilde sumisión. Es cierto que podemos hablar francamente con Dios, pero no olvidemos que El está en el cielo y nosotros en la tierra, y evitemos de consiguiente toda presunción. Al orar nos ponemos de un modo especial ante el trono del infinito; y así como el cortesano en el palacio del rey pone otro semblante y observa otros modales distintos de los que acostumbra ante los demás cortesanos sus compañeros, así también es preciso que pase con nosotros. Hemos notado en las iglesias de Holanda, que tan luego como el ministro comienza a predicar todo el mundo se pone su sombrero; pero en el momento que comienza a orar, todos en el acto se lo quitan.

Esta fue la costumbre observada en las antiguas congregaciones puritanas de Inglaterra, y que por mucho tiempo se practicó entre los Bautistas: tenían los concurrentes puestas sus cachuchas durante aquellas partes del culto que en su concepto no envolvían una adoración directa, pero se descubrían tan luego había un directo acercamiento a Dios ya fuese en cánticos o en oración. Me parece que esa práctica es impropia y errónea la razón que para ella se tenga. He insistido en demostrar que la diferencia entre la oración y un sermón no es grande y estoy cierto de que nadie intentaría volver a esa antigua costumbre o a dar cabida a la opinión que la hizo establecer; pero con todo, hay alguna, y como quiera que en la oración estamos hablando directamente con Dios, más bien que buscando la edificación de nuestros semejantes, debemos quitarnos el calzado porque el lugar en que estamos es un terreno santo.

Que únicamente el Señor sea el objeto de vuestras oraciones. Cuidaos de dirigir de algún modo la vista a los oyentes; cuidaos de haceros retóricos para agradar a los que escuchan. La oración no debe trasformarse en un sermón oblicuo. Hay algo de blasfemo en hacer de la piedad un motivo de ostentación. Las oraciones pulidas son por lo general malas oraciones. En la presencia del Señor de los Ejércitos, cuadra mal a un predicador hacer gala de las plumas y oropeles de un sermón chabacano, con la mira de ganarse los aplausos de sus semejantes. Los hipócritas que se atreven a conducirse de ese modo, tendrán a no dudarlo su recompensa; pero recompensa que por cierto, no debemos envidiar. Una grave sentencia de condenación recayó sobre un ministro cuando lisonjeándole se decía que su oración era la más elocuente de cuantas se habían ofrecido en una congregación de Boston. No se nos quita que procuremos excitar los sentimientos y las aspiraciones de los que oyen nuestra oración; pero cada una de las palabras y pensamientos de ella, deben elevarse a Dios, y sólo de ese modo impresionan al auditorio para llevar a los que lo forman, Juntamente con sus necesidades, a la presencia del Señor. No echéis en olvido a la gente en vuestras oraciones, pero al dar a éstos forma, no llevéis la innoble mira de conquistar aplausos (mirad al cielo, miradlo sin cesar).

Evitad toda clase de vulgaridades en la oración. Tengo que confesar que he oído algunas, pero de nada serviría que las trajera a colación, tanto menos, cuanto que cada día se hace más raro escucharlas. Pocas veces en efecto, sucede ahora que nos encontremos en la oración con esas

vulgaridades que eran en un tiempo tan comunes en los cultos de oración celebrados por los Metodistas; más comunes probablemente según lo que de ellos se decía, que lo que eran en realidad. La gente poco ilustrada debe, cuando lo hace de corazón, orar del modo que pueda, y quizá su lenguaje a veces no suene bien a los melindrosos y aun a los devotos; pero es menester vérseles con indulgencia, y si su espíritu es evidentemente sincero, no podremos menos que sentirnos inclinados a perdonarles sus expresiones inconvenientes. Recuerdo que una vez oí en un culto de oración, a un buen hombre orar de esta manera: "Señor, vela por estos jóvenes durante el tiempo de las fiestas, pues bien sabes, Señor, que sus enemigos los asechan, como los gatos asechan los ratones." Hubo personas que ridiculizaron esa expresión, pero a mí me pareció natural y expresiva, considerando qué clase de persona era la que la usaba. Una ligera y suave instrucción, y una o dos indicaciones, bastarán por regla general para evitar que se repita algo que pueda ser vituperable en tales casos; pero nosotros los que ocupamos el púlpito debemos cuidar mucho de vernos libres de toda culpa. El biógrafo de aquel notable predicador americano metodista, Jacob Gruber, cita como un ejemplo de su viveza, que después de haber oído a un joven ministro calvinista atacar su credo de una manera violenta, se le pidió que concluyera con una oración, y entre otras peticiones, hizo al Señor la de que bendijera al joven que había estado predicando, y le concediera la gracia bastante para que "su corazón se hiciese tan blando como su cabeza." No diremos nada del mal gusto manifestado con esa animadversión pública hacia un ministro que se tiene por compañero; pero cualquier hombre sensato echará luego de ver que el trono del Altísimo no es el lugar a propósito para hacer ante él una crítica tan vulgar. Muy probablemente merecía el joven orador un castigo por su falta de caridad; pero a la vez el de mayor edad, por su parte, pecó diez veces más por su falta de reverencia. Las palabras escogidas son para el Rey de reyes, y no las profanadas por una lengua imprudente.

Otra falta que asimismo debe evitarse en la oración es una profana y cansada superabundancia de expresiones patéticas Cuando los adjetivos "Querido Señor," y "Bendito Señor," y "Dulce Señor," se prodigan como vanas repeticiones, tienen que contarse entre las peores manchas. Confieso que no me repugnaría oír las palabras "Querido Jesús," siempre que vinieran de los labios de un Rutherford, de un Hanker o de un Herbert; pero cuando escucho palabras frívolas y familiares traídas a remolque por personas que de ninguna manera se distinguen por su espiritualidad, desearía de buena gana que los que tal hacen pudiesen de algún modo comprender mejor cuál es la verdadera relación que existe entre el hombre y Dios. La palabra "querido" en fuerza de tanto usarla se ha hecho tan común e insignificante, y es en algunos casos un epíteto tan impertinente y afectado, usándolo mucho en, digámoslo así, nuestras oraciones, no es cosa que pueda edificar.

Puede también objetarse enérgicamente contra la constante repetición de la palabra "Señor," que ocurre en las primeras oraciones que pronuncian los jóvenes convertidos y aun en las de los estudiantes. Los adjetivos "¡Oh Señor! ¡Oh Señor! ¡Oh Señor!", nos cargan cuando los oímos tan constantemente repetidos. "No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano," es un gran mandamiento, y aunque la ley puede - ser trasgredida inadvertidamente, con toda su trasgresión es un pecado, y muy grave por cierto. El nombre del Señor no es un cubre faltas de que debemos echar mano cuando nos faltan palabras. Cuidad, pues, de usar con la mayor reverencia el santo nombre del infinito Jehová. Los judíos en sus escritos sagrados, o dejaban un espacio para la palabra "Jehová," o escribían en lugar de ella la de "Adonai," por juzgar a aquel santo nombre demasiado sagrado para el uso común; no necesitamos ser supersticiosos, pero bueno seria que

fuéramos escrupulosamente reverentes. Bien podemos pasárnosla sin una profusión de "¡ Ohs!" y otras interjecciones por el estilo, que los jóvenes oradores no tienen, a menudo, empacho en prodigar.

Evitad esa clase de oración a la que puede llamársele (aunque el asunto es tal que para su designación no hallamos en el lenguaje vocablos adecuados), *una especie de exigencia perentoria tenida para con Dios.* Es muy hermoso el espectáculo que presenta un hombre que lucha con Dios diciéndole: "No te dejaré ir antes de que me bendigas;" pero eso debe decirse con la mayor mansedumbre, no con un espíritu de fanfarronería propio del que se cree con derecho merecido para exigir bendiciones al Señor de cuanto hay. No echéis en olvido que es un hombre el que lucha, por mas que eso le sea permitido, con el eterno "Yo soy" Jacob quedó con el muslo lastimado después del santo conflicto que tuvo aquella noche, para hacérsele ver así que Dios es terrible, y que la victoria que logró alcanzar no fue efecto de una fuerza que existiese en él mismo. Se me ha enseñado a decir "Padre nuestro," pero es con todo, "Padre nuestro *que estás en los cielos.* Puede haber familiaridad, pero una santa familiaridad; intrepidez, pero esa intrepidez que nace de la gracia y es obra del Espíritu Santo; no la audacia del rebelde que yergue una frente impúdica en la presencia de su rey ofendido, sino la confianza de un niño que teme a su padre porque le ama, y le ama porque le teme. Nunca adoptéis, pues, un estilo de oración lleno de amor propio y de impudencia. Dios no debe ser asaltado como antagonista, sino suplicado como nuestro Señor y Dios. Seamos humildes de corazón y oremos así.

Orad cuando hagáis profesión de hacerlo, y *no perdáis el tiempo hablando sobre la oración.*
Los hombres de negocios dicen: "Un lugar para cada cosa, y cada cosa en su propio lugar;" así, predicad en el sermón, y orad en la oración. Los preámbulos sobre nuestra necesidad de auxilio en la oración, no constituyen la oración. ¿Por qué no comienzan desde luego los hombres a orar? ¿Por qué tardan y titubean? En vez de decir lo que deben hacer y quieren hacer ¿por qué no empiezan en el nombre de Dios a hacerlo? Dirigíos a la intercesión enérgicamente, y poned vuestro rostro hacia el Señor. Pedid la satisfacción de las necesidades grandes y constantes de la iglesia, y no dejéis de presentar con el fervor más devoto las exigencias especiales del tiempo en que estéis y del auditorio que tengáis. Haced mención de los enfermos, de los pobres, de los moribundos, de los paganos, de los judíos y de toda clase de hombres necesitados, tanto cuanto todos ellos os afecten el corazón. Rogad por nuestro pueblo como compuesto de santos y de pecadores, y no como si todos fueran santos. Haced mención de los jóvenes y de los ancianos; de los serios y de los indiferentes; de los devotos y de los que están apostatando. Nunca os apartéis a diestra ni a siniestra, sino seguid el camino de oración ferviente. Sean verdaderas y prácticas vuestras confesiones del pecado y acciones de gracias; y sean ofrecidas vuestras peticiones como si creyereis en Dios y no pusierais en duda la eficacia de la oración; digo esto, porque las oraciones de muchos son tan formales que los oyentes no pueden menos de concluir que en su concepto la oración es una práctica muy decente, pero que no va seguida de ningún resultado provechoso al hombre. Rogad como los que han tenido ocasión de probar a Dios y que por esto vienen con toda confianza a hacer otras peticiones; y os suplico que no dejéis de rogar a Dios en todo el curso de vuestras oraciones, no mezclando nunca con ellas pláticas o predicaciones, ni mucho menos, según lo hacen algunos, reprensiones y murmuraciones.

Por regla general dirigid la oración principal vosotros mismos siempre que seáis llamados a predicar; y si fueseis estimados mucho en el ministerio, resultado que pido a Dios, procurad con

toda cortesía, pero con igual firmeza, resistir la práctica de solicitar a hombres que ofrezcan la oración, a fin de honrarlos dándoles algo que hacer. Nuestras devociones Bíblicas nunca se deben degradar aprovechando oportunidades, para hacer cumplidos. He oído llamarse algunas veces a la oración y al canto, "los servicios preliminares," como si fueran sólo prefacio del sermón; yo creo que esto es raro entre nosotros; si fuera común, sería un defecto muy grave. Yo procuro invariablemente dirigir todo el culto por mi propio bien, y creo que también que por conseguir el de la congregación. A mi modo de ver, no es verdad que cualquiera persona puede dirigir la oración. No, señores, tengo la convicción solemne de que la oración es una de las partes del culto más importante, más provechosa y más honorable, y que se debe considerar aún más que el sermón. No debemos pedir a cualquiera que dirija la oración, y después elegir al hermano más capaz como predicador. Puede suceder que por debilidad corporal o en alguna ocasión especial, el ministro necesite el auxilio de un hermano y le pida que ofrezca la oración; pero si el Señor os ha hecho amar vuestro trabajo, no cumpliréis a menudo ni prontamente con esta parte de él en la persona de otro. Si a veces delegáis el servicio a otra persona, que sea una en cuya espiritualidad y aptitud actual tengáis la confianza más amplia; pero designar repentinamente a un hermano desprevenido a insistir que dirija las devociones, me parece vergonzoso. ¿Serviremos al cielo con un respeto menos que con el que nos ministramos a nosotros mismos, siendo como somos tan poco dignos? Pedid al hombre más capaz que ore, y dejad que se pase ligeramente el sermón, antes que el acceso a Dios se menosprecie. Sirvamos a Jehová lo mejor que podamos: que se considere con mucho cuidado, y se presente con toda la fuerza de un corazón despierto y de un entendimiento espiritual, la oración que sea dirigida a la Majestad Divina. El que se ha preparado a predicar, comunicándose con Dios, ordinariamente tiene la mayor aptitud para dirigir la oración y formar un programa que pone a otro hermano en su lugar, trastorna los servicios, defrauda al predicador un ejercicio que le fortalecería para presentar su sermón, y muchas veces puede sugerir comparaciones entre las diferentes partes del culto, cosa que nunca se debe tolerar. Si hermanos desprevenidos son enviados por mi al púlpito para que me sirvan con sus oraciones cuando yo tengo que predicar, no puedo entender por qué no me sea permitido orar, y entonces retirarme y dejar a estos hermanos que prediquen. No puedo ver ninguna razón bastante para quitarme el ejercicio más santo, precioso y provechoso que mi Señor me ha concedido; si puedo elegir, cederé el sermón antes que la oración. He dicho todo esto para inculcaros la persuasión de que debéis estimar de un modo especial la oración pública, y pedir al Señor los dones y las gracias necesarias para que podamos cumplir con este deber fielmente. Los que menosprecian toda clase de oraciones espontáneas, sin duda harán uso de lo que he dicho en contra de ellas; pero puedo asegurarles que las faltas referidas no son comunes entre nosotros, y a la verdad se han extinguido a la vez que el escándalo causado por ellas, que nunca fue ni aun en su peor forma, tan grande como el causado por el modo con que se hace muchas veces el servicio litúrgico. Con demasiada frecuencia el culto de la iglesia se precipita de un modo tan indevoto, como si fuera la canción de un cantor de jácaras. Se repiten las palabras sin la más mínima apreciación de su significado, de suerte que sucede no raras veces sino frecuentemente en los templos episcopales, que podéis ver los ojos de la congregación y de los coristas, y aun los del ministro mismo, vagar en todas direcciones, mientras que según el tono mismo de la lectura, es evidente que no hay sentimiento alguno de simpatía con lo que se ha leído. Es simplemente justo admitir y lo hago con mucho gusto, que en estos últimos años esta falta ha disminuido más y más. He asistido a los cultos fúnebres cuando el oficio de difuntos de la Iglesia de Inglaterra se ha hecho a la ligera y de una manera tan indecorosa, que me fue necesaria toda la gracia que poseía para reprimirme y no tirar un banquillo a la cabeza del que funcionaba; me sentí tan

molesto que no supe qué hacer, al oír, en presencia de los dolientes cuyos corazones estaban derramando sangre, a un hombre que repetía el oficio como si recibiera una cantidad por cada culto, y por lo tanto quisiera acabar éste lo más pronto posible para comenzar otro. No puedo figurarme qué efecto esperaba producir, o qué resultado efectuar, por palabras forzadas y proferidas con venganza y vehemencia. Es triste a la verdad pensar en el modo con que se mata y se hace abominación ese oficio de difuntos tan admirable, por el modo con que se lee frecuentemente. Hago mención de esto, sólo para indicar que si los episcopales critican con demasiada severidad nuestras oraciones espontáneas podemos hacerles callar presentando esta recriminación formidable. Pero sin duda alguna seria mucho mejor enmendar nuestras costumbres que criticar las de otros.

Para que una oración pública sea lo que debe ser, es preciso que *dimane del corazón.* Un hombre debe ser realmente sincero en sus súplicas. La oración debe ser verdadera, y si lo es, cubrirá como la caridad, una muchedumbre de pecados. Podéis perdonar las familiaridades de un hombre y también sus vulgaridades, si veis claramente que de lo más íntimo de su corazón está hablando a su Creador, y que sus faltas son debidas sólo a los defectos de su educación y no a vicios morales o espirituales de su corazón. El que ora públicamente debe ser ardiente, porque no puede haber peor preparación para un sermón, que una oración soporífera. ¿Qué cosa puede fastidiar a los hombres de la casa de Dios, más que una oración inerte? Poned toda vuestra alma en tal ejercicio. Si toda vuestra energía puede interesarse en una cosa, que lo sea en acercarse a Dios públicamente. Rogad de tal manera que podáis, por un atractivo divino llevar a toda la congregación con vosotros hasta el trono de Dios. Orad de tal modo que por el poder del Espíritu Santo, descansando sobre vosotros expreséis los deseos y los pensamientos de todo el auditorio, y os constituyáis en una voz ardiente de fervor delante del trono de Dios, intercediendo por los centenares de corazones palpitantes al sentirlo.

Además de esto, nuestras oraciones deben ser a *propósito.* No quiero decir que debemos entrar en cada detalle minucioso, de las circunstancias de la congregación. Como he dicho antes, no hay necesidad de hacer mención en la oración pública de todos los sucesos de la semana, ni de conmemorar todos los nacimientos, muertes y matrimonios de vuestros feligreses, pero el corazón cuidadoso del ministro debe notar todos los movimientos generales que han acontecido en la congregación; debe recordar tanto los gozos como las tristezas de su congregación delante del trono de gracia, y pedir que la bendición divina descanse sobre su rebaño en todos sus movimientos, sus ejercicios, quehaceres y empresas santas, y que el perdón de Dios se extienda a sus cortos alcances y pecados innumerables. Además, por vía de precepto negativo, os aconsejaría que no fueseis prolijos en la oración. Me parece que Juan Macdonald fue el que decía: "Si estáis en el espíritu de la oración, no os extendáis demasiado, porque puede haber muchos que hallen dificultad en seguiros en tal espiritualidad; y si no estáis en él, no os extendáis tampoco, porque entonces podéis estar ciertos de que fatigaréis al auditorio." Livingstone dice respecto de Roberto Bruce de Edinburgh, el contemporáneo famoso de Andrés Melville: "Ningún otro hombre de su tiempo manifestó tanta convicción y energía como las que a él confiriera el Espíritu Santo. Ningún otro tuvo tantas pruebas de conversión de las almas, y muchos de sus oyentes hasta pensaban que nadie desde el tiempo de los apóstoles, había hablado con tanto poder como él. Cuando otros estaban presentes, ofrecía oraciones muy breves; pero cada una de sus sentencias era como un rayo lanzado a los cielos. Le oí decir que se fastidiaba cuando otros ofrecían oraciones largas; pero que estando solo, empleaba mucho tiempo orando,

si se quiere, con importunidad." Un hombre puede, en ocasiones especiales, si se afecta en extremo y se transporta fuera de si mismo, ocupar veinte minutos en la oración principal de la mañana; pero esto no debe suceder con frecuencia. Mi amigo el Dr. Carlos Brown de Edinburgo, dice como resultado de su juicio meditado, que una oración pública no se debe extender más de diez minutos. Nuestros antepasados solían orar por tres cuartos de hora cuando menos; pero debéis recordar que no podían estar seguros de tener otra oportunidad para hacerlo ante una reunión, y por tanto oraban hasta saciarse. Además, en aquellos tiempos, la congregación no se inclinaba a quejarse de la duración de las oraciones o de los sermones, tanto como algunos lo hacen ahora. No podéis orar demasiado tiempo en secreto, por mucho que lo hagáis. No os limitamos cuando hagáis esto, a diez minutos ni a diez horas, ni aun a diez semanas. Cuanto más os pongáis de rodillas solos, tanto mejor será el efecto que obtengáis así para vosotros como para vuestras congregaciones. Estamos hablando ahora de las oraciones públicas que vienen antes del sermón o después de él, y para éstas, diez minutos son mejor límite que quince. Sólo una persona entre mil, se quejará de vosotros con motivo de que vuestras oraciones son demasiado breves, pero muchas murmurarán de la duración fastidiosa de ellas. Dijo Jorge Whitfield una vez hablando de un predicador: "Excitó en mi un buen estado de espíritu por su oración, y si hubiera parado entonces, habría sido un bien, pero me quitó tal estado al seguir orando más tiempo." La suma tolerancia del Señor se ha hecho patente al no infligir un castigo a algunos predicadores que han pecado en gran manera en cuanto a este respecto. Han hecho mucho mal a la piedad del pueblo de Dios con sus dilatadas y fútiles oraciones, y con todo, el Señor en su misericordia les ha permitido que continúen oficiando en el santuario. ¡Desgraciados de aquellos que tienen que escuchar a un pastor muy cerca de media hora, después de cuyo tiempo suplican a Dios excuse su involuntario laconismo. No os extendáis demasiado por varias razones: en primer lugar, porque al fatigaros fatigaréis a la gente; y en segundo, porque con la duración de vuestras oraciones, haréis que el auditorio se distraiga de sus meditaciones para prestar oídos al sermón. Todas esas áridas, pesadas y prolijas pláticas en la oración, no hacen más que embotar la atención de los oyentes cuyos oídos, digámoslo así, se saturan de palabras. Nadie teniendo por objeto asaltar la puerta del oído, la obstruiría con lodo y piedras. No, quitad de la puerta toda clase de obstrucciones, para que el ariete del Evangelio produzca su propio efecto cuando llegue el tiempo de usarlo. Las oraciones largas consisten en repeticiones o en explicaciones superfluas que Dios no requiere, o degeneran en puras predicaciones, de suerte que no hay diferencia alguna entre la oración y la predicación, excepto que en aquella el ministro tiene sus ojos cerrados, y en ésta los mantiene abiertos. No es necesario repasar en nuestras oraciones el Catecismo de Westminster, ni repetir la experiencia de todo el pueblo presente, ni aun la vuestra. No se nos exige que nuestras oraciones consistan en una serie de textos bíblicos, ni que citemos a David y Daniel y Job y Pablo y Pedro y todos los demás bajo el titulo de "tu siervo antiguo." Es necesario que en vuestras oraciones os acerquéis a Dios, pero no se os exige que multipliquéis vuestras palabras hasta que todos los oyentes deseen oír el "Amén." No puedo menos de daros otro consejo pequeño, y es que nunca causéis la impresión de que estáis para concluir vuestra oración, y entonces continuéis orando por otros cinco minutos. Cuando el auditorio supone que estáis para terminar, no puede repentinamente proceder con un espíritu devoto. He asistido a cultos en que los predicadores nos han atormentado con la esperanza de que estaban concluyendo, y entonces comenzaron de nuevo dos o tres veces: esto es imprudente y fastidioso.

Otro canon es este: No *hagáis uso de frases altisonantes.* Hermanos míos, evitad por completo estas cosas impropias; ya que han tenido su época de vida, dejadles ahora que mueran en paz.

Estas piezas de fustán espiritual, no se pueden rechazar de un modo demasiado terminante. Algunas de ellas son puras ficciones, otras son pasajes sacados de obras apócrifas; otros son textos que en un tiempo fueron citados de la Biblia, pero que se han adulterado de tal manera, que es casi imposible reconocerlos como palabras del Autor Divino. En el "Magazine Bautista" del año de 1861, hice las observaciones siguientes sobre las vulgaridades más familiares que se oían en los Cultos de oración: "Las frases altisonantes son un gran mal. ¿Quién puede justificar expresiones tales como éstas: 'No queremos precipitarnos en tu presencia, así como el caballo *indiscreto* lo hace en la batalla?"

Como si la discreción pudiera ser alguna vez la cualidad del caballo, y como si no fuera más meritorio imitar la ligereza y energía de este animal, que la pesadez estúpida del asno. Como el verso de que en concepto nuestro, se deriva esta bizarra sentencia, incita más al pecado que a la oración, no puedo menos de regocijarme al ver que dicha frase está bloqueando ya. "Id de corazón en corazón, como el aceite de vasija en vasija," es probablemente una cita tomada de las historias infantiles de "Alí Babá y los cuarenta ladrones," pero tan destituida de poesía y de sentido, no digo bíblico, pero ni aun común, que apenas podrá concebirse alguna otra que la iguale. No sabemos que el aceite fluye de una vasija a otra de un modo misterioso o admirable; es verdad que tarda mucho a veces en salir, y por tanto es símbolo propio de la energía de algunos; pero seguramente seria mejor recibir la gracia directamente del cielo que de otra vasija, según la idea papal que en sentir nuestro se desprende de la metáfora si es que ésta puede tener significado alguno. *"Tu, pobre polvo indigno,"* es un epíteto que se aplica generalmente a sí mismos los hombres más orgullosos de la congregación, y frecuentemente los más avarientos y bajos, y en tales casos las palabras son bastante a propósito. Hemos oído hablar de un buen hombre que orando por sus hijos y nietos, fue tan completamente obcecado por la influencia engañosa de esta expresión, que exclamó: "¡Oh, Señor, salva a tu polvo, y al polvo de tu polvo, y al polvo de tu polvo de tu polvo." Cuando Abraham dijo: "Me he hecho el ánimo de hablar al Señor, no obstante que no soy sino ceniza y polvo," tal exclamación fue enérgica y expresiva; pero ya que se cita en una forma tan impropia y mal entendida, seria mejor que cuanto antes fuese reducida a su elemento propio. Una lista desatinada de textos bíblicos mal interpretados, de sonrisas incultas y de ridículas metáforas, constituyen una especie de *jeringoza* espiritual, resultado de una profana ignorancia, de una enervada imitación, o de una hipocresía sin gracia alguna; a la vez que deshonran a los que constantemente las repiten, son perjudiciales e insoportables para aquellos cuyos oídos se han cansado de ellas.

El Dr. Carlos Brown de Edinburgo en una alocución admirable pronunciada en una reunión de la Sociedad Misionera del Colegio Nuevo, nos da ejemplos de citas falsas aclimatadas en Escocia, y que también se encuentran a veces al otro lado del Tweed. Con su permiso citaré un pasaje largo de la alocución: "Hay lo que se puede llamar una mezcla desafortunada y a veces muy grotesca de textos bíblicos. ¿Quién ignora las palabras siguientes dirigidas a Dios en la oración: "Tú eres el Alto y Sublime que habitas en la eternidad y *en las alabanzas de ella."* Esta expresión es una mezcla de dos textos gloriosos cuando se consideran uno por uno separadamente, pero que se han adulterado, y el uno se echa a perder completamente cuando se combina y mezcla con el otro de semejante modo. El uno es de Isaías 57:15. "Así dijo el Alto y Sublime, *el que habita en la eternidad,* y cuyo nombre es el Santo." El otro es el Salmo 22:7. "Tú empero eres Santo, tú *que habitas entre las alabanzas de Israel."* Habitar las alabanzas de eternidad, es por lo menos poco expresivo, puesto que no hubo alabanzas de eternidad, es por lo

menos poco expresivo, puesto que no hubo alabanzas en que habitar en la eternidad *pasada*. Pero ¡cuánta gloria hay en el pensamiento de que Dios condesciende en habitar, es decir, en tener su residencia en las alabanzas de Israel que significa la iglesia redimida. Además, hay otro ejemplo igualmente grotesco que pertenece a la misma clase, y del cual se hace uso con tanta frecuencia que probablemente se considera por la mayor parte de los cristianos como sancionado por la Biblia. Es este: "Quisiéramos poner la mano sobre la boca, y la boca en el polvo y exclamar *Inmundos, Inmundos;* Dios, sé propicio para con nosotros, pecadores." En esta expresión encontramos por lo menos cuatro textos mezclados, cada uno muy hermoso en si mismo. El primero es de Job. 39:37 "He aquí que soy vil: ¿qué te responderé? Mi mano pongo sobre mi boca." El segundo es de Lam. 3:29. "Pondrá su boca en el polvo; por si quizá hay esperanza." El tercero es de Lev. 3:45, en que se exige al leproso que cubra su labio superior y pregone "Inmundo. Inmundo." El cuarto es la oración del publicano. Pero ¡cuán inconsecuente es la idea de que un hombre se pusiera la mano sobre la boca, y entonces la boca en el polvo, y por ultimo que pregonara, 'etcétera', Otro ejemplo y el último, es una expresión casi universal entre nosotros, y creo que la mayor parte de los que la emplean opinan que es bíblica: "En tu favor se encuentra la vida, y tu misericordia es mejor que la vida." Aquí también tenemos una combinación impropia de dos pasajes en que el término *vida* tiene dos acepciones enteramente distintas y aun incompatibles, es a saber, Salmo 63:3. "Mejor es tu misericordia que la vida," en que *vida* significa evidentemente la vida temporal.

Se puede notar otra clase de errores, cambios poco felices del lenguaje bíblico. No es necesario decir que el Salmo 130 "De los profundos etc.," es uno de los más preciosos de todo el libro de los Salmos. ¿Por qué debemos oír las palabras de David y del Espíritu Santo, torcidas en las oraciones públicas de tal manera y tan constantemente, que todo nuestro pueblo piadoso llegue a adoptarlas en esta forma en sus oraciones sociales y familiares? "Hay perdón cerca de ti para que seas temido, y abundante redención *para que seas buscado."* ¡Cuán preciosas son las palabras como se encuentran en el mismo Salmo versículo 4. "Hay perdón cerca de ti, para que seas temido." versículos 7 y 8: "En Jehová hay misericordia y abundante redención con El; y El redimirá a Israel de todos sus pecados." Además, las palabras del versículo 3 de este mismo Salmo precioso, a menudo se cita en su propia forma tan sencilla y expresiva como se encuentra en la Biblia, pero se cambian de tal manera, que en vez de tener la expresión: "Jehová, si mirares a los pecadores, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse?" tenemos: "Si Tú, Jehová, *fueres estricto* mirando a los pecadores etc." Recuerdo bien que cuando estuve en el colegio solía oírlo en una forma aun más ofensiva. "¡Si Tú fueres estricto mirando y riguroso castigando!" Otro cambio favorito es el que sigue: "Tú estás en los cielos y nosotros sobre la tierra: por tanto sean pocas y *bien ordenadas nuestras palabras."* La declaración de Salomón sencilla y sublime (llena de instrucción, a la verdad, sobre todo el asunto de que estamos tratando,) es "Dios está en el cielo, y tu sobre la tierra; por tanto sean pocas tus palabras," Eccl. 5:2. Otro ejemplo de esta clase se encuentra en el cambio de las palabras sublimes de Habacuc. Se repiten ordinariamente así: "Limpio eres de ojos para no ver el mal, ni puedes ver el agravio *sin aborrecimiento."* Las palabras del Espíritu Santo son las siguientes (Hab. 1:13:) "Limpio eres de ojos para no ver el agravio." No es necesario decir que la fuerza de la expresión "ni puedes ver el agravio," casi se pierde cuando se agrega que Dios puede verlo, pero no sin aborrecimiento. Otra clase de citas falsas consiste en pleonasmos sin significado, redundancias vulgares de expresión, al citar pasajes de la Biblia. Una de éstas es tan universal, que apenas podéis dejar de oiría siempre que el pasaje referido sea citado. "Esté en medio de nosotros para bendecirnos y *hacernos bien."* ¿De

qué sirve la última expresión "y *hacernos bien"?* El pasaje referido es de Ex. 20:24. "En cualquier lugar donde yo hiciere que esté la memoria de mi nombre, vendré a ti y te bendeciré." Tal es la sencillez de la Biblia. Lo que agregamos es *"hacernos bien."* En Dan. 4:35 leemos las palabras nobles, "ni hay quien lo estorbe con su mano, y le diga: ¿Qué haces?" El cambio favorito es el siguiente, "Ni hay quien Te estorbe con su mano *de obrar."* En ICor. 2:9, encontramos estas palabras: "Cosas que ojo no vio, ni oreja oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que ha Dios preparado para aquellos que le aman." Esto se ha cambiado en esta expresión: "ni ha subido en corazón de hombre *concebir* las cosas" etc.

Constantemente oímos que a Dios se le titula "oidor y aceptador de la oración," cosa que no pasa de ser un pleonasmo inútil y vulgar, puesto que la idea de la Escritura al decir que Dios oye, es precisamente la de manifestar que acepta. "Oh tú que oyes la oración, a ti dirigiráse toda carne," "Oye mi oración, oh Señor! Amo al Señor porque ha escuchado mi voz y mis plegarias." ¿De dónde, además, toma origen ese pasaje común de la oración pública: "Tus consuelos no son ni pocos ni pequeños?" Presumo que hace referencia a las palabras de Job: "¿Son pequeños para contigo los consuelos de Dios?" Del mismo modo muy rara será la vez en que se oiga la oración tomada del Salmo 74: "Tened respeto por la Alianza porque los lugares tenebrosos de la tierra están llenos de lugares donde mora la crueldad," sin que se le agregue: *"horrenda* crueldad;" ni la exhortación a la oración que se halla en Isaías: "No guardéis silencio, ni le dejéis descansar hasta que establezca a Jerusalén y la haga objeto de alabanza en la tierra," sin añadirle *"toda* la tierra;" ni esa apelación del Salmista: "¿A quién tengo yo en el Cielo si no es a ti?, ¿y nada hay en la tierra que yo desee fuera de ti?" sin aumentarle las palabras *"toda* la tierra." No niego que estas últimas palabras son de poca importancia, pues efectivamente son así, y no valdría la pena, por lo mismo, que las lleváramos a mal, si ocurriesen pocas veces; pero vistas como la estereotipia de pasajes comunes aunque débiles en si mismas, sirven para probar que "se repiten tan a menudo, que bien pueden hacernos creer que poseen una autoridad divina, razón por lo cual humildemente opino que las palabras superfluas deben eliminarse, descartarse y desterrarse enteramente de nuestro culto bautista.

Os sorprenderéis quizá de oír que la única autoridad Bíblica para la expresión favorita y algo peculiar "los pecadores dan vueltas al pecado como a un dulce bocado bajo su lengua, es la de las palabras siguientes del libro de Job 20:12: "Si el mal se endulzó en su boca, si lo ocultaba debajo de su lengua." Pero basta ya.

Siento mucho haberme visto obligado por la conciencia a detenerme tanto tiempo sobre un asunto tan poco feliz. Empero no puedo dejar el punto sin exhortaros a que citéis literalmente todos los pasajes de la palabra de Dios de los cuales hagáis uso. Debe ser un punto de honor entre los ministros, citar siempre exactamente las palabras de la Biblia. Es difícil que seamos siempre exactos, y precisamente por esta razón, debemos esforzarnos en serlo. En las universidades de Oxford o Cambridge seria considerado casi como traición o felonía que un socio citara falsamente a Tácito, Virgilio u Homero; pero el que un ministro citara falsamente a Pablo, a Moisés o David, seria una cosa mucho más grave e igualmente digna de la censura más severa. Notad que dije "socio," no "novicio," y esperamos de un pastor, por lo menos, una exactitud en su propio departamento igual a la que se encuentra en un graduado.

"Vosotros que creéis tan firmemente y a mi entera satisfacción, en la inspiración plenaria de la Biblia, nunca debéis citar un pasaje sin dar las palabras mismas porque, según vuestra propia creencia, podéis dejar por completo de expresar el sentido divino del pasaje, cambiando una sola palabra. Si no podéis dejar por completo de expresar el sentido divino del pasaje, cambiando una sola palabra. Si no podéis citar los pasajes de la Biblia exactamente en vuestras oraciones, seria mejor no hacer uso de ellos. Emplead una expresión nacida de vuestra propia mente, y será igualmente aceptable a Dios como una frase bíblica adulterada y trunca. Guardaos con vehemencia, de las alteraciones y perversiones de la Escritura, y renunciad para siempre a todas las frases altisonantes puesto que desfiguran las oraciones espontáneas del corazón. He notado la costumbre entre algunos (que os ruego no adoptéis), de orar con los ojos abiertos. Es antinatural, indecoroso y repugnante. Raras veces sucederá que el ojo abierto y levantado hacia el cielo, puede ser conveniente y conmovedor; pero mirar a los objetos que nos rodean mientras que profesamos comunicarnos con el Dios invisible, es detestable en extremo. Los padres de la iglesia primitiva condenaron esta práctica indecorosa. Debemos hacer uso, si acaso, de muy pocas gesticulaciones al orar. Apenas alguna vez nos conviene levantar y mover el brazo como si estuviéramos predicando; pero los brazos extendidos y las manos enclavijadas son naturales y sirven para sugerir pensamientos a propósito si es que el individuo que ora está muy excitado. La voz debe estar conforme siempre con el asunto, y no ser nunca violenta ni audaz: que los tonos del hombre que habla con Dios sean humildes y reverentes. ¿No os enseña esto aun la naturaleza misma? Si la gracia no lo hace, desespero. En cuanto a nuestras oraciones en los cultos dominicales, tal vez sería útil daros algunos consejos. Para evitar que se establezca entre nosotros una rutina monótona y fastidiosa, os recomiendo que *variéis el orden de las diferentes partes del culto, tanto cuanto os sea posible.* Lo que el Espíritu libre nos impele a hacer, hagámoslo desde luego. He llegado recientemente a entender por primera vez cuán grande es el poder de los diáconos sobre los ministros en algunas iglesias del campo. He tenido la costumbre siempre de dirigir los servicios religiosos del modo que me parecía más conveniente y provechoso, y nunca he oído hablar ni una palabra en mi contra, aunque puedo decir que disfruto de mucha intimidad con los directores de mi Iglesia; pero un hermano en el ministerio me dijo esta mañana, que una vez principió el culto de la mañana por una oración en vez de anunciar un himno, y que después del culto cuando él se retiró al vestuario o guardarropa, los diáconos le pusieron de manifiesto que no podían permitir innovaciones. Hasta ahora hemos entendido que las iglesias bautistas no están esclavizadas a tradiciones, ni a reglas fijas en cuanto a sus modos de adoración, y sin embargo, estos pobres deseando hacerse soberanos y exclamando en alta voz contra una liturgia, quieren que su ministro se someta a ceremonias introducidas por la costumbre. Ya es tiempo de que a tales absurdos se ponga un hasta aquí. Pretendemos dirigir los cultos así como el Espíritu Santo nos enseña y según nuestro mejor juicio. No nos someteremos a una regla que nos exija que cantemos ahora y oremos después; sino variaremos el orden del culto para evitar de este modo la monotonía. He oído decir que el reverendo Hinton principió el culto una vez por el sermón, para que los que llegaran tarde pudieran por lo menos, disfrutar la oportunidad de orar con la congregación. ¿Y porqué no? Las variaciones tienden a hacer bien; la monotonía es muy fastidiosa. Frecuentemente seria muy provechoso dejar a la congregación que guardara silencio entero por dos o tres minutos. El silencio solemne hace noble la adoración.

"La adoración verdadera no es el sonido tumultuoso que se repite por labios clamorosos, sino es el silencio profundo de una alma que se abraza a los pies de Jehová."

Variad, pues, el orden de vuestras oraciones para fijar mejor de este modo la atención del auditorio, y evitar a la vez que su asistencia sea como el movimiento de un reloj que continúa de un modo monótono hasta que sea necesario darle cuerda.

Variad la duración de vuestras oraciones públicas. ¿No pensáis que seria mucho mejor a veces en lugar de emplear tres minutos en la primera oración y quince en la segunda, ocupar nueve en cada una? ¿No seria más provechoso a veces detenernos más tiempo en la primera y menos en la segunda? ¿No serian mejores dos oraciones medianamente largas, que una larga en extremo y otra muy corta? ¿No sería un buen cambio cantar un himno después de leer el capitulo, o cantar una o dos estrofas antes de la oración? ¿Por qué no seria bien a veces cantar cuatro himnos en un culto? ¿No debemos estar contentos a veces con dos himnos y aun con uno? ¿Por qué es necesario cantar siempre después del sermón? ¿Por qué, por otra parte, nunca cantan algunos al fin del culto? ¿Es conveniente siempre, o aun con frecuencia, una oración después del sermón? ¿No es verdad que a veces es muy conmovedora? ¿Si fuéramos guiados por el Espíritu, no conseguiríamos una variedad actualmente desconocida? Hagamos lo que fuere oportuno a fin de que nuestra congregación no llegue a considerar ninguna forma del culto como dispuesta por Dios, y así recaiga en la superstición de que ha escapado.

Variad el curso de vuestras oraciones intercesoras. Hay muchos objetos que os exigen la atención, por ejemplo: la iglesia en su debilidad; su apostasía; sus tristezas y sus consuelos; la gente que no es nuestra; la vecindad; los oyentes no regenerados; los jóvenes y la nación. No roguéis por todo esto siempre, de otro modo vuestras oraciones serán largas y fastidiosas. Cualquier asunto que pese especialmente sobre vuestro corazón, que sea el más prominente en vuestras súplicas. Hay un modo de orar bajo la dirección del Espíritu, que hará homogéneo todo el servicio y lo hará conforme con los himnos y el discurso. Es muy provechoso conservar la unidad en el culto dondequiera que sea posible, no de un modo forzoso sino prudente, para que el efecto sea uno. Ciertos hermanos no han llegado a conservar la unidad en sus sermones, sino vagan de Inglaterra al Japón, e introducen todos los asuntos que se pueden imaginar pero vosotros, que habéis aprendido el modo de conservar la unidad en vuestros sermones, podéis avanzar más todavía y exhibir cierto grado de unidad en el culto, teniendo cuidado tanto en el himno, como en la oración y el capitulo, de dar prominencia al mismo asunto. No puedo recomendaros la práctica común entre algunos hermanos, de repasar el sermón en la última oración. Puede ser instructiva al auditorio, pero esto es cosa enteramente extraña a la oración. Es altisonante, escolástica, y no nos conviene: no imitéis esa costumbre.

Evitad como a una víbora, todos los esfuerzos para excitar un fervor espurio en la devoción publica. No os esforcéis en parecer fervientes. Rogad como vuestro corazón os dicte, bajo la dirección del Espíritu de Dios, y si os sentís torpes e inactivos, decidlo al Señor. No será una cosa mala confesar vuestra frialdad y lamentarla; y pedir las influencias vivificadoras del Espíritu Santo: por el contrario, será una oración verdadera y aceptable; pero un ardor fingido es la forma más vergonzosa de la mentira. Nunca imitéis a los que son fervientes. Conocéis a un hombre piadoso que gime, y a otro cuya voz se hace aguda luego que lo excita el celo, pero no por esto gimáis ni chilléis a fin de parecer tan celosos como son ellos. Sed sólo naturales siempre y pedid a Dios su dirección en todo.

Por último, os digo esto en confianza, *preparad vuestras oraciones.* Diréis asombrados: ¿Qué quiere usted decir con este consejo? Bien, doy a entender lo que algunos no quieren decir por dichas palabras. Este asunto se discutió una vez en una sociedad de ministros. ¿Era bien hecho que un ministro preparara su oración de antemano? Algunos dijeron con plena convicción que *no,* que eso seria muy malo: y tenían razón. Otros con igual convicción, dijeron que *sí: y a* éstos también los asistía la razón. En mi concepto, tanto unos como otros dijeron la verdad. Los primeros entendieron por preparación, el estudio de las expresiones y la formación de un hilo de pensamientos formado con anticipación, y esto al modo de ver de todos, seria cosa enteramente contraria a la adoración espiritual, en la cual debemos entregarnos por completo en manos del Espíritu Santo, y recibir de El nuestra ilustración tanto en cuanto a los pensamientos como en cuanto a las palabras. Convenimos perfectamente en estas observaciones, porque si un hombre ha de escribir sus oraciones y estudiar sus peticiones una por una, que haga uso más bien de una liturgia. Pero los hermanos que opinaron de distinto modo, dieron a entender por preparación, otra cosa muy diferente, es decir, no la de la inteligencia, sino la del corazón, y la cual consiste en considerar solemnemente y antes del culto, la importancia de la oración; en meditar sobre las necesidades de las almas humanas; en recordar las promesas en que debemos esperar, y en acercarnos así al Señor con una petición escrita en tablas de carne del corazón. Esto es ciertamente mejor que acercarnos a Dios a trochemoche, precipitándonos al trono de sopetón, sin motivo ni deseo definido. Un hombre decía: "Nunca me canso de orar, porque espero siempre un objeto definido como resultado de mi oración." Hermanos, ¿son así vuestras oraciones? ¿Os esforzáis en tener un estado espiritual a propósito para dirigir las peticiones de vuestra congregación? ¿Ordenáis vuestra causa al acercaros al Señor? Siento, hermanos, la persuasión de que debemos prepararnos por medio de la oración privada para la pública. Viviendo cerca de Dios, debemos conservar un espíritu devoto, y de ese modo no dejaremos de tener buen éxito en nuestras plegarias orales. Si algo más de lo que hemos indicado se puede tolerar, es que aprendamos de memoria algunos salmos y otros pasajes de la Biblia que contienen promesas, súplicas, alabanzas y confesiones que puedan servirnos en nuestras oraciones. Se nos dice que Crisóstomo había aprendido de memoria toda la Biblia y podía repetirla a su gusto; no es de admirar por tanto, que se le haya llamado "pico de oro." Bien, al comunicarnos con Dios, no hay otras palabras más a propósito que las del Espíritu Santo. "Haz lo que has dicho," será cosa que siempre prevalecerá con el Altísimo. Por tanto, os doy el consejo de que aprendáis de memoria los ejercicios inspirados de devoción que se encuentran en la Palabra de la verdad, y de este modo, vuestra lectura diaria de la Biblia os proporcionará súplicas nuevas, que serán como ungüento derramado que llena toda la casa de Dios con su fragancia, siempre que presentéis vuestras peticiones públicas ante el Señor. Las semillas de la oración sembradas así en la memoria, producirán una cosecha abundante y constante, porque el Espíritu a la hora de la oración pública, calentará con fuego consagrado vuestra boca. Así como David empleó la espada de Goliath para ganar sus victorias subsiguientes a la muerte de aquel filisteo, así podemos a veces hacer uso de una petición ya aceptada, y cuando Dios la cumpla de nuevo a nuestro respecto, nos hallaremos capaces de decir con el hijo de Isaí: "No hay otra Igual a ella." Que vuestras oraciones sean fervorosas, ardientes, constantes y vehementes. Pido al Espíritu Santo que enseñe a todos los estudiantes de este colegio, a ofrecer sus oraciones públicas de tal modo, que Dios siempre sea servido de lo mejor. Sean sencillas y sinceras vuestras peticiones, y aunque vuestra congregación piense a veces que el sermón no es del todo bueno, que en cambio no pueda menos de confesar que la oración suple todo lo que falta a las otras partes del culto.

Pudiera yo decir mucho más y tal vez debiera decirlo, pero me falta tanto el tiempo como la fuerza, y por tanto doy fin aquí a esta conferencia.

***

PLATICA V
Sermones - Su Asunto

Toda clase de sermones debe tender a la ilustración de los oyentes, y las doctrinas enseñadas deben ser sólidas, importantes y abundantes. No subimos al púlpito sólo con el objeto de hablar, sino que tenemos que comunicar instrucciones de la mayor importancia, y por lo mismo no podemos emplear el tiempo diciendo cosas fútiles por bonitas que sean. La variedad de nuestros asuntos casi no tiene límite, y por tanto, no podemos tener disculpa si nuestros discursos son insípidos y triviales. Si hablamos como embajadores de Dios, no debemos nunca quejamos de falta de asuntos, porque nuestro mensaje abunda en los pensamientos más preciosos. Todo el Evangelio se debe presentar desde el púlpito; toda la fe, una vez entregada a los santos, debe ser proclamada por nosotros. La verdad tal como se encuentra en Jesucristo, debe ser declarada instructivamente, para que el pueblo no escuche simplemente, sino conozca la armonía de la misma. No servimos en el altar del Dios desconocido, sino hablamos a los que adoran a Aquel de quien está escrito, "los que conocen tu nombre, confiarán en Ti." Dividir bien un sermón es un arte muy útil, pero ¿de qué puede servirnos, si no hay qué dividir? El que puede dividir bien, es como una persona diestra en trinchar que tiene enfrente un plato vacío. Poder presentar un exordio oportuno y atractivo; hablar fácilmente y con propiedad durante el tiempo asignado al discurso, y concluir con una peroración que inspire respeto, puede parecer suficiente a los que predican de un modo simplemente formal; pero el ministro verdadero de Cristo, sabe que el valor real de un sermón debe consistir no en su forma y modo, sino en la verdad que contiene. Nada puede sustituirse en vez de la enseñanza; toda la retórica del mundo es tan sólo como la paja del trigo, cuando se pone en contraste con el Evangelio de nuestra salvación. Por hermosa que sea la canasta del sembrador, es cosa enteramente inútil si no contiene semilla. El mejor discurso que haya podido pronunciarse, deja notablemente de llenar su fin, si la doctrina de la gracia de Dios no se encuentra en él; vuela sobre las cabezas de los hombres como una nube, pero no distribuye agua en la tierra sedienta, y por tanto, el recuerdo de él desalienta por lo menos, a las almas que han aprendido la sabiduría debido a las lecciones de una necesidad urgente. El estilo de un hombre puede ser tan fascinador como el de la autora de quien alguno dijo que "debía escribir con pluma de cristal mojada en rocío, sobre papel de plata, y usar en vez de grenilla el polvo del ala de una mariposa;" pero ¿de qué importancia es para un auditorio cuyas almas están en el mayor peligro, lo que no es más que elegancia? Por cierto que ésta es más ligera que la vanidad. Los caballos no se deben juzgar por sus cascabeles, ni por su guarnición, sino por sus miembros, huesos y raza; y de igual modo, los sermones cuando son el objeto de la crítica de oyentes juiciosos, son estimados principalmente, según el número de verdades evangélicas, y la fuerza del espíritu evangélico que contienen. Hermanos, pesad vuestros sermones. No los vendáis al por menor, por varas, sino distribuidlos por libras. Apreciad en poco el número de las palabras que habléis, pero esforzaos en ser estimados según el carácter de vuestros pensamientos. Es una necedad prodigar palabras y escasear verdades. Debe estar destituido en extremo de juicio el que se complazca en oírse descrito a sí mismo en estas palabras del gran poeta del mundo que dice: "Graciano habla una infinidad de nadas. No hay otro igual a él en este respecto en toda Venecia;

sus razones son como dos granos de trigo escondidos en dos fanegas de hollejos: podéis buscarlas todo el día sin hallarlas; y cuando las hayáis encontrado, veréis que no valen el trabajo que ha costado buscarlas."

Las apelaciones que excitan los afectos son excelentes, pero si no van acompañadas de enseñanzas, son simplemente una apariencia, un incendio de pólvora sin tirar una bala. Estad seguros de que la revivificación más ferviente se acabará cual mero humo, si no se sostiene por el combustible de la enseñanza. El método divino es presentar la ley a la mente, y enseguida escribirla en el corazón; de este modo se ilumina el juicio y se someten las pasiones. Leed Heb. 8:10, y seguid el modelo del pacto de gracia. La nota de *Gouge* sobre este pasaje se puede citar aquí con propiedad: "Los ministros deben imitar a Dios en esto, y esforzarse lo más posible en instruir al pueblo en los misterios de santidad, en enseñarle todo lo que es necesario creer y practicar, y en animarlo, después a hacer todo lo que se le ha enseñado. De otro modo el trabajo de ellos puede ser en vano. Faltar a este procedimiento es la causa principal de que los hombres caigan en tantos errores como lo hacen en este tiempo." Puedo agregar que esta última observación ha aumentado su fuerza en nuestros días: los lobos de la herejía devastan los rediles de los ignorantes: la enseñanza sana es la mejor defensa contra las herejías que nos rodean. Los oyentes desean y deben tener buenos conocimientos de los asuntos bíblicos. Son acreedores a explicaciones exactas sobre las Escrituras y si el ministro es "un intérprete, uno de mil," un mensajero real del cielo, las dará abundantemente.

Sea cual fuere la cosa que se tenga, la ausencia de verdades edificantes e instructivas, así como la de harina para el pan, será fatal. Muchos sermones estimados por su contenido, más bien que por su área superficial, son muy malas muestras de discursos piadosos. Creo que se dice con mucha razón, que si escucháis a un profesor de astronomía o geología aun por poco tiempo, obtendréis una idea medianamente clara de su sistema; pero si escucharéis no sólo por un año, sino por doce, a la mayor parte de los predicadores medianos, no legrareis formaros una idea satisfactoria de su sistema de teología. Si esto es así, es una falta grave que no se puede lamentar demasiado. ¡Ay! las declaraciones confusas de muchos respecto de las mayores realidades, y el ofuscamiento de otros al pensar en las verdades fundamentales, han dado mucho lugar a la crítica que acabamos de indicar. Hermanos, si no sois teólogos, no sois buenos para nada, como pastores. Podéis ser los mejores retóricos, y hacer uso de las sentencias más pulidas; pero sin conocimiento del Evangelio y aptitud para enseñarlo, sois como metal que resuena o platillo que retiñe. Las palabras sirven con demasiada frecuencia como hojas de higuera para cubrir la ignorancia del predicador sobre asuntos teológicos. Se ofrecen muchas veces períodos elegantes en vez de doctrinas sanas, y adornos retóricos en vez de pensamientos robustos. Estas cosas no deben existir. La abundancia de declamación vacía, y la ausencia de alimento para el alma, tornará un púlpito en una caja de hinchazón, e inspirará menosprecio en vez de reverencia. Si no somos predicadores que instruyen y no alimentamos al pueblo, podemos citar con frecuencia la poesía más elegante, y vender por menor los sacos de viento de uso, pero estaremos como Nerón antiguamente, que tocaba el violín mientras que Roma estaba quemándose; y mandaba buques a Alejandría para traer arena con qué empedrar el circo, mientras que la gente estaba pereciendo de hambre. Insistimos en que debe haber abundancia de pensamientos en los sermones, y en seguida que *estos deben estar conformes con el* texto. El discurso debe ser sacado del texto por regla general, y cuanto más evidente sea esto, tanto mejor éxito tendrá; pero por lo menos, debe estar relacionado muy íntimamente con el texto.

Por vía de espiritualizar y acomodar los textos, es necesario conceder mucha libertad, pero ésta no debe degenerar en libertinaje, y siempre debe haber una conexión, y algo más que una conexión remota; es decir, una relación real entre el sermón y el texto. Oí hablar hace poco, de un texto admirable que era a propósito, o poco conveniente, como podéis pensar. Un dignatario había regalado muchas capas de carmesí brillante a las señoras más ancianas de su parroquia. A estos resplandecientes seres se les exigió que asistiesen al culto en el templo parroquial, el domingo siguiente, y se sentasen enfrente del púlpito, desde cuyo lugar uno de los sucesores declarados de los apóstoles, edificó a los santos, predicando sobre las palabras: "Salomón en medio de toda su gloria, no estuvo vestido como uno de éstos." Se dice que posteriormente cuando el mismo bienhechor de la parroquia dio una bolsa de papas a cada padre de familia, el asunto del sermón en el domingo siguiente, fue: "Y ellos dijeron, es maná." Yo no puedo decir si el discurso fue proporcionado al texto o no; supongo que si, puesto que las probabilidades son de que su desarrollo todo tenía que ser muy extravagante. Algunos hermanos al leer su texto, lo abandonan por completo. Habiendo honrado debidamente algún pasaje especial anunciándolo, no se ven obligados a referirse a él otra vez. Se tocan los sombreros, por decirlo así, en la presencia de esa parte de la Biblia, y pasan a otros campos y pastos nuevos. ¿Por qué eligen estos hombres un texto? ¿Por qué limitan su gloriosa libertad? ¿Por qué hacen de la Escritura un escaño que los ayude a montar en su desenfrenado Pegaso? Por cierto que las palabras inspiradas nunca llevaron por mira ser tirabotas para ayudar a un locuaz a calzarse el calzado de siete leguas, para saltar con éste de polo a polo. El modo más seguro de sostener la variedad, es el de observar la intención del Espíritu Santo en el pasaje de que se trate. No hay dos textos que sean enteramente iguales: algo en la conexión del pasaje, o en su tendencia, comunica a cada texto un carácter distinto y particular. Seguid al Espíritu y nunca repetiréis el asunto, ni éste os faltará: sus nubes destilan grosura. Además, un sermón influye mucho más en las conciencias de los oyentes, cuando es sin duda alguna la palabra de Dios, la Biblia misma explicada y reforzada, y no simplemente un razonamiento sobre las Escrituras. Se debe a la dignidad de la inspiración, que cuando os propongáis predicar sobre un versículo especial, no prescindáis de éste para introducir vuestras propias opiniones. Hermanos, si tenéis la costumbre de observar fielmente el sentido exacto de las Escrituras, os recomiendo también que os guiéis por las palabras mismas del Espíritu Santo, porque aunque en algunos casos los sermones de temas son no solamente admisibles, sino muy a propósito, sin embargo, los sermones que explican las palabras exactas del Espíritu Santo, son las más útiles y más agradables a la mayor parte de las congregaciones que prefieren que sean interpretadas y explicadas las palabras mismas. La mayoría de los hombres no son siempre enteramente capaces de comprender el sentido aparte del lenguaje, de mirar, digámoslo así, a la verdad sin cuerpo; pero cuando oyen las mismas palabras repetidas muchas veces, y cada expresión acentuada según el modo de los predicadores, tales por ejemplo como el señor Jay de Bath, se edifican más, y la verdad se fija más firmemente en su memoria. Que vuestros pensamientos sean pues abundantes, y que se originen de la palabra inspirada, así como las violetas y las prímulas brotan naturalmente de la tierra, o como la pura miel destila del panal.

Tened cuidado de que vuestros discursos sean siempre sólidos y llenos de enseñanzas realmente importantes. No edifiquéis con madera, paja y rastrojo, sino con oro, plata y piedras preciosas. Si fuera necesario amonestaros contra las formas más groseras de la elocuencia del púlpito, seria a propósito aducir el ejemplo del notable orador Henley. Aquel aventurero locuaz, a quien Pope ha

inmortalizado en su *"Dunciad»* solía burlarse, entre semana, de los acontecimientos actuales; y de los asuntos teológicos, los domingos. Su fuerte consistía en sus chanzonetas de mal gusto, en los tonos de su voz y en sus gestos. Un autor satírico dice respecto a él: "¡Cuán fluentes disparates emanan de su lengua!" Señores, nos hubiera sido mejor no haber nacido, que oír que con razón se dijera otro tanto respecto de nosotros. So pena de la pérdida de nuestras almas, nos vemos obligados a ocuparnos de las solemnidades de la eternidad, y no de asuntos mundanales. Pero debo advertiros que hay otros métodos, y más atractivos, de edificar con madera y paja, y os conviene que no estéis engañados por ellos. Esta observación es necesaria especialmente, para los que suelen tener sentencias altisonantes por la elocuencia, y expresiones extranjeras por gran profundidad de pensamientos. Algunos profesores de homilética, por medio de su ejemplo, si no de sus preceptos, alientan hinchazón en el estilo retórico y grandes palabras vacías, y por tanto su influencia es muy peligrosa para los predicadores jóvenes. Figuraos un discurso comenzando con una declaración tan asombrosa y estupenda como la siguiente, que por su grandeza natural os impresionará, del sentido de lo sublime y lo hermoso: *"El Hombre es Moral."* Bien hubiera podido agregar este hombre de ingenio, *"Un gato tiene cuatro pies."* habría habido tanta novedad en una como en otra afirmación. Recuerdo un sermón escrito por un hombre que aspiraba a ser tenido por profundo, que no dejó de asombrar al lector por sus palabras larguísimas, pero que una vez sondeadas, significaban esencialmente esto y nada más: el hombre tiene una alma que vivirá en el otro mundo, y por tanto, debe tomar todas las precauciones posible para ocupar un lugar feliz. Nadie puede hacer objeción alguna a tal doctrina, pero no es tan moderna que se necesite una bocanada de trompeta y 'una procesión de frases pulidas para introducirla a la atención pública. El arte de decir cosas ordinarias elegante y pomposamente, con grandilocuencia e hinchazón en el estilo, no se ha perdido entre nosotros. ¡Ojalá que fuera así!

Los sermones de esta clase se han presentado como modelos, y sin embargo, son como pequeños globos de caucho del tamaño de una pulgada, los cuales se inflan hasta que llegan a ser como los globos aerostáticos de varios colores que los vendedores ambulantes llevan por las calles y venden en unos cuantos centavos cada uno para deleitar a los niños, siendo adecuado el símil, siento decirlo, aun más allá; porque en algunos casos estos sermones contienen un poco de veneno con motivo de dárseles color, cosa que algunos hombres poco instruidos, han descubierto a costa suya. Es infame que subáis a vuestro púlpito y derraméis en la congregación ríos de vocablos y cascadas de palabras, en que una mera charla se encuentra en solución, a semejanza de granos infinitesimales de medicina homeopática en un océano de palabrería. Mucho mejor seria dar al pueblo masas de verdad pura sin pulimento alguno como los pedazos de carne recibidos de un tablajero cortados de cualquier modo, incluyendo los huesos, y aun ensuciados en las aserraduras, que ofrecerles en un plato de porcelana de China una tajada deliciosa de nada, adornada del perejil de la poesía y sazonada con la salsa de la afectación. Será para vosotros una dicha que seáis guiados por el Espíritu Santo de tal modo que *testifiquéis con claridad todas las doctrinas que* cons*tituyen el Evangelio o pertenecen a él.* Ninguna verdad se debe reprimir. La doctrina de reserva, tan detestable cuando se promulga por los jesuitas, no pierde nada de su veneno cuando se acepta y enseña por los protestantes. No es verdad que algunas doctrinas son tan sólo para los iniciados: no hay nada en la Biblia que se avergüence de la luz. Las opiniones sublimes de la soberanía divina tienen un objeto práctico, y no son, como dicen algunos, meras sutilezas metafísicas. Las declaraciones terminantes del Calvinismo pertenecen a la vida diaria, y a la experiencia común, y si creéis en ellas o en otras contrarias, no estáis en el derecho de ocultar vuestras creencias. Una reticencia cantada no es ordinariamente sino una mera perfidia

pusilánime. La mejor política es no ser nunca político, sino proclamar cada átomo de la verdad hasta el grado en que Dios os la haya revelado. La armonía exige que la voz de una doctrina no sobrepuja las otras, y también que las notas más suaves no se omitan a causa de la mayor extensión de otros sonidos. Cada nota designada por el gran director de la orquesta debe hacerse oír, dándole a cada nota su propia fuerza y énfasis; el pasaje marcado *"forte"* no debe debilitarse, y los que se designan por *"piano,"* no deben ser producidos como si fueran el trueno, sino cada uno debe tener su propia expresión. Vuestro tema debe ser toda la verdad revelada en proporción armoniosa.

Hermanos, si estáis resueltos a tratar en vuestros sermones de verdades importantes, no *debéis pararos siempre en los meros bordes de la verdad.* Las doctrinas que no son esenciales a la salvación del alma, ni al cristianismo práctico, no se deben considerar en todos los cultos. Haced mérito de todos los aspectos bajo los cuales puede considerarse la verdad, en su proporción debida respectivamente, porque cualquiera parte de la Biblia es provechosa, y vuestro deber no es tan sólo predicar la verdad sino la verdad *entera.* No insistáis constantemente sólo en una verdad. La nariz es muy importante como parte constituyente del rostro humano, pero retratar sólo la nariz de un hombre, no seria un modo satisfactorio de copiar su cara; así una doctrina puede ser muy interesante, pero darle una importancia exagerada bien puede ser fatal a la armonía de un ministerio completo. No levantéis las doctrinas de poca importancia a la altura de puntos principales. No pintéis los detalles del fondo del retrato evangélico, con la misma gran brocha que se usa para pintar los objetos grandes que se encuentran en primer término. Por ejemplo, los grandes problemas de sublapsarianismo y supralapsarianismo, las vehementes discusiones respecto de la filiación eterna de Jesucristo; la controversia animada concerniente a la doble procedencia del Espíritu Santo, y las opiniones respectivas en cuanto a la venida de Cristo, antes o después del Milenio, por importantes que sean en el concepto de algunos, importan muy poco prácticamente a la piadosa viuda y sus siete huérfanos que viven de su trabajo con la aguja. Ella necesita más bien de oír lo que atañe a la benignidad del Dios de la providencia, que de estos misterios profundos. Si le predicáis a ella sobre la fidelidad de Dios con su pueblo, *cobrará ánimo* y valor para la lucha de su vida diaria; pero cuestiones difíciles la confundirán o harán dormir. Y ella es tipo de centenares de los que necesitan de vuestro cuidado. Nuestro gran tema es el Evangelio celestial, las buenas nuevas de misericordia manifestada por la muerte expiatoria de Jesús, misericordia para el primero de los pecadores luego que crea en Cristo Jesús. Debemos emplear toda nuestra fuerza de juicio, memoria, imaginación y elocuencia en la predicación del Evangelio, y no hacer uso para este gran trabajo solamente de vuestros pensamientos casuales, a la vez que asuntos muy inferiores monopolizan nuestras meditaciones más profundas. Estad ciertos de que si empleáramos la inteligencia de Locke o Newton y la elocuencia de Cicerón en el estudio de la sencilla doctrina de *'[4]creed* y *vivid,"* no encontraríamos que ninguna fuerza era superflua. Hermanos, primero y antes de todo, predicad las sencillas doctrinas evangélicas; sean cuales fuesen las otras verdades que presentéis desde el púlpito, no dejéis de ocupaos sin cesar de la doctrina salvadora de Cristo y él crucificado.

Conozco a un ministro, la correa de cuyo zapato no soy digno de desatar, cuya predicación frecuentemente apenas es mejor que la pintura de miniaturas sagradas, casi pudiera yo decir, que es frivolidad santa. Es muy afecto a predicar hablando de los diez dedos del pie de la bestia, de los cuatro rostros de los querubines, del sentido místico de los cueros de los tejones, y de la significación típica de las varas del arca y de las ventanas del templo de Salomón; pero los

pecados de los hombres de negocios, las tentaciones especiales de nuestros tiempos, y las exigencias morales del siglo son asuntos de que por rareza se ocupa. Esta predicación da idea de un león empleándose en cazar ratones, o de un buque de guerra buscando un barril perdido de agua. Esta clase de teólogos microscópicos suelen magnificar asuntos inferiores a los que Pedro llama "fábulas de viejas," como si fueran de la mayor importancia. Para estos ministros la sutileza de un pensamiento tiene más atractivo, que la salvación de una alma. Habréis leído en el "Student's Manual" por Todd, que Harcacio, rey de Persia, era muy notable como cazador de topos; y Briantes, rey de Lidia, era igualmente diestro en limar agujas: pero estas cosas triviales están lejos de probar que aquellos hombres eran grandes reyes: así en el ministerio se encuentra a veces una bajeza de empleo mental, que no cuadra con la categoría de un embajador de Dios. Este deseo ateniense de hablar u oír hablar de alguna cosa nueva, parece predominante en nuestros tiempos entre cierta clase de personas. Se glorían de haber recibido nueva luz; y pretenden poseer una especie de inspiración que les confiere el derecho de condenar a todos los que no están conformes con ellos en sus opiniones, y sin embargo, su gran revelación atañe sólo a un distintivo meramente accesorio del culto, o a una interpretación oscura de la profecía; de suerte que cuando consideramos el gran alboroto y clamor de estas personas sobre asuntos tan triviales, nos acordamos de las palabras siguientes del poeta:

"Un océano hecho tempestuoso”

Para hacer flotar una pluma, o anegar una mosca." Aun peores son los que pierden el tiempo insinuando dudas respecto de la autenticidad de algunos textos, o de la exactitud de ciertas declaraciones Bíblicas relativas a fenómenos naturales. Me acuerdo con mucha pena de haber oído en la noche de un domingo, una alocución llamada sermón, cuyo tema era una discusión erudita sobre si un ángel en efecto descendía al estanque de Betesda y revolvía el agua, o si era una fuente intermitente, respecto de la cual la superstición Judaica habla levantado una leyenda. Los hombres y las mujeres mortales se hablan reunido para conocer el camino de la salvación, y no se les hizo ver sino una vanidad tal como ésta. Esperaban pan y recibieron una piedra: las ovejas dirigieron su mirada hacía sus pastores, pero no se les dio de comer. Raras veces disfruto la oportunidad de oír un sermón, y cuando me toca esta suerte, estoy desafortunado en extremo, pues uno de los últimos con que estuve entretenido, tuvo por objeto justificar a Josué por haber destruido a los Cananeos; otro llevó por mira probar que no era bueno que el hombre estuviera solo. No he podido hasta ahora informarme del número de las almas convertidas como fruto de las oraciones ofrecidas antes de estos sermones, pero tengo la convicción de que ninguna alegría inusitada perturbó la serenidad de las calles de oro.

Muy pocas personas tienen necesidad del consejo que sigue, y lo aduzco, por tanto, sin el deseo de darle énfasis ninguno, es a saber: No *hagáis mérito de* demasiados *pensamientos en un sermón.* Toda la verdad no se puede tratar en un discurso. Los sermones no deben ser sistemas enteros de teología. Es posible tener demasiado que decir, y continuar diciéndolo hasta que los oyentes sean enviados a sus casas fastidiados más bien que deseosos de oír más. Un ministro anciano, andando en compañía de otro que era joven, señaló con el dedo un campo sembrado de maíz, y dijo: "Tu último sermón comprendió demasiados pensamientos y no fue suficientemente claro, ni bien ordenado: semejante a aquel sembrado que contiene mucha comida cruda, pero muy poca lista para usarse desde luego. Debes hacer que tus sermones se parezcan al pan que es bueno para comer y de una forma conveniente." Temo que las cabezas humanas (hablando

frenológicamente,) no sean tan capaces de entender la teología como eran antes, porque nuestros antepasados se regocijaban en dieciséis onzas de teología no diluida y sin adornos, y podían continuar recibiéndola por tres o cuatro horas sin interrupción; pero nuestra generación más degenerada, o por lo menos, más ocupada, exige nada más que una onza a la vez, y ésta debe ser el extracto concentrado o el aceite esencial, mas bien que toda la sustancia de la teología. En nuestros tiempos se nos exige que digamos mucho en pocas palabras, pero no demasiado, ni con demasiada amplificación. Un pensamiento bien presentado y fijado en la mente sería mucho mejor que cincuenta que se oyeran sin pensar seriamente en ellos. Un clavo bien dirigido y afirmado, seria mas útil que veinte fijados negligentemente, y que se pueden sacar con mucha facilidad. *Nuestros pensamientos deben ser bien ordenados* según las reglas propias de la arquitectura mental. No nos es permitido que pongamos inferencias practicas como base, y doctrinas como piedras superiores; ni metáforas como cimiento y proposiciones encima de ellas; es decir, no debemos poner primero las verdades de mayor importancia, y por último las inferiores, a semejanza de un anticlímax, sino que los pensamientos deben subir y ascender de modo que una escalera de enseñanza conduzca a otra, que una puerta de raciocinio se comunique con otra, y que todo eleve al oyente hasta un cuarto, digámoslo así, desde cuyas ventanas se pueda ver la verdad resplandeciendo con la luz de Dios. Al predicar, guardad un lugar a propósito para todo pensamiento respectivamente, y tened cuidado de que todo ocupe su propio lugar. Nunca dejéis que los pensamientos caigan de vuestros labios atropelladamente ni que se precipiten como una masa confusa, sino hacedlos marchar como una tropa de soldados. El orden, que es la primera ley celestial, no debe ser descuidado por los embajadores del cielo.

Vuestras enseñanzas doctrinales deben ser claras y terminantes. Para esto es necesario que ante todo sean claras para vosotros mismos. Algunos piensan en humo y predican en una nube. Vuestros oyentes no exigen una luminosa bruma, sino la tierra sólida de la verdad. Las especulaciones filosóficas producen en algunas mentes un estado de semi-embriaguez, en que o ven todo doble, o no ven nada. Al jefe de un colegio de Oxford se le preguntó hace algunos años, cuál era el mote de armas de aquella universidad. Contestó que era *"Dominus illumineatio meo,"* pero agregó que en su concepto otro más adecuado habría: *"Aristóteles meae tenebrae."* Los escritores pretenciosos han vuelto medio locos a muchos hombres francos que de buena fe leían sus producciones, suponiendo que estaban al tanto de la ciencia más moderna. Si esta necesidad fuera legítima, nos compelería a asistir a los teatros para poder juzgar sobre los nuevos dramas, o a frecuentar las carreras para no estar injustamente preocupados en nuestras opiniones sobre carreras y juegos. Por mi parte, creo que la mayoría de los que leen libros heterodoxos, son ministros, y que si éstos no hicieran caso de ellos, caerían por la tierra sin producir efecto alguno. Que un ministro se guarde de ser confuso, y entonces podrá enseñar a su pueblo con toda claridad. Nadie puede causar una impresión provechosa, si no tiene la aptitud de expresarse de un modo inteligible. Si predicamos la verdad pulida, y doctrinas Bíblicas puras valiéndonos de palabras sencillas y claras, seremos pastores fieles de las ovejas y el provecho del pueblo pronto se hará patente.

Esforzaos en presentar en vuestros sermones pensamientos tan interesantes como os sea posible. No repitáis cinco o seis doctrinas de un modo monótono y fastidioso. Comprad, hermanos, un órgano teológico adaptado a producir cinco tonos con toda precisión, y seréis capaces de funcionar como predicadores ultra calvinistas en Zoar y Jire, si a la vez compráis en una fábrica de vinagre un buen surtido de esos amargos de que abusan los Arminianos. Los sesos y la gracia

pueden escogerse, pero el órgano y el ajenjo son indispensables. Debemos percibir una clase de verdades más extensa, y regocijarnos en ella. Todo lo que estos buenos hombres creen respecto de la gracia y la soberanía, nosotros lo sostenemos también, y con igual firmeza y valor; pero no nos atrevemos a cerrar los ojos a otras enseñanzas de la palabra divina y nos vemos obligados a cumplir con nuestro ministerio, declarando todos los consejos de Dios. Haciendo uso de temas abundantes bien comprobados por medio de metáforas y experiencias de importancia, no fastidiaremos a nuestros oyentes, sino que con la ayuda de Dios, lograremos que nos presten sus oídos, y ganaremos sus corazones. *Que vuestras enseñan2as manifiesten vuestro propio conocimiento y adelante en el estudio de la Biblia;* que se profundicen a medida que vuestras experiencias se extiendan, y que se levanten en el mismo grado que el progreso de vuestras almas. No doy a entender que debéis predicar nuevas verdades; pues por el contrario, tengo por feliz al ministro que disfruta una instrucción tan exacta y completa al principio de su carrera, que después de 50 años de servicio, no ha tenido nunca que retractar ni una doctrina, ni lamentar una omisión importante; sino quiero decir que debemos crecer constantemente en el conocimiento profundo de la verdad, y lo haríamos si avanzásemos espiritualmente. Timoteo no podía predicar sermones iguales a los de Pablo. Nuestras primeras producciones deben ser excedidas por las de nuestra edad madura: nunca debemos considerar aquellas como modelos, y será mejor quemarlas o guardarlas para que en lo sucesivo lamentemos su naturaleza superficial. Seria muy triste. a la verdad, que no supiéramos más después de asistir por muchos años a la escuela de Cristo, de lo que sabíamos al entrar en la vida cristiana: nuestro progreso puede ser tardío, pero debe haber progreso, o bien podernos sospechar que nos falta la vida interior, o que está muy enfermiza. Estad ciertos de que no habéis conseguido vuestro objeto todavía. Que os sea dada gracia para que prosigáis siempre adelante. Que vosotros todos lleguéis a ser ministros hábiles del Nuevo Testamento, e iguales al primero de los predicadores, aunque en vosotros mismos no seáis nada aún. Se dice que la palabra *"sermón* significa una *estocada, y* por tanto, debemos llevar por mira al preparar un sermón, *tratar su asunto* con *energía y efecto, y el asunto debe prestarse a ello.* Escoger temas simplemente morales, equivaldría a hacer uso de un puñal de madera; pero las grandes verdades de la Biblia se parecen a las espadas agudas. Predicad las doctrinas que apelan a la conciencia y al corazón. Sed campeones firmes de un evangelio que propende a ganar y salvar almas. La verdad de Dios se adapta al hombre, y su divina gracia hace que éste se adapte a su verdad. Hay una llave que por la ayuda de Dios, puede dar cuerda al cilindro musical de la naturaleza humana: conseguidla y haced uso de ella diariamente. Por esto os exhorto a que prediquéis el evangelio antiguo, y sólo éste, porque sin duda alguna, es potencia de Dios para dar la salvación. De todo lo que Quisiera yo decir, este es el resumen: hermanos míos, predicad a *Cristo* siempre y por siempre. El es todo el Evangelio. Su persona, sus oficios y su obra deben ser nuestro gran tema que comprende todo. El mundo necesita oír hablar aún de su Salvador y del modo de acercarse a El. La justificación por la fe debe ser el testimonio diario de los púlpitos Protestantes, como no lo es en nuestros días, y si las otras doctrinas de la gracia fueran presentadas más frecuentemente con esta verdad real, seria mejor para nuestras iglesias y nuestro siglo. (Si lográramos predicar la doctrina de los Puritanos con el celo de los Metodistas, veríamos un gran futuro. El fuego de Wesley y el combustible de Whitfleld, producirán un incendio que inflamará los bosques de error, y calentarán el alma misma de esa tierra fría). No fuimos llamados para anunciar la filosofía y la metafísica sino el sencillo evangelio.

La caída del hombre, su necesidad de un nacimiento nuevo, el perdón por medio de una propiciación, y la salvación como resultado de la fe, estos son nuestro caballo de batalla y

nuestras armas de guerra. Tendremos bastante que hacer si aprendemos y enseñamos estas grandes verdades, y maldita sea la ilustración que propenda a distraernos de nuestra misión, y aquella ignorancia que nos impida seguirla. Estoy más y más celoso por temor de que algunas opiniones sobre la profecía, el gobierno de la Iglesia, la política o aun la teología sistemática, nos aparten de gloriamos en la cruz de Cristo. La salvación es un tema en que quisiera que se alistaran todas las lenguas consagradas. Estoy muy deseoso de conseguir testigos del Evangelio glorioso del Dios bendito. ¡Ojalá que Cristo crucificado fuera el tema universal de los hombres de Dios! Vuestras conjeturas respecto del número de la bestia, vuestras especulaciones Napoleónicas, vuestras reflexiones sobre un Anticristo personal, perdonadme, las considero todas como huesos y nada más para los perros; (me parece la sandez más fútil hablar respecto de un Armagedón en Sebastopol, o Sadowa, o Sedán, y atisbarías entre hojas cerradas del destino, para descubrir la suerte de Alemania siendo así que en el entretanto los hombres se están muriendo, y el Infierno está poblándose.) Bienaventurados los que leen y escuchan las palabras proféticas de la Revelación; pero es evidente que esta bendición no ha caído sobre los que pretenden interpretarla, porque a cada generación de ellos se le ha probado su equivoco por el mero transcurso del tiempo, y la actual les seguirá al mismo sepulcro ignominioso. Antes que explicar todos los misterios, preferiría yo arrancar un tizón del incendio. Evitar que un alma descienda al Infierno, es un acto más glorioso que el de ser coronado en la arena de la controversia teológica como Doctor Suficientísimo; el haber quitado el velo a la gloria de Dios revelada en Jesucristo, será tenido en el gran día del juicio final, por un servicio más digno que el de haber resuelto los problemas de la esfinge religiosa, o haber cortado el nudo Gordiano de las dificultades apocalípticas. Bendito sea el ministerio para el cual *Cristo es todo.*

***

PLATICA VI

Sobre la Elección de un Texto

Creo, hermanos míos, que nosotros todos sentimos la importancia de dirigir cada una de las partes del culto divino, con la mayor eficiencia posible. Cuando recordamos que la salvación de un alma puede depender, instrumentalmente, de la elección de un himno, no debemos considerar como insignificante aun una cosa tan pequeña como la elección de los salmos y los himnos. Un extranjero irreligioso que asistía por casualidad a uno de nuestros cultos en Exeter Hall, fue traído a la cruz de Cristo por las palabras de Wesley: "Jesús, que ama a mi alma." ¿Es verdad," dijo él, "que Jesús me ama a mí? entonces, ¿por qué vivo yo en enemistad con El?" Cuando reflexionemos también en que Dios puede bendecir especialmente alguna expresión en nuestras oraciones para la conversión de un hijo pródigo, y que la oración acompañada de la unción del Espíritu Santo, puede contribuir mucho para edificar al pueblo de Dios, y para conseguirle bendiciones innumerables, nos esforzaremos en hacer oración con las mejores dotes y la más abundante gracia que se halle a nuestro alcance. Puesto que el consuelo y la Instrucción, se pueden distribuir abundantemente también en la lectura de la Biblia, nos detendremos sobre nuestras Biblias abiertas, e imploraremos, el ser dirigidos a la elección de la parte de la palabra

inspirada que pueda serle más útil a la congregación. En cuanto al sermón, tendremos empeño, antes de todo, en la elección del texto. Ninguno de entre nosotros, desprecia el sermón de tal modo que considere cualquier texto escogido al acaso, a propósito para un culto donde quiera que se celebre, o con cualquier motivo. No estamos todos conformes con la opinión de Sydney Smith, cuando él recomendó a un hermano que buscaba un texto, que escogiera "Partos, y Medos y Elamitas, y los que habitamos en Mesopotamia," como sí cualquiera cosa pudiera servir de base para un sermón. Debemos considerar de buena fe y seriamente cada semana, sobre qué asuntos predicaremos a nuestra congregación el domingo próximo, tanto en la mañana como en la tarde; porque aunque toda Escritura es buena y útil, sin embargo, no todo es igualmente a propósito para cada ocasión. Reflexionar por un momento sobre las consecuencias eternas que pueden seguir a la predicación de un solo sermón en el nombre del Gran Autor y Consumador de la le, debe bastar para condenar eficazmente el descuido y el amor propio con que se escogen y se tratan muchas veces los textos, y para impresionar a todo ministro verdadero del Evangelio, con el deber de escoger sus textos, estando él en un estado de espíritu que armonice con la dirección divina siempre que pueda desempeñar obra tan interesante. A cada cosa corresponde su tiempo oportuno, y lo mejor siempre es lo oportuno.

Un ecónomo entendido, se afana por dar a cada miembro de la familia su alimento correspondiente en el debido tiempo; no lo distribuye a su antojo, sino que acomoda los manjares a la necesidad de los comensales.

Sólo un mero empleado esclavo de la rutina, o autómata inanimado del formalismo, puede estar contento apoderándose del primer asunto que se ofrezca. El hombre que recoge tópicos del mismo modo que los niños en el prado reúnen botones de oro y margaritas, es decir, como se le ofrecen por casualidad, obra quizá en conformidad con la parte que le incumbe en una iglesia en que un patrón lo ha puesto y de que el pueblo no puede quitarlo; pero los que creen que son llamados por Dios y que se han escogido para sus puestos respectivos por la elección libre de los creyentes, deben dar más satisfactoria evidencia de su llamamiento que la que se puede encontrar en este descuido. De entre muchas piedras preciosas, tenemos que escoger la joya más a propósito para la ocasión y las circunstancias bajo las cuales vamos a predicar. No nos atrevemos a meternos en el salón de banquete del Rey, con una confusión de provisiones, como si el festín fuera una rebatiña vulgar; sino que como servidores de buenas costumbres, nos detenemos y hacemos esta pregunta al Gran Maestro del convite: "Señor, ¿qué quieres tú que pongamos en tu mesa hoy?" Ciertos textos nos parecen poco convenientes. Nos admiramos de lo que hizo el ministro del Sr. Disraeli con las palabras: "En mi carne veré a Dios," al predicar recientemente en la fiesta de los segadores al concluir la cosecha. Muy incongruo era el texto del discurso fúnebre cuando se enterró un ministro (el Sr. Plow), que se había matado: "Así da a sus amados sueño." Era sin disputa un mentecato aquel que, al predicar un sermón a los jueces durante la sesión del tribunal pleno, escogió por texto las palabras: "No juzguéis para que no seáis juzgados." No os engañéis por el sonido y la aparente conveniencia de las palabras bíblicas. El Sr. M. Athanase Coquerel, confiesa que predicó al visitar la ciudad de Amsterdam por tercera vez, sobre las palabras: "Esta tercera vez voy a vosotros," 2 Cor. 13:1, y agrega con razón, que "encontró mucha dificultad en hacer mérito en el sermón de lo que era a propósito a la ocasión." Un caso análogo se encuentra en uno de los sermones predicados sobre la muerte de la Princesa Carlota, siendo el texto: "Ella estaba enferma y murió." Es peor aun escoger palabras de un chiste de poco gusto, como sucedió con motivo de un sermón reciente sobre la muerte de

Abraham Lincoln, siendo el texto: "Abraham murió." Se dice que un estudiante, que probablemente nunca llegó a ordenarse, predicó un sermón ante su preceptor, el Dr. Felipe Doddridge. Este estaba acostumbrado a ponerse directamente en frente del estudiante y a mirarlo cara a cara. Figuraos, pues, su sorpresa y tal vez indignación, al oír anunciado este texto: "¿Tanto tiempo he estado con vosotros, y no me has conocido, Felipe?" Señores, algunas veces los necios se hacen estudiantes: que ninguno de esta clase deshonre nuestra Alma Mater. Perdono al hombre que predicó ante aquel Salomón borracho, Jacobo Segundo de Inglaterra y Sexto de Escocia, sobre Jacobo 5:5: "Habéis vivido en deleites sobre la tierra y sido disolutos: habéis cebado vuestros corazones como en el día de sacrificios." En este caso la tentación fue demasiado fuerte para ser resistida; pero si es que ha llegado a vivir un hombre, como se nos dice, que celebró la muerte de un diácono por medio de un discurso sobre el texto: "Y aconteció que murió el mendigo," que sea execrado. Perdono al mentiroso que me atribuyó a mi tal afrenta; pero que no practique sus artes infames en otra persona.

Así como nos cumple evitar una elección poco cuidadosa de asuntos, así debemos evitar también una regularidad monótona. He oído hablar de un ministro que tenía 52 sermones, y otros pocos para ocasiones especiales, y estaba acostumbrado a predicarlos en un orden fijo año tras año. En este caso habría sido por demás que la congregación le pidiera que "les predicara las mismas verdades en el domingo siguiente;" ni habría sido muy extraño que imitadores de Euticho, se hubieran encontrado en otros lugares del tercer piso. Hace poco un ministro dijo a un agricultor, amigo mío: "Sabe usted, señor D, que estaba hojeando yo mis sermones el otro día, y realmente el estudio es tan húmedo, especialmente mi escritorio, que mis sermones se han enmohecido?" Mi amigo que aunque era mayordomo de iglesia, asistía a los cultos de los Disidentes, no era tan rudo que dijera que "le parecía muy probable:" pero como los ancianos de la aldea habían oído con frecuencia los dichos discursos, es posible que para ellos hayan estado desmejorados en más de un sentido. Hay ministros que habiendo acumulado unos cuantos sermones, los repiten hasta que se fastidian sus oyentes. Los hermanos viandantes deben estar más expuestos a esta tentación, que los que continúan por muchos años en un lugar. Si se hacen víctimas de la costumbre referida, debe terminar su utilidad y enviar el frío insufrible de la muerte a sus corazones, cosa de que sus oyentes deben tener conciencia, mientras les escuchen repetir desanimadamente sus producciones raídas. El modo más eficaz de promover la indolencia espiritual, debe ser el plan de adquirir un surtido de sermones por dos o tres años, y entonces repetirlos en orden regular muchas veces. Hermanos míos, puesto que esperamos vivir por muchos años, si no por toda nuestra vida, en un lugar, radicados allí por los afectos mutuos que existían entre nosotros y nuestras congregaciones, necesitamos un método muy diferente al que pueda servir a un haragán o a un evangelista ambulante. Debe ser molesto para algunos, y para otros muy fácil, según me figuro, encontrar su asunto, como lo hacen los Episcopales, en el evangelio o en la epístola que se asigna en el devocionario para el día en que se ha de predicar el sermón. El se ve impelido, no por ninguna ley, sino una especie de precedente a predicar sobre un versículo de ésta o de aquél. Cuando las fiestas de Adviento y de la Epifanía, y de la Cuaresma, y del Pentecostés, traen sus observaciones estereotípicas, ninguno tiene necesidad de atormentar su corazón con la pregunta de "¿Qué diré a mi congregación?" La voz de la iglesia es muy clara y distinta. "Maestro, habla: allí se encuentra tu trabajo, entrégate enteramente a él." Bien puede haber algunas ventajas en conexión con este arreglo, hecho con anticipación, pero no nos parece que el público Episcopal se ha hecho participante de ellas, puesto que sus escritores públicos siempre están lamentándose de la esterilidad de sus sermones, y deplorando el estado

triste de los pacientes seglares que se encuentran compelidos a escucharlos. La costumbre servil de seguir al curso del sol y a la rotación de los meses, en vez de esperar al Espíritu Santo basta, a mi parecer, para explicar el hecho de que en muchas iglesias, siendo jueces sus propios escritores, los sermones no son más que muestra de "aquella debilidad decente que tanto precave a sus autores de los errores cómicos como les preserva de las hermosuras más notables." Téngase pues por sentado que todos nosotros estamos persuadidos de la importancia de predicar no sólo la verdad, sino la verdad que sea más a propósito para cada ocasión particular. Debemos esforzarnos en presentar siempre los asuntos que mejor cuadren con las necesidades de nuestro pueblo, y se adapten más perfectamente como medios para llevar la gracia a sus corazones.

¿Hay acaso dificultad en encontrar textos? Recuerdo haber leído hace muchos años en un tomo de lecturas sobre la Homilética, una declaración que me causó bastante inquietud por algún tiempo; trataba de algo relativo a este efecto: "Si alguno encuentra dificultad en escoger un texto, es mejor que desde luego se vaya a una tienda de abarrotes, o a empuñar la mancera de un arado, porque evidentemente eso seria la señal de que no tiene la aptitud necesaria para el ministerio." Ahora bien, puesto que yo había sufrido muchas veces por esta causa, comencé a examinarme a mí mismo, para informarme si no era mi deber buscar cualquiera clase de trabajo secular, y abandonar el ministerio; pero no lo he hecho, porque tengo aún la convicción de que, aunque condenado por el juicio de dicho autor que, me comprende a mi por su generalidad, obedezco a un llamamiento que Dios ha confirmado por el sello de su aprobación. Me sentí tan desazonado en mi conciencia, a causa de la severidad de dicha observación, que hice a mi abuelo que había sido ministro por 50 años, la pregunta de si él alguna vez se encontraba indeciso en la elección de su tema. Me contestó con toda franqueza que siempre le había causado mucho trabajo, y que comparada con esto, la predicación le había sido muy fácil. Recuerdo bien la observación del anciano venerable. "La dificultad no se origina de que no hay textos suficientes, sino de que hay tantos que me siento comprimido entre ellos." Hermanos, nos parecemos, a veces, al que siendo afecto a las flores exquisitas, se encuentra rodeado de todas las hermosuras del jardín, con licencia de escoger sólo una de ellas. ¡Cuánto tiempo fluctúa irresoluto entre la rosa y el lirio, y cuán grande es la dificultad que tiene para elegir como la más preferible, a una que pueda descollar entre tantos millares de flores seductoras! Debo confesar que para mí todavía hasta hoy, la elección de mi texto me pone en gran embarazo, pero en embarazo de riquezas," como dicen los franceses, muy diferente por cierto de la esterilidad de pobreza. Nos lo causa la indecisión sobre qué es lo más atendible entre tantas verdades, siendo así que todas exigen darse a conocer; entre tantos deberes que requieren ser encarecidos, y entre tantas necesidades espirituales de la congregación que reclaman ser satisfechas. No es pues de extrañar que sea muy difícil decidir a nuestra entera satisfacción con qué deber nos conviene que cumplamos primero. Confieso que me siento muchas veces hora tras hora, pidiendo a Dios un asunto, y esperándolo, y que esto es la parte principal de mí estudio. He empleado mucho tiempo y trabajo pensando sobre tópicos, rumiando puntos doctrinales, haciendo esqueletos de sermones, y después sepultando todos sus huesos en las catacumbas del olvido, continuando mi navegación a grandes distancias sobre aguas tempestuosas hasta ver las luces de un faro para poder dirigirme al puerto suspirado. Yo creo que casi todos los sábados formo suficientes bosquejos de sermones para abastecerme por un mes, si pudiera hacer uso de ellos; pero no me atrevo a predicarlos, pues el hacerlo me asemejaría a un marinero honrado que llevara un cargamento de mercancías de contrabando. Los temas vuelan en la imaginación uno tras otro, así como las imágenes que pasan a través del lente de un fotógrafo; pero en tanto que la mente no sea como la lámina sensible que

retiene la impresión de alguna de ellas, todos estos asuntos son enteramente inútiles para nosotros.

¿Cuál es el propio texto? ¿Cómo se conoce?

Lo conocemos por demostraciones amistosas. Cuando un versículo se apodera vigorosamente de vuestro entendimiento, de tal manera que no podáis desasiros, no necesitaréis de otra indicación respecto de vuestro propio tema. Como un pez, podéis picar muchos cebos; pero una vez tragado el anzuelo, no vagaréis ya más. Así cuando un texto nos cautiva, podemos estar ciertos de que a nuestra vez lo hemos conquistado, y ya entonces podemos hacernos el ánimo con toda confianza de predicar sobre él. O, haciendo uso de otro símil, tomáis muchos textos en la mano, y os esforzáis en romperlos: los amartilláis con toda vuestra fuerza, pero os afanáis inútilmente; al fin encontráis uno que se desmorona al primer golpe, y los diferentes pedazos lanzan chispas al caer, y veis las joyas más radiantes brillando en su interior. Crece a vuestra vista, a semejanza de la semilla de la fábula que se desarrolló en un árbol, mientras que el observador lo miraba. Os encanta y fascina, u os hace caer de rodillas abrumándoos con la carga del Señor. Sabed entonces, que este es el mensaje que el Señor quiere que promulguéis, y estando ciertos de esto, os posesionaréis tanto de tal pasaje, que no podréis descansar hasta que hallándoos completamente sometidos a su Influencia, prediquéis sobre él como el Señor os inspire que habléis. Esperad aquella palabra escogida aun cuando tengáis que esperar hasta una hora antes del culto. Quizá esto no será entendido por hombres de un frío cálculo a quienes por lo general no mueve el mismo impulso que a nosotros, para quienes esto es una ley del corazón que no nos atrevemos a violar.

Nos detenemos en Jerusalén este es hasta recibir la virtud celestial. "Creo en el Espíritu Santo." Este es uno de los artículos del Credo, pero apenas se cree por los cristianos de un modo práctico. Muchos ministros parece que piensan que *ellos* tienen que escoger el texto, que descubrir sus enseñanzas, y encontrar un discurso en él. No lo creemos así. Debemos hacer uso tanto de nuestra voluntad, por supuesto, como de nuestra inteligencia y de nuestros afectos, porque no es de presumirse que el Espíritu Santo nos compela a que prediquemos sobre un texto en contra de nuestra voluntad. No nos trata como si fuéramos órganos cilíndricos, a que fuera posible dar cuerda y ajustarlos a alguna determinada música, sino que aquel glorioso inspirador de toda verdad, nos trata como seres racionales, dominados por fuerzas espirituales, adecuadas a nuestra naturaleza; sin embargo, los espíritus devotos siempre desean que sea escogido el texto por el Espíritu Santo infinitamente sabio, y no por sus entendimientos falibles; y por tanto, se entregan a si mismos en las manos de Aquél, pidiéndole que condescienda en dirigirlos respecto de la provisión conveniente que haya ordenado ministrar a su grey. A este propósito dice Gurnal: "Los ministros no tienen aptitud propia para su trabajo. ¡Ah! Cuánto tiempo pueden sentarse, hojeando sus libros y devanándose los sesos, hasta que Dios venga a darles auxilio, y entonces se pone el sermón a su alcance, como se puso la carne de venado al de Jacob. Sí Dios no nos presta su ayuda, escribiremos con una pluma sin tinta; si alguno tiene necesidad especial de apoyarse en Dios, es el ministro del evangelio." Sí alguno me preguntara *¿cómo puedo hacerme del texto más oportuno?* le contestaría: *"pedidlo a Dios."* Harrington Evans en sus "Reglas para hacer sermones," nos da como la primera, "pedid a Dios la elección de un pasaje. Preguntad por qué se escoge, y que sea contestada satisfactoriamente la pregunta. Algunas veces la contestación será tal que se deba rechazar el pasaje." Sí la oración sola os dirige al tesoro apetecido, será en

cualquier caso, un ejercicio provechoso para vuestras almas. Si la dificultad de escoger un texto os hace multiplicar vuestras oraciones, será esto una gran bendición. El mejor estudio es la oración. Así dijo Lutero: "Haber orado bien, es haber estudiado bien;" y este proverbio merece repetirse con frecuencia. Mezclad la oración con vuestros estudios de la Biblia. Esto será como la trilla de las uvas en el lagar, o la del trigo en la era; o la separación del oro del residuo. La oración es doblemente bendita: bendice al predicador que ruega, y al pueblo a que predica. Cuando vuestro texto viene como señal de que Dios ha aceptado vuestra oración, será más preciosa para vosotros, y tendrá un sabor y una unción enteramente desconocidos al orador formal para quien -un tema es igual a otro.

La palabra de Dios es más penetrante que una espada de dos filos, y por tanto, podéis dejarla que hiera y mate, y no tenéis necesidad de hacer uso de frases duras y gestos severos. La palabra de Dios es penetrante: dejadla que examine los corazones de los hombres sin el aumento de palabras ofensivas por parte de vosotros.

Habiendo ya ofrecido nuestras oraciones, debemos hacer uso con todo empeño, de los medios más a propósito para concentrar nuestros pensamientos y ocuparlos de los asuntos más provechosos. Considerad el estado espiritual de vuestros oyentes. Meditad sobre su condición espiritual como un todo, y como individuos, y prescribid la medicina conveniente para curar la enfermedad que prevalezca entre ellos, o la comida que esté más en consonancia con sus necesidades. Dejadme que os advierta sin embargo, que es menester no hacer mérito de los caprichos de vuestros oyentes, ni de las excentricidades de los que gozan de riquezas e influencia.

No penséis demasiado en la influencia del caballero y de su señora que se sientan en el lugar privilegiado, si es que por desgracia tenéis uno de esta clase para establecer cierta distinción entre los oyentes, allí donde todos deben hallarse en el mismo nivel. Que al que más contribuye, se le guarden tantas consideraciones como a cualquiera otro, y que no se menosprecie a nadie. El rico, no por serlo, es de mayor importancia que los otros miembros de la congregación, y entristeceríais al Espíritu Santo, si así pensarais. Mirad a los pobres en el templo con igual interés, y escoged asuntos que ellos puedan entender y puedan consolarlos en sus muchas tristezas. No permitáis que vuestro juicio se trastorne manifestando un miramiento excesivo a los que son miembros a medías de la congregación, y que a la vez que se halagan mucho con ciertas verdades evangélicas, se hacen sordos al tratarse de otras; no tengáis mucho empeño ni en servirles un festín, ni en reprenderles. Seria una satisfacción saber que habían andado complacidos, si fueran cristianos o sí uno pudiera acomodarse a sus preferencias; pero la fidelidad nos exige que no nos hagamos meros tañedores para nuestros oyentes, tocando sólo la música que nos pidan, sino que seamos siempre consecuentes con la palabra del Señor, declarando todos sus consejos. Repito la observación de que debéis pensar en lo que vuestros oyentes realmente necesitan para su edificación espiritual, y que esto debe ser vuestro tema. Aquel apóstol famoso del Norte de Escocía, el doctor MaeDonald, nos da una relación a propósito de esto. en su diario de trabajos emprendidos en ese lugar. Viernes 27 de mayo. En nuestros ejercicios de esta mañana, leí el capítulo duodécimo de la epístola a los Romanos, el cual me ofreció una buena oportunidad de poner de manifiesto la conexión que existe entre la fe y la práctica, y de decir que las doctrinas de la gracia están conformes con la santidad, y tienden a la misma tanto en el corazón como en la vida. Esto me pareció necesario, puesto que por la

elevación de los asuntos de que me había yo ocupado por algunos días, temí que la congregación se dirigiese hacía el Antinomianismo, extremo por lo menos tan peligroso como el Arminianismo."

Considerad bien qué pecados se encuentran en mayor número en la iglesia y la congregación. Ved sí son la vanidad humana, la codicia, la falta de oración, la ira, el orgullo, la falta de amor fraternal, la calumnia u otros defectos semejantes. Tomad en cuenta cariñosamente las pruebas a que la Providencia plazca sujetar a vuestros oyentes, y buscad un bálsamo que pueda cicatrizar sus heridas. No es necesario hacer mención pormenorizadamente, ni en la oración ni en el sermón, de todas estas dificultades con que luchen los miembros de vuestra congregación, por más que eso haya sido la costumbre de un ministro venerable que antes era un gran obispo por acá, y que ahora se halla en el cielo. Solía en su grande cariño hacía su congregación, hacer tantas alusiones respecto de los nacimientos, las muertes y los casamientos habidos entre su grey, que una de las diversiones de sus oyentes en la tarde del domingo debe haber consistido en determinar a quienes se había referido el ministro en las diferentes partes de su oración y de su sermón. Esto fue tolerado y aun considerado admirable en él; pero en nosotros seria ridículo: un patriarca puede hacer con propiedad, lo que un joven debe evitar escrupulosamente. El ministro venerable de quien acabo de hacer mención, aprendió esta costumbre de particularizar, del ejemplo de su padre, porque en su familia, los niños tenían la costumbre de hablar entre si respecto de alguna cosa especial que hubiera acontecido en el día: 'Debemos esperar hasta que se celebre el culto familiar, entonces oiremos todo."

Pero estoy desviándome del asunto. Este ejemplo nos enseña cómo una costumbre excelente puede degenerar en una falta; pero la regla que he indicado no se afecta por ello. Pueden presentarse a veces ciertas pruebas, a muchos de la congregación, y como estas aflicciones dirigirán vuestros pensamientos a asuntos nuevos, no podréis menos de respetar sus sugestiones. Además, debemos notar el estado espiritual de nuestra congregación, y si podemos ver que ella está recayendo en faltas; sí tememos que estén sus miembros en peligro de ser inoculados de alguna herejía dañosa, u ofuscados por una perversa imaginación; si algo, en efecto, en todo el carácter fisiológico de la iglesia, nos impresiona como una falta, debemos preparar cuanto antes un sermón que pueda, por la gracia divina, impedir que cunda esa plaga. Indicios como estos son los que el Espíritu de Dios presenta al pastor cuidadoso, que con todo esmero quiere cumplir con su deber hacía su grey. El pastor fiel examina con frecuencia sus ovejas y se determina su modo de tratarlas por el estado en que se encuentran. Proveerá" una clase de comida frugal y otra más abundante, y la medicina oportuna, en su proporción debida, según lo que su juicio práctico encuentre necesario." Seremos guiados bien en esto, si nos asociamos con "Aquel Gran Pastor de las Ovejas."

Sin embargo, no permitamos que nuestra predicación directa y fiel degenere en regaños a la congregación. Algunos llaman al púlpito "Castillo de los cobardes, y tal nombre es muy propio en algunos casos, especialmente cuando los necios suben a él e insultan impúdicamente a sus oyentes, exponiendo al escarnio público sus faltas o flaquezas de carácter. Hay una personalidad ofensiva, licenciosa e injustificable que se debe evitar escrupulosamente, es de la tierra, terrena, y debe ser condenada explícitamente; pero hay otra que es prudente, espiritual y celestial, que se debe buscar siempre que prediquemos.

No es sino un chapucero el que al pintar un retrato, tiene necesidad de escribir el nombre del original al pie del cuadro, aunque se cuelgue éste en la pared del salón donde se sienta la persona misma. Haced que vuestros oyentes se perciban de que habláis de ellos, aunque no los mencionéis ni los indiquéis en lo más mínimo.

Puede suceder a veces que os veáis obligados a imitar a Hugh Latimer cuando hablando del cohecho, dijo: "El que tomó el tazón y el jarro de plata por cohecho, pensando que su pecado nunca se descubriría, sepa que yo lo conozco, y no sólo yo, sino muchos. ¡Ay del cohechador y del cohecho! El que recibe cohechos nunca fue hombre piadoso; ni puedo yo creer que el cohechador llegará a ser un buen juez." Encontramos aquí tanta reticencia prudente como descubrimiento franco, y sí no excedéis esto, ninguno se atreverá, a causa de su vergüenza, a acusaros de demasiada personalidad. Además, el ministro al buscar su texto, debe *tener presentes sus asuntos anteriores.* No seria provechoso insistir siempre en una sola doctrina, descuidando las demás. Quizá algunos de nuestros hermanos más profundos, pueden ocuparse del mismo asunto en una serie de discursos, y puedan, volteando el kaleidoscopio, presentar nuevas formas de hermosura sin cambiar de asuntos; pero la mayoría de nosotros, siendo menos fecundos intelectualmente, tendremos mejor éxito si estudiamos el modo de conseguir la variedad y de tratar de muchas clases de verdades. Me parece bien y necesario revisar con frecuencia la lista de mis sermones, para ver si en mi ministerio he dejado de presentar alguna doctrina importante, o de insistir en el cultivo de alguna gracia cristiana. Es provechoso preguntarnos a nosotros mismos si hemos tratado recientemente demasiado de la mera doctrina, o de la mera práctica, o si nos hemos ocupado excesivamente de lo experimental. No queremos degenerar en Antinomianos, ni tampoco, por otra parte, hacernos meros preceptores de una moralidad fría, sino que es nuestra mayor ambición cumplir nuestro ministerio. Queremos dar a cada parte de la Biblia su propio lugar en nuestro corazón y en nuestra inteligencia. Debemos incluir toda la verdad inspirada, en el círculo de nuestras enseñanzas, es decir, las doctrinas, los preceptos, la historia, los tipos, los salmos, los proverbios, la experiencia las amonestaciones, las promesas, las invitaciones, las amenazas y las reprensiones. Evitemos la consideración de la verdad a medías, es decir, la exageración de una verdad y el desprecio de otra, y esforcémonos en pintar el retrato de la verdad, dándole facciones proporcionadas y colores a propósito, para que no la deshonremos, presentando un desfiguramiento en vez de la simetría, y una caricatura en vez de una copia fiel. Empero, suponiendo que hubieseis rogado a Dios en vuestro oratorio; que hubieseis luchado fielmente y empleado mucho tiempo en la oración y pensado sobre vuestra congregación y sus necesidades, y sin embargo, no pudieseis encontrar un texto satisfactorio, ¿qué debéis hacer? No os incomodéis por esto, ni os desesperéis. Si estuviereis para pelear a vuestras propias expensas, seria una cosa muy grave estar desprovisto de pólvora estando tan cerca la batalla; pero puesto que es la prerrogativa de vuestro Capitán proveer todo lo necesario, no hay duda de que El en tiempo oportuno, os abastecerá de municiones. *Si confiáis en Dios no os desamparará: no puede hacerlo.* Seguid suplicándole y vigilando, porque el amparo celestial es seguro para el estudiante industrioso de la palabra divina. Sí hubierais descuidado vuestra preparación toda la semana, no podríais esperar el auxilio divino; pero sí habéis hecho todo lo posible y ahora estáis esperando del Señor su mensaje, nunca os avergonzaréis. Dos o tres incidentes me han ocurrido, que bien pueden pareceros extraños, pero yo soy hombre singular. Cuando vivía yo en Cambridge, tuve que predicar, como de costumbre, en la noche, en una aldea cercana, adonde tuve que ir a pie. Después de leer y meditar todo el día, no pude encontrar mi texto. Por mucho que hice, ninguna respuesta me llegó del oráculo sagrado, ninguna luz brilló

del Urim y Thummim: pedía, meditaba, hojeaba mi Biblia, pero mí mente no se apoderó de ningún pasaje. Estuve, como dice Bunyan, "muy confuso en mis pensamientos." Salí a asomarme a la ventana.

Al otro lado de la estrecha calle en que vivía, vi un pobrecito canario solo, parado en el techo y rodeado por una parvada de gorriones que estaban picoteándolo como si quisiesen hacerlo pedazos. En aquel momento me acordé de este versículo: "¿Esme mí heredad, ave de muchos colores? ¿No están contra ellos aves en derredor?" Salí de mi casa con la mayor calma; rumiaba el pasaje mientras iba andando, y prediqué sobre el pueblo propio y las persecuciones de sus enemigos, con libertad y facilidad por mi parte, y creo que con provecho de mi sencilla congregación. Se me mandó el texto, y si no me lo trajeron los cuervos, ciertamente lo hicieron los gorriones.

Otra vez mientras estaba misionando en Waterbeach, había predicado en la mañana del domingo, e ido a comer a la casa de uno de los miembros de la congregación según lo tenía de costumbre. Había desgraciadamente tres cultos en el mismo día, y el sermón de la tarde siguió tan cerca al de la mañana, que fue difícil preparar el alma, especialmente teniendo en consideración que la comida era un obstáculo necesario pero grande, a la claridad y al vigor de mí cabeza. ¡Ay de estos cultos de la tarde en nuestras aldeas inglesas! Por regla general no son sino un desperdicio doloroso de esfuerzos intelectuales. El asado y el pudín oprimen las almas de los oyentes, y el predicador mismo es lento en su modo de pensar en tanto que la digestión le domina. Limitando con mucho cuidado mi comida, quedé aquella vez en un estado muy vivo y activo; pero ¡cuál fue mi desaliento al encontrar que mis pensamientos ordenados con anticipación se me habían escapado! No pude recordar el plan de mi sermón preparado, y por más esfuerzos que hice para traerlo a mi memoria, me fue enteramente imposible conseguirlo. El tiempo era limitado, en el reloj estaba sonando la hora, y con mucha inquietud, dije al agricultor que era un buen cristiano, que no podía de ningún modo recordar el asunto sobre el cual me había propuesto predicar. "Oh," respondió él, "no tenga usted cuidado; ya encontrará usted algún buen mensaje para nosotros." En aquel momento, un leño ardiendo cayó del fuego del hogar a mis pies, llenándome de humo los ojos y las narices. "Allí," dijo mi hombre, "hay un texto para usted. ¿No es este tizón arrebatado del incendio?" No, pensaba yo, no fue arrebatado porque se cayó por si mismo. Aquí estaba un texto, una comprobación, y un pensamiento capital que pudo servirme como de semilla para producirme muchos otros. Recibí más luz, y el sermón, a no dudarlo, fue por lo menos, igual a otros mucho más preparados; puedo decir que fue mejor, porque dos personas se me acercaron después del culto diciendo que habían salido de su letargo y convertídose por lo que habían escuchado. He pensado muchas veces sobre este acontecimiento, y me parece siempre que el olvido del texto sobre el cual me había propuesto predicar, fue una dicha.

En la calle de Nuevo Parque, me sucedió una vez una cosa muy singular de que algunos de los aquí presentes, pueden servir de testigos. Había celebrado felizmente todas las primeras partes del culto, en la tarde del domingo, y estaba anunciando el himno que debía cantarse antes del sermón. Abrí la Biblia para buscar el texto que había estudiado con mucho cuidado como asunto de mi discurso, cuando otro pasaje de la página opuesta se me abalanzó por decirlo así, como un león que sale de un bosque, y me impresionó mucho más que el que yo había escogido. La congregación estaba cantando y yo suspirando: me sentí comprimido entre dos cosas, y mi mente estaba en equilibrio. Quería naturalmente seguir por el camino que me había preparado con tanto

empeño, pero el otro texto rehusó terminantemente soltarme. Me pareció que estaba tirándome de los faldones y diciendo: "No, no; debes predicar sobre mí. Dios quiere que a mí me sigas." Deliberé dentro de mi respecto de mi deber, porque no quería ser fanático ni incrédulo, y al fin me dije a mi mismo: "Bien, me gustaría mucho predicar el sermón que he preparado y hay mucho riesgo en cambiarlo por otro cuyos pensamientos no he ordenado; sin embargo, puesto que este texto influye tanto en mi, puede habérseme sugerido por Dios, y por tanto, me atreveré a tratarlo sean cuales fueren las consecuencias."

Casi siempre anuncio mis divisiones al acabar el exordio, pero aquella vez no lo hice así por razones que bien podéis conjeturar. Concluí la primera división con bastante facilidad, por ser tanto los pensamientos como las palabras enteramente espontáneos. El segundo punto fue desarrollado con una conciencia de poder extraordinario y eficaz, aunque tranquilo, pero no tenía yo ninguna idea de lo que había de ser la tercera división, porque el texto me pareció enteramente agotado, y no puedo decir aun ahora, qué podría yo haber hecho si no hubiera acontecido un incidente enteramente inesperado. Me encontré en la mayor dificultad obedeciendo a lo que me parecía un impulso divino, pero sentime comparativamente con calma, creyendo que Dios me ayudaría, y sabiendo que podría yo por lo menos, concluir el culto, aunque ya nada más se me ocurriese que decir. Pero no tuve necesidad de deliberar más tiempo, porque repentinamente nos invadió la oscuridad más completa: se apagó el gas, y como el templo estaba lleno de gente, fue esto un gran peligro, a la vez que una gran bendición. ¿Qué podía yo hacer entonces? Los concurrentes a la congregación se asustaron algo, pero los tranquilicé desde luego diciéndoles que no se asustaran de ninguna manera aunque se hubiera apagado el gas puesto que seria encendido de nuevo muy pronto; y por mi parte, corno no hacía yo uso de manuscrito, bien podía predicar del mismo modo ya fuese en la oscuridad o en la luz, ellos me hacían el favor de permanecer sentados y de escucharme. Por elaborado que hubiera estado mi discurso, habría sido absurdo continuar predicándolo bajo estas circunstancias. Considerando mi posición me vi libre de toda perplejidad. Me referí luego mentalmente al texto familiar que habla del hijo de la luz que anda en las tinieblas, y del hijo de las tinieblas que anda en la luz. Observaciones y comprobaciones me ocurrieron en gran número, y cuando las lámparas se encendieron de nuevo, vi enfrente una congregación tan interesada y atenta, como la hubiera podido ver cualquier ministro bajo las más propicias circunstancias. Y la cosa más interesante fue que poco tiempo después, dos personas se presentaron para hacer su profesión de fe públicamente, diciendo que se habían convertido aquella noche, debiendo la primera su conversión a la parte anterior del discurso, en que trató del nuevo texto que me ocurrió, y la segunda atribuyendo la suya a la última parte que me fue sugerida por la oscuridad. Así es que como fácilmente podéis ver, la Providencia me dirigió y apoyó.

Me entregué en las manos de Dios, y su arreglo providencial apagó la luz en tiempo oportuno para mi. Algunos pueden ridiculizar todo esto, pero yo veo aquí la mano de Dios; otros pueden censurarme, pero yo me regocijo. Cualquiera cosa es mejor que el modo mecánico de hacer sermones, en que no se conoce prácticamente la dirección del Espíritu Santo. Todos los predicadores que confían en la tercera persona de la Trinidad, podrán sin duda, recordar muchos acontecimientos tales como el que acabo de referir. Os digo, por tanto, que notéis la dirección de la Providencia, y os entreguéis en los brazos de Dios pidiéndole su dirección y ayuda. Si habéis hecho solemnemente todo lo posible para conseguir un texto y el asunto no se os presenta

previamente, subid al púlpito seguros de que recibiréis un mensaje en tiempo oportuno, aunque hasta aquel momento no tengáis ni una palabra.

En la biografía de Samuel Drew, predicador metodista famoso, leemos esto: "Deteniéndose en la casa de un amigo suyo en Cornwall, después de haber predicado, una persona que había asistido al culto le dijo que había manifestado en su sermón un talento extraordinario, y siendo confirmada esta opinión por otras personas, el señor Drew les dijo: Si es verdad esto, es muy singular y, puesto que mí sermón fue enteramente impremeditado. Subí al púlpito con el objeto de predicaros sobre otro texto, pero viendo la Biblia que tenía abierta, me llamó la atención el pasaje sobre el que acabo de predicaros: "Aparéjate para venir al encuentro a tu Dios, oh Israel." Al ver estas palabras, no pude recordar mis pensamientos anteriores y aunque nunca hasta entonces había pensado en ese pasaje, me resolví al instante a ocuparme de él.'" El Sr. Drew hizo bien obedeciendo así a la dirección celestial. Bajo ciertas circunstancias, os veréis absolutamente compelidos a abandonar un discurso bien preparado, y a fiar en el oportuno auxilio del Espíritu Santo, haciendo uso de palabras que por el momento se os ocurran. Bien podéis encontraros en la situación en que se vio el difunto Kingman Nott al predicar en el Teatro Nacional de Nueva York. En una de sus cartas dice: "Se llenó completamente el edificio, y principalmente de jóvenes y niños de la clase más ruda. Entré después de haber preparado un sermón; pero luego que me presenté en la tribuna, me saludó mi auditorio con las exclamaciones que le son peculiares.

Cuando vi aquella masa confusa e inquieta de seres humanos a quienes tenía que predicar, abandoné luego todos los pensamientos que había preparado, y valiéndome de la parábola del hijo pródigo, me esforcé en interesarles en ella, y tuve tanto éxito, que muy pocos dejaron el edificio durante el sermón, y casi todos estuvieron medianamente atentos:" ¡Qué simplón habría sido este Señor si hubiera persistido en predicar su sermón, poco conveniente en esas circunstancias, sólo porque ya lo había preparado! Hermanos, creed, os suplico, en el Espíritu Santo, y puesta en El vuestra fe, esforzaos en practicarla diariamente.

Para ayudar un poco más a algún pobre predicador que no pueda predicar por falta de pensamientos, le recomiendo que en ese caso *vuelva a estudiar repetidas veces la Biblia misma;* que lea un capitulo y piense en sus versículos uno por uno, o que escoja un solo versículo y se posesione completamente de su contenido. Bien puede suceder que no encuentre su texto ni en el versículo ni en el capitulo que lea, pero después le será fácil encontrarlo por haber interesado a su entendimiento activamente en los asuntos sagrados. Según la relación de los pensamientos entre si, y así sucesivamente, hasta que llegue a pasar delante de la mente una procesión larga, digámoslo así, de pensamientos, de entre los cuales uno será el tema predestinado.

Leed también buenos libros que sugieran pensamientos provechosos. Excitad vuestra, mente por medio de ellos. Sí los hombres quieren sacar agua de una bomba que no se haya usado por mucho tiempo, es necesario primero echar agua en ella, y entonces se podrá bombear con buen éxito. Profundizad los escritos de alguno de los Puritanos: sondead a fondo la obra, y pronto os encontraréis volando como un ave, y mentalmente activos y fecundos. Empero, como precaución, permitidme que haga la observación de que debemos estar siempre preparándonos para encontrar textos y para hacer sermones. Debemos conservar siempre la actividad santa de nuestro entendimiento. ¡Ay del ministro que se atreva a malgastar una hora! Leed el ensayo de

Juan Foster sobre el deber de aprovechar el tiempo, y resolveos a no perder nunca ni un segundo. Cualquiera que vaga desde la mañana del lunes hasta la noche del sábado esperando indolentemente que su texto le sea mandado por medio de un mensajero Angélico en las últimas horas de la semana, tentará a Dios y merecerá encontrarse mudo en el domingo. Como ministros nunca tenemos tiempo: nunca estamos fuera de servicio, sino ocupando nuestras atalayas de día y de noche. Estudiantes, os digo solemnemente que nada puede dispensaros de la economía más rígida del tiempo: si dejáis de emplearlo fielmente, lo haréis a vuestro propio riesgo. La hoja de vuestro ministerio pronto caerá, a no ser que, como el nombre bendito de que se habla en el primer salmo, meditéis en la ley de Dios de día y de noche. Es mí deseo más ferviente que no malgastéis el tiempo en disipación religiosa, ni en charlas, ni en pláticas triviales. Guardaos de la costumbre de correr de una reunión a otra, escuchando meras bomballas y contribuyendo por vuestra parte a llenar sacos de viento. Un hombre que es afecto a frecuentar las reuniones sociales para tomar té y charlar, por regla general es bueno para muy poco en cualquiera otra parte. Vuestras preparaciones para el pulpito son de la mayor importancia, y si las descuidáis no honraréis ni a vosotros mismos ni a vuestra vocación. Las abejas están haciendo miel desde la mañana hasta la noche, y a semejanza de ellas, nosotros debemos ocuparnos siempre en juntar víveres espirituales para nuestra congregación. No tengo confianza alguna en un ministerio que menosprecia una preparación laboriosa. Cuando viajaba yo por el norte de Italia, nuestro cochero se durmió en la noche en el carruaje, y cuando le llamé por la mañana, *salió de un salto,* tronó su látigo tres veces, y dijo que estaba listo. Apenas podía yo apreciar el poco tiempo que empleaba en asearse o hacer otra cosa cualquiera pues constantemente le veía en su puesto. Vosotros, los que os alistáis para predicar, debéis encontraros siempre ocupados en la preparación de los mensajes.

Nos conviene que tengamos la costumbre, día tras día, de cultivar la mente en la dirección de nuestro trabajo. Los ministros deben estar siempre apilando su heno, pero especialmente cuando brille el sol. ¿No es verdad que a veces os sorprendéis de la facilidad con que podéis hacer sermones? Se nos dice que el Sr. Jay tenía la costumbre al encontrarse en esta condición, de tomar su papel y apuntar textos y divisiones de sermones, y de guardarlas para poder servirse de ellos en tiempos en que su mente no estuviese tan expedita. El lamentado Tomás Spencer escribió así: "Yo guardo un librito en que apunto cada texto de la Biblia que me ocurre como teniendo una fuerza y una hermosura especiales. Si soñara en un pasaje de la Biblia, lo apuntaría; y cuando tengo que hacer un sermón, reviso el librito, y nunca me he encontrado desprovisto de un asunto." Estad alerta para encontrar asuntos de sermones cuando andéis por la ciudad o por el campo. Dice Andrés Fuller en su Diario: "Me encontré engolfado en algunas meditaciones muy provechosas sobre el cuidado del Gran Pastor por su grey, al ver algunos corderos expuestos al frío, y a una pobre oveja pereciendo por falta de cuidado." Conservad abiertos los ojos y los oídos, y veréis y oiréis a ángeles. El mundo está lleno de sermones: *atrapadlos al vuelo.*

Un escultor, siempre que ve un trozo en bruto de mármol, cree que oculta una hermosa estatua, y que es necesario sólo quitar la superficie para descubrirla. Así creed también vosotros que hay dentro de la cáscara de todo, la pepita de un sermón para el hombre sabio. Sed sabios, y ved lo celestial en su tipo terrenal. Escuchad las voces del cielo y traducidlas en el lenguaje humano. Oh hombre de Dios! vive siempre buscando materia para el púlpito, forrajeándola, digámoslo así, en todos los departamentos de la naturaleza y del arte, y guardándola para las exigencias del futuro. Se me exige que responda a la pregunta de si es buen plan anunciar una serie de sermones

propuestos, y publicar la lista de ellos. Contesto que cada uno debe hacer lo que mejor cuadre con su carácter. No me constituyo en juez de nadie, pero yo no me atrevo a intentar tal cosa; y sí la emprendiera, saldría muy mal en el negocio. Tengo entendido que algunos precedentes se oponen a mi opinión, y entre ellos se encuentran las series de discursos por Mateo Henry, Juan Newton y otros muchos; sin embargo, puedo expresar sólo mis opiniones personales y dejar a cada uno que haga lo que mejor le convenga. Muchos ministros eminentes han predicado series de discursos muy provechosos, sobre asuntos escogidos y arreglados con anticipación; pero yo no soy eminente, y debo aconsejar a los que se me parecen, que se precavan de este modo de obrar. No me atrevo a anunciar el asunto *sobre el cual* predicaré mañana, y mucho menos podría yo decir sobre qué texto predicaré *de aquí a* seis semanas, o *de aquí a* seis meses, siendo la razón de esto, en parte, la de que tengo la conciencia de no poseer las dotes especiales que son necesarias para interesar a una congregación en un asunto, o en una serie de asuntos, por mucho tiempo. Los hermanos de perspicacia extraordinaria y de conocimientos profundos, pueden hacerlo; y los que carecen de esto y aun de sentido común, pueden también pretenderlo pero no lo conseguirán. Me veo obligado a confesar que debo la mayor parte de mi fuerza más bien a la variedad que a la profundidad. Es casi cierto que la gran mayoría de predicadores de la clase que acabamos de indicar, tendría mejor éxito si quemara sus programas. Tengo en la memoria un recuerdo muy vivo, o más bien, muerto, de cierta serie de discursos sobre la Epístola a los Hebreos, que me impresionó de un modo muy desagradable. Hubiera querido muchas veces que los Hebreos se guardaran aquella epístola, puesto que molestaba mucho a un pobre joven gentil. Sólo los más piadosos y fieles miembros de la congregación, tenían la paciencia necesaria para escuchar todos los discursos hasta el séptimo y el octavo: ellos, por supuesto, declaraban que nunca habían escuchado explicaciones más provechosas; pero a aquellos cuyo juicio era más carnal, les pareció que cada sermón era más insulso que el que le había precedido. Pablo en esa epístola, nos exhorta a que *suframos* la palabra de exhortación, y así lo hicimos. ¿Son todas las series de sermones tales como aquella? Tal vez no; pero temo que las excepciones sean pocas, porque se dice respecto de aquel célebre comentador, José Caryl, que comenzó sus lecturas sobre el libro de Job con una asistencia de *800* personas, y que sólo ocho escucharon la última. Un predicador profético multiplicó sus sermones sobre "el cuerno pequeño" de Daniel, hasta tal grado, que en la mañana de un domingo sólo siete se reunieron para escucharle. Les pareció extraño, a no dudarlo, que una arpa de mil cuerdas produjese la misma música por tanto tiempo. Ordinariamente y para la gran mayoría de oyentes, me parece que las series de discursos anunciadas con anticipación, no les son provechosas. El provecho que resulta de ellas, es sólo aparente; por regla general, no hay provecho, sino por el contrario, daño. Sin duda que tratar de toda una epístola larga, debe exigir al predicador mucho ingenio, y mucha paciencia a los oyentes. Me siento movido por una consideración aun más profunda, en lo que acabo de decir, porque me parece que a muchos predicadores verdaderamente vivos y celosos, un programa les servirían de grillos. Si el predicador anunciara para el domingo siguiente un asunto lleno de gozo, que le exigiera viveza y exaltación de espíritu, seria muy posible que se encontrara por muchas causas, en un estado cargado y triste de espíritu, y sin embargo, tendría que poner el vino nuevo en su cuero viejo, a subir al banquete de boda vestido de saco y cenizas; y lo que es peor que todo, podría verse obligado a repetir esto por un mes entero. ¿Puede estar eso conforme con la voluntad divina? Es importante que el predicador esté en armonía con su tema; pero ¿cómo puede lograr tal cosa, si la elección del asunto no se determina por las influencias que existan en el tiempo de predicar? Un hombre no es máquina de vapor a la que se le imprime determinado movimiento, y no le convendría que se le fijase en una ranura. Mucho del poder del ministro

consiste en la conformidad de su alma con el asunto de que se trata, y temería yo designar un asunto especial para una fecha fija, por miedo de que mi alma al llegar el tiempo, no estuviera en un estado a propósito para discutirlo. Además, no es fácil ver cómo un hombre puede manifestar que depende de la dirección del Espíritu de Dios, si ya ha decidido cuál debe ser su plan mucho tiempo antes. Tal vez me responderéis: "Esta objeción nos parece muy extraña, pues ¿por qué no podemos confiar en el Espíritu Santo tanto por veinte semanas como por una?" Respondo que nunca hemos recibido una promesa que garantice tal fe. Dios promete darnos la gracia según nuestras necesidades diarias, pero no dice nada respecto de dotarnos de fondos de reserva para lo sucesivo: "Cada día descendía el maná." ¡Ojalá que pudiéramos aprender bien esta lección! Así nos llegarán nuestros sermones, nuevos del cielo, cuando se necesiten. Soy celoso de todo lo que puede impedirnos que nos apoyemos en el Espíritu Santo, y por tanto, expreso la opinión ya indicada. Estoy seguro, hermanos míos, que para vosotros es provechoso que os diga con autoridad, que dejéis a los hombres de mayor edad y talento, las tentativas ambiciosas de predicar series pulidas de sermones. Tenemos, por decirlo así, muy poca cantidad de oro y plata intelectuales, y debemos emplear nuestro pequeño capital en bienes útiles de que poder disponer fácilmente dejando, a los comerciantes más ricos que comercien en cosas más valiosas. No sabemos lo que sucederá mañana: esperemos enseñanzas diarias, y no hagamos nada que pueda impedirnos el que empleemos los materiales que la Providencia nos ofrezca hoy o mañana.

Tal vez me haréis la pregunta de si *podéis predicar sobre los textos que otras personas os sugieran, pidiéndoos que prediquéis sobre ellos:* mi respuesta es que por regla general, no debéis hacerlo, y si hay excepciones, deben ser muy pocas. Permitidme que os recuerde que no tenéis un taller a donde los marchantes puedan ir a dar sus órdenes. Cuando un amigo os sugiera un asunto, pensad en él, considerad si es a propósito y si podéis aceptarlo. Recibid la súplica cortésmente, como conviene a los caballeros y cristianos; pero, si el señor a quien servís, no arroja su luz sobre el texto, no prediquéis sobre él por mucho que alguno os persuada. Estoy enteramente cierto de que si esperamos en Dios por nuestros asuntos, y le pedimos ser guiados por la sabiduría divina, él nos guiará por el camino recto; pero si nos gloriamos de nuestra facultad para elegimos un texto, encontraremos que sin Cristo no podemos hacer nada, ni aun en la elección de un texto. Esperad en el Señor; escuchad lo que él quiera decir; recibid la palabra directamente de sus labios, y entonces salid como embajadores enviados del trono mismo de Dios. Repito:

"esperad en el Señor."

***

PLATICA VII

Modo de Espiritualizar

Muchos que escriben sobre la Homilética, condenan en términos severos, aun el que accidentalmente se espiritualice un texto. Dice Adam Clarke: "La predicación alegórica vicia el gusto y encadena el entendimiento tanto del predicador como de los oyentes." La regla de Wesley es mejor: "Haced uso raras veces de la espiritualización, y alegorizad muy poco." "Escoged textos," dicen estos maestros, "de cuyo sentido claro y literal podáis tratar; nunca os permitáis hacer uso de otro significado que no sea el más obvio de un pasaje; nunca os permitáis

acomodaros o adaptaros un texto: esto es un artificio propio de los hombres poco instruidos; una treta de los charlatanes; una manifestación miserable de mal gusto y de imprudencia." Quiero honrar a los que merecen la honra, pero no puedo menos de disentir de esta opinión tan ilustrada, creyendo que es más caprichosa que exacta, y más aparente que verdadera. Por ejemplo, ¿qué otra cosa si no es un mero capricho o algo peor, pudo haber inducido al Sr. Athanase Coquerel a que escribiese criticas tales como estas: "Para nosotros cristianos, el sacerdocio universal y supremo del Hijo de Dios, no se recomienda ni en lo más mínimo, cuando se asemeja al pontificado de Melchisedee; y nuestra peregrinación hacia el país celestial teniendo a Jesús de jefe, se parece muy poco a la de Israel hacia la tierra prometida, teniendo como tal a Josué, no obstante que los nombres se asemejan entre si. Muchos textos se prestan con una facilidad maravillosa a esta clase de interpretación que en realidad no lo es. 'Señor, sálvanos, que perecemos,' clamaron los apóstoles, cuando la tempestad en la mar de Galilea amenazaba la destrucción de su barca. '¿Quieres ser sano?' dijo Cristo al paralítico de Betsaida. Conocemos que seria muy fácil alegorizar estas palabras. Se ha hecho eso mil veces, y tal vez ningún predicador, especialmente cuando se encuentre desprovisto de textos estudiados y de esqueletos formados, se rehúsa a emplear este recurso tanto más seductor, cuanto que es fácil en extremo. Compuse un sermón extenso sobre la invitación de Moisés a su suegro Hobab o Jethro, Núm. 10:29: 'Nosotros nos dirigimos al lugar del cual Jehová ha dicho: yo os lo daré: ven con nosotros.' La división era muy sencilla y fácil. Comencé con un exordio histórico: El lugar es el cielo; el Señor nos lo da como nuestro país. El verdadero creyente dice a cada uno de sus hermanos: 'Ven con nosotros, etc., etc.' Nunca me he perdonado a mí mismo el haber escrito y aprendido de memoria 30 páginas relativas a este tema." Si el Sr. Coquerel no hubiera incurrido en mayor falta que esta, seria mucho mejor ministro de lo que es actualmente. Se puede hacer mucho bien eligiendo de vez en cuando textos olvidados, singulares, notables o raros; y estoy cierto de que si apeláramos a un jurado de predicadores prácticos que han tenido buen éxito en su vocación, y no han sido sólo teóricos, tendríamos la pluralidad de votos en nuestro favor. Tal vez los rabinos ilustrados de nuestra generación, sean demasiado sublimes y celestiales para condescender en bajarse hasta los hombres humildes; pero nosotros que no tenemos ningún cultivo, ni ilustración profunda, ni elocuencia arrebatadora de qué gloriarnos, hemos tenido por conveniente hacer uso del mismo método que los ilustres han reprobado, porque es para nosotros el modo más eficaz de evitar la rutina de una formalidad fastidiosa, y también nos da una especie de sal con qué sazonar la verdad que sería de otro modo desabrida. Muchos de los que han tenido el mejor éxito en ganar almas, han tenido a bien dar un papirote a su ministerio, y fijar la atención de su congregación haciendo uso de vez en cuando de algún método original y desconocido. La experiencia no les ha enseñado que estuvieran en error, sino lo contrario. Hermanos míos, no tengáis miedo de espiritualizar, ni de escoger textos singulares; hacedlo sólo prudentemente. Seguid buscando pasajes de la Biblia, no sólo dándoles su sentido más palpable, como es vuestro deber, sino también sacando de ellos lecciones que no se puedan encontrar en la superficie. Recibid el consejo en lo que pueda valer; pero os recomiendo seriamente que pongáis de manifiesto a los críticos sutiles, que hay algunos que no adoran la imagen de oro que han levantado. Os aconsejo, y que no os entreguéis a continuas e indiscretas "imaginaciones," como Jorge Fox las llamaría. No os ahoguéis porque se os recomienda que os bañéis, ni os conviene que os ahorquéis porque se dice que *el tannin* es muy útil como astringente. Una cosa admisible, si llega a ser excesiva, es vicio, así como el fuego es buen amigo en el hogar, pero un tirano temible cuando se encuentra en una casa incendiada. El exceso, aun de una cosa buena, ahíta y fastidia, y en ningún caso es esto más cierto que en el que estamos tratando.

El primer canon que se debe observar es éste: "no forcéis *un texto espiritualizándolo."* Esto seria un pecado contra el sentido común. ¡Cuán terriblemente se ha maltratado y despedazado la Palabra de Dios por cierta clase de predicadores que han dado tormento a ciertos textos para hacerlos revelar lo que de otro modo nunca habrían dicho! El Sr. Slopdash, de quien Rowland Hill nos habla en sus "Diálogos de una Aldea," es tipo perfecto de una clase numerosa de predicadores. Lo describe como haciendo un discurso sobre las palabras del panadero de Faraón: "Tenía tres canastillos blancos sobre mi cabeza," Gén. 40:16. Valiéndose de este texto, ese "necio, tres veces ungido," como le llamaría cierto amigo mío, ¡discurrió sobre la doctrina de la *Trinidad.* Un ministro cristiano muy amado, hermano venerable y excelente, y uno de los mejores predicadores de su distrito, me dijo que un domingo echó de menos a un labrador y a su esposa, en el culto de su capilla. Continuó extrañándolos en la congregación por muchas semanas, hasta que un lunes, encontrando por casualidad al marido en la calle, le dijo: "-Qué milagro, Juan, no le he visto a usted por mucho tiempo."- "No señor," respondió aquél, "no nos hemos aprovechado del ministerio de usted tanto en estos últimos días como antes." -"¿De veras, Juan? lo siento mucho." -"Bien, hablando con toda franqueza, le diré a usted que nos gustan a mi y a mi mujer, las doctrinas de gracia, y por tanto, hemos asistido recientemente a los cultos del Sr. Bawler."- "¡Ah! ¿usted se refiere al hermano que funciona en culto de los Altos Calvinistas?" -"Sí, señor, y estamos muy contentos: recibimos muy buen alimento allí, dieciséis onzas en cada libra. Nos estábamos muriendo de hambre bajo el ministerio de usted, aunque le respetaré a usted siempre, señor, como hombre." -"Muy bien, amigo; por supuesto que usted debe asistir donde pueda conseguir el mayor bien verdadero; pero ¿qué recibió usted el domingo pasado?" -"¡Oh, señor! tuvimos un culto muy precioso: en la mañana tuvimos... tal vez no deba decírselo a usted, pero realmente disfrutamos un gran privilegio " -"Si, pero ¿en qué consistió, Juan?"-"Señor, el ministro nos explicó de un modo admirable y precioso, aquel pasaje que dice: 'Si tienes grande apetito, pon cuchillo a tu garganta cuando te sentares a comer con algún señor.'-"Si, y ¿qué dijo el predicador sobre aquel texto?" -"Bien, señor', le diré a usted lo que él dijo, pero quiero saber primero ¿qué hubiera usted dicho sobre este pasaje?" -"No sé, Juan, me parece ahora que no lo hubiera escogido; pero si hubiera tenido que predicar sobre él, habría dicho que una persona muy afecta a comer y beber, debe estar muy sobre si mientras se halle en presencia de los grandes, pues de lo contrario, se arruinará a si mismo, La glotonería, aun en esta vida, es ruinosa." -"¡Ah!" dijo el hombre, "eso es la interpretación seca de usted. Como dije a mi mujer el otro día, desde que comenzamos a oír al Sr. Bawler, se nos ha abierto la Biblia de tal modo, que podemos ver mucho más en ella que antes." -"Si y ¿qué les dijo a ustedes el Sr. Bawler concerniente a su texto?" -"Bien. Comenzó diciendo que un hombre que tenía grande apetito, era un joven converso, que siempre tenía muchas ganas de oir la predicación, y siempre quería alimento; pero que no estaba siempre bien informado en cuanto a la clase de comida que le convendría mejor." -"Bien, y ¿enseguida, Juan?" -"Dijo que si el joven converso se sentara con un señor, es decir, con un predicador de la ley, las consecuencias serian para él muy tristes." -"Pero, ¿qué hubo del *'cuchillo,* Juan?"

--"Señor, el Sr. Bawler nos dijo que era una cosa muy peligrosa la de oír a los predicadores de la ley, que, a no dudarlo, arruinarían al que lo hiciera; y que eso sería lo mismo que el que se cortaran la garganta. "Me supongo que el asunto fue llamar la atención sobre los efectos dañosos de permitir a los jóvenes cristianos que escuchen a otros ministros de los de la escuela hiper-Calvinista; y la lección sacada fue la de que este hermano bien podría poner un cuchillo a su

garganta antes que asistir a un culto de su ministro anterior. Esto fue excederse en el modo de interpretar y aleccionar. Críticos, entregamos los caballos muertos tales como éstos, a vuestra voracidad. Por mucho que los laceréis o devoréis, no os reprenderemos.

Hemos oído hablar de otro sujeto que se ocupó de Proverbios 21:17, "Hombre necesitado será el que ama el deleite; y el que ama el vino y ungüentos no enriquecerá." Los Proverbios son un campo favorito para los que espiritualizan. Aquí ejercen su aptitud para alegorizar con toda libertad. Nuestro hombre dispuso del pasaje del modo siguiente: "El que ama el deleite," es decir, el cristiano que goza de los medios de la gracia "será hombre necesitado," es a saber, será pobre en espíritu; y "el que ama el vino y ungüento," es decir, el que disfruta de las provisiones de la alianza y goza del aceite y vino del Evangelio, no enriquecerá," es a saber, no se estimará a si mismo como rico: enseñando así la excelencia de los que son pobres en espíritu, y como deseen regocijarse de los deleites del Evangelio. Este es un pensamiento muy bueno y propio, pero no lo encuentro en aquel texto. Todos habéis oído hablar de la interpretación famosa dada por el Sr. Guillermo Huntingdon, al pasaje de Isaías 11:8: "Y el niño de teta se entretendrá sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna del basilisco." "El niño de teta," es decir, el nene en la gracia, "se entretendrá sobre la cueva del áspid," es a saber, sobre la boca del Arminiano. Entonces sigue una descripción de los juegos en que los cristianos sencillos sobrepujan en sabiduría a los Arminianos. Los profesores de la otra escuela de teología, ordinariamente han tenido a bien no responder a sus opositores en el mismo espíritu, de otro modo, los Antinomianos bien podrían haberse encontrado en el mismo rango que los basiliscos con sus opositores, desafiándolos jactanciosamente en la boca de sus cavernas. Esta clase de abuso sólo perjudica a los que lo emplean. Las diferencias teológicas se explican y se esfuerzan mucho mejor, por medios enteramente distintos de estas bufonadas. Los efectos producidos por la pura estupidez unida al amor propio, son a veces muy cómicos. Basta que se refiera un ejemplo. Un buen ministro me dijo el otro día, que había estado predicando recientemente a su congregación sobre los veintinueve cuchillos de Esdras. Estoy cierto de que él sabrá manejar estos utensilios prudentemente, pero no pude menos de decirle que esperaba que él no hubiera imitado a aquel sabio intérprete que vio en el número impar de cuchillos, una referencia a los veinticuatro ancianos del Apocalipsis. Un pasaje de los Proverbios dice así: "Por tres cosas se alborota la tierra, y la cuarta no la puede sufrir; por el siervo cuando reinare, y por el necio cuando se hartare de pan; por la mujer aborrecida cuando se casare, y por la sierva cuando heredare a su señora." (Prov. 30:21-23). Un ministro muy afecto a espiritualizar, dice que estas palabras son una representación figurada de la obra de la gracia en el alma, y que enseñan lo que perturba a los Arminianos y los hace pensativos. "Un siervo cuando reine," es decir, pobres siervos tales como nosotros, cuando nos sea dado reinar juntamente con Cristo; "un necio cuando se harte de pan," es a saber, pobres hombres necios tales como nosotros, cuando nos sea dado comer del mejor trigo de la verdad del Evangelio; "una mujer aborrecida cuando se case," es decir, un pecador cuando se una a Cristo; "una sierva cuando herede a su señora," es a saber, cuando nosotros, que éramos pobres siervos o esclavos bajo la ley, lleguemos a disfrutar los privilegios de Sara, y a hacernos herederos de nuestra señora. Estas son unas cuantas muestras de las curiosidades eclesiásticas, que son tan numerosas y apreciables como las reliquias que se recogen en gran número todos los días en el campo de batalla de Waterloo, y son recibidos por los pocos instruidos como tesoros inapreciables. Pero os he ahitado y no quiero malgastar más vuestro tiempo. Yo creo que no es necesario amonestaros que os apartéis de toda esta clase de extravagantes absurdos. Tales cosas deshonran la Biblia, insultan el sentido común de los

oyentes, y humillan al ministro. No es esta la espiritualización que os recomendamos, así como el cardillo del Líbano no es el cedro de Líbano. Guardaos de aquella trivialidad pueril y tendencia atroz de torcer textos, que os hará sabios a vista de los necios, pero necios a vista de los sabios.

Nuestro segundo consejo es *que nunca espiritualicéis sobre asuntos indecentes.* Es necesario advertiros esto, porque la familia de predicadores poco juiciosos, son muy afectos a hablar de cosas que tiñen de sonrojos las mejillas de la modestia. Hay cierta clase de escarabajos que se crían en la inmundicia, y estos animalejos tienen su prototipo entre los hombres. Recuerdo en este momento a un teólogo raro que trataba con un gusto admirable y con una unción sensual, de la concubina hecha diez pedazos. Greenacre mismo no hubiera podido haberlo hecho mejor. ¡Cuántas cosas abominables no se han dicho sobre algunos de los símiles más severos y horripilantes de Jeremías y de Ezequiel! En donde el Espíritu Santo se ha expresado valiéndose de un estilo velado y casto, estos hombres han quitado el velo, y hablado como tan sólo las lenguas sueltas se atreverían a hacerlo. A la verdad yo no soy escrupuloso: lejos de ahí; pero explicaciones del renacimiento que se basan en las analogías sugeridas por una partera; exposiciones minuciosas de la vida de los casados, me encolerizarían y me inclinarían a mandar a imitación de Jehú, que los que tal descaro tienen, fuesen arrojados del puesto elevado que osaran deshonrar por su impudencia desvergonzada. Yo sé que se dice: *"Honi soit qui mal y pensé;"* pero afirmo que ningún espíritu puro debe estar sujeto al aliento más ligero de indecencia, ni mucho menos en el púlpito. La esposa de César debe estar fuera de toda sospecha, y los ministros de Jesucristo deben ser inmaculados en su vida y en sus palabras. Señores, los besos y abrazos en que se deleitan algunos predicadores, son detestables; seria mucho mejor no predicar sobre el Cantar de los Cantares de Salomón, que tratar de él así como lo han hecho muchos hermanos, con un estilo medio indecente. Los jóvenes deben tener empeño especial en ser escrupulosa y celosamente modestos y puros en sus palabras. A un anciano se le permite más libertad, quién sabe por qué; pero un joven no tendría pretexto alguno, si violara la más perfecta delicadeza.

En tercer lugar, *nunca espiritualicéis a fin de llamar la atención sobre vuestro propio talento extraordinario.* Tal objeto seria malo, y el método empleado seria necio. Sólo un egregio simplón buscará se le guarde consideración especial con motivo de haber hecho lo que casi todos los hombres hubieran podido hacer igualmente bien. Cierto aspirante predicó una vez sobre la palabra *"pero,"* esperando así ganarse el favor de la congregación que, según su modo de pensar, no podía menos de entusiasmarse por el talento de un hermano que podía extenderse tanto al tratar de una simple conjunción. Parece que su asunto era el hecho de que por mucho bueno que hubiera en el carácter de un hombre, o por admirable que fuera en sus circunstancias, siempre se encontraría alguna dificultad, alguna prueba en conexión con esto. Por ejemplo, "Naamán era un gran varón delante de su señor, pero leproso." Cuando bajó del pulpito el orador, los diáconos le dijeron: "Bien, señor, usted acaba de darnos un sermón muy raro; pero nos consta con toda claridad, que no es usted a propósito para esta congregación." ¡Ay de la agudeza, cuando llega a ser tan despreciable, y con todo, pone un arma en manos de sus propios enemigos! Recordad que el espiritualizar no es cosa muy admirable como manifestación de la destreza intelectual, aunque podáis hacerlo bien, y recordad también que sin discreción es el modo más fácil de revelar vuestra extrema necedad. Señores, si anheláis rivalizar con Orígenes, en sus interpretaciones tan extravagantes y originales, sería provechoso que leyerais su biografía y notareis atentamente las

necedades en que cayó no obstante su ilustración, por permitir que una imaginación desenfrenada dominara absolutamente su juicio; y si lleváis por mira exceder a los declamadores vulgares de la generación pasada, dejadme que os recuerde que la gorra y las campanitas no influyen tanto ahora en la gente, como lo hicieron hace algunos años.

Nuestra cuarta advertencia, es *que nunca pervirtáis la Escritura* con pretexto de darle un significado original y espiritual, no sea que os hagáis reos de aquella maldición solemne con que se guarda y se cierra el rollo de la inspiración. El Sr. Cook, de Maidenhead, se vio obligado a separarse de Guillermo Huntingdon, a causa de que éste interpretaba el mandamiento séptimo como dirigido por Dios Padre a su Hijo, y teniendo este significado: "No codiciarás la mujer del diablo, es a saber, de los reprobados." Uno no puede menos de exclamar al oírla: "¡horrible!" Quizá seria un insulto a vuestra razón y religión deciros: detestad el pensamiento de tal profanación. Por instinto, la aborrecéis.

Además, *nunca permitáis que vuestra congregación se olvide de que las narraciones que espiritualizáis, son hechos y no meras fábulas o parábolas.* Este significado palpable de un pasaje, nunca se debe anegar en la exhuberancia de vuestra Imaginación, sino debe ponerse de manifiesto con toda claridad, y ocupar el primer rango en la importancia. Vuestra interpretación acomodada, nunca debe hacer abstracción del sentido original y nativo del texto, ni aun menoscabarlo. La Biblia no es una compilación de alegorías interesantes, ni de tradiciones poéticas e instructivas, sino que enseña hechos literales, y revela realidades tremendas. Poned de manifiesto a todos los que os escuchen, vuestra persuasión plena de la verdad de esta declaración. Seria muy triste para la Iglesia, que el pulpito adoptara aun aparentemente, la teoría escéptica de que las Santas Escrituras no son sino una mitología pulida, consignada autoritativamente, en la cual glóbulos de verdad se encuentran en solución en un océano de detalles poéticos e imaginarios. Sin embargo el espiritualizar textos tiene un lugar legítimo, o más bien, lo tiene el don particular que induce a los hombres a hacerlo. Los hombres desprovistos de imaginación y de ingenio niegan esto, así como las águilas pueden poner en duda la legalidad de cazar moscas; sin embargo, así como las golondrinas fueron creadas con este último fin, así el fin principal de algunos hombres es el ejercicio de una imaginación piadosa. Por ejemplo, habéis visto frecuentemente que *los tipos* ofrecen un campo muy vasto para el ejercicio de una ingeniosidad santificada. ¿Qué necesidad tenéis de buscar una referencia en la Biblia a "mujeres detestables" de que tratar en vuestros sermones, mientras tengáis enfrente cl tabernáculo en el desierto, con todos sus utensilios sagrados, el holocausto, el sacrificio propiciatorio y todos los otros sacrificios que fueron ofrecidos a Dios? ¿Por qué buscáis novedades, cuando tenéis delante de vosotros el templo y todas sus glorias? El talento más capaz de interpretar los tipos, puede ocuparse casi sin límites, de los símbolos legítimos de la Palabra de Dios, y tendrá mayor satisfacción en este ejercicio, puesto que esta clase de símbolos se han instituido por Dios. Cuando hayáis tratado de todos los tipos del Antiguo Testamento, os restará todavía el tesoro de *mil metáforas.*

Una explicación discreta de las alusiones poéticas de las Santas Escrituras, será muy aceptable a vuestras congregaciones, y con la bendición divina, muy provechosa. Pero dando por sentado que habéis explicado todos los tipos, ordinariamente reconocidos como tales, y que habéis arrojado vuestra luz sobre los emblemas y las expresiones figuradas de la Biblia, ¿deberán dormir después vuestra imaginación y aptitud para interpretar los símiles? De ningún modo

Cuando el apóstol San Pablo encuentra un misterio en Melquisedec, y hablando de Agar y Sara, dice: "-las cuales cosas son dichas por alegoría," nos da un precedente para que descubramos alegorías Bíblicas en otros pasajes además de los referidos. A la verdad, los libros históricos nos ofrecen alegorías no sólo aquí y acullá, sino que parece que como un todo han sido escritas con el fin de darnos una enseñanza simbólica. Un pasaje del prefacio de la obra del Sr. Andreas Jukes sobre los tipos del Génesis, nos enseñará cómo sin forzar la interpretación, puede muy bien una teoría bien elaborada, formarse por una inteligencia piadosa. Ved lo que dice ese autor llevado en alas de su imaginación: como base o razón de lo que ha de seguir, se nos demuestra primero lo que se origina del hombre y de todas las distintas formas de vida que ya por naturaleza o ya por gracia, puede producir la raíz del Adán viejo. Esto se encuentra en el libro del Génesis. Enseguida vemos que no siendo bueno lo que ha procedido de Adán, es preciso que haya redención: por esto encontramos a un pueblo escogido, redimido por la sangre del Cordero y rescatado de Egipto. Esto es lo que se contiene en el Éxodo. Siendo conocida la redención, adquirimos la certeza de que los escogidos necesitan acceso a Dios, el Redentor, y que en el santuario aprenden el modo de conseguirlo. Esto se consigna en el Levítico. Después caminando como peregrinos por el desierto de este mundo, una vez salidos de Egipto, casa de esclavitud, país de maravillas y de la sabiduría humana para dirigirnos a la tierra prometida más allá del Jordán, tierra que fluye leche y miel, se aprenden las pruebas del camino. Esto se ve en el libro de los Números. A continuación viene el deseo de cambiar el desierto por la tierra prometida, en la cual los elegidos no quieren entrar por algún tiempo aun después de haber conocido la redención. Esto corresponde al deseo que tienen los escogidos de realizar su progreso, en cierto grado, de conocer la virtud de la resurrección, de vivir en suma, aun en este mundo, como si estuvieran en lugares celestiales. En este concepto siguen lógicamente las reglas y los preceptos que se deben obedecer para lograr el fin indicado. El Deuteronomio, segunda anunciación de la ley, segunda purificación, nos habla del camino de progreso. Después de todo esto, se llega a la tierra de Canaán. Atravesamos el Jordán; conocemos prácticamente la muerte de la carne, y lo que es ser circuncidado y quitar de nosotros el oprobio de Egipto. Ahora conocemos lo que significa ser resucitado con Cristo, y tener lucha no contra la sangre y la carne, sino contra los principados y las malicias espirituales que habitan en los aires. Esto lo vemos en Josué. Enseguida viene la derrota de los escogidos en lugares celestiales, derrota que resulta de haber hecho pactos con los cananeos en vez de haberlos vencido. Esto nos consta en los Jueces. Después de esto, las distintas formas de gobierno que la Iglesia ha de conocer, pasan sucesivamente en los libros de los Reyes. Estas se extienden desde el establecimiento de la monarquía en Israel, hasta su extinción, época en que los escogidos son a consecuencia de sus pecados, entregados en poder de Babilonia. Siendo conocido esto, con toda su vergüenza, vemos que el resto de los escogidos, cada una según su fuerza, hacen lo que les es posible para restaurar a Israel: Algunos como Esdras, regresan a Canaán para reedificar el templo, es decir para restaurar el verdadero culto; y otros como Nehemías, suben para reconstruir el muro, es decir, para restablecer con licencia de los Gentiles, una imitación débil de la política antigua, mientras que otro resto en Esther, se ve cautivo, pero fiel y providencialmente salvado, por más que el nombre de Dios no aparece ni una sola vez en todo ese relato. No os recomiendo que hagáis uso de la imaginación en un grado tan extravagante como el de este autor en algunos c'.e sus escritos, en los cuales vemos su tendencia hacia el misticismo; pero sin embargo, leeréis la Palabra de Dios con un interés aumentado en extremo, si notáis la relación mutua de los libros de la Biblia y el desarrollo de sus tipos, siguiendo un orden sistemático. Bien podemos agregar que la aptitud para espiritualizar, se empleará con provecho *generalizando los grandes principios universales*

que se injieren de hechos minuciosos y distintos. Este empleo es ingenioso, instructivo y legitimo. Tal vez no queráis predicar sobre el texto *'Tómala por la cola'*, Ex. 4:4; pero la siguiente observación sugerida por este pasaje, es muy interesante: "hay un modo especial con que debemos recibirlo todo." Moisés tomó la serpiente por la cola, y así podemos mirar nuestras aflicciones de tal modo, que se cambiarán en una vara que obre prodigios; así también debemos tener mucho cuidado con respecto a nuestro modo de creer en las doctrinas de la gracia, de hacer frente a los impíos, etc., etc. De ese modo podréis inferir de centenares de sucesos bíblicos, grandes principios generales que no se expresan en ninguna parte con toda claridad. Considerad, por ejemplo, las muestras siguientes sacadas de los escritos del Sr. Jay. Salmo 74:14: "Tú magullaste las cabezas del Leviathán: dístelo por comida al pueblo de los desiertos." Esto enseña la doctrina de que han de ser muertos los mayores enemigos del pueblo peregrino de Dios, y de que el recuerdo de esta misericordia refrigerará a los santos. Génesis 35:8 dice así: "Entonces murió Débora, nodriza de Rebeca, y fue sepultada a las raíces de Bethel debajo de una encina; y llamóse su nombre Allonbachuth." Sirviéndose de este texto, el Sr. Jay trata de los buenos siervos del rey dijeron al rey: hé aquí, tus siervos están prestos a todo lo que nuestro Señor, el rey eligiere," enseña que un lenguaje semejante a éste, puede ser dirigido por los cristianos a Cristo. SI acaso alguno no estuviera conforme con el modo de espiritualizar usado tan eficaz y juiciosamente por el Sr. Jay, tendrá que ser una persona cuya opinión bien podéis pasar inadvertida. Según mi aptitud, me he esforzado en hacer una cosa semejante, y los diseños de muchos sermones de esta clase pueden encontrarse en mi pequeña obra titulada "Tarde por Tarde," incluyéndose otros pocos en el volumen que lleva por nombre, "Mañana por Mañana."

Un ejemplo de un buen sermón basado en una interpretación extravagante e imperdonable es el de Everard que se halla en su "Tesoro Evangélico." En el discurso sobre Josué 15.16-17, donde las palabras son: "Y dijo Caleb: al que hiriere a Chiriath-sepher y la tomare, yo le daré a mi hija Axa por mujer. Y tomóla Othniel, hijo de Cenez, hermano de Caleb; y él le dio por mujer a su hija Axa." En este sermón las declaraciones del predicador se basan en la traducción de los nombres propios hebraicos, según la cual el pasaje dice así: "Un buen corazón dijo: 'Al que hiriere y tomare la ciudad de la letra, daré el rompimiento del velo; y Othniel lo tuvo por el tiempo propio y oportuno de Dios, y se casó con Axa, es decir, gozó del rompimiento del velo, y de este modo, recibió la bendición tanto de las fuentes de arriba, como de las de abajo.'" ¿No habrá otro modo mejor de enseñar que debemos buscar el sentido interior de la Biblia, y no descansar en las meras palabras o en la letra del Libro? *Las parábolas* de nuestro Señor prestan una oportunidad muy buena para el ejercicio de una imaginación madura y disciplinada al que quiera explicar e interpretar; y acabadas éstas, quedan todavía *los milagros* que son muy fecundos en sus enseñanzas simbólicas. A no dudarlo, los milagros son *los sermones en acción* de nuestro Señor Jesucristo. En sus enseñanzas sin par, tenéis sus "sermones orales;" y en sus incomparables actos, se encuentran sus *sermones puestos en práctica.* El libro de Trench sobre los milagros, a pesar de contener algunas herejías, puede ser muy útil en este estudio. Todas las maravillas de nuestro Señor se hallan llenas de enseñanzas. Considerad, por ejemplo, la historia de la curación del hombre sordo y mudo. Sus enfermedades nos sugieren a lo vivo el estado caído del hombre; y el modo de proceder de nuestro Señor, comprueba de un modo muy instructivo, el plan de la salvación: "Jesús le tomó aparte de la gente.." así es preciso que el alma llegue a sentir su propia personalidad e individualidad, y que sea conducida a la soledad. "Metió sus dedos en las orejas de él," es decir, en la fuente del mal indicado: de este modo se convencen los pecadores de su estado. "Y escupiendo, etc.," el Evangelio es un medio sencillo y

menospreciado de lograr la salvación, y el pecador, para recibir ésta, debe humillarse a sí mismo bajo las condiciones de aquel. "Tocó su lengua..." indicando así con mayor claridad, el centro de la dificultad. Así se nos aumenta el sentimiento de nuestra necesidad. "Y mirando el cielo Jesús recordó a su paciente la verdad de que toda la fuerza debía llegarle de arriba": lección es ésta que todo investigador espiritual debe aprender. "Gimió," enseñándonos así que los medios de nuestra salvación son los sufrimientos del Gran Médico. Y cuando él dijo "Ephphatha" que significa "se ha abierto. . ." vemos en estas palabras la expresión de la gracia eficaz que efectuó una curación inmediata, perfecta y permanente. Esta explicación puede serviros como ejemplo de muchas, y bien podéis creer que los milagros de Cristo son una galería de cuadros que comprueban su trabajo entre los hombres. Sin embargo, esta muestra que acabamos de estudiar, debe prevenimos de la necesidad de ser discretos al tratar de las parábolas o de las metáforas de la Biblia. El Dr. Gill es un teólogo cuyo nombre debe ser mencionado siempre respetuosa y honorablemente en esta casa donde se encuentra todavía su púlpito; pero su explicación de la parábola del hijo pródigo, me parece absurda en extremo en algunas partes. El comentador erudito nos dice que "el becerro grueso" ¡era el Señor Jesucristo! A la verdad, uno no puede menos de estremecerse al ver tal extravagancia en un modo de espiritualizar como aquí se ve. Después notamos su exposición de la parábola del Buen Samaritano. Se nos dice que la cabalgadura sobre la cual se puso el herido, es también nuestro Señor Jesucristo. y los dos denarios que el Buen Samaritano dio al huésped, son el Antiguo y Nuevo Testamento o las ordenanzas del Bautismo y de la Cena del Señor. Pero a pesar de esta advertencia, podéis conceder mucha libertad en espiritualizar a hombres de un genio poético raro, como por ejemplo, a Juan Bunyan. Señores. ¿Han leído ustedes alguna vez la espiritualización del templo de Salomón por Juan Bunyan? Es, a no dudarlo, una obra muy notable, llena de un ingenio santificado. Por ejemplo, considerad como muestra, una de sus explicaciones extravagantes, y ved si se puede mejorar. Trata de "las hojas de la puerta del Templo." 'Las hojas de esta puerta, como os dije antes, se podían doblar, y así como os sugerí anteriormente, tienen un significado especial e interesante. Porque de esta manera, cualquier hombre, y especialmente un nuevo discípulo, bien podrían equivocarse, creyendo que todo el pasaje se le había abierto, siendo así que no todo, sino sólo una cuarta parte de él se le había apenas descubierto. Porque, como dije antes, estas puertas nunca se han abierto hasta ahora enteramente, ni aun en el *antitipo;* pues nadie todavía ha llegado a ver en ningún tiempo todas las riquezas y toda la plenitud que se encuentran en Jesucristo. Por esto digo que un novicio, si juzgara por la vista actual, y especialmente si viera sólo un poco, bien podría equivocarse, por cuya razón esta clase de personas, por regla general, tienen mucho temor de no llegar nunca a entrar por las puertas preferidas. ¿Qué dices tú, oh discípulo nuevo, no se encuentra en este estado tu alma? ¿No te parece a ti que eres un pecador demasiado culpable para ser salvo? Pero tú, oh pecador, no temas, las puertas son de goznes, y de consiguiente pueden abrirse más y más si hubiere necesidad. Por tanto, cuando vengas a esta puerta y te figures que no hay lugar para que entres, 'toca y te será abierta' más ampliamente y serás recibido. (Lucas 11:9; Juan 6:37). Por esto, quien quiera que seas, vienes a la puerta cuyo tipo era la del templo: no fíes pues en tus primeras concepciones de las cosas, sino cree que hay gracia abundante. No sabes todavía lo que Cristo puede hacer; las puertas son de goznes. El ‘es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos.’ (Efe. 3:20). *Las bisagras* que sostienen estas puertas, fueron hechas, así como os dije, de oro. Esto quiere decir por una parte, que giraba sobre motivos de *amor* y a impulsos del amor; y por otra, que sus aberturas eran *ricas.* La puerta que nos conduce a Dios, gira sobre bisagras de oro. Los postes de que pendían estas puertas eran de olivo, ese árbol grueso y aceitoso, para enseñarnos que nunca

se abren de mala gana ni lentamente, así como lo hacen aquellas cuyas bisagras carecen de aceite. Siempre están aceitadas, y así se abren fácil y prontamente a los que las tocan. Por esto leéis que el que habita en esta casa, da espontáneamente, ama espontáneamente, y nos hace bien de todo corazón. 'Y alegraréme con ellos haciéndoles bien; y los plantaré en esta tierra en verdad, de todo mi corazón y de toda mi alma.' (Jer. 32:41; Rev. 21:6: 22:17). Por tanto, el aceite de gracia significado por ese árbol aceitoso, o esos postes de olivo de los cuales pendían estas puertas, las hacen abrir fácil y alegremente al alma."

Cuando Bunyan explica el hecho de que fueron hechas las puertas de madera de haya, ¿quién, excepto él, hubiera dicho: "La haya es también la casa de la cigüeña, esa ave inmunda, así como Cristo es el asilo, y amparo de los pecadores?" Dice el texto: "en las hayas hace su casa la cigüeña;" y Cristo dice a los pecadores que notan su falta de abrigo: "Venid a mí y os haré descansar." El sirve de refugio a los oprimidos, refugio en las tribulaciones. (Deut. 14:18; Lev. 11:19; Salmos 104: 17; 74:2-3; Mat. 11:27-28; Heb. 6:17-20). En su "Casa del bosque del Líbano," encuentra más dificultad, pero sale del paso como ningún otro pudiera haberlo hecho. Las tres hileras de pilares, cada una compuesta de quince son para él un enigma muy difícil, y no puede descifrarlo, pero lo intenta valerosamente, y abandona la tarea sólo cuando todos sus esfuerzos fueron infructuosos. El Sr. Bunyan es jefe, cabeza y príncipe de todos los alegoristas, y no debemos seguirle en los profundos lugares de expresión típica y simbólica. El era nadador; nosotros no somos sino vadeadores, y no debemos salir de la esfera de nuestros alcances. Antes de concluir esta lectura quiero daros uno o dos ejemplos del modo de espiritualizar, que me fueron muy conocidos en mi juventud. Nunca podré olvidarme de un sermón predicado por un hombre poco instruido, pero notable, que era mi vecino en el campo. Recibí yo las notas del discurso de sus propios labios, y espero que queden como notas, y nunca sirvan otra vez de base para la predicación de un sermón. El texto fue éste: "El mochuelo, la lechuza y el cuclillo." Os parecerá probablemente que estas palabras no son muy fecundas en pensamientos; así me parecieron a mí, y por tanto le pregunté inocentemente: "¿Y cuáles son las divisiones del sermón?" Me contestó ingeniosamente: "¿Divisiones? tuerce los pescuezos de las aves, y luego tendrás tres divisiones, es decir, el mochuelo, la lechuza y el cuclillo." Se ocupó de enseñar que todas estas aves eran inmundas según la ley ceremonial, y que eran tipos evidentes de los pecadores inmundos. Los mochuelos eran las personas que robaban a hurtadillas, y aquellas que falsificaban sus mercaderías, y todas las que engañaban a sus semejantes clandestinamente, sin que se sospechase que eran pícaros. Las lechuzas eran tipos de los borrachos, los cuales están siempre despiertos en la noche, mientras en el día apenas pueden caminar sin lastimarse por tener tanto sueño. Agregó que había lechuzas también entre los cristianos profesos. La lechuza parece grande sólo por las muchas plumas que tiene, pero es muy chica sin ellas: así muchos de los que se llaman cristianos no son más que plumas, y si pudiera quitárseles sus pretensiones arrogantes, se reducirían a muy poco. El cuclillo representaba al Clero de la Iglesia Anglicana, cuyos miembros siempre al abrir la boca en el culto, proferían la misma nota, Y por decirlo así, vivían de los huevos de otras aves, exigiendo al pueblo los diezmos y otras contribuciones eclesiásticas. Los cuclillos eran también, si no estoy equivoco, los que insistían en el albedrío, diciendo siempre: "Haz, haz, haz, haz." ¿No es verdad que este sermón era absurdo? Sin embargo, teniendo presente el carácter de su autor, no parecía ni excepcional, ni singular. El mismo venerable hermano pronunció otro sermón igualmente peculiar, y mucho más original y útil, y todos los que le escucharon le recordarán hasta el día de su muerte. El texto era este pasaje: "El indolente no chamuscará su caza.' Prov. 12:27. El buen anciano reclinándose sobre el púlpito

dijo: "Luego, hermanos míos, él *era la* verdad, un sujeto perezoso." Este fue el exordio, y enseguida agregó: "El fue a cazar, y con mucho trabajo cogió una liebre; pero era tan desidioso, que no quiso asarla. ¡Por cierto que él era uno de los más perezosos!" El buen hombre nos hizo sentir cuán ridícula era tal pereza, y entonces dijo: "Pero probablemente sois tan culpables como aquel hombre, pues hacéis, en efecto, lo mismo oís decir que un ministro popular ha llegado de Londres, ' ensilláis el caballo y lo ponéis al carro, y camináis diez o veinte leguas para oírle; y después de haber escuchado el sermón, dejáis de aprovecharlo. Cogéis la liebre, pero no la asáis; vais a cazar la verdad, pero no la recibís." Entonces seguía enseñando que así como es necesario cocer la carne para que el cuerpo la asimile, (pero él no empleó esta palabra), así es preciso que la verdad se prepare antes que se pueda recibir en el alma, de tal manera que nos alimentemos con ella y crezcamos. Agregó que iba a enseñarnos el modo de cocer un sermón, y lo hizo de una manera muy instructiva. Empezó, siguiendo el estilo de los libros que tratan del arte de cocina: "Primero, coged la liebre." "Así," dijo él, "primero, conseguid un sermón evangélico." En seguida dijo que muchos sermones no valían la pena de ir a cazarlos, y que había muy pocos sermones buenos; y que valdría la pena irse a cualquiera distancia para escuchar un discurso sólido y Calvinista y hecho a la antigua. Encontrado el sermón, bien podría suceder que algunos distintivos de él, originándose de la flaqueza del predicador, no fuesen provechosos, y por esta razón, se deberían desechar. Enseguida se ocupó del deber de discernir y de juzgar lo que se oyera, y de no dar crédito a todas las palabras de nadie. Después nos puso de manifiesto el modo de asar un sermón, diciendo que era necesario meter el asador de la memoria en él de un extremo al otro, voltearlo sobre el eje de la meditación, ante el fuego de un corazón verdaderamente ardiente y atento, y que de este modo se cocerla y serviría de nutrimento realmente espiritual. Os doy sólo el bosquejo, y aunque parezca algo ridículo, no causó esta impresión en los que lo escucharon: Abundó en alegorías, y cautivó la atención de todos desde el principio al fin. "Señor mío, ¿cómo está usted?" fue el saludo que le dirigí un día por la mañana. "Me da gusto verle a usted en tan buena salud, considerando que ya es anciano." "Si," me contestó, "estoy en buen estado a pesar de mi edad, y apenas puedo percibir la menor disminución en mi fuerza natural." "Espero," respondí, "que su buena salud continúe por muchos años, y que como Moisés, descenderá al sepulcro, no oscureciéndose sus ojos ni perdiéndose su vigor." "Todo esto suena muy bien," dijo el anciano, "pero en primer lugar, Moisés nunca descendió al sepulcro, sino subió a él; y en segundo lugar, ¿qué das a entender por lo que acabas de decirme? ¿Por qué no se oscurecieron los ojos de Moisés?" "Me supongo," respondí yo, avergonzado, "que su modo natural de vivir, y su espíritu tranquilo, le habían ayudado a conservar sus facultades, y a hacerle un anciano vigoroso." "Es muy probable," contestó él, "pero mi pregunta no se dirigía a esto: ¿qué quiere decir el pasaje citado?, ¿cuál es su enseñanza espiritual? ¿No es esto: Moisés es la ley, y ¡qué fin tan glorioso le puso Dios en el monte de su obra ya completa! ¡Cuán dulcemente se adormecieron sus terrores al recibir un beso de la boca Divina!, y fíjate en que la razón de por qué la ley ya no nos condena, no es porque sus ojos se oscurecen de tal manera que no puede ver nuestros pecados, ni porque se perdió su vigor para maldecir y castigar, sino porque Jesucristo lo llevó al monte, y allá le puso fin de un modo glorioso." De esta naturaleza eran sus conversaciones usuales y su ministerio. Reposen en paz sus cenizas. Apacentó ovejas durante los años tiernos de su vida, y después se hizo pastor de hombres y solía decirme que "había encontrado a los hombres más ovejunos que las ovejas." Los conversos que hallaron el camino celestial por él como instrumento, eran tan numerosos, que al recordarlos, nos parecemos a los que vieron al cojo saltando por la palabra de Pedro y de Juan: estaban dispuestos a criticar, pero "viendo al hombre que había sanado, que estaba con ellos, no podían decir nada en contra." Con

esto doy fin a esta lectura, repitiendo la opinión de que guiados por la discreción y un juicio sano, podemos a veces espiritualizar con el mayor provecho de nuestros oyentes: por lo menos excitaremos su interés y los mantendremos despiertos.

***

PLATICA VIII

Sobre la Voz

Nuestra primera regla tocante a la voz es *que no penséis demasiado en* ella, sino recordad que la voz mas dulce no sirve de nada cuando no se tiene que decir, y por bien que fuera manejada, seria como un carro vacío con buenos tiros, a no ser que ministréis por su medio a vuestros oyentes verdades interesantes y oportunas. Demóstenes tuvo razón, a no dudarlo, al asignar el lugar de primera, segunda y tercera importancia a una buena elocución; pero ¿de qué vale ésta si el hombre no tiene nada que decir? Un hombre dotado de la más excelente voz, y a quien le falten conocimientos y un corazón ardiente, será "una voz clamando en el desierto;" O como dice Plutarco, "Voz y nada más." Semejante hombre bien podría lucirse en el coro, pero en el púlpito seria inútil. La voz de Whitfield, sin su fuerza de corazón, no afectaría más permanentemente a sus oyentes que el violín de Paganini. No sois cantores, sino predicadores; vuestra voz es de segunda importancia; no os parezcáis a muchos que se ocupan principalmente de ella, y la acarician de tal manera que llegan a considerarse enfermos al sentir la menor dificultad en su articulación. No hay necesidad que una trompeta sea de plata; bastará un cuerno de carnero: pero debe poder resistir un violento uso, porque las trompetas son para los conflictos de guerra y no para los salones de moda. Por otra parte, no *dejéis de pensar debidamente en vuestra voz,* porque su excelencia puede contribuir mucho a que logréis el objeto que esperáis conseguir. Platón hablando del poder de la elocuencia, hace mención especial del tono del orador. "Tan vivamente," dice él, "resuenan en mi oído las palabras y el tono del orador, que apenas en el tercero o cuarto día, recojo mis ideas, y percibo en qué parte de la tierra estoy; y por algún tiempo me hallo dispuesto a creer que vivo en las islas de los bienaventurados." Verdades preciosas en extremo, se pueden perder mucho de su mérito por ser expresadas en un tono monótono de voz. Una vez oí comparar a un ministro respetable que gruñía mucho, a una abeja silvestre metida dentro de un jarro, metáfora bastante vulgar sin duda, pero que expresa con tanta exactitud el sonido monótono, que me lo reproduce al vivo en este momento, y me recuerda la parodia sobre la Elegia de Gray, que dice: "Ahora se hace oscuro a la vista el asunto luminoso y todo el aire envuelve un silencio soporífero. Excepto donde el párroco zumba su discurso insulso, y cencerreos soñolientos arrullan los rediles dormidos." Qué lástima que un hombre que de corazón predicaba doctrinas tan preciosas, y en el lenguaje más a propósito, hubiera cometido suicidio ministerial haciendo uso de una sola cuerda, aunque el Señor le había dado un instrumento de muchas para que todas las tocase. ¡Ay! ¡ay! de aquella voz fastidiosa; zumbaba y zumbaba a semejanza de una piedra de molino, dando el mismo tono disonante, ya sea que su dueño hablase del cielo, o del infierno; de la vida eterna, o de la ira sempiterna. Podría ser por acaso un poco más alta o más baja según la extensión de la sentencia, pero su tono era siempre el mismo, es decir, una tierra yerma de sonido, una soledad horrible de habla, en la cual no había ningún alivio posible, ninguna variedad, ninguna música, nada, sino una monotonía penosa. Cuando el viento sopla por una arpa Eólica, toca todas las cuerdas, pero el viento celestial, al pasar por algunos hombres hace uso cíe una sola cuerda, y ésta es por regla general, la más

disonante de todas. Tan sólo la gracia podría poner a los oyentes en estado de edificarse bajo el martilleo continuo de algunos predicadores. Estoy cierto que un jurado imparcial pronunciaría un veredicto de sueño justificable en muchos casos, teniendo en cuenta que el sonido que procede del ministro hace dormir por su monotonía fastidiosa. El Dr. Guthrie caritativamente atribuye los sueños de cierta congregación escocesa, a la mala ventilación de su templo; esto sin duda explica en parte esa costumbre de los oyentes, pero la causa más poderosa bien podría ser el mal estado de las válvulas de la garganta del predicador. Hermanos, en el nombre de todo lo sagrado, predicad con todas las campanas de vuestra torre, y no fastidiéis a vuestros oyentes con el ruido disonante de una pobre y cuarteada campana.

Cuando fijáis la atención en la voz, *tened cuidado de no caer en las afectaciones habituales y comunes del tiempo actual.* Apenas hay un hombre entre doce que hable en el púlpito como hombre, y esta afectación no se limita a los protestantes, pues el abate Mullois, dice: "En cualquier otro lugar los hombres hablan; hablan en el foro y en el tribunal; pero ya no hablan en el púlpito, sino por el contrarío, allá encontramos un lenguaje ficticio y artificial, y un tono falso. Se tolera en la iglesia este modo de hablar, sólo porque desgraciadamente es tan general allí; en otra parte no sería permitido. ¿Qué pensaríais de un hombre que conversara de un modo semejante en un salón? Por cierto que provocaría muchas risas. Hace algún tiempo había un guarda en el panteón, hombre de buena clase según sus ideas, el cual al enumerar las hermosuras del monumento, adoptaba exactamente el tono de muchos de nuestros predicadores, y nunca dejó de hacer reír a los visitadores, que se divertían tanto con su modo de hablar, como con los varios objetos de interés que les enseñaba. No se le debe permitir que ocupe el púlpito a un hombre que no tenga una elocución natural y libre; debemos desterrar sumariamente de dicho lugar, por lo menos, todo lo falso. En estos días de desconfianza, todo lo fingido se debe desechar, y el mejor modo de corregirse en este respecto, por lo que toca a la predicación, es el de escuchar con frecuencia a ciertos predicadores monótonos y vehementes, pues saldremos del templo tan disgustados, y con tanto horror de esta clase de elocución, que nos condenaríamos a un silencio absoluto antes que imitar a tales predicadores. Luego que abandonéis lo natural y lo real, perderéis el derecho de ser creídos, así como el de ser escuchados. Podéis ir a todas partes, a templos o a capillas, y encontraréis que casi todos nuestros predicadores tienen un tono santo para los domingos. Tienen una voz para la sala y el dormitorio, y otra muy distinta para el púlpito: de suerte que, sí no se encuentran con dos lenguas para pecar, si, las tienen prácticamente. Muchos hombres al subir al púlpito, se despojan de toda su personalidad, y se hacen tan rutineros como el bedel de la parroquia. Casi pudieran jactarse como el fariseo, de no ser como los otros hombres, más seria una blasfemia darle gracias a Dios por esto. Ya no son carnales, ni hablan como hombres, sino que adoptan una especie de quejido o gruñido, un *ore rotundo,* o algún otro ruido desagradable, para evitar por completo la impresión de que son naturales, y están hablando de la abundancia del corazón. Una vez puesta el alba, parece que se convierte ésta en la mortaja de la personalidad natural del hombre, y se cambia en afeminado emblema de lo oficial. Hay dos o tres modos de hablar con los cuales estáis familiarizados sin duda. No se encuentra ahora con tanta frecuencia como antes, el estilo severo, erudito, hinchado y pomposo que acabo de llamar el *ore rotundo;* pero se admira todavía por algunos. Cuando un ministro estaba una vez soplando al modo de una máquina que exhala vapor, un hombre que se hallaba en la nave dijo que le parecía que el predicador "se había tragado una bola de harina." "No, Juan" le respondió su compañero, "no se la ha tragado, pero la tiene en la boca dándole de vueltas." Puedo figurarme al Dr. Johnson hablando de esta manera en Bolt Court y de todos los

hombres a quienes es natural este tono, procede con una grandeza olímpica, pero que no tenga lugar nunca en el púlpito ninguna imitación de él; si viene naturalmente, bien, pero remedarlo es traición a la decencia común; de igual modo toda clase de mímica en el púlpito me parece estrechamente aliada al pecado imperdonable. Hay otro estilo del cual os suplico que no os riáis. Se describe este método de pronunciación como femenino, carantoñero, delicado, sandio y yo no sé cómo indicarlo con más exactitud. Casi todos nosotros hemos tenido la felicidad de oír estas varías clases de tonos, y tal vez otros más extravagantes todavía. He oído muchas especies distintas, desde la voz rotunda a semejanza de la del Dr. Johnson, hasta la tenuidad del suave y elegante susurro; desde el bramido de los toros de Basan, hasta la nota más dulce de un canario. He podido seguir las huellas de algunos hermanos que van tras sus antepasados, es decir, sus antepasados ministeriales, aquellos de quienes primero aprendieron estos celestiales, melodiosos, santificados, hermosos, pero debo agregar con toda franqueza, detestables modos de hablar. El orden, a no dudarlo, de su genealogía, es el siguiente: Astilla que fue hijo de Ceceo, que lo fue de Sonrisa Afectada, que lo fue de Pisaverde, que lo fue de Afectación; o Vacilante que fue hijo de Grandioso, que lo fue de Pomposidad, el mismo que fue padre de muchos hijos. Recordad que cuando aun estos sonidos horribles son naturales, no los condeno: que cada criatura hable su propio idioma; pero el hecho es que de diez hombres que hablan estos dialectos sagrados, que espero serán pronto idiomas muertos, nueve usan un tono afectado y forzado. Estoy persuadido de que estos tonos y semitonos, y monótonos, son Babilónicos, y que no pertenecen al dialecto de Jerusalén, porque éste tiene un distintivo especial es a saber: que cada hombre tiene su propio modo de hablar, y que habla de la misma manera fuera del púlpito, que dentro de él. Nuestro amigo de la escuela de *ore rotundo,* cuyo distintivo es la afectación, nunca habló fuera del púlpito del mismo modo que lo hace dentro de él, y nunca dice en la sala en el mismo tono que emplea en el púlpito. "Quiere usted hacerme el favor de darme otra taza de té con azúcar." Si lo hiciera así se pondría en ridículo, pero el púlpito tiene que sufrir lo peor de su voz que la sala no toleraría. Insisto en que las mejores notas, de que es capaz la voz de un hombre, se deben emplear en la predicación del Evangelio, y éstas son aquellas que la naturaleza le enseña que use en la conversación animada. Ezequiel sirvió a su maestro con sus facultades más musicales y melodiosas, de suerte que el Señor le dijo: "Tú eres a ellos como cantor de amores, gracioso de voz y que canta bien." (33:32). Aunque esto, por desgracia, no sirvió de nada al corazón endurecido de Israel, que sólo el Espíritu de Dios pudo quebrantar, sin embargo, le convino al profeta anunciar la Palabra de Dios empleando el mejor estilo de voz y de modales.

Además, si *tenéis algunas idiosincrasias de lenguaje, las cuales son desagradables al oído, corregidlas si os es posible.* Dice Juan Wesley, "Tened cuidado de no retener nada torpe ni afectado, ni en vuestros gestos, ni en vuestro lenguaje, ni en vuestra pronunciación." Se admite luego que el preceptor puede dar este consejo mucho más fácilmente que vosotros podéis ponerlo en práctica. Sin embargo, para jóvenes que están en la alborada de su ministerio, la dificultad no es insuperable. Los hermanos que vienen del campo, retienen en sus bocas algo de su dialecto rústico, recordándonos irresistiblemente los becerros de Essex, los cerdos de Berkshire o los redrojos de Suffolk. ¿Quién puede equivocar los dialectos de Yorkshire o Somersetshire, los cuales no son meras pronunciaciones provinciales, sino también tonos? Seria difícil descubrir la causa del hecho que nos consta con toda claridad, de que en algunos distritos de Inglaterra las gargantas de los hombres parecen que se obstruyen, como teteras que se han usado por mucho tiempo, y en otros resuenan como un instrumento de música de bronce, con un sonido metálico y desagradable. Estas variaciones de la naturaleza bien pueden ser hermosas en su tiempo y lugar

oportunos, pero yo nunca he podido apreciarlas. De todos modos, debemos quitarnos un alarido penetrante y disonante que se parece al sonido hecho por tijeras mohosas; así también no podemos tolerar una enunciación indistinta e inarticulada, en la cual ninguna palabra es completa, sino que los nombres, los adjetivos y los verbos se hacen en una especie de picadillo. Igualmente reprensible es aquella habla lúgubre en la cual un hombre no hace uso de sus labios, sino imita a un ventrílocuo. Los tonos sepulcrales pueden preparar a un hombre para que sirva de comisario de entierros, pero Lázaro no se resucita con gemidos roncos. Uno de los modos más eficaces de mataros es el de hablar con la garganta en vez de hacerlo con la boca. Este mal uso de la naturaleza será castigado de un modo terrible por ella; evitad la pena con no caer en la falta. Puede seros útil que insista aquí en que luego que os encontréis deteniéndoos con frecuencia en la pronunciación de las palabras, os quitéis este hábito insinuante y pernicioso, lo más pronto posible. No hay necesidad ninguna de dicha costumbre, y aunque los que ya son victimas de ella nunca podrán romper sus cadenas, vosotros los que sois principiantes en la oratoria debéis rehusar llevar ese molesto yugo. Es necesario también deciros que abráis la boca al hablar, porque el inarticulado gruñido tan común entre nosotros, es el resultado, por regla general, de mantener la boca medio cerrada. Los evangelistas no escribieron en vano de nuestro Señor: "Y *abriendo su boca,* les enseñaba." Abrid cuanto sea necesario las puertas por las cuales la verdad tan hermosa ha de salir. Además, hermanos, evitad el uso de la nariz como órgano de la elocución, porque las mejores autoridades están de acuerdo que tiene por objeto el que con ella se huela. Hubo un tiempo en que el retintín nasal era una cosa de mérito, pero en esta época de retroceso haríais mejor en obedecer las sugestiones de la naturaleza, dejando que ejecute la obra que le está encomendada, sin la intervención del instrumento formado para el olfato. Si acaso está presente un estudiante americano me ha de disimular que le llame la atención especialmente sobre esta observación. Evitad la costumbre de muchos que no pronuncian con claridad la letra *"r,"* pues esta falta no tiene excusa, y es muy ridícula en su efecto. A algunos hermanos pertenece la dicha de poseer un *ceceo* de la clase más atractiva y deliciosa. Esto tal vez es el menor de los males en caso de un hermano pequeño de estatura y encantador por naturaleza, pero arruinaría a alguien cuyo deseo fuera el de poseer la dignidad y la fuerza. Apenas puedo figurarme a Elías ceceando a Achab o a Pablo cortando lindamente sus palabras en medio del Areópago. Bien puede haber algo patético en tener los ojos débiles y llorosos y en detenerse en la pronunciación de las palabras; más todavía, admitimos que cuando estos distintivos resultan de una pasión ardiente, son sublimes; pero algunos los tienen por nacimiento y hacen uso de ellos con demasiada frecuencia, y puedo decir a lo menos, que no es necesario que los imitéis. Hablad así como vuestra naturaleza educada os sugiera, y lo haréis bien; pero tened cuidado de que ella sea cultivada y no ruda, grosera e inculta. Demóstenes como sabéis tenía mucho empeño en el cultivo de su voz y Cicerón, que era débil por naturaleza, caminó por muchos lugares de la Grecia a fin de corregir su modo de hablar. Preocupándonos de asuntos mucho más sublimes no seamos menos ambiciosos de tener el mejor éxito. Dijo Gregorio Nacianceno: "Quitadme todo lo demás, menos la elocuencia; y nunca me pesará haber hecho muchos viajes para estudiarla."

Hablad siempre de tal manera que podáis ser oídos. Conozco a un hombre que pesa noventa kilos y que podría ser oído a una distancia de media milla; pero es tan desidioso en su modo de hablar, que apenas se le puede oír enfrente del coro. ¿Para qué sirve un predicador cuyas palabras no pueden ser oídas? La modestia debe inducir a un hombre falto de voz, a ceder su lugar en favor de otro más apto para la tarea de pregonar los mensajes del Rey. Hay hombres que hablan bastante alto, pero les falta la claridad en su pronunciación: sus palabras contienden entre si, se

confunden y se estorban las unas a las otras. Pronunciar con claridad es cosa de mucha más importancia que la mera fuerza del aliento. Dad a una palabra la oportunidad de ser oída: no la destrocéis en vuestra vehemencia, ni la obscurezcáis en vuestra precipitación. Es detestable oír a un hombre robusto gruñir y hablar entre dientes, aunque sus pulmones tengan fuerza suficiente para dar las notas más altas; pero por otra parte, es necesario tener presente que por fuerte que sea la voz de un hombre, no se le oirá bien si no pronuncia cada palabra con claridad. Hablar con demasiada lentitud es cosa muy fastidiosa y que sujeta a los oyentes reflexivos a la enfermedad llamada "los horrores." Es Imposible escuchar a un hombre que avanza sólo una milla en cada hora. Una palabra hoy y otra mañana, son como un fuego lento que sólo los mártires pueden soportar. Tampoco se puede justificar la costumbre de hablar con una rapidez excesiva; la de dar de gritos, y la de enfurecerse a semejanza de un loco: este estilo no tiene influencia, ni la tendrá nunca si no es en los idiotas, porque cambia lo que debe ser un ejército de palabras, en una masa confusa de silabas y del modo más eficaz inunda el sentido en diluvios de sonidos. A veces se oye a un orador enfurecido a quien le falta la claridad en su pronunciación, y cuya vehemencia le hace proferir sonidos de tal modo confusos, que haría recordar al que estuviera un poco retirado, estos dichos de Luciano: Un hombre gruñidor hace que su lengua profiera sonidos que no se asemejan a los humanos: se parecen al ladrido de un perro o al aullido de un lobo; al chillido lúgubre del mochuelo a media noche; al silbo de las serpientes; al bramido del león voraz; al estruendo de las olas que se estrellan contra los arrecifes de la playa; al bramido de los vientos en el bosque; y al estallido del trueno que surge de las nubes electrizadas: y todas estas cosas se parece a la vez." Es una molestia que no se debe sufrir más de una vez, oír a un hermano precipitarse al modo de un caballo bronco que lleva pegado un tábano en la oreja, hasta que se agota su aliento y se ve precisado a detenerse para llenar de nuevo de aire sus pulmones; es con todo muy común y muy penosa la repetición de esta inexcusable falta en el mismo sermón. Haced pues pausas en tiempo oportuno, y precaveos de aquella asfixia producida por el esfuerzo de tomar aliento, que más bien inspira lástima para el orador desfallecido, que interés por el asunto de que está tratando. Vuestro auditorio no debe notar que respiráis: el acto de tomar aliento debe pasar tan inadvertido, como la circulación de la sangre. Es indecente hacer que las meras funciones animales referentes a la respiración, causen hiatos o interrupciones en vuestro discurso.

Por regla general, *no empleéis toda la voz en vuestra predicación.* Dos o tres hombres enérgicos bien conocidos nuestros, se hallan ahora sufriendo por su costumbre infundada de gritar a voz en cuello: se han irritado sus pobres pulmones e inflamándose su laringe, por sus gritos tan violentos de los cuales parece que no pueden prescindir. No cabe duda en que es bueno a veces "clamar a gran voz y no detenerse," pero es preciso también tener presente como un consejo apostólico, las siguientes palabras: "No te hagas ningún mal." Cuando los oyentes puedan oíros hablando vosotros a media voz, debéis economizar la fuerza superflua para cuando la hayáis de menester. "No malgastéis y no tendréis necesidad," es un adagio que bien pudiera aplicarse tratándose de este asunto. Evitad una cantidad exagerada de sonidos altos. No hagáis doler a vuestros oyentes la cabeza, cuando lo conveniente seria hacer que les doliera el corazón. Cierto es que debéis procurar conservarlos despiertos, pero recordad que para esto no es necesario romperles el tímpano del oído. "El Señor no está en el viento." El trueno no es relampagueo. El ruido no determina la facilidad con que oyen los hombres, al contrario, demasiado ruido ensordece el oído, produce reverberaciones y ecos, y así de un modo eficaz disminuirá la fuerza de vuestros sermones. Acomodad vuestra voz a vuestro auditorio: cuando estén presentes 20,000

personas, sacad todos los registros y dejad emitir al instrumento toda su fuerza; pero tened cuidado de no hacer lo mismo en un cuarto en el cual no puedan hacer más de 30 o 40. Siempre que yo entro en un edificio con el fin de predicar, calculo en el acto mismo cuanta voz sea necesaria para llenarlo, y después de decir unas cuantas palabras, fácilmente determino la elevación de la voz que me es menester. Si podéis hacer que oiga una persona sentada al otro extremo de la capilla; si podéis ver que él entiende lo que estáis diciendo, podéis estar seguros de que las que estén sentadas más cerca, os oyen, y de que no hay por lo mismo necesidad de emplear más voz; quizás bastará menos: observad y decidid. ¿A qué conducirla hablar de modo que se os oyera en la calle, siendo así que no había ninguno que en ella os escuchara? Aseguraos de que los oyentes más distantes, ya sea que estén adentro o afuera, puedan oíros fácilmente, y esto bastará. Quiero de paso hacer la observación de que siendo un deber de los hermanos compadecerse de los débiles, tienen siempre la obligación de atender con mucho cuidado a la fuerza de su voz en los cuartos de los enfermos, y en las congregaciones donde se sabe que hay muchos que lo están. Es una cosa muy cruel sentarse al lado del lecho de un enfermo y decir a gritos: "El Señor es mi Pastor." Si obráis así, sin reflexión, el pobre paciente no podrá menos que decir luego que os despidáis de él: "¡Ay de mí! Cuando me duele la cabeza me alegro mucho de que ese buen hombre se haya marchado. El Salmo 23 que recitó es muy precioso y tranquilizador, pero él lo leyó asemejándose al trueno y al relámpago y casi me aturdió." Recordad, mancebos y solteros, que susurros blandos le convienen más a un enfermo, que un tamborzazo o el disparo de un cañón.

Observad cuidadosamente la *costumbre de variar la fuerza de vuestra* voz. Antes la regla era esta: "Comenzad muy suavemente, subid poco a poco, y al fin emplead las notas más altas de vuestra voz." Que todas estas reglas u otras semejantes sean abolidas, porque son fútiles y engañosas. Hablad en voz alta o baja, según las exigencias del sentimiento de que estéis poseídos: no os sometáis a ningunas reglas artificiales o caprichosas. Estas son abominables. El Sr. de Cormorin dice satíricamente: "Sed apasionados, tronad, enfureceos, llorad, hasta la quinta palabra de la tercera sentencia del párrafo décimo de la décima página. ¡Cuán fácil no seria esto, y más que todo, cuán natural!" Cierto ministro queriendo imitar a un predicador popular que no podía evitar la costumbre de principiar su sermón en voz tan baja que a nadie le era posible escucharlo, hacia lo mismo. Todos sus oyentes se inclinaban temiendo dejar de escuchar algo provechoso, pero sus esfuerzos eran inútiles, pues apenas podían discernir otra cosa que un murmullo santo. Si a este hermano se le hubiera dificultado hablar en alta voz, nadie le habría criticado; pero parecía muy absurda la introducción, cuando al corto tiempo mostraba la fuerza de sus pulmones llenando todo el edificio de sentencias sonoras. Si la primera mitad de su discurso no tenía importancia, ¿por qué no la omitía? y si tenía algún valor, ¿por qué no la pronunciaba con claridad? *"Singularizarse,"* señores, era el objeto principal del predicador: él había sabido que uno que hablaba por ese estilo, había producido grandes efectos y tenía esperanzas de rivalizar con él. Si alguno de vosotros se atreviera a cometer tal tontera con un objeto tan reprochable, desearía yo de todo corazón, que nunca hubiera entrado en este establecimiento. Os declaro con toda sinceridad, que la cosa llamada "Singularización," es odiosa, porque es falta, artificial, engañosa, y por tanto despreciable. Nunca hagáis nada con el fin de causar efecto, sino detestad las artimañas de las almas pequeñas que sólo buscan la aprobación de los peritos en el arte de predicar. Esta clase de oradores es tan odiosa a un predicador sincero, como lo son las langostas al agricultor oriental. Pero estoy apartándome del asunto: hablad clara y distintamente desde el principio de vuestros discursos. La introducción de

un sermón es demasiado interesante para ser dicha entre dientes. Proferiría confiadamente, y llamad a vuestro auditorio la atención desde un principio, por vuestra voz varonil. Por regla general, no principiéis hablando en la voz más alta, porque en tal caso se os exija por el interés creciente del sermón; pero sin embargo, procurad como ya os he dicho, hablar con toda claridad desde el principio del discurso. Bajad la voz aun hasta hablar quedo, cuando esto sea conveniente, porque los tonos suaves, premeditados y solemnes, no solamente dan descanso al oído, sino son muy a propósitos también para influir en el corazón. No dejéis de hacer uso de los tonos bajos, porque si los empleáis con fuerza, serán oídos también como si gritarais. No es necesario que habléis en voz muy alta para ser bien oído. Macaulay dice respecto de Guillermo Pitt: "Su voz, aun cuando bajaba a veces mucho, era oída hasta los bancos más distantes de la Cámara de los Comunes." Se ha dicho y con razón, que la escopeta más ruidosa no es la que lleva una bala a la mayor distancia; al contrario, la descarga de un rifle hace muy poco ruido. No es el tono elevado de vuestra voz el que la hace eficaz, sino la fuerza con que la empleáis. Estoy cierto de que podría yo hablar bajo y de modo que se me oyera por todos los ámbitos de nuestro gran Tabernáculo; y estoy igualmente cierto de que podría desgañitarme gritando de tal manera que nadie pudiera entenderme. Sería muy fácil hacer la prueba aquí, pero tal vez el ejemplo no sea necesario, pues temo que algunos de vosotros seáis capaces de hacerlo con el mejor éxito. Olas de aire bien pueden estrellarse en el oído en una sucesión tan rápida, que no produzcan ninguna impresión traducible en el nervio auditivo. La tinta es necesaria para escribir; pero sí volteáis la botella de tinta sobre un pliego de papel, no le comunicáis ningún significado con esto. Lo mismo sucede con el sonido: este es como la tinta; pero se necesita no una gran cantidad, sino un buen uso de él, para producir una impresión inteligible en el oído. Si vuestra única ambición es la de competir con "Un hombre gigantesco dotado de pulmones de bronce, cuya garganta sobrepujaba la fuerza de 50 lenguas," vocead a vuestro gusto, y llegad al Eliseo tan pronto como os sea posible; pero si queréis ser entendidos y útiles, evitaos el reproche de ser "impotentes y ruidosos." Sabéis muy bien que los sonidos agudos son los más penetrantes: el grito singular usado por los que viajan en los desiertos de la Australia, debe su fuerza especial a lo agudo de él. Una campana se puede oír a mucha mayor distancia que un tambor; y lo extraño es que cuanto más musical sea un sonido, tanto mas penetrante será. Lo que se necesita no es golpear el piano, sino tocar diestramente las debidas teclas. Estaréis de consiguiente en entera libertad para bajar la voz con frecuencia, y así daréis descanso tanto al oído de vuestro auditorio, como a vuestros propios pulmones. Probad toda clase de métodos, desde el golpe dado con el formidable mazo, hasta la simple caricia. Sed tan suaves como un céfiro, y tan vehementes como un torbellino. En una palabra, sed lo que cada persona de sentido común, es cuando habla naturalmente: aboga con vehemencia, cuchichea confidencialmente, apela con tristeza o pregona con claridad.

Después de haber tratado ya de la necesidad de moderar la fuerza de los pulmones, establecía yo esta regla: *modulad vuestros* tonos. Cambiad con frecuencia la elevación de la voz, y variad constantemente su tono. Dejad que se oigan en sus respectivos turnos, el bajo, el tiple y el tenor. Os suplico que hagáis esto teniendo compasión así de vosotros mismos como de vuestro auditorio. Dios tiene misericordia de vosotros, y dispone todas las cosas de tal modo que quede satisfecha vuestra tendencia a buscar la diversidad: tengamos a nuestra vez piedad de nuestros semejantes, y no les fastidiemos con la monotonía de nuestros tonos. Es una cosa cruel sujetar el tímpano del oído de un semejante nuestro, a la pena de ser taladrado y barrenado con el mismo sonido por el espacio de media hora. ¿Qué modo más eficaz de volver a uno idiota o loco puede

concebirse, que el zumbido constante de un escarabajo o de una mosca en el oído? ¿Qué facultad tenéis para cometer libremente semejante crueldad en las victimas desamparadas que asistan a vuestras monótonas predicaciones? La Naturaleza bondadosamente liberta con frecuencia a las desgraciadas víctimas del monótono predicador, del pleno efecto de los tormentos que éste causa, haciéndolas dormir. Empero como no es esto lo que deseáis, debéis evitarlo variando los tonos de vuestra voz. ¡Cuántos ministros se olvidan de que la monotonía hace dormir a sus auditorios Me temo que el cargo hecho por un escritor en la "Revista Imperial," sea literalmente verdadero en cuanto a muchos de mis hermanos en el ministerio. Dice así: "Todos sabemos que el ruido del agua Corriente, o el murmullo de la mar, o el suspiro del viento meridional entre los pinos, o el arrullo de las palomas, produce una languidez deliciosa y soñolienta. Lejos de nosotros sea mejor que la voz de un predicador moderno se asemeja, ni aun en la cosa más mínima, a ninguno de estos sonidos; sin embargo, el resultado de una y otra cosa es el mismo, y hay pocos que puedan resistir a las influencias soporíferas de una disertación larga pronunciada sin la menor variación de tono o cambio de expresión." En verdad el uso muy excepcional de la frase "un discurso despertador," aun por los que están más familiarizados con esta clase de asuntos, implica que casi todas las arengas del púlpito tienden a hacer dormir. El caso es muy malo cuando el predicador deja a sus oyentes perplejos y comprimidos entre el texto que dice "velad y orad," y el sermón que dice "dejaos dormir." Por musical que fuera vuestra voz en si misma, si seguís tocando el mismo tono sin cesar, vuestros oyentes pronto percibirán que vuestras notas les agradan más de lejos que de cerca. Os exhorto en nombre de la humanidad, a que ceséis de entonar y empecéis a hablar de un modo natural. Si lo expuesto no es suficiente para convenceros, agregaré por estar tan profundamente interesado en este asunto, un argumento basado en vuestro propio bien. Si no queréis compadecer a vuestros oyentes, tened compasión al menos de vosotros mismos, recordando que así como le place a Dios en su sabiduría infinita, imponer siempre un castigo a todo pecado ya sea contra sus leyes naturales, ya contra las morales, así es castigada muchas veces la monotonía con aquella enfermedad peligrosa a que se le llama *dysphonia clericorum,* o en otras palabras, *dolor clerical de garganta.* Si algunos hermanos disfrutan el amor de sus feligreses en tal grado que éstos no tengan inconveniente ninguna en pagar una cantidad considerable para que sus pastores hagan un viaje de recreo hasta Jerusalén en tal caso se toma en bien de ellos una ligera bronquitis, de tal manera que mi argumento actual no les turbará su serenidad de ánimo; pero semejante suerte no me toca a mí, puesto que para mi la bronquitis quiere decir una molestia insoportable; y por tanto, adoptaría yo cualquier consejo racional para evitarla. Si queréis arruinar por completo vuestras gargantas, podéis hacerlo muy pronto y con mucha facilidad, pero si por el contrario, queréis conservarlas, ateneos a lo expuesto. He comparado muchas veces en este lugar, la voz humana con un tambor. Si el que toca el tambor siempre diera golpes en el mismo lugar del parche, éste pronto se agujerase; pero cuánto tiempo no le habría servido si hubiera variado algo sus golpes, haciendo uso de toda la superficie de la piel'. Lo mismo pasa con la voz de un hombre. Si hace uso siempre del mismo tono, gastará, digámoslo así, muy pronto aquella parte de la garganta que se emplea en producir la monotonía y se apoderará de él la bronquitis. He oído decir a los cirujanos, que la bronquitis de los disidentes difiere de la que se encuentra en la Iglesia de Inglaterra. Hay un acento particular eclesiástico, por decirlo así, que agrada mucho a los que pertenecen a la Iglesia Anglicana. Consiste en una especie de grandeza que parece haberse producido por un campanario situado en la garganta del predicador. Este da vueltas a las palabras en su boca, y después de haberlas volteado hacia abajo, las pronuncia de una manera muy aristocrática, teológica, clerical y sobrenatural. Bien, si un hombre que habla de este modo tan poco natural, no

sufre con el tiempo de la bronquitis o de alguna otra enfermedad, es claro entonces que las enfermedades de la garganta se distribuyen de una manera enteramente arbitraria. Ya ni un golpe al modo de hablar que se encuentra entre los disidentes. No cabe duda en que a esta clase de defectos es debido el hecho de que tantos ministros se encuentren débiles de la laringe y del pulmón, y muchos de ellos desciendan pronto al sepulcro siendo todavía jóvenes. Si queréis conocer la autoridad sobre la cual se basa la amenaza que acabo de haceros, la encontraréis en la opinión del Sr. Macready, eminente actor trágico que merece nuestra atención más respetuosa, por considerar el asunto bajo un punto de vista enteramente imparcial y experimental. Dice: "Una *garganta relajada* es ordinariamente el efecto no de haber hecho un uso excesivo de aquel órgano, sino de haberlo usado mal: es decir, no se debe al hecho de haber hablado mucho tiempo, ni en alta voz, sino de haberlo hecho en voz fingida. No estoy seguro de que me entendáis en lo que voy a decir, pero es un hecho que no hay una persona entre 10.000, que al dirigir la palabra a una concurrencia de personas, lo haga en voz natural; y se nota esto especialmente en el púlpito. Yo creo que la relajación de la garganta es el efecto de habérsele esforzado mucho en producir tonos afectados, y que como consecuencia de esto se encuentra muchas veces mas tarde una grave irritación y aun ulceración. El trabajo de un día en el pulpito, es muy poco en comparación con el de uno de los personajes principales que figuran en la representación en uno de los dramas dc Shakespeare; y ni tampoco puede compararse la predicación de dos sermones, por lo que toca al trabajo, con el esfuerzo hecho por cualquier hombre de estado al pronunciar un discurso de importancia especial en las cámaras del Parlamento; y estoy seguro de que la enfermedad a que se le llama *el dolor clerical de garganta*, se puede atribuir generalmente al modo de hablar de los ministros, y no al tiempo empleado por ellos en predicar, ni a la violencia de los esfuerzos hechos por ellos. He sabido que varios de mis contemporáneos anteriores, sufren actualmente dolor de garganta; pero en mi concepto, no se puede decir que esta enfermedad sea común entre los actores eminentes en su arte. Se les exige con frecuencia a los actores y a los abogados, que hagan uso de su voz por mucho tiempo y con mucha fuerza, y no existe sin embargo ninguna enfermedad a que se le llame dolor *de garganta de* abogado, o *bronquitis de actor trágico:* y ¿por qué? Simplemente porque éstos no se atreven a servir al publico de una manera tan desaliñada, como algunos predicadores sirven a su Dios. El Dr. Samuel Fenwich, en un tratado popular sobre "Enfermedades de garganta y de pulmón," ha dicho sabiamente: "Teniendo presente lo antedicho respecto de la fisiología de las cuerdas vocales, es claro que el hablar continuamente en el mismo tono, cansa a uno mucho mas pronto que cuando se varia con frecuencia la elevación de la voz, puesto que en aquel caso se usa un músculo, o cuando más una clase de músculos; pero en este último caso, se hace uso de varios músculos y así se ayudan mutuamente. De un modo semejante, un hombre que repite la acción de elevar su brazo en una dirección rectangular respecto de su cuerpo, se cansa a los cuantos minutos, porque sólo una serie de músculos soportan el peso; pero estos mismos músculos bien pueden obrar todo el día alternando su acción con la de otros sucesivamente. Por tanto, siempre que oímos a un ministro entonar la liturgia leyendo, orando y exhortando, y haciendo todo con los mismos gestos y con el mismo tono de voz, podemos estar enteramente seguros de que esta cansando sus cuerdas vocales diez veces mas de lo que es absolutamente necesario."

Tal vez aquí deba yo reiterar una opinión que he expresado muchas veces en este lugar, y la cual me recuerda al autor que acabo de citar. Es ésta: si los ministros hablaran con más frecuencia, no se enfermarían tan fácilmente de la garganta y el pulmón. Estoy bien seguro de esto: se basa tal opinión en mi propia experiencia y en una observación algo extensa, y tengo la confianza de no

estar equivoco. Señores el predicar dos veces en la semana no es muy peligroso; para mí, el hacerlo cinco o seis veces es cosa saludable, y aun predicar doce o catorce no me es perjudicial. Un vendedor ambulante al comenzar a pregonar sus coliflores y papas un día en la semana, se cansaría mucho; pero después de haber llenado las calles, las callejuelas y callejones con sus sonoros gritos por seis días consecutivos, no sufrirá de ninguna enfermedad de garganta que lo prive de proseguir su humilde trabajo. Mucho me agradó el encontrar que mi opinión de que el predicar rara vez es la causa de muchas enfermedades, fuese una cosa declarada así terminantemente, por el Dr. Fenwick diciendo: "En mi concepto todas las direcciones prescritas serán enteramente inútiles, sin el ejercicio diario y regular de la voz. Parece que nada tiende tanto a causar esta enfermedad, como el hablar rara vez y extensamente, alternando de ese modo el mucho trabajo con un largo descanso, como suelen hacerlo especialmente los ministros. Cualquiera que se fije este asunto por ligeramente que sea, entenderá pronto la razón de lo expuesto. Si un hombre u otro animal está destinado a hacer algún extraordinario esfuerzo muscular, se le sujeta a un ejercicio sistemático día tras día, con el fin de prepararlo debidamente para sufrir tal prueba, y así se le hace fácil la tarea que de otro modo le seria casi imposible ejecutar. Pero la generalidad de los ministros no hablan mucho, sino sólo un día de la semana; en los otros seis, casi nunca hacen uso de su voz en un tono más alto que el de conversación. Si un herrador o un carpintero se impusieran sólo ocasionalmente la fatiga propia del ejercicio de su arte, le faltaría muy pronto la fuerza necesaria para seguir trabajando, y perdería también su aptitud para ello. El ejemplo de los más célebres oradores del mundo, prueba las ventajas que resultan de hablar regularmente y con mucha frecuencia. Por esto *aconsejaría* yo a todos los que propenden a sufrir la enfermedad antedicha, que leyeran en voz alta una o dos veces en el día, haciendo uso de la misma elevación de voz que en el púlpito, y *entendiendo* especialmente a la postura del pecho y de la garganta, y a la articulación clara y propia de las palabras." El Rev. Sr. H. W. Beecher es de la misma opinión, puesto que dice: "Los muchachos que venden periódicos nos ponen de manifiesto lo que el ejercicio en el aire libre puede hacer por el pulmón. Si un ministro pálido y débil de voz, que con dificultad puede ser escuchado por doscientos oyentes, tuviera que gritar en alta voz todo el día como lo hacen los muchachos referidos, ¿qué haría? Estos se paran en un extremo de la calle y hacen que su voz la recorra toda, a semejanza de un atleta que hace que la bola que arroja recorra toda la mesa de un boliche. Aconsejaríamos a los hombres que se están preparando para alguna profesión que requiera hablar, que vendieran mercaderías en las calles por algún tiempo. Bien pudieran los ministros jóvenes asociarse por algunos meses a los muchachos que venden periódicos, para que así sé acostumbraran a abrir la boca y para que robustecieran su laringe."

Señores, otra regla muy necesaria es ésta: *Acomodad siempre vuestra voz a la naturaleza* de vuestro asunto. No os llenéis de júbilo al tratar de un asunto triste, ni por otra parte, hagáis uso de un tono doloroso, cuando el asunto os exija una voz alegre como si estuvierais bailando al son de una música angélica. No me detengo sobre esta regla, pero estad seguros de que es de la mayor importancia y de que si se observa fielmente, siempre conseguirá el predicador que se le preste atención, con tal por supuesto que el asunto lo merezca. Acomodad siempre pues, vuestra voz a la naturaleza de vuestro asunto, y sobre todo, *obrad* con *naturalidad en cuanto hagáis.* Cuando se le hizo a Johnson la pregunta de si Burke se parecía a Tulio Cicerón, contestó: "No, señor, se parece sólo a Edmundo Burke." Abandonad para siempre toda sujeción servil a reglas o a modelos. No imitéis las voces de otros oradores, o si obedeciendo una propensión invencible, debéis imitar a alguno, tened cuidado de no ser émulos sino de las excelencias que en ellos sean

notorias, y ningún mal resultará. Yo mismo confieso que me encuentro por una influencia irresistible, impulsado a imitar lo que oigo de tal modo, que un viaje que haga yo por la Escocia o por Gales, de dos o tres semanas, siempre afecta materialmente mi pronunciación y mi tono. Por mucho que me opusiera a esta tendencia, no me seria posible vencerla; y el único remedio, por lo que yo sé, es dejarla que acabe por una muerte natural.

Señores, vuelvo a repetir mi regla: *haced uso de vuestra voz natural.* No seáis monos, sino hombres; no seáis loros, sino hombres de originalidad en todas las cosas. Se dice que el mejor estilo de usar la barba, es aquel según el cual crece ésta por naturaleza, puesto que sólo así convendrá a la cara de uno, tanto en su color como en su forma. Vuestro propio modo de hablar será el que esté en armonía con vuestro modo de pensar y con vuestra personalidad. El comediante es para el teatro: el hombre cultivado en su personalidad santificada, es para el santuario. Si creyera yo que pudierais olvidar esta regla, la repetiría hasta el cansancio: sed naturales, sed naturales, sed naturales antes de todo y para todo. Os arruinaría inevitablemente cualquiera afectación de voz o cualquiera imitación del estilo del Dr. *Pico-de-oro* el teólogo eminente, o aun del de cualquier profesor o presidente de colegio. Os exhorto a que abandonéis por completo toda esclavitud de imitación, y a que os levantéis a la nobleza de la originalidad.

Debo añadir otra regla: *esforzaos en educar vuestra voz.* No rehuséis hacer todo lo posible por lograr este fin, teniendo presente lo que se ha dicho y con razón: 'Por prodigiosos que sean los dones que la naturaleza prodiga a sus escogidos, no pueden desarrollarse ni perfeccionarse sino por medio de mucho trabajo y de mucho estudio." Recordad a Miguel Ángel que trabajaba toda la semana sin desnudarse, y a Handel que gastaba todas las teclas de su clavicordio hasta ponerlas como cucharas, por su práctica incesante. Señores, después de esto, no hagáis mención de dificultades, ni de cansancio. Es casi imposible ver la utilidad de aquella costumbre de Demóstenes de hablar llevando piedrecillas en la boca; pero cualquiera puede entender cuán útil le fue arengar ante las olas tempestuosas de la mar, porque así aprendió el modo de conseguir la atención de un auditorio, por tumultuoso que fuera; y es claro también el por qué hablaba aquel mientras corría por una subida, pues así se robustecieron sus pulmones en extremo. La razón de esto es tan palpable, como lo es recomendable la abnegación así manifestada. Debemos hacer uso de todos los medios que estén a nuestro alcance para perfeccionar la voz, puesto que con ella hemos de difundir el Evangelio glorioso del Dios bendito. Tened mucho cuidado en pronunciar cada una de las consonantes con la mayor claridad, porque son las facciones y la expresión, digámoslo así, de las palabras. Seguid practicando hasta que podáis articular cada una de las consonantes con la mayor distinción; las vocales tienen su propio sonido, y así pueden expresarse por si mismas. En todo lo demás perteneciente a este asunto, poned en práctica una disciplina muy severa, hasta que venzáis vuestra voz y la tengáis domesticada como sí fuera un caballo perfectamente bien educado a la rienda. A los hombres de pecho angosto se les aconseja que hagan uso todos los días por la mañana, de los aparatos gimnásticos provistos por el colegio. Necesitáis pechos bien desarrollados, y debéis hacer todo lo posible por adquirirlos. No habléis con las manos en los bolsillos de los chalecos, debilitando así vuestro pulmón, sino enderezaos como lo hacen los cantores públicos. No os inclinéis sobre el púlpito, ni bajéis la cabeza sobre el pecho mientras estéis predicando. Que se inclinen vuestros cuerpos hacia atrás, más bien que hacia adelante. Aflojaos las corbatas y los chalecos, si es que os oprimen algo; dejad que los fuelles y los tubos tengan lugar amplío para obrar. Notad bien las estatuas de los oradores romanos o griegos. Observad el retrato de Pablo por Rafael, e imitad sin afectación ninguna, las

posturas graciosas y a propósito allí representadas, porque ellas son las mejores para la voz. Buscad a un amigo que pueda deciros cuáles son vuestras faltas, o lo que seria mejor aun, dad la bienvenida a cualquier amigo que os vigile rigurosamente y os hiera sin piedad. ¡Qué grande bendición no sería tal crítico para un hombre sabio, y qué incomodidad tan insoportable para un necio! Corregios diligente y frecuentemente, o de otro modo caeréis en muchos errores sin saberlo: se multiplicarán los falsos tonos, y se formarán insensible-mente muchas costumbres desaliñadas. Por tanto, criticaos severamente y sin cesar. No tengáis en poco nada de lo que contribuya a haceros un poco más útiles. Pero no por esto, señores, degeneréis nunca haciéndolo todo para convertiros en pisaverdes del púlpito, pensando que los gestos y la voz son el todo. Me causa náuseas oír decir que hay hombres que emplean toda la semana en preparar un sermón cuya preparación principal consiste en repetir ante un espejo sus preciosas producciones. ¡Ay de este siglo, si los corazones destituidos de gracia tienen que ser perdonados en atención sólo a sus graciosos modales! Mejor sería que prevalecieran todas las vulgaridades del hombre más inculto, que las bellezas perfumadas de una cortesía afeminada. No os aconsejarla yo que fueseis fastidiosos en cuanto a vuestra voz, así como no os recomendaría que imitarais a aquel carácter ficticio de Rowland Hill con su anillo de diamante, con su pañuelo perfumado de esencias y con sus anteojos. Los hombres exquisitos no deben funcionar en el púlpito, sino en el mostrador de una sastrería, llevando ellos esta etiqueta: "Este estilo completo, incluyendo la hechura, $52.50." Tal vez seria bien aquí hacer la observación de que los padres deben atender más a los dientes de sus niños, puesto que defectuosos dientes bien pueden impedir eficazmente a un hombre que hable con buen éxito. Algunos hombres cuya articulación es defectuosa, deben ponerse luego en manos de un dentista científico y de mucha experiencia, puesto que unos cuantos dientes artificiales, o tal vez alguna operación muy sencilla, seria para ellos una bendición permanente. Dice bien mi propio dentista en una circular: "Cuando se han perdido todos los dientes o aun algunos de ellos, resulta una contracción de los músculos de la cara y de la garganta; también se perjudican y se trastornan los otros órganos de la voz que dependen en gran parte de los dientes por su eficacia, y así se produce una rotura, una languidez o una depresión en el modo de hablar, como si la voz fuera un instrumento de música falto de una nota. Es en vano esperar que la sinfonía sea perfecta, y que el acento sea bien proporcionado y consistente por lo que atañe al tono y a la elevación de la voz, si hay en ella defectos físicos. En tal caso el hablar no puede menos de ser más o menos difícil, y ordinariamente el resultado será un hábito de cecear, o de bajar la voz demasiado rápida o repentinamente; y cuando los defectos sean muy graves, se encontrará una especie de murmullo o de gruñido."

Cuando tales obstáculos existen y el remedio está a nuestro alcance, se nos exige valernos de él para hacernos así más útiles. Bien puede suceder que parezcan los dientes poco importantes, pero nunca debemos olvidarnos de que no hay cosa pequeña en una vocación tan elevada como lo es la nuestra. En lo que falta para concluir estas lecturas, haré mención de asuntos aun más insignificantes todavía, puesto que tengo la convicción profunda de que tales sugestiones sobre cosas pequeñas al parecer, pueden seros muy útiles evitándoos graves defectos en modo de hablar.

Finalmente, quisiera yo deciros unas palabras respecto de vuestras gargantas: *Cuidadlas bien.* Tened cuidado siempre en limpiarlas antes de comenzar a hablar, pero nunca lo hagáis mientras estéis predicando. Cierto hermano muy estimado, siempre habla por este estilo: "Mis queridos amigos,-hem, hem este asunto hem, hem que vamos a tratar -hem, hem es muy interesante, y

-hem, hem les suplico hem, hem -me prestéis vuestra -hem, hem -más fiel atención" Un joven predicador, deseoso de mejorar su de hablar, escribió al Sr. Jacob Gruber, pidiéndole consejos. Había formado la costumbre de prolongar sus palabras, especialmente cuando estaba excitado. El anciano le mandó la siguiente la siguiente lacónica contestación:-"Querido - ah - hermano- - ah - cuando - ¡ah! - estés - ¡ah! – para predicar -¡ah! - ten - ¡ah! - cuidado - ¡ah! - de no - ¡ah! - decir ¡ah! ¡ah! ¡ah! Soy - ¡ah! - ¡ah! - Jacobo - ¡ah! - Gruber - ¡ah!" Tomad mucho empeño en evitar tales defectos. Otros, dejando de limpiar su garganta, hablan como si estuvieran medio sofocados y quisieran expectorar: seria mejor hacerlo de una vez y no fastidiar a los oyentes repitiendo ruidos tan desagradables. El resollar y el resoplar apenas son cosas permitidas cuando el predicador tiene catarro, pero son desagradables en extremo, y si llegan a ser habituales, deben considerarse como grandes molestias. Vosotros me disimularéis el haber hecho mención de estos actos tan vulgares; pero es muy fácil que llamándoos ahora la atención sobre estos asuntos, de un modo tan claro y libre, pueda yo conseguir que os evitéis de muchas mortificaciones en lo sucesivo, y de muchos errores en cuanto al arte de hablar. Acabando de predicar, cuidad vuestras gargantas no envolviéndolas nunca *estrechamente.* Con bastante desconfianza me atrevo a daros este consejo como fruto de mi propia experiencia. Si algunos de vosotros tenéis bufandas de lana muy abrigadoras que os traigan tiernos recuerdos de vuestras madres o hermanas, conservadlas en el fondo de vuestros baúles, pero nunca hagáis uso de ellas envolviéndolas en vuestras gargantas. Si algún hermano quiere morir de catarro pulmonar, que use una bufanda grande en el cuello y se olvide de ella alguna noche en que haga mucho frío. El resultado será un catarro que le dure por toda su vida. Muy rara vez se ve a un marinero con el cuello envuelto. No, casi siempre lo tiene desnudo y expuesto a la intemperie. Usa un doblado, y si es que tiene corbata, es ésta muy chica y la usa casi suelta para que sople libremente el viento alrededor de su cuello. Creo firmemente en lo saludable de esta costumbre, y por catorce años la he practicado. Antes sufría yo muy a menudo catarros, pero durante este tiempo me han caldo muy rara vez. Si sentís la necesidad de alguna cosa más de lo que tenéis, dejad crecer vuestra barba: ésta es una costumbre muy bíblica, natural, varonil y benéfica. Uno de nuestros hermanos, aquí presente, ha tenido esta precaución por cuatro años, y dice que le ha servido de mucho. Se vio obligado a salir de Inglaterra por haber perdido su voz, pero se ha puesto tan robusto como lo era Sansón, sólo por dejar crecer su barba. Si alguna vez os encontráis enfermos de la garganta, consultad a un buen médico; o si no podéis hacerlo, atended según vuestro gusto a las sugestiones siguientes: Nunca compréis "Confites de Malvavisco," ni "Pastilla de Brown," ni "obleas para el pulmón," ni Ajenjo, ni Ipecacuana, ni ninguno otro de los diez mil emolientes. Pueden serviros de algo por algún tiempo. Si queréis mejorar el estado de vuestra garganta, tomad de sustancias astringentes tanto cuanto pueda soportar vuestro estómago. Tened cuidado de no traspasar este limite, porque debéis tener presente el que es vuestro deber cuidar tanto el estómago como la garganta; y si el aparato de la digestión no está en corriente, ningún órgano del cuerpo puede estarlo. El sentido común os enseña que los astringentes deben ser útiles. ¿Habéis oído decir alguna vez que un curtidor haya cambiado una piel en cuero sólo por variarla en agua de azúcar? Tampoco le habría servido tolú, o ipecacuana, o melado. De ninguna manera; al revés, su efecto habría sido el contrario de lo que buscaba. Cuando el curtidor quiere endurecer y hacer fuerte una piel, la mete en una solución de corteza de encina o de otra sustancia astringente, la cual da solidez al material y lo fortalece. Cuando empecé yo a predicar en el Salón de Exeter, mi voz era muy débil para aquel local, tan débil como lo son las voces en general, y muchas veces se me acabó por completo cuando predicaba en las calles. Las cualidades acústicas del salón eran sumamente malas por ser excesivo lo ancho de él en comparación con lo largo, y tenía yo siempre a mano

una copa de vinagre fuerte mezclado con agua, un trago del cual parecía darle a mi garganta nueva fuerza siempre que se cansaba y que la voz tendía a acabarse. Cuando se me pone un poco relajada la garganta, ordinariamente pido a la cocinera que me prepare una taza de caldo de res, tan cargado de pimienta cuanto pueda yo soportarla, y hasta ahora este ha sido mi remedio eficaz. Empero, teniendo presente el que no estoy habilitado para funcionar como médico, no me hagáis caso más que a cualquier otro curandero. Tengo la confianza de que la mayor parte de las dificultades que pertenecen a la voz en los primeros años de nuestro ministerio, desaparecerán más tarde, y el propio uso de ella llegará a ser tan natural como lo es un instinto. Quisiera yo animar a los que tengan empeño a que perseveraran. Si sienten la Palabra de Dios como si fuera un fuego en sus huesos, aun el defecto de tartamudear se puede vencer, y también la timidez cuyo efecto nos paraliza tanto. Cobra ánimo, hermano, persevera, y Dios, la naturaleza y aun la práctica, te ayudarán. No quiero deteneros por más tiempo, sólo os expresaré el deseo de que vuestro pecho, pulmón, traquea, laringe y todos vuestros órganos vocales, duren hasta que no tengáis más que decir.

***

PLATICA IX
Sobre la Atención

Es raro que se trate de este asunto en un libro sobre homilética, pero eso me parece muy extraño puesto que la materia es muy interesante y digna de más de un capitulo. Me supongo que los sabios en homilética consideran que sus obras todas están cargadas de este asunto, y que no necesitan tratarlo aparte por la razón de que como el azúcar en el té, sazona el todo. El tópico que así se pasa por alto, es este: ¿Cómo se puede conseguir y retener la atención de nuestros oyentes? Si no se gana su atención, no será posible causarles ninguna impresión, y si aquella no se retiene una vez adquirida, será infructuoso nuestro trabajo por mucho que hablemos.
Se pone siempre como encabezamiento de las advertencias militares, la palabra "¡Atención!" escrita con caracteres grandes; y de modo semejante nosotros necesitamos que también lo esté en todos nuestros sermones. Nos es menester una atención fija, despreocupada, despierta y continua de parte de toda la congregación. Si están distraídos los ánimos de los que nos escuchan, no pueden recibir la verdad, y casi lo mismo sucederá si son torpes. No es posible que les sea quitado a los hombres el pecado, de la misma manera que Eva fue sacada del costado de Adán, es decir, mientras están dormidos. Es preciso que estén despiertos, entendiendo lo que les decimos y sintiendo su fuerza; de otro modo, bien podríamos nosotros también entregarnos al sueño. Hay predicadores a quienes les importa muy poco que se les atienda o no, pues quedan satisfechos con haber predicado por media hora, ya sea que sus oyentes hayan o no sacado algún provecho. Cuanto más pronto ministros semejantes duerman en el cementerio y prediquen con el epitafio de su monumento sepulcral, tanto mejor será. Ciertos hermanos se dirigen al ventilador como si trataran de atraerse la atención de los ángeles, y otros tienen la vista fija en su libro como si les hubiera sido arrebatado su ánimo, o como si se tuvieran a sí mismos por oyentes, y se consideraran honrados con esa distinción. ¿Por qué no predican tales hombres en un llano, dirigiéndose a los astros? Si su predicación no tiene que ver con sus oyentes, bien podrían hacerlo así; si un sermón es un soliloquio, cuanto más solo se halle el que predica, tanto mejor será para él. A un ministro racional, —y por desgracia no todos lo son, — debe parecer indispensable la

atención de todos sus oyentes desde el mayor de edad hasta el más joven. Debemos acostumbrar aun a los niños a estar atentos. Pero tal vez haya quien me haga la pregunta de ¿quién puede hacerles desatentos? Contesto a eso que la mayoría de los predicadores lo hacen, y cuando los niños no están quietos en un culto, la culpa muchas veces es tanto nuestra como suya. ¿No podéis hacer mérito en vuestro sermón de un cuento, o de una parábola, especialmente para el bien de los niños? ¿No podéis ganar la atención de aquel niño allá en el coro, y de aquella niña abajo, si se han puesto un poco inquietos y llamarlos así al orden? Muchas veces acostumbro yo hablar fijando los ojos en los huérfanos que se hallan sentados al pie de mi pulpito. Debemos exigir a todos nuestros oyentes que fijen su vista y su oído en nosotros. Para mí es una molestia, si hay alguien, aunque sea ciego, que no esté con la cara vuelta hacia mí. Si veo a alguna persona volteándose en su asiento, o cuchicheando, o cabeceando, o consultando su reloj, concluyo luego que estoy faltando a mi deber, y me esfuerzo en el acto en ganar su atención. Me acontece tal cosa por fortuna muy rara vez; pero cuando me pasa, tengo la costumbre de culparme a mí mismo, y de confesar que no merezco la atención de mis oyentes si no sé cómo cautivarla.

Empero debe tenerse presente que hay algunas congregaciones cuya atención no se puede atraer fácilmente por la razón de que no quieren interesarse. Sería inútil reñirles en tal caso, pues eso equivaldría a tirar un palo a una ave para agarrarla. Estad seguros de que casi siempre la única persona que merece reñirse, es el predicador mismo. Es verdad que los oyentes deben atender, pero no por eso es menos el deber que tenéis de hacerlos atender. Debéis atraer los peces a vuestro anzuelo, y si no vienen, debéis acusar al pescador y no a los peces. Compeledles a que estén quietos por algún tiempo para escuchar lo que Dios tenga que decir a su alma. Se le contestó muy bien a aquel ministro que había recomendado a una anciana que tomara un poco de polvo de tabaco para no dormirse durante el sermón que si él pusiera poquito más polvo de tabaco en su sermón, ella estaría bien despierta. Debemos meter en nuestros sermones o más polvo de tabaco, u otra cosa más excitante, y hacerlo en abundancia Tened presente que para muchos de nuestros oyentes no es fácil estar atentos, no tienen interés en el asunto de que se trata, y no han sentido ninguna operación de gracia en su corazón, suficiente para hacerles confesar que el Evangelio tiene para ellos algún valor especial. Podéis hacerles la siguiente pregunta respecto de aquel Salvador a quien predicáis: ¿No tiene ningún interés para vosotros, viajeros, el hecho de que Jesús haya muerto en la cruz? Muchos de los que nos oyen han sido oprimidos toda la semana por el peso de sus negocios. Es verdad que deben echar su carga sobre el Señor; pero ¿siempre hacéis esto vosotros? ¿Podéis fácilmente estar siempre sin ansia? ¿Podéis olvidaros de la esposa y de los niños enfermos que dejasteis en la casa? No cabe duda ninguna en que muchos vienen a la casa de Dios sobrecargados de los pensamientos que pertenecen a sus quehaceres diarios. El agricultor recuerda los terrenos que han de ser arados o sembrados; o si el domingo está lluvioso, él está pensando en el beneficio que recibirá su trigo que acaba de brotar. El comerciante no puede apartar de su vista aquella libranza protestada, y el tendero está calculando la suma de sus pérdidas. Es muy fácil que los matices de las cintas de las mujeres presentes, y aun el rechino de las botas de los señores, distraigan a muchos la atención. Sabéis muy bien que hay siempre moscas molestas alrededor de los oyentes Beelzebub, el dios de las moscas, tiene empeño en que los convidados encuentren muchas molestias pequeñas, dondequiera que se verifique un convite evangélico. Sucede con frecuencia que mosquitos mentales pican a un hombre mientras estáis predicándole el Evangelio, de suerte que él está pensando más en estas distracciones pequeñas, que en el sermón. ¿Os parece muy extraño que así lo haga? Debéis espantarle los mosquitos para que sin distraerse os preste su atención. Debéis

hacer desviar los pensamientos de vuestro auditorio, de la dirección en la cual han corrido por seis días, y darles un carácter a propósito para el domingo. Debéis tener fuerza suficiente en vuestro discurso y en su asunto, para levantar a los oyentes desde la tierra a la cual propendan por naturaleza, y elevarlos más cerca del cielo.

Muchas veces el local y su atmósfera impiden que el auditorio preste su atención. Por ejemplo, si el aire libre no puede entrar en el salón, si están cerradas todas las ventanas, los oyentes respirarán con mucha dificultad y no podrán pensar en otra cosa. Cuando la gente haya aspirado repetidas veces el aire exhalado de los pulmones de otras personas, toda la maquinaria de su ser se trastornará, y será probable que de ahí resulte una fuerte jaqueca más bien que un corazón contrito. La mejor cosa como auxilio del predicador, después de la gracia de Dios, es el oxígeno en abundancia. Rogad que os sean abiertas las ventanas del cielo, pero empezar por abrir las de vuestros templos. Si examináis a muchos de los del campo y a algunos de los de la ciudad, veréis que las ventanas no se pueden abrir. El estilo moderno y bárbaro de edificar casas, no nos proporciona más ventilación de la que se encontraría en un calabozo oriental construido por un tirano con el objeto de matar a su víctima poco a poco. ¿Qué pensaríamos de una casa cuyas ventanas no pudiesen abrirse? ¿Quisiera alguno de vosotros arrendarla? Y sin embargo, la arquitectura gótica y un orgullo necio, hacen a muchos cambiar la ventana corrediza tan saludable, por agujeritos en el cielo raso, o por una cosa muy parecida a las trampas de aves, puesta en las vidrieras, y de esta manera se hacen algunos locales menos cómodos que lo era el horno de Nabucodono-sor para Sadrach, Mesach y Abed-nego. Si todas las capillas de esta clase estuvieran aseguradas en su justo valor, no podría yo rogar porque se preservaran del incendio. Y aun cuando se puedan abrir las ventanas, sucederá con frecuencia que se tendrán cerradas por un mes seguido y no se cambiará el aire impuro desde un domingo al siguiente. No se debería soportar esto. Yo sé muy bien que hay personas que no notan tales cosas, y he oído decir también que no se matan los zorros por la fetidez de sus madrigueras; pero yo no soy zorro, y una atmósfera fétida me pone torpe y produce el mismo efecto en mis oyentes. Un soplo de viento que pasara por el salón, bien podría ser para la gente reunida la mejor cosa concebible después del Evangelio mismo; por lo menos, tendería a ponerle en buen estado para atender al discurso. Tened cuidado en ventilar los templos muy bien entre semana. En mi capilla anterior, la de la calle del Parque, manifesté muchas veces a los diáconos mi opinión de que sería mejor quitar las vidrieras superiores del bastidor de hierro, puesto que no era posible abrir las ventanas. Repetí la observación varias veces, pero infructuosamente. Después de algún tiempo, sucedió providencialmente un lunes, que alguien quitó la mayor parte de aquellas vidrieras de una manera muy diestra, casi como si un vidriero lo hubiera hecho. Hubo bastante sorpresa y muchas conjeturas respecto de quien pudiera haber cometido tal crimen, y yo propuse que se ofreciera un premio de $25 por el descubrimiento del culpable, el cual al ser encontrado recibiría la cantidad como regalo. No se dio el premio, y por tanto nunca me he visto obligado a dar informes contra él. Espero que ninguno de vosotros tendrá sospechas de mi, porque en tal caso tendría yo que confesar que he andado muchas veces con el bastón que dio entrada al oxígeno en aquella capilla en que uno se sofocaba.

Muchas veces sucede que las costumbres de nuestros oyentes les impiden prestar una atención fija; es decir, no han formado nunca el hábito de atender: asisten al culto, pero no prestan su atención al predicador. Acostumbran voltear a ver a todos los que entran en el templo, y bien se sabe que siempre están entrando algunos que por lo general molestan a los demás con el

rechinido de sus botas, y con el ruido que hacen al abrir y cerrar las puertas. Una vez tuve que predicar a una congregación cuyos miembros habían adquirido la costumbre de mirar atrás con frecuencia, y me valí para evitarlo de este medio. Les dije: "Ahora, amigos míos, puesto que os interesa tanto saber quiénes entran en el templo, y a mí me molesta tanto veros voltear así a cada rato, si estáis de acuerdo, voy a describir a cada uno de los que entren, para que de ese modo podáis seguir sentados con los ojos fijos en mí, y así conservaremos por lo menos, la apariencia de un comportamiento decente." Sucedió que un hombre, muy amigo mío, entró pocos momentos después, y pudiéndolo hacer sin ofenderle, lo describí como "un señor muy respetable, el cual acababa de descubrirse," etc., etc. Bastó sólo aquella tentativa, y no tuve que seguir describiendo a los que entraron, porque los oyentes se manifestaron escandalizados en gran manera de lo que hice; y yo les dije que por mi parte me había sorprendido de que ellos me hubieran puesto en la necesidad de mostrar así lo absurdo de su conducta. Les quité, por algún tiempo, valiéndome de este ardid, y espero que para siempre, esa costumbre tan molesta, y quedó por ello muy agradecido el pastor.

Bien, supongamos que está arreglado todo esto. Se ha quitado el aire impuro, y se han corregido los malos hábitos de la gente: ¿qué nos resta que hacer? Para ganaros la atención de vuestro auditorio, es preciso que digáis algo digno de oírse. Esta es la primera regla de valía. Casi todos los hombres tienen un instinto que les incita a tener gusto en oír una cosa interesante. Tienen, también, otro instinto que debéis tener presente, a saber el que les impide que vean la utilidad de atender a palabras vacías. No es una crítica severa el decir que hay ministros cuyas palabras son muchas, y cuyos pensamientos son pocos. En efecto, sus palabras ocultan sus pensamientos, si es que los tienen. Emiten montones de hollejo, y tal vez haya un grano o dos de cebada mezclados con él, pero sería muy difícil encontrarlos. Ningún auditorio atenderá por mucho tiempo a palabras, palabras, palabras y nada más. Por lo que yo sé, no hay ningún mandamiento que diga "No harás uso de muchas palabras," pero sí se comprende esto en aquel que dice: "No hurtarás," puesto que sería un fraude dar a vuestros oyentes palabras en vez de alimentos espirituales. Se puede decir, tratándose aun del mejor predicador, que "en la muchedumbre de palabras no faltará el pecado." Dad a vuestros oyentes algo que puedan guardar y retener en la memoria, algo que pueda servirles: los mejores pensamientos de mejor procedencia, doctrinas sólidas de la palabra de Dios. Dadles maná nuevamente descendido del cielo; no les deis las mismas verdades repetidas veces en las mismas palabras hasta que se fastidien de ellas. Esto se parecería a las costumbres que prevalecen en las casas de corrección, de cortar el pan en pedazos del mismo tamaño siempre. Dadles algo notable, algo que valiera la pena de que un hombre se levantara a media noche para oírlo, y de que anduviera 50 millas con ese objeto. Si sois capaces de hacer esto, hacedlo, hermanos, hacedlo siempre, y tendréis la atención más fiel y fija de vuestros oyentes.

Que sean bien ordenados los pensamientos que deis a vuestro auditorio. Mucho depende de esto. Es fácil amontonar sin orden un gran número de cosas buenas. Desde una vez en que fui enviado con una canasta a la tienda, a comprar una libra de té, cuatro onzas de mostaza y tres libras de arroz, y en mi regreso a la casa, vi una jauría de caza y me pareció necesario seguirlos por los setos v los fosos, (mi diversión favorita cuando yo era niño) y encontré al llegar a la casa, que todos los efectos comprados se habían revuelto, el té, la mostaza y el arroz, en desorden completo. Desde esta vez, digo, he entendido muy bien la necesidad de empacar mis asuntos en fardos muy fuertes, y de amarrarlos bien con el hilo de mi discurso; y esto me hace retener la

costumbre de dividir mis sermones en distintos puntos, aunque este método no les agrade a la mayoría de los predicadores. La gente no beberá vuestro té de mostaza, ni hallará gusto en los sermones confusos, en los cuales no se puede distinguir la cabeza de la cola, porque no tienen ni la una ni la otra, sino se parecen al perrito que según cuenta un autor, tenía la cabeza y la cola iguales. Poned de manifiesto a los hombres la verdad de una manera lógica y bien ordenada para que la retengan fácilmente en la memoria, y la recibirán con mucho más gusto.

Además de esto, tomad mucho empeño en hablar con sencillez. Por excelente que fuera vuestro discurso, no podría servir a los que no lo comprendieran. Si hacéis uso de frases que estén fuera del alcance de vuestros oyentes, y de formas de expresión que no puedan entender, con igual razón habríais podido hablarles en el lenguaje de Hamtchatka, en vez de hablarles en el suyo. Subid hasta su nivel, si los oyentes son ignorantes; bajaos a su entendimiento si son instruidos. Os reís de mi modo de expresarme; pero a mi parecer, se eleva uno más, nivelándose en las palabras que emplea, a los ignorantes, que cuando se esfuerza en acomodarse al cultivo de los más favorecidos: por lo menos, aquello es más difícil que esto, y se parece al modo de hablar más practicado por el Salvador. Os conviene andar por el camino por el cual puedan vuestros oyentes acompañaros, y no hacer uso de un estilo tan sublime que ellos no pueden entender lo que se les dice. Nuestro Señor y Maestro fue el Rey de los predicadores, y él nunca sobrepujaba la comprensión de ninguno, a no ser que la grandeza y la gloria de su asunto así lo exigieran: sus palabras y sus declaraciones eran tales, que hablaba a semejanza del "Santo niño Jesús." Si vuestro corazón rebosa una cosa buena, ordenadla bien, expresadla con claridad, y estaréis bien seguros de ganar tanto el oído como el corazón de los oyentes.

Ocupaos también con solicitud, de lo que atañe a vuestro estilo oratorio. Buscad de esta manera la atención de vuestro auditorio. Y aquí os aconsejaría yo como regla general, que no leyerais vuestros sermones. Es verdad que algunos ministros famosos y muy útiles han leído sus discursos, como por ejemplo, el gran Dr. Chalmers, cuyo auditorio no podría haberle prestado una atención más fiel, si hubiera tenido la costumbre de improvisar; pero muy pocos son iguales al Dr. Chalmers. Si los hombres eminentes prefieren leer, que lo hagan, pero para mí hay mejor modo de predicar. La mejor lectura de un sermón que he oído, tenía el sabor del papel y me fastidió. No me gustó, pues mi digestión no es capaz de asimilar tal cosa. Sería mejor predicar sin manuscrito, aunque os fuera necesario aprender de memoria vuestro sermón. Pero no debéis ni recitar, ni leer. Empero si después de todo, preferís leer vuestros sermones, tened empeño en hacerlo del mejor modo. Esforzaos en leer lo mejor posible. De otra manera, no podréis nunca ganar la atención de vuestro auditorio.

Creo aquí oportuno deciros que si queréis ser escuchados con atención, no debéis improvisar en el sentido literal de la palabra. Esto sería igual a que leyerais, o tal vez peor, a no ser que el manuscrito se hubiere preparado muy a la ligera, es decir, sin previo estudio. No subáis al pulpito y digáis la primera cosa que se os ofrezca, puesto que ella sería probablemente espuma, nada más. Vuestro pueblo habrá menester de discursos preparados bajo la influencia de la oración y bien elaborados. A la gente no le gusta la comida cruda, sino bien cocida y sazonada. Debemos expresar de todo corazón, valiéndonos de palabras que naturalmente vengan a nuestros labios, los pensamientos en que nos hayamos fijado, con tanta atención como si hubiéramos escrito nuestro sermón. A la verdad, es menester que los coordinemos aun con más esmero, si es que deseamos predicar con toda propiedad. El mejor método, en mi concepto, es aquel según el cual

el ministro no improvisa los pensamientos, pero sí las palabras. El lenguaje le llega en el momento de predicar; pero habiendo meditado muy bien con anticipación en el asunto, es natural que hable, como maestro en Israel lo que sabe, y que testifique lo que ha visto.

Para ganar la atención de vuestro auditorio, haced tan agradable como os sea posible, vuestro modo de predicar. No hagáis uso, por ejemplo, siempre del mismo tono. Variad muy a menudo la elevación de la voz. Variad también la rapidez de vuestra elocución. Lanzaos a veces, con tanta velocidad como el relámpago, y en seguida deteneos y avanzad con mucha calma. Variad vuestro acento, alterad vuestro énfasis, y evitad la monotonía. Dad también variación a los tonos: usad a veces el bajo y dejad resonar el trueno; en seguida, hablad en el tono propio de la conversación natural. Buscad de todos modos la variedad. La naturaleza humana nos la exige, y ya que Dios la provee en la naturaleza, en la providencia y en la gracia, tengámosla por nuestra parte en los sermones que prediquemos. Empero, no os detendré más sobre este punto, puesto que algunos predicadores han logrado cautivar y retener la atención de su auditorio sólo con el asunto de sus sermones, y a pesar de un modo malo de hablar. Si viniera acá el Sr. Richard Sibbes, el Puritano, le aseguraría yo la mejor atención para cualquiera cosa que nos dijera, y sin embargo, tartamudea muchísimo. No sería necesario buscar muy lejos para encontrar muchos ejemplos de esta oratoria defectuosa en nuestros pulpitos modernos, porque abundan; pero recordemos que aun Moisés era tardo en el habla y torpe de lengua, y sin embargo, todos estaban atentos a su voz. Probablemente Pablo adolecía también de un defecto semejante, puesto que se decía que su "palabra" era "menospreciable;" pero no estamos bien seguros de ello, por referirse la expresión citada a la crítica que de él hacían sus enemigos. La influencia de Pablo en las iglesias era muy grande, y sin embargo, no podía siempre retener la atención de todos a su sermón, puesto que leemos en Hechos 20:9, que un oyente suyo, cuando menos, se durmió durante su predicación, con un resultado bastante grave. El modo no es el todo; pero sin embargo, si habéis recogido buenos pensamientos, sería muy triste que los expresarais de una manera indigna: un rey no debe montar en un carro de basura, y las gloriosas doctrinas de la gracia no se deben presentar desaliñadamente. Las verdades que son bien reales, deben llevarse en un carro dorado. Sacad los caballos briosos y blancos como la nieve, y dejad resonar las trompetas de plata melodiosamente mientras la verdad recorre las calles. Si la gente no atiende, que no pueda disculparse alegando nuestra manera defectuosa de hablar. Si por alguna razón no podemos corregir esto, seamos mas diligentes en compensar tal defecto, por lo rico de nuestros pensamientos, y hagamos siempre lo mejor que nos sea posible.

Como regla general, guardaos de hacer la introducción de vuestros sermones demasiado larga. Causa siempre mala impresión ver edificar un gran pórtico enfrente de una casa pequeña. Cierta mujer cristiana, muy buena, oyó una vez predicar al Rev. Juan Howe, y como él empleó una hora en su prefacio, dijo ella que el buen hombre, muy querido, había ocupado tanto tiempo en poner el mantel, que ella había perdido por completo toda apetencia de comer: creía que no se serviría ninguna comida después de todos los preparativos hechos. Preparad la mesa pronto, y poned fin al ruido de cuchillos y de platos. Es probable que hayáis visto la edición del "Origen y Progreso de la Religión en el Alma," escrita por Doddridge, con una introducción por Juan Foster. Esta es mayor, y a no dudarlo, mejor que el libro, y quita a Doddridge toda probabilidad de ser leído. ¿No es absurdo esto? Evitad error semejante en vuestras producciones. Prefiero asemejar la introducción de mis sermones a la del pregonero que toca su campana y grita "¡Oh! sí; ¡oh! sí: esto es para dar aviso." Así pone en conocimiento del pueblo el hecho de que tiene noticias que le

interesan, y les pide su atención. Para hacer una cosa por el estilo, la introducción debe tener algo de interés especial. Es bueno descargar un tiro despertador, que pueda servir a semejanza del cañón que da la señal para que se limpien los puentes del buque de guerra, y todo se aliste para entrar en combate. No comencéis con toda la fuerza y energía de vuestro ánimo, más sin embargo, obrad de modo que todo el auditorio espere un culto muy provechoso. No hagáis que vuestro exordio sea una pomposa introducción de nada, sino al contrario, que sea un paso que conduzca a algo mejor. Sed vivos desde el principio de vuestro discurso. Al predicar, no os repitáis. Solía yo escuchar a un teólogo que tenía la costumbre, después de haber proferido unas cuantas sentencias, de decir: "como acabo de observar," o'"repito lo que antes dije." Bien, puesto que no había nada de importancia especial en lo que había dicho, la repetición servía sólo para manifestar con más claridad la esterilidad del país. Ahora, si lo dicho antes era muy bueno, y había sido bien presentado, ¿para qué lo repetía el predicador? Y si era indiferente ¿por qué lo exhibía la segunda vez? Sucede en ocasiones, sin duda, que la repetición de unas cuantas sentencias da muy buen resultado; pero hay muchas cosas que son buenas si se hacen rara vez, y que sin embargo, al repetirse con frecuencia, se cambian en vicios. ¿Quién podrá admirarse de que la gente no preste su atención al predicador, cuando se sabe muy bien que va pronto a repetir lo que está diciendo?

Además de esto, no repitáis la misma idea muchas veces, variando sólo las palabras. Esforzaos en dar algo nuevo en cada sentencia. No estéis martillando siempre sobre el mismo clavo: vuestra Biblia es grande, y debéis procurar que vuestros oyentes disfruten de ella en toda su extensión. No penséis que estáis obligados siempre que prediquéis, a dar un resumen completo de teología, ni un digesto formal de doctrinas a semejanza del Dr. Gilí. No se entienda por esto que trato de menospreciar de ninguna manera a este famoso teólogo: quiero significar solamente que si bien su método es muy bueno para un cuerpo de verdades cristianas, o para un comentario, no lo es para un sermón.

Conozco a un ministro cuyos sermones impresos parecen un compendio de teología, y son mucho más a propósito por lo mismo, para una clase teológica, que para un pulpito, lo cual hace como es natural, que fastidien a los que los oyen. Nuestros oyentes no quieren únicamente los huesos de una definición, sino la carne y el sabor de las doctrinas. Las definiciones y las distinciones teológicas son útiles, pero cuando componen la parte principal de un sermón, nos recuerdan a aquel joven cuya predicación consistía en varias distinciones muy interesantes. Después del culto, dijo un diácono anciano que el predicador había omitido una distinción, a saber, la diferencia que hay entre la carne y los huesos. Si los predicadores no observan esta distinción, todas las otras que hagan de nada servirán.

Para cautivar la atención de vuestro auditorio, cuidaos de sermones demasiado largos. Cierto predicador anciano solía decir a un joven que predicaba una hora entera: "Mi querido amigo, para mí es indiferente el asunto acerca del cual quieras predicar, pero desearía yo que predicaras como 40 minutos a lo más." Muy rara vez nos conviene pasar de este límite de 40 minutos, o de tres cuartos de hora cuando más. Si un hombre no puede decir en ese tiempo todo lo que tiene que decir, ¿hasta cuándo lo haría? Hay algunos que se disculpan de predicar largamente, diciendo que quieren "hacer justicia a su asunto." Bien; pero ¿no deben hacer también justicia a sus oyentes, o por lo menos, tener un poco de compasión de ellos y no detenerlos tanto tiempo? El asunto nunca se quejará de vosotros, pero el auditorio sí. En algunos lugares del campo,

especialmente en la tarde, hay campesinos que tienen que ordeñar sus vacas. Recuerdo que uno de éstos se quejó amargamente de un joven de este colegio, si no me equivoco, en estas palabras: "Señor, debía él haber terminado el culto a las cuatro, pero siguió hasta las cuatro y media, y mientras, todas mis vacas estaban sin ordeñar. ¿Qué le habría parecido esto, si hubiera sido vaca?" Tenía aquel hermano mucha razón para hacerme tal pregunta. La sociedad protectora de animales debía haber acusado a ese joven. ¿Cómo puede un campesino, preocupado con lo relativo a sus vacas, atender a un sermón con provecho? Bien puede suceder también que una madre esté inquieta durante los diez minutos que pasen de lo que ordinariamente debe durar un sermón, temiendo que su hijito llore en la casa,, o que se apague la lumbre, y así no podrá prestar una atención fija al sermón, y no lo hará. Estáis deteniéndola diez minutos más de lo que ella esperaba, y no podrá menos de considerar esa demora como una injusticia por parte vuestra. Hay una especie de convenio moral celebrado tácticamente entre vosotros y vuestra congregación, según el cual os halláis comprometidos a no detenerla más de una hora y media, y si pasáis de este límite, equivale eso a la infracción de un tratado, y a una falta práctica de honradez, cosas de que no debéis ser culpables". La brevedad es una virtud que se halla al alcance de todos nosotros: no perdamos la oportunidad de apropiarnos el crédito que de ella resulta. Si me preguntáis cómo podréis abreviar vuestros sermones, os contestará que estudiándolos mejor. Emplead más tiempo en el escritorio, para que necesitéis menos en el pulpito. Predicamos siempre más tiempo cuando tenemos menos que decir. Un predicador que tiene su sermón bien preparado, rara vez pasará de los 40 minutos; si tiene menos que decir, continuara por otros diez; y cuando no tiene nada preparado, necesitará por lo menos una hora. Atended a estas cosas de menor importancia, al parecer, pero bien observadas, os pondrán en aptitud de cautivar la atención ae vuestro auditorio.

Si queréis tener siempre la más fiel atención de vuestros oyentes, se puede eso conseguir sólo por medio del Espíritu Santo que es quien da un estado elevado y devoto de alma. Si las personas que forman vuestra grey, son dóciles, piadosas, enérgicas y sinceras, se reunirán en la casa de Dios con el simple propósito de buscar la bendición del Espíritu Santo. Tomarán sus respectivos asientos rogando a Dios que les hable por medio del predicador; recibirán cada una de sus palabras con la mayor atención, y no se cansarán. Tendrán apetencia del Evangelio, conociendo bien la dulzura del maná celestial, y estarán ansiosas por recoger su parte correspondiente. Nadie puede tener una congregación mejor que la mía, por lo que toca a este punto. A la verdad, aquellos oyentes que mejor conocen al predicador, son los que generalmente le prestan la mejor atención. Si escuchasen a otro predicador animados de esa misma disposición, tengo la creencia de que casi todos los oradores quedarían satisfechos. El predicador nuevamente instalado en su encargo, no puede esperar con razón, que su auditorio le preste aquella atención seria y fija que por lo general sólo se concede a los ministros a quienes se tienen como padres que se mueven entre sus propios hijos que son estimados en mucho por mil recuerdos preciosos, y honrados por su edad y su experiencia. Toda nuestra vida debe ser tal, que haga más significativas nuestras palabras, para que en los años subsiguientes podamos aprovechar la elocuencia irresistible de un carácter bien establecido, y cautivar así no tan sólo la atención, sino el respeto más cariñoso de nuestro rebaño. Si mediante nuestras oraciones, nuestras lágrimas y nuestro trabajo, se hace nuestro auditorio de un espíritu sano, no habrá razón alguna para temer que perdamos su atención. Una congregación hambrienta de justicia, y un ministro deseoso de alimentar sus almas, obrarán en la más perfecta armonía mutuamente, cuando se trate de la Palabra de Dios como tema común.

Si necesitarais de otra cosa para cautivar la atención, os diría yo: tened interés vosotros, y podréis interesar a vuestros oyentes. Hay en estas palabras algo más de lo que parece a primera vista, y por eso haré uso de la costumbre de repetir, que acabo de condenar, y repetiré mi observación: tened interés vosotros, y podréis interesar a vuestro auditorio. Debe tener tanta importancia vuestro asunto en vuestro propio concepto, que os sintáis movidos a emplear todas vuestras más nobles facultades, en la presentación de él; y entonces, cuando vuestros oyentes pueden ver que el asunto se ha apoderado de vosotros, los cautivará a ellos poco a poco. ¿Os parece a vosotros extraño que la gente no atienda a un hombre que siente que no tiene nada de importancia que decir? ¿Os causa sorpresa que no escuchen los oyentes con una atención fija, cuando un hombre no les habla con todo su corazón? ¿Os admira que sus pensamientos se ocupen de asuntos reales para ellos, cuando encuentran que el predicador está malgastando el tiempo tratando de asuntos que no tienen para él más importancia de la que tendrían si fueran ficciones?

Romaine decía que era conveniente conocer el arte de predicar, pero que era una cosa infinitamente mejor, saber predicar con todo el corazón; y esta observación es de mucho peso. Para cultivar la atención, es indispensable predicar con toda la energía del corazón y del alma, como si el predicador estuviera abogando por la vida misma de su auditorio. Al mismo tiempo, no podéis retener la atención fija de una congregación por la mera energía, si no tenéis nada que decirle digno de oírse. La gente no se estará siempre en sus puertas, para oír a un hombre tocar un tambor: saldrá al principio para ver lo que está haciendo, pero cuando vea que hay mucho ruido que no sirve de nada, cerrará la puerta con violencia y volverá a entrar en su casa como si dijera: "Usted nos ha engañado y eso no nos agrada." Tened algo que decir, y decidlo con energía, y la congregación os prestará la más fiel atención.

Tal vez sería superfluo decir que para la mayoría de nuestros oyentes, es conveniente que haya un número considerable de símiles en nuestros discursos. Esto nos lo enseña el ejemplo de nuestro Señor; y casi todos los predicadores más notables han empleado muchos símiles, muchas metáforas, alegorías y anécdotas. No hagáis esto, sin embargo, en grado excesivo. Hace poco leí el diario de una señora alemana que se había convertido del luteranismo a nuestra fe, y hablando de cierta aldea en que vivía, dice: "Hay aquí un culto misionero, y algunos jóvenes vienen con frecuencia a predicarnos. No quiero quejarme de ellos; pero la verdad es que nos cuentan muchas historias muy bonitas, y no me parece que hay mucho de provecho en lo que dicen. Además de esto, he oído muchas de sus anécdotas otras veces, y de consiguiente, no me interesan tanto como lo haría alguna buena doctrina sacada de la Biblia."

No cabe duda en que ha de haber muchos que piensen lo mismo. "Las historietas bonitas," son buenas, pero nunca debemos confiar en ellas como si fueran los atractivos principales de nuestros sermones. A más de esto, tened cuidado de no referir algunas de estas anécdotas cuya oportunidad ha pa-sadj ya, puesto que han sido repetidas tantas veces, que han perdido todo su valor. Yo mismo he oído muchas de ellas con tanta frecuencia, que bien podría reproducirlas, pero de nada servirla el hacerlo. Librémonos y libremos a nuestros oyentes también de fastidiosas narraciones. Nos dan asco las chanzas gastadas cuando los chanceros las gastan como si fuesen originales, y producen un efecto semejante en nuestro ánimo, las anécdotas que eran bien conocidas aun de nuestros bisabuelos. Cuidaos así mismo de aquellas compilaciones muy comunes y populares de símiles que se encuentran en las manos de cualquier instructor en las escuelas dominicales, puesto que nadie os agradecerá la repetición de lo que ya es muy familiar a

todos. Si queréis hacer uso de anécdotas, que sean nuevas y originales: tened abiertos los ojos, y recoged flores de las huertas y del campo con vuestras propias manos: ellas serán mucho más agradables que las muestras marchitas tomadas de los ramilletes ajenos, por hermosas que hayan podido ser en su tiempo. Comprobad vuestras ideas abundante y propiamente, pero no tanto con parábolas sacadas de fuentes ajenas, como con símiles sugeridos por el asunto mismo de que se trate. Empero no penséis que la comprobación es el todo: es sólo la ventana; y ¿de qué sirve la luz que entre por ella, si no tenéis nada que pueda alumbrar? Adornad bien vuestros platos, pero recordad que la cosa principal no es el adorno, sino los manjares. Es menester que se dé una verdadera instrucción y que se enseñen doctrinas sólidas; de otro modo, se fastidiarán vuestros oyentes con las figuras empleadas y reclamarán el alimento espiritual.

Cultivad, al preparar vuestros sermones, lo que el Padre Taylor llama "El don de sorprender." Es muy útil esto para cautivar la atención. No digáis lo que todos esperan. Evitad rutinas en el modo de formar las oraciones. Si habéis dicho una vez "la salvación es sólo por la gracia," no agreguéis siempre, "y no por mérito humano," sino variad la forma y decid: "la salvación es sólo por la gracia; la justificación propia no puede ser admitida." Me temo no poder recordar bien una de las oraciones del Sr. Taylor, pero era parecida a esto: "Algunos de vosotros no adelantáis en la vida divina, porque progresáis un poco y entonces volvéis atrás, a semejanza de un buque afectado en un río por la marea, que flota siguiendo la corriente sólo a cierta distancia, y vuelve a ser llevado atrás cuando la corriente retrocede. Así vosotros adelantáis bien por algún tiempo, más después repentinamente" —¿qué dijo? —"Os amarráis en alguna cala cenagosa." El mismo nos pronunció un discurso a este efecto, diciéndonos que estaba bien seguro de que si sus oyentes se convirtieran de corazón, andarían rectamente e impedirían que su ganado destruyera los campos de sus vecinos. El uso prudente de este sistema de sorpresas, conservará a un auditorio en un estado de expectación propia. Hace un año estuve en la plaza de Mentone, por el mar Mediterráneo. Subían y bajaban las olas muellemente, porque allá hay muy poca marea si es que hay alguna, y no se sentía el menor viento. Las olas se acercaban lánguidamente una tras otra, y no hice caso de ellas aunque estaban muy cerca de mis pies. Repentinamente, como si estuviera el mar arrebatado de alguna nueva pasión, hizo subir una oleada muy grande, que me mojó por completo. Aunque estaba yo quieto, ya os supondréis que me paré muy de prisa y dejé de soñar. Dije con este motivo a un hermano ministro que me acompañaba: "Esto nos enseña como debemos predicar: para despertar a la gente, es necesario sorprenderla presentándole algo inesperado." Hermanos, coged desprevenido el ánimo de vuestro auditorio. Que vuestro rayo caiga de un firmamento sereno. Que la tempestad estalle cuando todo esté en silencio y calma, y así por el contraste, sus terrores harán la mayor impresión en los oyentes. Empero, tened presente que todo esto no os servirá de nada si dormís vosotros mientras estáis predicando. ¿Es posible esto? ¡Oh1 ¿posible? Se ve todos los domingos. Muchos ministros están más que medio, dormidos durante toda su predicación; y se puede decir más todavía respecto de ellos: nunca han estado despiertos en ningún tiempo, y nunca lo estarán probablemente, a no ser que se descargue cerca de su oído un cañón. Sus discursos consisten principalmente en frases insulsas, expresiones fastidiosas y repeticiones estériles, y después de esto, se admiran de que sus oyentes tengan sueño. Para mí no es eso extraño.

Un medio muy eficaz para cautivar la atención de nuestro auditorio, es el de hacer una pausa. Llamad riendas de vez en cuando, y los pasajeros de vuestro coche despertarán. El molinero se abandona al sueño mientras giran las ruedas del molino; pero si por alguna razón éstas se paran

aquel despierta luego y exclama: ¿Qué ha sucedido?—En el verano, cuando el aire es muy pesado y todos propenden a dormir, predicad un sermón corto, cantad más himnos que de costumbre, o pedid a uno o dos hermanos que ofrezcan una oración. Cierto ministro que notaba que todos sus oyentes tenían sueño, se sentó y dijo: "Veía yo que todos vosotros descansabais, y me pareció bien hacer lo mismo." Andrés Fuller apenas había comenzado a predicar en cierta ocasión cuando notó que el auditorio se abandonaba al sueño: entonces dijo: "Amigos, amigos, amigos, esto no puede ser. A veces he pensado que teníais sueño por alguna falta mía, pero ahora veo que estás dormidos antes que haya comenzado yo, y la culpa debe ser vuestra. Macedme el favor de despertar y de permitirme así que os haga algún bien." De modo semejante debéis obrar. Sabed hacer pausas. Estudiad el modo de interponer en vuestros sermones paréntesis excitantes de silencio. El habla es de plata, pero el silencio es de oro cuando los oyentes no están atentos. Seguid adelante, adelante, presentando pensamientos fastidiosos, con una voz monótona, y así meceréis la cuna y provocaréis un sueño más profundo que nunca; pero haced parar repentinamente la cuna, y huirá el sueño.

Os sugiero también que para cautivar la atención y retenerla durante todo el discurso, es menester hacer creer al auditorio que puede tener un interés profundo en lo que estamos diciéndole. Este es, en efecto, un punto esencial, puesto que nadie dormirá si está esperando oír algo de provecho propio. He oído decir algunas cosas muy extrañas, pero nunca hasta ahora he oído hablar de un hombre que se duerma al dársele lectura a un testamento del cual esperaba recibir un legado; ni he oído decir que un acusado dé cabida al sueño mientras el juez se dispone a fallar y su vida está en peligro. Un interés personal conduce a la mayor atención. Predicad sobre asuntos prácticos, urgentes, actuales, personales, y se os prestará una atención muy seria.
Sería conveniente evitar, a todo trance, que el cuidador del templo anduviera componiendo el aparato de gas, o las luces, o repartiendo los platillos para la colecta, o abriendo las ventanas, mientras estáis predicando. El que los diáconos y los cuidadores del templo recorran el local durante el sermón, es una tortura que nunca se debe sufrir con paciencia; al contrario, debemos pedirles con urbanidad, pero terminantemente, que suspendan sus paseos hasta que acabemos de predicar.

Es menester también que pongamos un remedio con mucha prudencia y finura, apelando a la razón y a los sentimientos de nuestros oyentes, a la costumbre de asistir tarde a los cultos. Estoy bien seguro que el diablo ha metido en la congregación mi ojos disturbios que nos excitan los nervios y distraen nuestra atención: el cerrar una puerta con violencia, la caída repentina de un bastón en el suelo, el llanto de un niño u otras cosas por el estilo, son medios eficaces en manos de Satanás, para impedirnos seguir en nuestra predicación, y esto nos autoriza a pedir a nuestros oyentes, que no permitan semejante clase de interrupciones.

Os di al principio una regla valiosa para cautivar la atención de vuestro auditorio, a saber, la de que debe decírsele siempre algo de provecho. Ahora voy a daros otra de mayor interés todavía y con esta concluiré: vestíos con el Espíritu de Dios. Haced esto, y no os será necesario ocuparos de la atención, ni de la falta de ella. Venid directamente del aposento alto después de haberos comunicado allá con Dios, y hablad de todo corazón a los hombres en nombre de Dios para que sean salvos, y no podréis menos de influir en ellos en gran manera. Tendréis, por decirlo así, cadenas de oro en vuestra boca, con las cuales los retendréis. Cuando Dios habla, los hombres deben escucharlo, y aunque les hable por medio de un instrumento tan débil como lo es el

hombre, la majestad de la verdad los compelerá a atender. Vuestra confianza debe apoyarse en el poder sobrenatural. Os aconsejo que busquéis la perfección en la oratoria, que adquiráis toda clase de conocimientos, que hagáis vuestros sermones tan perfectos mental y retóricamente, como os sea posible. (No podéis hacer menos en una vocación tan santa como lo es la vuestra); pero después de todo, debéis recordar siempre que "no con ejército ni con fuerza," son regenerados y santificados los hombres, sino "con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos." ¿No habéis tenido a veces, la conciencia personal de estar vestidos de celo como de un manto, y de estar llenos por completo del Espíritu de Dios? Entonces es natural que hayáis tenido un auditorio atento y al poco tiempo creyente; pero si no estáis así dotados de poder de lo alto, seréis para vuestros oyentes sólo como un músico que toca un buen instrumento, o que canta una canción armoniosa con clara voz, que llega al oído pero no al corazón. Si no tocáis éste, se cansará muy pronto el oído. Vestíos, pues, del poder del Espíritu de Dios, y predicad a los hombres teniendo presente que pronto tendrán que dar cuenta, y que desean que ésta no sea triste para su pueblo, ni funesta para ellos mismos, sino que sea para la gloria de Dios. Hermanos, que el Señor os acompañe cuando salgáis en su nombre con el fin de decir al pueblo: "El que tiene oído, oiga lo que dice el Espíritu."

***

PLATICA X.
El Don de Hablar Espontáneamente

No vamos a tratar la cuestión de si los sermones deberán ser escritos y leídos, o escritos, aprendidos de memoria y reproducidos; o si sería mejor prescindir por completo de apuntes. No nos ocuparemos de ninguno de estos asuntos, si no es de un modo incidental, y pasaremos a considerar el don de hablar espontáneamente, en su forma verdadera y pura, es decir, el habla improvisada, lo que se profiere sin preparación especial, sin notas o pensamientos sugeridos, momentos antes de predicar.

Mi primera observación es que *no recomendaría a nadie que comenzara a predicar de esta manera, por regla general.* Si así lo hiciera, mi opinión es que tendría el mejor éxito en la empresa de dejar vacío su templo: se pondría de manifiesto de ese modo, con toda claridad, su don de ahuyentar a la gente. Los pensamientos repentinos que proceden de la mente sin previo estudio, sin haberse investigado los asuntos tratados, deben ser muy inferiores, aun cuando los hombres más inteligentes los profieran; y puesto que ninguno de nosotros se atrevería a glorificarse a si mismo como hombre de genio, o como una maravilla de erudición, mucho me temo que nuestros pensamientos impremeditados sobre la mayoría de asuntos, no fuesen dignos de una atención muy fiel. Sólo un ministerio instructivo puede retener a una congregación en pleno número; el mero hecho de emplear el tiempo en la oratoria, no bastará. En todas partes los hombres nos exigen que les demos alimentos, alimentos verdaderos. Los religiosos modernos cuyo culto público consiste en la palabrería de cualquier hermano que tenga a bien pararse y hablar, van ya disminuyendo, y acabarán por dejar de existir y esto, a pesar de los atractivos halagadores que presentan a los ignorantes y locuaces, porque aun los hombres más violentos y extravagantes en sus opiniones, y cuya idea de la intención del Espíritu es que cada miembro del cuerpo debe ser una boca, se fastidian muy pronto de oír los disparates de otros, por más que les guste mucho proferir los suyos. La mayoría de la gente buena se cansa bien pronto de una ignorancia tan insulsa, y vuelven a las iglesias de las cuales se separaron, o mejor dicho, volverían si pudieran hallar en ellas buena predicación. Aun el Cuaquerismo, con todas sus

excelencias, apenas ha podido sobrevivir a la pobreza de pensamiento y de doctrina manifestada en muchas de sus asambleas por oradores improvisados. El método de hablar sin previa preparación, ha salido completamente malo en la práctica, y es esencialmente defectuoso. El Espíritu Santo nunca ha prometido suministrar alimento espiritual a los santos por medio de ministros que improvisan. El nunca hará por nosotros lo que podemos hacer por nuestras propias fuerzas. Si podemos estudiar y no lo hacemos; si la Iglesia puede tener ministros estudiosos y no los tiene, no nos asiste el derecho de esperar que un agente divino supla las faltas que dimanan de nuestra ociosidad o extravagancia. El Dios próvido ha prometido dar de comer a su pueblo alimento material; pero si nos reuniéramos a un banquete sin haber dispuesto algún platillo, confiando todos en el Señor que ofreció dar alimento en tiempo oportuno, el convite no seria de lo más satisfactorio, sino que nuestra necedad seria castigada dejándonos con hambre; y una cosa análoga pasa con los banquetes espirituales que dependen de sermones improvisados, con la diferencia de que los receptáculos espirituales de los hombres, no tienen tanta influencia oratoria como sus estómagos. Hermanos, no intentéis, por regla general, conformaros a un sistema de cosas que se ha manifestado tan generalmente infructuoso, que las pocas excepciones que en él pueda haber, sirven sólo para probar lo defectuoso que es. Toda clase de sermones deben ser considerados y preparados bien por el predicador; y cada ministro, pidiendo luces al cielo, debe entrar plenamente en su asunto, empleando todas sus facultades mentales, hasta donde le sea posible, en pensar con originalidad, después de haber recogido cuantos Informes se hallen a su alcance. Considerando el asunto de que quiera tratar bajo todos sus aspectos, el predicador debe elaborarlo, rumiándolo, digámoslo así, y dirigiéndolo. Habiéndose alimentado primero a sí mismo con la Palabra, debe preparar un nutrimento semejante para los demás. Nuestros sermones deben ser como la sangre de nuestra vida mental, la comunicación de nuestro vigor Intelectual y espiritual; o cambiando de figura, deben ser diamantes bien cortados y engastados, es decir preciosos intrínsecamente, y llevando además las marcas del trabajo artístico mejor. Dios nos libre de ofrecer al Señor lo que no nos cueste nada. Os recomiendo a todos vosotros que evitéis la costumbre de leer vuestros sermones; pero os aconsejo que como un ejercicio muy provechoso, y como un gran auxilio para conseguir el don de improvisar, escribáis muchos de ellos. No se exige este ejercicio tanto a los que escribimos mucho para la prensa, etcétera; pero si no hacéis uso de la pluma de otra manera, debéis escribir a lo menos, algunos de vuestros sermones, y revisarlos con mucho cuidado. Dejadlos en la casa después, pero siempre escribidlos para que así no contraigáis la costumbre de usar un estilo desaliñado. El Sr. Bautain, en su admirable obra sobre *el hablar espontáneamente* dice: "Nunca seréis capaces de hablar con propiedad en público, a no ser que adquiráis tal dominio sobre vuestros propios pensamientos, que podáis descomponerlos en sus varías partes y analizarlos en sus elementos, y después, cuando os sea necesario, recomponerlos, reunirlos y consagrarlos de nuevo siguiendo un método sintético. Bien, este análisis de la idea que la muestra por decirlo así, a los ojos de la mente, se efectúa bien sólo escribiéndola. La pluma es el escalpelo que diseca los pensamientos, y nunca podréis discernir con toda claridad, todo lo que se contiene en un concepto, ni lograr entender su verdadera extensión, si no escribís lo que veis mentalmente. Sólo haciéndolo así, podréis entenderos a vosotros mismos y lograr ser entendidos por vuestro auditorio."

No recomiendo la costumbre de aprender sermones de memoria y de reproducirlos, porque este es un ejercicio fastidioso de una facultad inferior de la mente, y un descuido de otras virtudes superiores. El plan más útil y recomendable, es que proveáis vuestra mente de pensamientos relativos al asunto del discurso, y que después los expreséis con las palabras propias que se os

sugieran en el momento de predicar. Esta clase de predicación no es extemporánea: las palabras, si, y en mi concepto ellas deben serlo; pero los pensamientos son el resultado de mucho escudriñamiento y estudio. Sólo las personas irreflexivas piensan que esto es fácil, pues lejos de ahí, es el modo más laborioso y eficiente de predicar y tiene sus propias excelencias de que ahora no puedo tratar especialmente, porque eso nos desviaría del punto principal de nuestra discusión.

Nuestro asunto es la facultad pura, no mezclada, de hablar espontáneamente, y a ésta volvamos ahora. Este talento es útil en extremo, y se puede adquirir por casi todos los ministros con un poco de trabajo. Hay algunos que lo poseen, pero se puede decir sin equivocarse, que tal don es raro. Los italianos que improvisaban en otro tiempo, poseían en tal grado el don de hablar espontáneamente, que sus versos improvisados sobre asuntos sugeridos al momento por los espectadores, muchas veces llegaban a centenares y aun a miles de líneas. Producían tragedias enteras tan espontáneamente, como los manantiales emiten agua; y versificaban media hora o aun una entera de seguida, sin preparación alguna, estimulados sin duda, muchas veces, por un poco de vino italiano. Sus obras impuras no pasan por regla general, de ser mediocres, y sin embargo, uno de ellos, Perfetti, ganó la corona de laurel que antes se había adjudicado solamente a Petrarca y a Tasso. Muchos de ellos producen en nuestros tiempos versos improvisados que están al nivel de las capacidades de sus oyentes, y que son escuchados con la mayor atención. Es probable que no podamos nosotros producir versos, ni es preciso que aspiremos a la facultad de hacerlo. Muchos de vosotros, a no dudarlo, habéis versificado algo: (y ¿quién de nosotros en momentos de debilidad, no lo ha hecho?) pero después dejamos lo que era propio de niños, a causa de que la prosa seria en que se trata de la vida y de la muerte, del cielo y del infierno, y de pecadores que perecen, nos exige todo nuestro pensamiento. El Sr. Wesley solía decir a sus compañeros: "No cantéis himnos compuestos por vosotros mismos." La costumbre de enunciar rimas de su propia composición, era muy común entre los teólogos de su tiempo. Es de esperar que ésta se haya extinguido ya por completo.

Muchos abogados poseen en alto grado el don de improvisar ¡Deben tener algunas virtudes! Hace pocas semanas que un hombre desgraciado fue acusado del horrible crimen de haber calumniado a un abogado. Fue fortuna para él que no hubiera sido yo su juez, puesto que si una falta tan estupenda y atroz se le hubiera probado, yo lo habría condenado a que fuese repreguntado por su acusador durante el periodo todo de su vida natural, esperando misericordiosamente que ésta fuese corta. Pero muchos de los señores del foro hablan con mucha facilidad, como podréis ver con toda claridad, tienen que improvisar hasta cierto grado, pues a veces no pueden prever el curso del argumento cuya evidencia se les exige, ni la disposición en que se halle el juez, ni los alegatos de la parte contraria. Por buena que hubiera sido la preparación de un asunto, deben surgir, y surgirán, algunos puntos cuya discusión necesitará un entendimiento muy vivo y una lengua muy fluida. A la verdad, he quedado sorprendido muchas veces observando las réplicas ingeniosas, perspicaces y del todo a propósito que los abogados han improvisado en nuestros jurados. Lo que un Licenciado puede hacer abogando por la causa de su cliente, debemos nosotros hacerlo al abogar por la causa de Dios. No debemos permitir que el foro sobresalga al pulpito. Con la ayuda de Dios seremos tan expertos en el uso de las armas intelectuales como cualquiera clase de hombres, sean éstos quienes fueren.

Ciertos miembros de la Cámara de los Comunes han ejercido con el mejor éxito el talento de hablar espontáneamente. Por lo general, entre las tareas de escuchar detenidamente, la más

fastidiosa es la de atender a uno de los oradores de la clase común que se encuentran en la Cámara de los Pares, o en la de los Comunes.

Cuando se haya abolido la pena capital, deberá proponerse que aquellos que sean culpables de homicidio, sean compelidos a escuchar a algunos de esos fastidiosos oradores parlamentarios. ¡Qué no lo permitan los miembros de la Real Sociedad Humanitaria! Sin embargo, algunos de los miembros de la Cámara pueden hablar espontáneamente y hacerlo muy bien. Me parece que algunos de los mejores discursos pronunciados por Juan Bright, Gladstone y Disraeli, eran lo que Southey llamaría *chorros del gran Geyser*, cuando aquel manantial se encuentra en plena actividad. Por supuesto que sus largas oraciones sobre el Presupuesto, o los proyectos de Reforma u otros asuntos, fueron elaborados lo más posible, por medio de una detenida reflexión; pero muchos de sus discursos más breves, han sido improvisados sin duda alguna, y sin embargo, han ejercido una influencia poderosa. ¿Lograrán los representantes de la nación, una destreza en hablar superior a la de los representantes de la corte del cielo? Hermanos, procurad este buen don, y esforzaos de todos modos en conseguirlo. Todos vosotros estáis convencidos de que esta habilidad debe ser un don inapreciable para un ministro. ¿Dice acaso alguno en voz baja: "¡Ojalá que yo poseyera este don, porque en tal caso no me seria necesario estudiar tan arduamente!" ¡Ah! entonces no debéis recibirlo: no sois dignos de tener tal facultad, ni aptos para apreciarla debidamente. Si buscáis este don como una almohada para una cabeza ociosa, caeréis en un gran equívoco, puesto que la posesión de este noble talento os exigirá mucho trabajo para aumentarlo, y aun para retenerlo. Es como la lámpara mágica de la fábula, que no brillaba si no se había limpiado bien, y que se hizo un mero globo oscuro luego que se dejó de limpiarla. Lo que el haragán desea movido por su ociosidad, es lo mismo que nosotros codiciamos movidos por las mejores razones.

Ocasionalmente se oye decir, o se lee, que algunos hombres se han comprometido por bravata, a predicar de improviso sobre cualquier texto que les sea sugerido al subir al pulpito. Una ostentación tan vanidosa, no deja de ser necia y casi profana. Sería tan propio el tener exhibiciones de truhanería en el día de descanso, como el permitir este charlatanismo. Se nos dieron nuestros talentos para otros usos mucho más elevados. Espero que nunca seréis culpables de semejante prostitución de vuestras facultades. Ciertas hazañas de elocuencia convienen bien a una sociedad de debates, pero en el ministerio cristiano son abominables, aun cuando sean practicadas por un hombre tan célebre como lo es Bossuet.

El don de improvisar es inapreciable, porque en caso urgente, pone al que lo posee en aptitud de hacerlo con propiedad bajo los impulsos del momento, y nada tiene de raro que se presenten tales exigencias. Suelen ocurrir aun en las asambleas mejor arregladas. Bien pueden algunos sucesos inesperados, cambiar por completo la dirección premeditada de nuestros pensamientos. Quizá veréis con toda claridad que el asunto escogido seria enteramente inoportuno, y en tal caso obraríais sabiamente tomando otro tema sin vacilar. Cuando se cierra un camino viejo, y no os queda otro remedio que el de preparar otro nuevo para vuestro carro, seréis lanzados fuera del pescante, y los pasajeros sufrirán grandes molestias, a no ser que sepáis llevar vuestros caballos por un terreno arado con tanta facilidad, como por una calzada empedrada a la macádam. Es una gran ventaja en una asamblea pública, después de haber oído los discursos de nuestros hermanos, que os parezcan demasiado frívolos, o tal vez pesados, poder sin hacer referencia alguna a ellos, contrariar con suavidad, el daño hecho, y sugerir al auditorio otros pensamientos más

provechosos. Bien puede ser de la mayor importancia este don, en las juntas de la iglesia, cuando se suscitan asuntos que es difícil prever. No han muerto todavía todos los alborotadores de Israel. Fueron apedreados Acán, su esposa y sus hijos, pero deben haber escapado algunos de su familia, puesto que se ha perpetuado, a no dudarlo, su raza, y es necesario tratarla prudente a la vez que vigorosamente. En algunas iglesias, ciertos hombres díscolos se levantarán y hablarán. y cuando lo haya hecho, será conveniente que el pastor replique pronta y convincentemente para que no queden malas impresiones. Un pastor que va a la junta de la iglesia animado del espíritu de su Maestro, confiado en que podrá, con la ayuda del Espíritu Santo, contestar a cualquier espíritu indócil, estará tranquilo, conservará su serenidad, crecerá constantemente la estimación de sus feligreses, y tendrá en paz a su congregación; pero un ministro desprevenido, se verá perplejo, probablemente se encolerizará, se comprometerá, y heredará un mundo de disgustos. A más de esto, bien puede suceder que sin previo aviso se le exija a un ministro que predique, ya por que no llegue el predicador esperado, o por que éste se enferme; o en una asamblea publica, bien puede uno también recibir el impulso de hablar, por más que hubiera resuelto permanecer en silencio: en fin, es fácil que se presenten exigencias por el estilo en cualquier forma de ejercicios religiosos, las cuales hagan el don de improvisar tan precioso como lo es el oro de Ophir.

Que es pues de valor, tal don, nadie lo puede negar; mas ¿cómo puede obtenerse? Esta pregunta me sugiere la observación de que *algunos nunca lo conseguirán.* Debe tenerse una aptitud natural para hacer una improvisación, así como para el arte patético. Un poeta nace; no se hace.

"El arte puede desarrollar y perfeccionar el talento de un orador, pero no puede producirlo." Todas las reglas de la retórica, y todos los artificios de la oratoria son insuficientes para hacer a un hombre elocuente: la elocuencia es un don que nos viene del Cielo, y aquel a quien ésta se niega, nunca podrá obtenerla. Este "don de improvisar," como puede llamársele, nace con algunas gentes, heredado probablemente de la madre. A otros les ha sido negado semejante don: la mala conformación de sus órganos vocales, y lo que es más, la mala conformación de su cerebro, nunca les permitirá hablar con fluidez y facilidad. Podrán quizá no distinguirse por su tartamudeo, y no exagerar su lentitud al hablar sobre verdades obvias, pero nunca serán improvisadores a menos que rivalicen con Matusalén en edad, y quizá entonces, a ser ciertas las teorías de Darwin que hacen descender de una ostra al arzobispo de Canterbury, podrían progresar en términos que al fin fueran oradores. Si algún hermano carece de ese don natural de la oratoria, quizá pudiera elevarse en cualquier otro sentido, hay hombres organizados para hablar bien, así como hay pájaros que lo están para cantar bien; abejas para elaborar miel, y castores para edificar bien. Como decía M. Bautain.

SI un hombre quisiere hablar sin tener que estudiar en el momento de hacerlo, debe por costumbre ser asiduo en el estudio. Quizá esto parezca una paradoja, pero nada hay más sencillo que su explicación. Si yo soy molinero y me traen un costal a mi casa pidiéndome que lo llene de buena harina a los cinco minutos, del único modo que podría yo hacerlo, seria teniendo mi harinero siempre lleno, a fin de poder en el acto abrir la boca del costal, llenarlo y entregarlo. No me pondría a moler en ese instante, pues si así lo hiciera, me seria difícil hacer la entrega con oportunidad, sino que habría estado moliendo antes para tener así lista la harina con que obsequiar el pedido de mi parroquiano. Así, hermanos, debéis emplearos constantemente en moler, o nunca tendréis harina. Jamás podréis expresar de improviso buenos pensamientos, a menos que hayáis adquirido la costumbre de pensar y nutrir vuestro espíritu con alimentos sanos y

abundantes. Trabajad afanosamente en todos los momentos de que podáis disponer. Atesorad en vuestros espíritus copiosas provisiones, y entonces, a modo de los comerciantes que poseen almacenes bien surtidos, tendréis efectos listos para vuestros parroquianos; y una vez arreglados en los estantes de vuestro entendimiento, podréis disponer de ellos a cualquiera hora sin imponeros el engorroso trabajo de ir al mercado, arreglarlos, doblarlos y prepararlos. No creo que haya nadie que pueda tener buen éxito en conservar siempre listo el don de hablar de improviso, si no es imponiéndose un trabajo mayor del que ordinariamente se echan a cuestas los que escriben y aprenden de memoria, sus discursos. Tened como regla sin excepción, de que para que una cosa pueda desbordarse, necesita antes rebosar.

La reunión de un caudal de ideas y de expresiones, es cosa útil en extremo.-Hay riqueza y pobreza en las unas y en las otras. El que ha adquirido vastos conocimientos, los tiene bien arreglados, perfectamente comprendidos, y está íntimamente familiarizado con ellos, podía a semejanza de algún príncipe de riquezas fabulosas, regar el oro a diestra y a siniestra entre la multitud. A vosotros, señores, os será indispensable relacionaros estrechamente con la Palabra de Dios, con la vida interior espiritual, y con los grandes problemas del tiempo y la eternidad. *De la abundancia del corazón habla la boca.* Acostumbraos a meditaciones celestes; escudriñad las Escrituras; deleitaos en la ley del Señor, y no temáis al hablar de cosas que habéis saboreado y con las cuales habéis estado en contacto, es decir, de las buenas nuevas que da Dios. Bien puede suceder que algunos sean tardos en el hablar, al discutir asuntos que se hallen fuera de su experiencia; pero vosotros, movidos por un ardiente amor hacia el Rey, y viviendo en tierna intimidad con él, hallaréis que vuestro corazón os dicta con elocuencia, y que vuestra lengua será como la pluma de los diestros amanuenses. Llegaos a las raíces de las verdades espirituales por medio de un conocimiento experimental de las mismas, y de ese modo podréis exponerlas con facilidad a los demás. La ignorancia de la teología no es cosa rara en nuestros púlpitos, y deberla sorprendernos no el hecho de que haya tan pocos que puedan hacer una buena improvisación, sino el que hubiera muchos capaces de ello, siendo así que los teólogos se hallan tan escasos. Nunca tendremos grandes predicadores, sino hasta que tengamos grandes teólogos. Así como no puede construirse un buque de guerra de un pobre arbusto, tampoco podrán formarse predicadores idóneos de estudiantes superficiales. Si queréis ser fluentes, es decir, desbordaros, llenaos de toda clase de conocimientos, y con especialidad, del conocimiento de Cristo vuestro Señor.

Hicimos antes notar que un caudal de expresiones seria también cosa muy útil a un improvisador; y en efecto, un rico vocabulario es inferior sólo a un buen acopio de ideas. Las bellezas del lenguaje, las elegancias del discurso, y sobre todo, un buen acopio de frases correctas y persuasivas, son cosas que deben escogerse, recordarse y ser imitada en su oportunidad. No os quiero decir con esto que andéis cargando un lapicero de oro y apuntéis todas las palabras sonoras que halléis en vuestras lecturas, para usarlas en vuestro próximo sermón; sino que os hagáis cargo del significado de las palabras para que podáis estimar la fuerza de un sinónimo, juzgar del ritmo de una frase, y apreciar el valor de un expletivo. Debéis dominar el lenguaje, es decir, enseñorearos de las palabras, a fin de que éstas sean vuestros rayos o vuestras gotas de miel. Los meros recogedores de palabras, no son otra cosa que meros acaparadores de conchas de ostras, de vainas de frijol y cáscaras de manzana; pero para el hombre de sólida instrucción y profundos pensamientos, las palabras son canastillas de plata en que ofrecen sus

manzanas de oro. Tened esto presente, y procuraos un buen tiro de palabras con que hacer andar el carro de vuestros pensamientos.

Yo creo Igualmente que un hombre que desee hablar bien de improviso, debe cuidar de elegir un asunto que le sea bien conocido. Este es el punto principal. Desde que estoy en Londres, llevando la mira de adquirir la costumbre de hablar de improviso, nunca he estudiado o preparado algo para decirlo en nuestras juntas de oración que se efectúan los lunes en las noches. No he hecho más que aprovechar la oportunidad que en ellas se me presenta, para exhortar del modo más conveniente a mi auditorio; pero habréis podido observar que en semejantes ocasiones nunca escojo asuntos de difícil oposición, o temas que con dificultad se puedan entender, sino que sencillamente limito a pláticas familiares, por decirlo así, basadas en los elementos de nuestra fe. Una vez ya de pie en reuniones de esa clase, el entendimiento de uno hace una revista preguntándose a sí mismo: "¿Qué asunto ha ocupado de preferencia mi pensamiento durante el día? ¿Qué de notable he encontrado en mis lecturas durante la semana que acaba de pasar? ¿Qué impresiona más mi corazón en este momento? ¿Qué se sugiere por los himnos y las oraciones?" Seria inútil pararse ante una congregación con la esperanza de ser inspirado acerca de asuntos que completamente se ignoran: si os halláis tan desprevenidos, el resultado será que como nada sabéis, tendréis probablemente que acabar por confesarlo, y el auditorio no será edificado. Pero no veo qué razón haya para que un hombre no pueda hablar sin previa preparación sobre un asunto que le sea familiar cualquier comerciante bien versado en los negocios propios de su giro, podría explicárselos sin necesidad de ponerse a meditar sobre ellos y es indudable, por lo que a nosotros hace, que debemos estar igualmente familiarizados con el uso esencial de principios de nuestra santa fe. Seria ridículo que nos sintiéramos perplejos al ser invitados a hablar sobre asuntos que constituyen el pan cotidiano de nuestras almas. No veo tampoco qué resultaría en tal caso, de ponerse a escribir antes de hablar, pues que al proceder así, se tendría que improvisar lo que se escribe, y una escritura improvisada es probablemente más débil aun que un discurso pronunciado de igual manera. La ventaja de la escritura consiste en que se presta para una cuidadosa revisión; pero como los buenos escritos pueden expresar sus pensamientos correctamente desde un principio, se infiere que también pueden ser buenos oradores. El pensamiento de un hombre que se halla en pie, hablando sobre un tema que le sea familiar, puede alejarse mucho de su punto de partida, pero será siempre la crema de sus meditaciones puestas en efervescencia por el calor de su corazón. Este, habiendo estudiado antes bien el asunto, aunque no en ese momento, puede desarrollarlo con mucha propiedad; mientras que otro sentándose a escribir, podrá sólo estampar en el papel sus primeras ideas que quizá sean insípidas y vagas.

No esperéis hallaros expeditos para efectuar lo que intentáis, a menos que previamente hayáis estudiado el tema: esta paradoja es un consejo sugerido por la prudencia. Recuerdo haberme visto sujeto a una prueba difícil en una ocasión, y no sé como habría salido del aprieto en que me vi, si no hubiera estado medianamente práctico en la improvisación. Fue el caso que se me esperaba para que predicara en cierto templo, en donde se había reunido una numerosa congregación; y no habiendo podido llegar a tiempo con motivo de haber encontrado algún tropiezo el tren en que yo caminaba, fue otro ministro a ocupar el lugar que me correspondía, y cuando al fin llegué, sin aliento de tanto correr, él estaba ya predicando un sermón. Viéndome aparecer en la puerta y penetrar en la nave, se detuvo y dijo: "Hélo ahí;" y mirándome agregó: "os cedo este lugar, venid y terminad el sermón." Le pregunté como era natural, cuál era el texto y hasta dónde había hablado sobre él, y me contestó cual era, advirtiéndome que había desarrollado su primera parte.

Sin titubear yo en lo más mínimo, proseguí el discurso partiendo del punto en que había quedado y terminé el sermón. Debo decir que me avergonzaría de alguno de los que aquí se hallan presentes, que no hubiera podido hacer lo mismo, en vista de que las circunstancias especiales del caso hicieron esa tarea fácil en extremo. En primer lugar, el ministro era mi abuelo; y enseguida, el texto era: "Por gracia sois salvos, por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios." Tendría que haber sido un animal más estúpido que aquel en que cabalgaba Balaam, el que colocado en semejante situación no hubiera podido hablar. "Por gracia sois salvos:" Se había hablado ya sobre esto indicando cual era el origen de la salvación; pues bien, ¿quién no habría podido seguir, describiendo la cláusula siguiente, *por la fe,* como *el canal.* No se necesita estudiar mucho para patentizar que recibimos la salvación por la fe. Recuerdo también que en esa vez, tuve que sufrir otra prueba, que consistió en que cuando yo había avanzado un poco y me sentía entusiasmado con mi trabajo, una mano me dio golpecitos en la espalda en señal de aprobación, y una voz me dijo: "muy bien; muy bien: repetidles lo que acabáis de decir, para que no lo olviden." No me quedó otro recurso que repetir la verdad que había desarrollado, y al poco rato, cuando más engolfado me hallaba en lo que decía, sentí que me jalaban suavemente del faldón de la levita, vi al anciano caballero parado frente a mi, y oí que decía: "Mi nieto puede hablaros de esto como de una teoría, pero aquí estoy yo para dar testimonio de ello como asunto de experiencia práctica. Tengo muchos más años que él, y debo daros mi testimonio, como anciano que soy." Y entonces, después de darnos a conocer cuál era su experiencia personal, agregó: "Ahora bien, mi nieto puede predicar el Evangelio mucho mejor que yo, pero no puede predicar un evangelio mejor: ¿no es verdad?" Yo, señores, fácilmente me imagino que si en esa ocasión no hubiera tenido cierta práctica en el arte de improvisar, me habría visto no poco embarazado; pero me vinieron las ideas de un modo tan natural, como si con anticipación las hubiera coordinado.

La adquisición de otro idioma nos proporciona un buen instrumento para ayudarnos en la práctica de improvisar. Puesto uno en relación con las raíces de las palabras y las reglas del lenguaje, y obligado a fijarse en las diferencias de los dos idiomas, se va familiarizando gradualmente con las partes de la oración y sus accidentes, y los modos y tiempos de los verbos que son el alma de la locución; y a semejanza de un obrero, conoce perfectamente su herramienta y la maneja como su constante compañero. No conozco yo mejor ejercicio que traducir con cuanta rapidez sea posible algún trozo de Virgilio o de Tácito, y después, ya con calma, corregir los errores en que se hubiere incurrido. Hay quienes ligeramente juzguen que es tiempo perdido el que se emplea en el estudio de los clásicos; pero aun cuando no fuera más que por la utilidad que presta a los oradores sagrados, debe conservarse, en mi concepto, en todos nuestros seminarios. ¿Quién no ve que la constante comparación de los términos y modismos propios de cada idioma, facilita el modo de expresarse? ¿Quién no ve, además, que por medio de este ejercicio se pone la mente en aptitud de apreciar el refinamiento y la sutileza de las expresiones, y adquiere así la facultad de distinguir entre cosas que difieren? Y esta facultad le es esencial a un expositor de la Palabra de Dios, y al que de improviso tenga que declarar Su verdad. Aprended, señores, a tener junta y arreglada y lista para usarse, toda la maquinaria del lenguaje: marcad cada diente, cada rueda, cada gozne, cada varilla, y os hallaréis en aptitud de hacer andar la máquina en cualquier momento dado en que circunstancias inesperadas así lo requirieren.

Todo aquel que desee adquirir este arte, es fuerza que lo practique.-Dice Burke que fue poco a poco como llegó Carlos Fox a ser el mas brillante y poderoso controversista que haya podido

existir. El atribuía su buen éxito a la resolución que formó desde que era muy joven, de hablar bien o mal, por lo menos una vez cada noche. "Durante cinco estaciones enteras," decía Fox, "hablé todas las noches con excepción de una sola, y lo único que me pesa, es no haber hablado en ella también." Al principio puede hacerlo sin más auditorio, si así puede llamarse, que las sillas y los libros de su estudio, imitando el ejemplo de un individuo que con la mira de solicitar su admisión a este colegio, se había ejercitado durante dos años, según me aseguró, en predicar de improviso en su propio cuarto. Los estudiantes que viven juntos podrían ayudarse mutuamente de un modo eficaz, fungiendo alternativamente de oyentes y de oradores, y atendiendo a una crítica moderada y amistosa que se le hiciera al fin de cada ensayo. La conversación también puede ser sumamente útil, si versa sobre algún asunto que la haga edificante y provechosa. El pensamiento debe estar ligado a la expresión: he ahí el problema; y puede ayudar a uno a su solución, el que procure en sus meditaciones privadas, pensar en alta voz. Se ha hecho esto una cosa tan habitual en mi, que me parece muy útil poder en mis oraciones privadas, orar en mi voz natural. Leer en voz alta me es más agradable que hacerlo en silencio; y cuando mentalmente estoy preparando un sermón, me es provechoso hablarme a mí mismo, porque me parece que los pensamientos me vienen más fácilmente. Por supuesto que esto es vencer sólo una parte de la dificultad, pues es preciso que practiquéis en público para sobreponeros al estremecimiento ocasionado por la vista del público; pero andar la mitad del camino, es adelantar una buena parte en nuestro viaje.

Un buen discurso improvisado, no es otra cosa que la expresión de los pensamientos de un hombre práctico, de buena instrucción, que medita concienzudamente, y deja que sus ideas salgan por medio de su boca al aire libre. Pensad en voz alta cuantas veces podáis al encontraros solos, y pronto estaréis en el camino real que lleva al buen suceso en este asunto. Las discusiones y debates en la escuela, son de vital importancia para progresar en este sentido y por eso aconsejaría yo a los hermanos más retraídos, que tomaran parte en ellas. La práctica de que se os visite para invitaros a que habléis sobre un asunto que la suerte designe de entre varios bien escogidos, ha sido introducida entre vosotros, y seria conveniente que recurriéramos a ella con mayor frecuencia. Lo que antes condené como una parte del culto religioso, bien podemos hacerlo como un ejercicio escolástico entre nosotros mismos. Tiene eso por objeto poner a prueba la expedición de un hombre y su dominio sobre si, y aun los que no salen airosos, sacan probablemente tanto provecho como los que quedan bien, pues lo que lo hace a uno conocerse a sí mismo, le es tan útil, como a otro le es la práctica. Si el descubrimiento de que estáis todavía poco diestros en la oratoria, os indujese a estudiar con mayor asiduidad, esa seria la manera de que al fin os salierais con la vuestra.

En adición a la práctica recomendada debo encareceros la necesidad de tener sangre fría y confianza en lo que hacéis. El Sr. Sydney Smith dice y con razón, que "hay talentos superiores que no brillan en el mundo por falta de valor;" y éste no se adquiere fácilmente por un joven orador. ¿No tenéis simpatías por Blondin, cuando hace éste equilibrios en la cuerda? ¿No sentís algunas veces cuando estáis predicando, como si estuviereis andando sobre una cuerda muy alta, y no tembláis y teméis no poder llegar al otro extremo con toda seguridad? ¿Algunas veces cuando habéis estado poniendo en juego la hermosa pértiga del balanceo, y luciendo las metafóricas lentejuelas que vierten la poesía en vuestro auditorio, no os habéis sentido algo pesarosos de haberos expuesto al riesgo de una caída repentina? O, haciendo a un lado esta figura, ¿no os ha sobrecogido el temor de no poder concluir un periodo, o de no hallar un verbo

para un nominativo, o un acusativo para el verbo. Todo depende de que conservando vuestra sangre fría no os desconcertéis. El presentimiento de un fracaso y el temor al público os arruinarán. Seguid siempre adelante, confiando en Dios, y todo os saldrá bien. Si habéis incurrido en alguna falta gramatical, y os sentís inclinados a volver atrás para corregirla, incurriréis pronto en otra, y vuestra indecisión os envolverá como una red. Dejadme deciros en secreto, para que lo oigáis vosotros solamente, que es siempre cosa mala el retroceder. Si proferís un disparate verbal, adelante, y no os fijéis en él. Mí padre me dio una regla muy buena cuando estaba yo aprendiendo a escribir, y creo que la misma es igualmente útil tratándose de aprender a hablar. Recuerdo que me decía "Cuando estés escribiendo, sí pones un disparate alterando las letras de una palabra, o empleándola impropiamente, no la taches ni te fijes sólo en ella, sino busca el medio más fácil de cambiar lo que ibas a decir en lo que tienes escrito, a fin de que no queden trazas ningunas de error." Y así al hablar, si la frase empezada no puede terminar de la mejor manera, concluidla cambiándola de giro. De muy poco serviría volver atrás para hacer una enmienda, porque de esa manera llamaríais la atención sobre una incorrección quizá notada por pocos, y haríais que el auditorio en vez de fijarse en vuestro asunto lo hiciera en vuestro lenguaje, cosa que es lo que menos debe pretender el orador. Ahora, si vuestro *Lapsus língua* hubiese sido notado, todas las personas sensatas excusarán a un joven principiante, y lejos de criticaros más bien os admirarán por haber dado poca importancia a tales resbalones y esforzaros de todo corazón en dar feliz cima a vuestro fin principal. Un novicio cuando habla en público, se asemeja a un jinete poco acostumbrado a cabalgar: si su caballo tropieza, teme que lo tire o lo eche por la cabeza; o si es asustadizo, le parece que se le va a desbocar. Y sí lo ve un amigo, o le hace una observación algún muchacho, se amedrenta tanto como si fuera oprimiendo los lomos de un dragón. Pero cuando un hombre se halla habituado a cabalgar, no tiene ningún peligro, ni se le presenta ninguno, porque su valor los evita. Cuando un orador siente que domina la situación, generalmente lo hace así. Su confianza aleja los desastres que la timidez casi siempre se acarrea.

Hermanos míos, si al Señor le ha placido llamaros al ministerio, os asisten las mejores razones para manifestar valor y estar tranquilos, porque ¿a quién tenéis que temer? Os cumple desempeñar la comisión que el Señor os confiere, de la mejor manera que podáis; y si así lo hacéis, no tenéis que dar cuentas a nadie más que a vuestro Amo celestial, quien no es, a la verdad, un juez severo. No subís al púlpito para luciros como oradores. o para halagar los gustos del auditorio: sois los mensajeros del cielo y no los criados de los hombres.[i] Recordad las palabras del Señor a Jeremías, y tened miedo de dar abrigo al temor. "Tú pues ciñe tus lomos, y te levantaras, y les hablarás todo lo que yo te mandaré. No temas delante de ellos, porque no te haga quebrantar delante de ellos." Jer. 1:17. Confiad en el auxilio inmediato del Espíritu Santo. y el temor del hombre que le sirve de lazo, se apartará de vosotros. Cuando podáis sentiros en el púlpito como si estuvierais en vuestro propio hogar, y podáis tender la vista a vuestro derredor y hablar al público como un hermano habla a sus hermanos, entonces, y sólo entonces podréis improvisar. La cortedad y timidez, cualidades tan herniosas en nuestros jóvenes hermanos, cederán su lugar a esa verdadera modestia que hace a uno olvidarse de sí mismo y no cuidar de su propia reputación mientras tenga la conciencia de predicar a Cristo del modo más persuasivo siempre que esto se haga menester.

Al emprender el santo y útil ejercicio de discurrir de improviso, el ministro cristiano debe cultivar una infantil *confianza en el auxilio inmediato de Espíritu Santo*. "Creo en el Espíritu

Santo," reza el credo. Es de temerse que muchos no hagan a este un real articulo de fe. Andar de aquí para allá toda la semana malgastando el tiempo, y atenernos después ayuda del Espíritu Santo, es una necia presunción que acusa el atentado de que el Señor solape, vuestra pereza y punible apatía; pero al tratarse dc una emergencia, es ya muy diferente la cuestión. Cuando un hombre se ve ineludiblemente compelido a hablar sin ninguna previa preparación, es cuando debe lleno de confianza, entregarse al Espíritu de Dios, el cual sin duda ninguna, se pone en contacto con la inteligencia humana, la levanta de su debilidad y confusión, la eleva y fortalece, y la pone en aptitud tanto de entender como de expresar la verdad divina, de un modo muy superior al que lo hacia si se atuviera sólo a sus esfuerzos propios. Interposiciones semejantes, lo mismo que cualquier otro milagro. de ningún modo nos autoriza a dejar de esforzarnos o de corrernos luchas para adquirir suficiente idoneidad; debemos sólo verlas como auxilio dcl Señor con el cual podemos contar llegada una emergencia. Su espíritu estará siempre con nosotros, pero especialmente cuando no omitamos diligencia ninguna por servirle. Encarecidamente os aconsejo que no aventuréis haciendo improvisaciones, más de lo que os veáis compelidos a ello, hasta que hayáis adquirido madurez en vuestro ministerio, y a la vez os exhorto a que habléis de esa manera siempre que no podáis racionalmente evitarlo, con la creencia firme de que en esa misma hora, se os sugerirá lo que debéis decir.

Si tenéis la fortuna de haber adquirido la facultad de hablar sin preparación, os ruego que *recordéis que podéis muy fácilmente perderla.* Esta es una cosa que a mí mismo me ha acaecido, y os lo digo, porque es la mayor evidencia que puedo daros sobre ese particular. Si por dos domingos sucesivos hago mis notas un poco más extensas y detalladas que de costumbre, hallo en la tercera ocasión que las necesito más largas todavía; y observo también que si a veces confío un poco mas en el recuerdo de mis pensamientos, y no tengo la prontitud de expresión a que estoy acostumbrado, es porque hay una cierta exigencia y una necesidad mayor de previa composición. Si un hombre comienza a andar con un bastón en la mano, simplemente por antojo, pronto llegará a ser eso para él una servidumbre o necesidad. SI por algún motivo usáis con frecuencia anteojos, no podréis después pasárosla sin ellos; y si tuvierais que andar con muletas por un mes, al fin de ese tiempo os serian casi necesarias para moveros, por más que vuestros miembros estuviesen tan buenos y sanos como los de otro cualquiera. Los malos usos forman una mala naturaleza. Continuamente debéis ejercitaros en hablar de improviso; y si para proporcionaros oportunidades de hacerlo, tu-vieseis que hacer uso de la palabra frecuentemente en las más cortas aldeas, en las escuelas de nuestros villorrios, o dirigiéndose a dos o tres personas que se hallen a vuestro lado, el provecho que saquéis será notado por todos.

Puede ahorraros sorpresas y disgustos, el saber de antemano que sufrirá grandes cambios vuestro modo de expresaros. Hoy vuestra lengua puede ser la pluma de un diestro escritor; mañana vuestros pensamientos y palabras estarán como en prisión Las cosas vivas son sensibles y están afectadas por diversas fuerzas: sólo con las meramente mecánicas puede contarse con absoluta certeza. No extrañéis que a menudo tengáis que persuadiros de que habéis fracasado, ni os cause admiración saber después que entonces precisamente es cuando habéis tenido un éxito mejor. No debéis esperar adquirir competencia por vosotros mismos, que ni la costumbre ni el ejercicio podrán nunca independeros del auxilio divino. Y si habéis predicado cuarenta y nueve veces consecutivas sin previa preparación, esto no os servirá de excusa para que confiéis en vosotros mismos al ir a hacerlo por la quincuagésima ocasión, pues si el Señor os dejare de su mano, no

sabríais qué hacer. Vuestras alternativas de fluidez y dificultad, tenderán por la gracia de Dios a hacer que con humildad acudáis al Fuerte pidiéndole fortaleza.

Sobre todo, cuidad de que vuestra lengua no exprese nunca lo que no pensáis. Guardaos contra una débil fluidez, contra una insustancial palabrería, contra una facilidad de hablar mucho sobre nada. Que gusto da oír decir que perdió de repente el habla un hermano que atenido a sus propias facultades quería seguir perorando, aunque realmente no tenía nada que decir. Ojalá y pase lo mismo a todos los que traten de imitarlo. Hermanos míos, es poseer un don horrible, poseer el de decir mucho sobre nada. Necedades por mayor, amontonamiento de paráfrasis, textos sagrados citados a troche y moche, son cosas bastante comunes que deberían llenar de vergüenza a los malos improvisadores. Y aun cuando los pensamientos fútiles se expresen por medio de una florida fraseología, ¿qué provecho resulta de escuchar su enunciación? Nunca de nada puede venir algo. Un discurso Improvisado cuando se carece de instrucción, es una nube sin lluvia, un pozo sin agua, un don fatal perjudicial tanto al que lo posee como a su rebaño. Han acudido a mi algunos a quienes he negado su admisión a este colegio, porque estando completamente destituidos tanto de educación, como del conocimiento de su propia ignorancia, su ilimitada presunción y exagerada volubilidad, los anclan sujetos peligrosos para la enseñanza. Algunos me han hecho recordar la serpiente del Apocalipsis que arrojaba agua por la boca en una abundancia tal, que la mujer tuvo a no dudarlo, que dejarse llevar por la corriente. Dados de cuerda como relojes suenan y suenan hasta que se paran, y ¡qué feliz será el que menos tenga que tratarlos! Los sermones de semejantes predicadores, son como el papel de león que tenía que desempeñar cierto individuo “Puedes improvisarlo,” le decían, "porque consiste sólo en rugir." Es mejor perder o no poseer jamás el don de hablar de improviso, que degradarlo convirtiéndonos en unos armadores de ruido y vivas representaciones de las desapacibles notas que produce un címbalo de latón.

Podría haber dicho mucho más, si hubiera hecho de este asunto lo que *comúnmente se llama* predicación improvisada, es decir, el arte de dar a un sermón las dimensiones que tienen los pensamientos, dejando que las palabras para la exposición de ellos nos vengan por sí solas; pero esta es ya una cosa del todo diferente, y aunque considerada por algunos como un gran privilegio, es en mi concepto un requisito indispensable para el púlpito, y de ningún modo una ostentación de talento. Espero hablaros de esto en otra oportunidad.

***

PLATICA XI
Descaecimientos de Ánimo del Ministro

Así como se ha consignado que a David en el calor de una batalla le entraba cierto desmayo, puede también decirse otro tanto de todos los siervos del Señor. Casi la generalidad de nosotros sufrimos accesos de abatimiento. Por más que nos sintamos animados, no es extraño que a intervalos se abata nuestro espíritu. Los fuertes no se sienten siempre vigorosos; los sabios no siempre listos; los animosos no siempre dispuestos a pelear, y los de buen carácter no siempre satisfechos. Puede haber aquí y allá hombres de una naturaleza de hierro en quienes el desmejoramiento no deja huellas sensibles, pero a los cuales sin embargo, tiene el orín que

corroer; y esto depende de que, el Señor bien sabe, y hace que los hombres sepan que no son más que polvo. Sabiendo yo por una dolorosa experiencia lo que un profundo abatimiento de espíritu significa, puesto que lo he sufrido con no poca frecuencia, he creído que podría servir de consuelo a algunos de mis hermanos el que expusiera yo mis opiniones sobre esto, para que los jóvenes inexpertos no fueran a Imaginarse que algo extraordinario les pasaba al sentirse en ocasiones Poseídos de melancolía; y para que los más tristes se hicieran cargo de que Individuos sobre los cuales ha derramado el sol sus rayos fulgurantes de alegría, no han caminado siempre iluminados por esa deseada luz.

No es necesario recurrir a citas de las biografías relativas a ministros eminentes, para probar que sufrir a intervalos paroxismos de espantosa postración, ha cabido en suerte a su mayor parte, si no es que a todos ellos. La vida de Lutero podría bastar para aducir miles de ejemplos, y de ninguna manera puede decirse que haya sido de los menos favorecidos. Su gran espíritu se remontaba a menudo al séptimo cielo de divinos raptos, y a menudo también descendía hasta los bordes de un abismo de desesperación. Ni en su lecho de muerte se halló al abrigo de estas tempestades, y se entregó sollozando a su último sueño, como se duerme un niño rendido de cansancio. Así pues, en vez de multiplicar ejemplos, fijémonos en las razones de por qué se permiten estas cosas; por qué los hijos de la luz andan a veces envueltos en tinieblas, y por qué los heraldos de la aurora no es raro que se miren sumidos en la más completa oscuridad.

¿No es la primera razón de esto la de que todos *son hombres?* Y siendo hombres, les es inherente la debilidad y son herederos del dolor. El sabio autor de uno de los libros apócrifos, (Ecclus. XL: 1, 2, 3, 4, 5-8), dijo y con sobrada razón: "Un gran trabajo se ha creado para todos los hombres, y un pesado yugo se ha hecho para los hijos de Adán desde el día en que salen del vientre de su madre, hasta aquel en que vuelven al seno de la madre común de todo; es a saber: las cavilaciones y temores de su corazón; la imaginación de las cosas objeto de sus deseos, y el día de la muerte. Desde el hombre que se sienta en un glorioso trono, hasta el que se sienta abajo entre la tierra y ceniza; desde el que está vestido de seda azul y ciñe una corona, hasta el que viste un género sencillo, todos están sujetos a la ira, a la envidia, a la ansiedad, la inquietud. el temor y los rigores de la muerte, siendo esto común tanto al ser racional como al irracional, pero en grado mucho mayor lo sienten los impíos" La gracia nos resguarda de muchas cosas de éstas, pero a causa de que nos olvidamos de contar con ella, sufrimos aun de males que podríamos evitar. Aun bajo la economía de la redención, es evidente que tenemos que pagar un tributo a la debilidad humana; de otra manera no habría necesidad de la promesa de que el Espíritu Santo vendría a prestarnos auxilio. A los hombres buenos se les ha prometido tribulaciones en este mundo, y los ministros deben esperar una parte mayor que los demás, a fin de aprender por ese medio a simpatizar con el pueblo desdichado del Señor, y a ser pastores idóneos para dirigir un rebaño de ovejas doloridas. Podrían haber sido enviados espíritus des-encarnados a proclamar la verdad, pero a éstos no les habría sido posible identificarse con los sentimientos de los que hallándose en la cárcel del cuerpo se quejan al sufrir alguna pena; podría haberse dado a los ángeles el cargo de evangelistas, pero sus atributos celestiales no les hubieran hecho a propósito para compadecerse de los ignorantes; si al Señor le hubiera placido, podría haber formado hombres de mármol, pero la naturaleza impasible de ellos habría servido de sarcasmo a nuestra debilidad, y de burla a nuestras necesidades. Hombres, y hombres sujetos a las pasiones humanas, son los que Dios en Su infinita sabiduría ha escogido para ministradores de su gracia: he ahí la razón de sus lágrimas, de sus perplejidades, de sus abatimientos.

Además la mayor parte de nosotros nos hallamos de un modo u otro, faltos de completa salud física. Solemos encontrar de tiempo en tiempo, a algún anciano que no recuerde haberse hallado imposibilitado de trabajar alguna vez; pero la generalidad de nosotros nos hallamos sujetos a alguna indisposición o sufrimiento ya sea físico o moral, Ciertas enfermedades del cuerpo, especialmente las relacionadas con los órganos de la digestión, el hígado y el bazo, producen, por más que no lo queramos descaecimiento de ánimo; y aunque un hombre esfuerce en resistir su influencia, habrá horas y circunstancias en que ese malestar acabe por dormirlo. Y por lo que hace a enfermedades mentales podrá decirse que hay alguien que nunca las padezca ¿No todos nosotros, más o menos, les pagamos un tributo? A algunos individuos se les nota un aire de melancolía, inherente al parecer a su propia naturaleza, y de ellos puede decirse que "la tristeza les imprimió su marca para hacerlos suyos." Puede abrigar muy bellos sentimientos y regirse por los más nobles principios, pero se hallan inclinados olvidarse del arco iris para pensar tan sólo en nubes tempestuosas. Las personas de esta clase bien pueden cantar con el poeta Thomas Washbourne:

"Se hallan nuestros corazones
Quebrantados por la pena,
Y de nuestra pobre lira
Se han roto todas las cuerdas.
Nuestros cantos, más que cantos
Parecen dolientes quejas.
Y esqueletos ambulantes
Ya sin carne y ya sin fuerzas,
Andamos penosamente
Por el erial de la tierra."

Un carácter así bien puede no servir de obstáculo para que un hombre haga una carrera de especial utilidad, y puede aun habérsele sido impuesto por la Sabiduría divina como cualidad necesaria para el mejor desempeño de su misión. Algunas plantas deben sus propiedades medicinales a los pantanos en donde crecen; otras son deudoras de ellas a las sombras bajo las cuales florecen solitarias. Hay frutos preciosos madurados por la luna, tan bien como por el sol. Las embarcaciones necesitan de lastre tanto como de velas; el garrote que se da a las ruedas de un carruaje, no le impiden su marcha cuando baja por un camino inclinado. Probablemente el dolor ha desarrollado en algunos casos el genio, y puesto en vela al alma de otra manera habría dormido como un león en su cubil. Si no hubiera sido por la rotura de una ala, quizá se habrían perdido algunos en las nubes, incluyendo hasta escogidas palomas de las que ahora llevan en el pico ramas de olivo e indican el camino que conduce al arca de salvación. Pero cuando en la parte física y moral del individuo hay causas que predisponen a un descaecimiento de ánimo, no debe uno maravillarse de que en ciertos momentos se rinda el corazón; lo que debe admirarnos se rinda el corazón; lo que debe admirarnos en muchos casos es —y si las vidas íntimas pudiesen escribirse lo veríamos así— como algunos ministros a pesar de sus desalientos perseveran en su trabajo y dejan que la sonrisa asome en su semblante. La gracia tiene sus triunfos todavía y la paciencia sus mártires, mártires que no porque las llamas les queman sólo el espíritu, y sus quemaduras son invisibles a los ojos humanos, merecen menos honra que aquellos a cuyo cuerpo ha consumido la hoguera. El ministerio de Jeremías es tan aceptable como el de Isaías, y aun el

cazurro Jonás es un verdadero profeta del Señor que prestó buenos servicios a los Ninivitas. No despreciéis a los cojos, porque escrito está que ellos toman su presa; sino honrad a aquellos que sintiéndose desfallecidos perseveran en su obra sin embargo. Lea la de los ojos tiernos, fue más fecunda que la hermosa Rachel; y las penas de Ana fueron más bendecidas que las jactancias de Penina. "Bienaventurados los que lloran," dijo el varón de Dolores, y que ninguno los considere de otra manera cuando sus lágrimas tienen la sal de la gracia. Tenemos el tesoro del Evangelio en vasos de barro, y si encontramos una que otra grieta en un vaso, que eso no nos cause admiración.

El trabajo evangélico, cuando lo emprendemos sincera y empeñosamente, nos hace accesibles a los ataques que tienden a causar abatimiento. ¿Quién puede soportar el peso de las almas sin hundirse en el polvo? Un ardiente anhelo por la conversión de los hombres, si no se halla enteramente satisfecho, (¿y cuándo lo está?) consume el alma llenándola de ansiedad y contrariedades. Ver que aquellos en quienes se tenían buenas esperanzas, cambian de conducta; que los piadosos se enfrían; que los profesores abusan de sus privilegios y que los pecadores se entregan más y más al pecado, ¿no son todos estos motivos para causarnos desánimo. El reino no viene como nosotros quisiéramos, el nombre venerado no se santifica como lo deseamos, y esto nos hace entristecer. ¿Y cómo no hablamos de sentirnos pesarosos cuando los hombres no creen lo que les decimos, y el poder divino les es desconocido? Toda clase de trabajo mental tiende a fatigar y debilitar, porque el mucho estudio quita la fuerza a la carne; y el nuestro es más que trabajo mental, es trabajo del corazón, es la obra elaborada en lo más intimo del alma. Cuán a menudo, en las noches de los días consagrados al Señor, nos sentimos como si la vida se hubiera completamente oscurecido para nosotros. Después de haber derramado nuestra alma sobre nuestras congregaciones, nos sentimos como vasijas de barro vacías que un niño hubiera quebrado. Probablemente si nos asemejáramos más al apóstol Pablo, y procuráramos el bien de las almas con mayor tino y empeño, nos sería más conocido aquello de que debemos nutrirnos al movernos el celo por la causa del Señor. Tenemos el deber y el privilegio de dar nuestra vida entera por Jesús. No nos cumple ser muestras vivas de hombres en excelente estado de conservación, sino *sacrificios* vivos destinados a ser consumidos: nos cumple gastar y ser gastados; no meternos en un nicho y alimentar nuestra carne. Un trabajo así emprendido en bien de las almas por un ministro fiel, producirá a veces un cansancio extremo, y languidecerán el cuerpo y el corazón. A Moisés se le pusieron pesadas las manos en su intercesión, y Pablo exclamó: "¿Quién es suficiente para estas cosas?" Aun el mismo Juan el Bautista se cree que sufrió accesos de abatimiento, y los apóstoles una vez se sintieron azorados y sobrecogidos de terror.

Nuestra posición en la Iglesia conducirá también a esto. Un ministro provisto de todo lo necesario para su obra, estará animado por lo general, de un espíritu que vive en su esfera propia enteramente aparte e independiente de los demás. Ni las personas con quienes tenga mayor intimidad, pueden estar al tanto de los pensamientos, cuidados y tentaciones que le son peculiares. En las filas los soldados marchan hombro con hombro con muchos camaradas; pero a medida que van ascendiendo en categoría, sus compañeros son menos numerosos. Hay muchos soldados, pocos capitanes, menos aun coroneles, y un solo comandante en jefe. Así en nuestras iglesias el hombre a quien el Señor instituye por guía tiene que ser en el mismo grado en que es hombre superior, un hombre solitario. Las cumbres de las montañas se ostentan majestuosamente separadas del resto, y hablan solas con Dios cuando él visita sus terribles

soledades. Los hombres de Dios que se elevan sobre sus semejantes al ponerse en comunión más cercana con los asuntos celestiales, sienten la falta de simpatías humanas. Como su Señor en el huerto de Getsemaní, buscan en vano consuelo en los discípulos que duermen a su rededor: se estremecen al ver la apatía de los hermanos que forman su pequeña banda, y vuelven a su secreta agonía agobiados por la pesada carga que sobre ellos gravita, porque han hallado durmiendo a sus más queridos compañeros. Sólo el que lo ha experimentado, puede conocer la soledad de una alma que ha sobrepujado a sus compañeros en celo por el Señor de los ejércitos: no se atreve a manifestar lo que siente, por temor de que se burlen de ella: no puede ocultarse a sí misma porque hay un fuego interior que la calcina, y sólo ante la presencia del Señor le es posible descansar. El hecho de que nuestro Señor haya enviado a sus discípulos de dos en dos, pone de manifiesto que él; bien sabia lo que en los hombres pasaba; pero para individuos de la talla de Pablo, me parece que no habría podido hallarse un compañero adecuado. Bernabé, Silas o Lucas, eran prominencias demasiado bajas para ponerse en comunicación familiar con la altura Himalayana como la del apóstol de los gentiles. Esta soledad que si no me equivoco, es sentida por muchos de mis hermanos, es un fecundo manantial de abatimientos; y las reuniones fraternales de nuestros ministros, y el cultivo de santas relaciones con personas que en ideas congenien con nosotros, son cosas que con la bendición de Dios nos ayudarán en gran manera a libraros de semejante tentación.

Apenas puede dudarse que los *hábitos sedentarios* tiendan a producir desaliento en algunas constituciones. Burton en su *Anatomía de la Melancolía,* trae un capitulo acerca de esta causa de tristeza, y citando a uno de los miles de autores en cuyos dichos se inspira, dice lo siguiente: "Los estudiantes son demasiado negligentes por lo que hace a sus cuerpos. Otras clases de personas cuidan de sus instrumentos o herramientas: un pintor lava sus pinceles; un herrero cuida de su martillo, de su yunque y de su fragua; un labrador compone su arado y afila su azadón cuando éste se le mella; un cazador tiene cuidado especial de sus halcones, perros, caballos, etc.; un músico templa y afloja las cuerdas de su instrumento, y sólo los estudiantes ven con abandono el suyo, es decir, su cerebro y facultades mentales que usan diariamente." Decía Lucano y con razón: "No retuerzas tanto la cuerda que se rompa." Estarse largo tiempo sin cambiar de postura, ponerse a ojear un libro, a tajar una pluma, etc., son en si mismas, cosas que producen languidez; pero agréguese a eso un cuarto mal ventilado, un cuerpo que ha permanecido horas enteras sin ningún ejercicio muscular, y un corazón abrumado con diferentes cuidados, y tendremos todos los elementos para preparar una caldera hirviente de hastío y desánimo, especialmente cuando se sufre un sofocante calor, o vela la neblina la claridad del sol:

> Cuando un manto cual sudario
> Fúnebre cubre la tierra;
> Cuando en los bosques el agua
> De los árboles gotea,
> Y al desprenderse sus hojas
> Mustias, marchitas y secas
> Se revuelven con el fango
> Formando una alfombra negra.

El hombre que se halle bajo la influencia de circunstancias tales, aun cuando sea por naturaleza tan alegre como un pájaro, no podrá al cabo de algún tiempo resistirla, y tendrá que sucumbir:

verá su gabinete de estudios como una cárcel, y sus libros como cadenas que en ella lo sujetan; a la vez que la naturaleza desde afuera de su ventana, le parecerá que lo llama brindándole salud y libertad. El que olvida el zumbido de las abejas entre los brezales, el arrullo de las palomas torcazas en las floreritas, el trino de las aves en la espesura del bosque, el murmullo del serpenteante riachuelo, y el susurro del viento en los pinales, no debe sorprenderse de que su corazón a su vez olvide cantar, y su alma pierda su vivacidad. Salir a respirar por un día el aire fresco en los cerros, o vagar por unas horas bajo la apacible sombra de los árboles que forman una floresta, seria una cosa que disiparía las brumas que invaden el cerebro de muchos de nuestros trabajados ministros que apenas pueden vivir. Absorber un poco de brisa del mar, o un rato de ejercicio al aire libre, no regocijaría al espíritu, pero si daría algún oxigeno al cuerpo, y ya sólo eso es mucho conseguir.

"Cuando el aire se halla en calma,
Languidece el corazón;
Mas si sus alas agita,
Con su soplo al hombre quita
Su cansancio y postración."

Los helechos y los conejos, los riachuelos y las truchas, los abetos y las ardillas, las prímulas y violetas, las eras de las haciendas, el heno recién segado y el lúpulo oloroso, son todas estas cosas eficaces medicinas para los hipocondríacos, tónicos seguros para los debilitados, e inmejorables restauradores de fuerzas agotadas. Por falta de oportunidad o por desidia, estos grandes remedios se ven con menosprecio, y el estudiante se convierte en víctima inmolada por si mismo.

Las ocasiones en que más propensos estamos a sufrir abatimiento de ánimo, puede en mi concepto resumirse en el siguiente catálogo. La primera de todas que debo mencionar, es la *hora de un gran* éxito. Cuando por fin miramos realizada una bella ilusión de nuestra vida; cuando por nuestro medio ha sido el nombre del Señor honrado y hemos logrado un gran triunfo, nos sentimos entonces expuestos a desmayar. Podría imaginarse que en medio de favores especiales se remontaría nuestra alma a las alturas del éxtasis y se llenaría de goce indefinible, pero generalmente sucede lo contrario. El Señor rara vez expone a sus guerreros a los peligros del envanecimiento que causa una victoria: sabe que pocos de ellos pueden salir airosos de prueba semejante, y de consiguiente vierte en su copa gotas de amargura. Ved a Elías: después que el fuego descendió del cielo; después que los sacerdotes de Baal fueron degollados y que el agua inundó las tierras secas, no hubo para él nota alguna de música halagadora; no se contoneó como conquistador revestido de triunfales arreos, sino que huye de Jezabel, y sintiendo la reacción de su excitación intensa, manifiesta vivos deseos de morir. Ese profeta, predestinado a no morir jamás, anhela ansiosamente el descanso del sepulcro; y aun el mismo César, monarca del Mundo, en sus momentos de rapto lloraba como un chiquillo. La pobre naturaleza humana no puede soportar los trasportes que los triunfos celestiales producen, y tiene que venirle una reacción. Un exceso de alegría o de excitación, tiene que ser pagado con descaecimientos subsiguientes. Mientras dura la prueba, la fuerza se equilibra con la emergencia; pero cuando aquella concluye, la debilidad natural reclama su derecho a presentarse. Auxiliado secretamente, puede Jacob luchar toda una noche; pero cuando terminó su brega en la mañana siguiente, comenzó a cojear, y así se evitó que se envaneciera demasiado. Pablo pudo ser trasportado al

tercer cielo y allí escuchar cosas indecibles, pero una espina que sintió en su carne, como mensajera para combatirla, enviada por Satanás, debía ser la inevitable secuela. Los hombres no pueden saborear una felicidad absoluta; ni aun los mejores de entre ellos poseen la idoneidad necesaria para tener "la frente ceñida de mirto y de laurel," sin sentir una humillación secreta que los haga no salir del lugar que les es propio. Llevados como por un remolino por un avivamiento espiritual; levantados por la popularidad, exaltados por un buen éxito en la ganancia de almas, seriamos como el hollejo y la paja que arrastra el aire tras si, si no fuera porque la disciplina de la misericordia se digna romper los buques de nuestra vanagloria por medio de un fuerte viento que hace soplar del Oriente, y nos hace naufragar arrojándonos desnudos y desamparados sobre la Roca de la Eternidad.

Antes de acometer alguna empresa de importancia, es muy común que se sienta algo del mismo desaliento. Al pulsar las dificultades que se nos presentan parece que se nos encoge el corazón. Los hijos de Anak andan majestuosamente ante nosotros y nos conceptuamos como pequeños insectos en su presencia. Las ciudades de Canaán están rodeadas: de murallas que llegan hasta el cielo, y ¿quiénes somos nosotros para abrigar la esperanza de capturarlas? Nos viene la tentación de rendir nuestras armas y dar la media vuelta. Nínive es una gran ciudad, y preferimos huir a Tarso antes que hacer frente a su estruendosa población. Nos sentimos dispuestos a buscar una embarcación que nos conduzca lejos de aquella terrible escena y sólo el temor de una tempestad refrena nuestros deseos. Esto fue lo que yo experimenté la primera vez que vine como pastor a Londres. Me espantaba al pensar en el éxito que pudiera yo alcanzar; y el pensamiento de la carrera que parecía abrírseme, lejos de envanecerme, me arrojaba en el abismo más profundo desde el fondo del cual entonaba mi *miserere*, sin hallar lugar donde prorrumpir en el *gloria in excelsis.* ¿Quién era yo para servir de guía a tan numerosa multitud? Hubiera querido volver a mi primitiva oscuridad, allá en mi pueblo o emigrar por la América y buscar allí un nido solitario en los bosques en donde pudiera hallarme en aptitud de hacer lo que de mi se tendría el derecho de esperar. Entonces fue cuando comenzó a levantarse la cortina que cubría el futuro trabajo de mi vida, y me amedrentaba la revelación que del mismo iba yo a tener. No carecía de fe, pero estaba temeroso y persuadido de mi poca idoneidad. Me causaba miedo emprender la obra a que la Providencia en su gracia se había dignado llamarme. Me sentía como un chiquillo, y temblaba al oír la voz que decía: "Trillarás montes y los molerás, y collados tornarás en tamo" (Is.41:15). Este mismo abatimiento me acomete siempre que el Señor prepara una de sus bendiciones por conducto de mi humilde ministerio: la nube se ve negra antes de abrirse, y cubre de sombras antes de producir la lluvia de misericordias. El descaecimiento se ha hecho ahora para mi como un profeta de vestidos burdos, como un Juan el Bautista, precursor de una de las más ricas bendiciones de mi Señor. Así también lo han juzgado los mejores hombres. El haberse limpiado el vaso lo ha puesto en condiciones de poder servir al Amo. La inmersión en el sufrimiento, ha precedido al bautismo del Espíritu Santo. El ayuno produce apetito para el banquete. El Señor se revela en un escondrijo del desierto, mientras su siervo cuida las ovejas y espera en solitario pavor. El desierto es el camino que conduce a Canaán. El valle profundo lleva a la elevada montaña. La derrota prepara a la victoria. El cuervo es enviado primero que la paloma. La hora más sombría de la noche precede al rompimiento del alba. Los marinos bajan a un abismo, pero la ola siguiente los levanta hasta el cielo, y sienten su alma transida de pavor antes de verse elevados a su anhelada altura.

En medio de un largo y no interrumpido trabajo, puede sobrevenimos igual descaecimiento. No puede el arco hallarse siempre encorvado sin peligro de romperse. El descanso es tan necesario al espíritu, como el sueño lo es al cuerpo. Los días del Señor son nuestros días de trabajo, y si no descansamos en algún otro día, caeremos abrumados de fatiga. Si a la misma tierra debe dejársele erial y dársele sus domingos, con más razón a nosotros nos es fuerza reposar. De ahí la sabiduría y compasión de nuestro Señor cuando dijo a sus discípulos: "Vamos al desierto a descansar un poco." ¡A descansar! ¡ Cuando la gente se sentía desmayar; cuando las multitudes andaban como andan las ovejas en las montañas sin pastor, habla Jesús de descansar! Cuando los escribas y fariseos andan como lobos voraces rondando los apriscos, ¡lleva él a sus secuaces a una excursión a un lugar tranquilo y de descanso! ¿Y hay acaso, alguien cuyo celo exagerado lo induzca a condenar un olvido tan atroz de lo que exigían circunstancias semejantes? Si hubiera quien lo hiciera dejémosle delirar. El Maestro sabe que no es conveniente agotar las fuerzas de sus siervos y agotar la luz de Israel. El tiempo de descanso no es un tiempo perdido. Ved al segador que en los días de verano se ocupa en cortar la mies sólo hasta la puesta del sol, y entonces suspende su trabajo; ¿y por esto hemos de decir que es un holgazán? De regreso a su casa busca su piedra de amolar, y comienza a pasar sobre ella su hoz, produciendo con eso el ruido más monótono, ¿y habrá quien piense que se halla perdiendo el tiempo? Y sin embargo, ¡cuánto más no habría segado durante el tiempo empleado en arrancar de la piedra tan destempladas notas! Pero está afilando su herramienta y adelantará mucho más en su tarea cuando de nuevo aguce las puntas del instrumento a cuyo Impulso caen ante si montones de gavilla. De un modo semejante, un poco de reposo, prepara al espíritu para prestar servicios más fructuosos a la buena causa. Así como los pescadores deben remendar sus redes, nosotros también de vez en cuando debemos reparar nuestras fuerzas mentales debilitadas, y arreglar nuestra máquina a fin de que trabaje mejor en lo futuro. Tirar con fuerza del remo día por día como un reo condenado a galeras para el cual no hay días de fiesta, es otra cosa que no conviene a ningún ser racional. No somos corrientes de agua que sin cesar caminan, y nos cumple tener nuestras pausas e intervalos. ¿Quién puede evitar que le falte el aliento si corre y corre sin intermisión? Aun las bestias de carga deben mandarse al campo de tiempo en tiempo: el mar mismo hace una pausa entre el flujo y el reflujo, la tierra guarda un descanso en los meses invernales, y siguiendo esa ley natural el hombre, aun cuando se halle exaltado al rango de embajador de Dios, es fuerza que descanse o desfallezca. Si no ceba su lámpara, ésta se le apagará; si no abre algún paréntesis en sus trabajos, acabará por adquirir una prematura enfermedad. La sabiduría aconseja que de tiempo en tiempo nos permitamos algunos días de asueto. En una carrera larga haremos más si a veces hacemos menos. Un trabajo incesante, sin recreación ninguna, puede ser propio de espíritus emancipados de ese *pesado barro;* pero mientras habitamos en el nicho que nos forma, nos es preciso hacer alto en ocasiones, y servir al Señor en una santa inacción y piadosa tranquilidad. Que las conciencias escrupulosas no pongan en duda la legalidad de llevar por temporadas la carga que se lleva, sino que aprovechando la experiencia de otros, se persuadan de la necesidad y del deber en que están de dar descanso al cuerpo cuando éste así lo pida.

La vista de un acto brusco de deslealtad, ha producido a veces en el ministro un profundo abatimiento. Ve que el hermano en quien más se confía se convierte en traidor; que Judas vuelve la espalda al hombre que tanto lo estimaba, y siente en ese momento abatido el corazón. Todos nosotros nos sentimos inclinados a fijarnos en las debilidades humanas, y de ahí dimanan muchos de nuestros pesares. Es igualmente desconsolador el golpe que recibimos cuando algún miembro de la congregación honrado y estimado por nosotros, cede a la tentación y echa una

mancha sobre el buen nombre que tenía. Cualquiera cosa es menos mala que ésta. Un acontecimiento semejante hace que al ministro le den ganas de ir a buscar un rincón en el desierto, y estarse metido allí toda su vida para no volver a oír los escarnios blasfemos de los impíos. Diez años de trabajo no consumen tanto nuestra vida, como la consume en unas cuantas horas Achitifel el traidor o Demas el apóstata. También las luchas, en el seno de la congregación, las divisiones, las críticas necias y los chismes, han postrado a menudo a los mejores hombres, y hécholes andar "como con una espada en sus huesos." Las palabras duras hieren muy profundamente a las personas delicadas. Muchos de los mejores ministros son a causa de la espiritualidad de su carácter, sumamente sensibles, más quizá de lo que debieran serlo en un mundo como éste. "Una patada que apenas impresionaría a un caballo, podría matar a una persona delicada." Una dolorosa experiencia hace que el alma se endurezca en términos de poder resistir los rudos golpes inevitables en nuestro trabajo; pero al principio nos hacen bambolear y nos envían a nuestras casas envueltos en una noche de horrorosa oscuridad. Los sinsabores de un verdadero ministro, no son pocos, por cierto; y los que nos causan los que se nos venden por amigos, son más amargos que los que nos hacen sufrir nuestros enemigos declarados. Que nadie, por lo menos de los que aman la tranquilidad de su espíritu, y buscan las dulzuras de una vida exenta de zozobras, ingrese al ministerio; pues si así lo hace, tendrá que abandonarlo lleno de disgusto.

Pocos sin embargo, por fortuna, estarán predestinados a pasar horas tan sombrías como las que a mi me amargaron la vida después del deplorable accidente acaecido en la academia de música de Surry. Me sentí agobiado por las penas, más allá de toda ponderación. El tumulto que presencié, el pánico, las muertes, se me presentaban a la imaginación noche y día, y me hicieron la vida materialmente pesada. Entonces cantaba yo en medio de mis pesares:

Mis recuerdos en tropel
Hacen mayor mi aflicción,
Y llenas de saña cruel
Laceran mi corazón.

De ese sueño de horror fui despertado en un momento, por la aplicación que, en su gracia, permitió Dios que hiciera a mi alma del siguiente texto: "A El Dios el Padre lo ha exaltado." El hecho de que Jesús es siempre grande, sean cuales fueren los sufrimientos de sus siervos, me trajo de nuevo a la razón haciéndome recobrar la suspirada paz. Si por desgracia algunos de mis hermanos fuesen victimas de una calamidad semejante, tengan fe y esperen con paciencia su salvación de Dios.

Cuando las molestias se nos multiplican y las desilusiones que sufrimos se suceden en larga sucesión como se sucedían los mensajeros de Job, entonces también, en medio de la perturbación que en nuestra alma producen las nuevas desagradables, el desaliento le quita al corazón toda su tranquilidad. El agua que cae gota a gota, rompe las piedras más duras; y de igual manera modo, ni aun las almas de mejor temple pueden sufrir sin gastarse, el roce de repetidas aflicciones. Si a la pena de ver una despensa poco provista, se le agrega la que causa la enfermedad de la esposa o la pérdida de un hijo; o si a las necias observaciones de algunos de los oyentes, las siguen la oposición de los diáconos y la frialdad de los miembros de la congregación, entonces, como Job, nos vemos obligados a exclamar: "Todas estas cosas están contra mí." Cuando David volvió a

Siclag, y se halló con la ciudad quemada y saqueada, con sus mujeres robadas y sus tropas dispuestas a apedrearle, leemos que "se esforzó en Jehová su Dios;" y bien hizo, por cierto, en proceder así, porque sin duda habría desmayado si no hubiera creído ver la bondad del Señor en la tierra de los vivos. Las penas cuando son muchas, se aumentan su peso las unas a las otras; cada una de ellas exacerba a las demás, y como pandillas de ladrones, sin conmiseración alguna, destruyen nuestro reposo. Unas tras otras las olas acaban con las fuerzas del mejor nadador. El punto donde se encuentran dos mares, puede causar averías aun a las quillas de superior construcción. Si hubiera un regular intervalo entre los golpes de la adversidad, el espíritu tendría tiempo de prepararse a resistirlos; pero cuando caen inesperadamente y sin intermisión, como cae una lluvia de granizos, el infortunado a quien sorprenden se siente solo recogido a su pesar. El último gramo vence el lomo del último camello, y cuando el peso de ése último lo tenemos sobre nosotros, ¡qué tiene de extraño que por algún tiempo nos sintamos desfallecidos y próximos a exhalar el postrimer suspiro!

Este mal puede sobrevenimos en ocasiones en que no sabemos por qué, y entonces nos es mucho más difícil sobreponernos a él. Contra un abatimiento inmotivado no puede razonarse, ni pudo alguna vez el arpa de David tocar armoniosamente a pesar de los más convincentes argumentos. Esto mismo sucede cuando se lucha contra lo vago, contra lo indefinido que entristece y oprime el corazón. No inspira lástima el que se halla en este caso, porque parece acto irracional y aun pecaminoso, mostrarse abatido sin causa manifiesta; y sin embargo, el hombre se siente postrado hasta en lo más recóndito de su alma. Si los que se ríen de semejante melancolía la experimentaran durante una hora siquiera, puede asegurarse que su risa se trocaría en compasión. Con fuerza de voluntad se podría quizá sacudir ese marasmo, pero ¿cómo podemos esperar que la tenga un hombre que está careciendo de ella? El médico y el teólogo pueden reunir su respectiva pericia en tales casos, y ambos hallarán llenas sus manos, y mucho más que llenas. El cerrojo de hierro que tan misteriosamente cierra la puerta de la esperanza y guarda nuestros espíritus en tan lóbrega prisión, necesita una mano celestial que lo descorra; y cuando esa mano se ve, clamamos con el apóstol: "Bendito sea el Dios y Padre del Señor Jesucristo, el Padre de misericordias, y el Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquiera angustia, con la consolación con que nosotros somos consolados de Dios" (2 Cor. 1:3, 4).

Sólo el Dios de todo consuelo es quien puede
Un dulce remedio dar
Al corazón afligido
Y próximo a desmayar,
Para que éste pueda echar
Sus congojas al olvido.

Simón se hunde hasta que Jesús le toma de la mano. El espíritu maligno tortura sin piedad al pobre niño, hasta que la palabra autoritativa le ordena que salga de él. Cuando nos sentimos acometidos por horribles temores y encorvados bajo el peso de una Intolerable pesadilla, no necesitamos sino que el Sol de Justicia se levante para que los males que surgen de las negras tinieblas se disipen; y ninguna otra cosa hará salir al alma de su pesado sopor. Timoteo Rogers, y Simón Brown compositor de algunos himnos de una hermosura notable, tuvieron ocasión de

probar en si mismos cuán Inútil es el auxilio ministrado por el hombre sí el Señor retira al alma su luz.

Si se quisiera averiguar la razón que hay para que el Valle de las sombras de Muerte deba ser tan a menudo recorrido por los siervos del Rey Jesús, no sería difícil dar con la respuesta. Todo esto reconoce por causa la manera de obrar del Señor, la cual puede resumirse en estas cuantas palabras: "No con ejército, ni con fuerza sino con ml Espíritu, ha dicho el Señor de los Ejércitos." Tienen que usarse instrumentos, pero su debilidad intrínseca se pondrá de manifiesto con toda claridad: no puede dividirse la gloria, ni menoscabarse en nada el honor debido al Gran Artífice. El hombre debe estar vacío de sí mismo, para ser después lleno del Espíritu Santo. En su propio concepto será como una hoja seca arrebatada por un viento tempestuoso, y en seguida sentiráse como guarecido por un muro de acero para hacer frente a los enemigos de la verdad..Que el obrero no dé cabida al orgullo, es la gran dificultad. Un buen éxito no interrumpido y la satisfacción natural que eso produce, si no tuvieran sus paréntesis, serian cosas que nuestras débiles cabezas no podrían por mucho tiempo aguantar. Nuestro vino necesita estar mezclado con agua para no entorpecer nuestro cerebro. Abrigo pues la creencia de que aquellos a quienes su Señor honra públicamente, tienen por lo general que sufrir secretas contrariedades o que llevar alguna cruz especial, para que de esa manera no se exalten a si mismos demasiado y caigan en las redes que tiende Satanás. A cada momento el Señor llama a Ezequiel "¡hijo del hombre!" En medio de su elevación a puestos altamente honoríficos, y precisamente cuando le sobraban motivos para recrearse en su gloria, las palabras "hijo del hombre" caían en sus oídos, quitando a su corazón el encanijamiento que podrían haberle causado las distinciones que se le habían concedido. Mensajes de esa clase, humillantes pero provechosos, son los que nuestros descaecimientos murmuran en nuestro oído, diciéndonos de un modo que no deja lugar a duda alguna, que no somos más que hombres frágiles, débiles y expuestos a ceder a cualquiera tentación.

Dios es glorificado por todas estas postraciones de sus siervos, porque no pueden menos que magnificarle cuando de nuevo se yerguen, y hasta cuando estando postrados en el polvo, su fe los estimula a tributarle alabanzas. Hablan entonces con mayor mansedumbre de su fe, y con más firmeza sienten establecido su amor. Hombres maduros de esta clase, como lo son algunos antiguos predicadores, apenas podrían hallarse si no fuera porque han sido vaciados de vaso en vaso, e inducidos a ver su propia vaciedad y la vanidad de todo lo que los rodea. Gloria sea dada a Dios por el horno, la lima y el martillo. En el cielo estaremos tanto mas llenos de goces, cuanto mayores hayan sido las aflicciones que aquí nos hayan llenado; y la tierra estará mejor cultivada, si aprendemos a labrarla en la dura escuela de la adversidad.

La sabiduría nos enseña que no debemos desmayar por sentir el alma conturbada. Que eso pues, no nos sorprenda, sino veámoslo como parte de la experiencia ordinaria del ministro. Si la postración que sintiereis fuese extraordinaria, creed aun así, que os veréis en tal estado por vuestro propio bien. No perdáis nunca vuestra confianza, porque a ésta se le han ofrecido grandes recompensas. Aun cuando el pie del enemigo se halle sobre vuestra cerviz, esperad levantaros y derribarle. Echad la carga del presente juntamente con el pecado del pasado y el temor del futuro, sobre el Señor que no abandona a sus santos. Vivid con el día, mejor dicho, con la hora. No os atengáis a los marcos de los cuadros ni a los sentimientos. Vale más un grano de fe, que una tonelada de estímulos. Confiad únicamente en Dios, y no en los débiles auxilios que

presta la humanidad. No os sorprendáis cuando vuestros amigos deserten de vosotros, que este es un mundo falaz. Nunca contéis con la Inmutabilidad del hombre, al contrario, contad con su inconstancia para que no al palparía tengáis que contrariaros. Los discípulos de Jesús le abandonaron: no os sorprendáis si vuestros adherentes os dejan para seguir a otros maestros. Así como no eran *vuestro todo,* cuando estaban con vosotros, así tampoco no todo se Irá de vosotros cuando ellos os abandonen. Servid a Dios con todas vuestras potencias mientras la vela da luz, y cuando ésta se apague o se extinga por una temporada, tendréis menos que sentir. Estad contentos con ser *nada* porque eso es lo que sois. Cuando penosamente se os imponga en vuestra conciencia el sentimiento de vuestra propia vaciedad, reprochaos haberos imaginado alguna vez llenos de algo que no haya sido el Señor. Atesorad con gratitud las dádivas con que se os quiera agraciar, pero no esperéis sino hasta el fin del camino que tenéis que recorrer, que se os agracie con la dádiva mayor. Continuad con doble empeño sirviendo a vuestro Señor, cuando no tengáis visibles resultados. Un individuo cualquiera, por simple que sea puede seguir un sendero angosto si se halla éste iluminado; pero solamente la fe puede ponernos en aptitud de transitar por él en la oscuridad con infalible exactitud, porque nos pone la mano en la mano del Gran Gula. Entre la tierra y el cielo puede haber un camino escabroso y es fácil que suframos tiempos tempestuosos, pero todo está provisto por el Señor que ha hecho un pacto con nosotros. No nos desviemos en nada del camino que el mandato divino nos señala. Sea cual fuere la situación en que nos hallemos, el púlpito es nuestra atalaya y el ministerio nuestra guerra; y aun cuando no podamos contemplar la faz de nuestro Dios, confiemos siempre en él escudados bajo la *santa sombra de* sus alas.

***

PLATICA XII.
Conducta del Ministro en su Vida Ordinaria

Vamos ahora a tratar de la conducta que debe observar el ministro cuando se mezcla entre la gente en general y se supone que se halla enteramente a sus anchas. ¿Cómo debe conducirse entre sus semejantes? Séame ante todo permitido decir que no le conviene darse un aire ministerial, sino evitar todo lo doctrinal, todo lo admonitorio o pretencioso. "El hijo del hombre" es un noble título; le fue dado a Ezequiel y a uno más grande que él: que el embajador del cielo no sea pues otra cosa que un hijo del hombre. Que para ello recuerde que mientras mayor sea la sencillez y naturalidad con que proceda, más se asemejará al hombre niño, al santo niño Jesús. Nada tiene de extraño que uno que aspire a tener mucho de ministro llegue a tener poco de hombre; sin que por esto neguemos que mientras más hombre verdadero llegue uno a ser, más verdaderamente será lo que un siervo del Señor tendrá que ser. Los maestros de escuela y los ministros asumen por lo general, una actitud que les es muy suya y peculiar: no parece sino que son distintos de los demás hombres. Son a menudo abigarradas aves, manifestándose huraños al hallarse entre los otros habitantes del país. Cuando he visto a un pájaro flamenco andar de aquí para allá con paso majestuoso; a un búho haciéndose el interesante entre las sombras, o a la cigüeña como arrobada en profundos pensamientos, me veo irresistiblemente compelido a recordar a algunos de mis dignos compañeros en la enseñanza y predicación de la fraternidad, que en todo tiempo afectan la más exagerada gravedad. Con suma facilidad adquieren esta clase

de modales que en su concepto, les dan importancia y dignifican; pero preguntamos: ¿vale la pena que lo hagan?

Teodoro Hook se acercó una vez a un caballero que en la calle se pavoneaba dándose todas las ínfulas de un personaje notable, y no pudo menos que decirle: "Señor ¿no es usted una persona de gran importancia?" ¡Y cuántas veces se siente uno inclinado a hacer lo mismo al ver a ciertos hermanos parecidos al expresado individuo! Yo conozco a algunos que de la cabeza a los pies, en garbo, tono, modales, y aun en corbata y calzado tienen un olor tan pronunciado a iglesia, que no queda en ellas partícula alguna visible de esta pobre humanidad. Hay teólogos incipientes que juzgan indispensable andar por las calles ostentando algún distintivo. Un ministro bien ameritado en la actualidad, refiere riéndose que, cuando joven, atravesó la Suiza y la Italia llevando por donde quiera su birrete, y que pocos muchachos que en tiempo de carnaval se hubieran puesto un gorro de arlequín, se habrían mostrado más satisfechos de lo que él entonces se sentía. Ninguno de nosotros seguramente andaría tanto así con semejante traje, pero sí llamando la atención con nuestro manierismo. Algunos hombres que llevan una inmensa corbata blanca enredada al rededor del cuello, parecen abrumados bajo el peso de un lienzo tan grande y almidonado. Ciertos hermanos alardean de una superioridad que conceptúan imponente, pero que lejos de ahí, es ridícula y ofensiva, y totalmente opuesta a sus pretensiones de adeptos del humilde Jesús. El orgulloso duque de Somerset daba sus órdenes a sus criados valiéndose de señas, creyendo rebajarse con dirigir la palabra a seres tan humildes: sus hijos nunca se sentaban en su presencia; y cuando se acostaba a dormir después de medio día, se ponían dos de sus hijos a uno y otro lado de su cama, a velar las augustas siestas del vejete. Cuando hay petulantes Somersets que ingresan al ministerio, aunque en otro sentido, afectan una dignidad no menos estrambótica y risible. Parece que en sus frentes llevan escrito este anuncio; Detente, no te me arrimes, que soy más santo que tú."

A un ministro bien conocido se le echó una vez en cara por un distinguido hermano, el haberse permitido gastar cierto lujo cuyo costo fue el punto principal de su argumento. "Bien, bien," contestó el interpelado, "podéis tener algo de razón en ello; pero recordad que en la satisfacción de mi debilidad, no malgasto ni la mitad de lo que vos gastáis en almidón." Y ese terrible almidón ministerial, es precisamente el artículo cuyo uso estoy impugnando. Si os habéis permitido almidonaros, encarecidamente os aconsejo que vayáis a lavaros siete veces al Jordán y os quitéis hasta la más mínima partícula que tengáis. Estoy persuadido de que una de las razones que hay para que nuestros obreros huyan por lo general de los ministros, es porque les desagradan los modales tan afectados y poco naturales de los mismos. Si nos viera tanto en el pulpito como fuera de él, obrar como hombres reales, y hablar con naturalidad y sencillez como hombres probos y honrados, no hay duda que con gusto se agruparían a nuestro derredor. Hablando sobre esto mismo dice Baxter: "La falta de tono y expresiones familiares, es un gran defecto en casi todas nuestras peroraciones, y que debemos tener cuidado muy especial en evitar." El vicio del ministerio es que los pastores tratan casi siempre de hacer oler a iglesia el gelio. Debemos establecer cierta relación entre lo divino y lo humano si es que deseamos alcanzar a las masas populares.

A la gente por lo regular le disgustan las afectaciones, y no es probable que se la pueda atraer por ese medio. Arrojad vuestros zancos, hermanos, y andad con vuestros propios pies: desnudaos de todo eclesiasticismo, y no os revistáis de otro ropaje que no sea el de la verdad.

Con todo, un ministro en dondequiera que esté es ministro, y nunca debe perder el carácter de tal. Un policía o un soldado, bien pueden andar francos; pero un ministro jamás. Aun en nuestros recreos debemos perseguir el gran objeto de nuestra vida, porque hemos sido llamados para ser diligentes en todas ocasiones. No hay posición ninguna en que podamos colocarnos que impida al Señor que venga y nos haga la pregunta que hizo a Elías: "¿Qué haces aquí?" Y en ese caso debemos estar en aptitud de responderle: "Tengo que hacer por ti, aun aquí, y estoy procurando hacerlo." Es cierto que el arco debe a veces tener la cuerda floja para no perder su elasticidad, pero no es necesario para eso que la cuerda se le corte. Estoy refiriéndome al ministro en sus días de asueto o de receso, y digo que aun entonces debe portarse como embajador, y buscar y aprovechar cuantas ocasiones pueda para practicar el bien: esto no vendrá a turbar su descanso; al contrario, lo santificará. Un ministro debe ser como cierto aposento que yo vi en Beaulieu y en el cual nunca se hallaba ninguna telaraña. Es un gran cuarto hecho de madera y que nunca se barre, no obstante lo cual no hay arañas que lo profanen acusando desaseo. Tiene ese cuarto el techo de nogal, y por razones que yo ignoro, las arañas nunca se aproximan a esa clase de madera. Lo mismo se me dijo que pasaba en los corredores de la escuela de Winchester. Nuestro espíritu debe igualmente hallarse libre de hábitos ociosos.

En los bancos hechos para que descansen los que cuidan las puertas en la ciudad de Londres, se pueden leer las siguientes palabras: "Descansad pero no perdáis el tiempo," y esa advertencia es digna de nuestra atención. *Yo al dolce far niente* no le llamo pereza: hay un dulce no hacer nada que es la mejor medicina conocida para el espíritu que se halla fatigado. Cuando ha perdido el alma su vigor, puede decirse que el descansar implica tanta pereza como la implica el dormir, y a nadie se le llama perezoso porque se entregue al sueño en las horas propias y oportunas. Es mucho mejor mostrarse industrioso durmiendo, que ocioso en estado de vigilia. Estad siempre dispuestos a hacer el bien en vuestro tiempo de receso y en vuestras horas de asueto, y seréis realmente ministros sin pregonar que lo sois.

El ministro cristiano fuera del pulpito, debe ser un hombre sociable. No ha sido, en efecto, enviado al mundo para sentar plaza de ermitaño o de monje de la Trappe. No es su vocación la de estarse encaramando en un pilar todo el día, por encima de semejantes, como el legendario Simón Estilita de otros tiempos. No estáis destinado a lanzar trinos desde la cima de un árbol como un invisible ruiseñor, sino a ser hombres entre los hombres, diciéndoles: "Yo soy también como vosotros en todo aquello que se relacione con la humanidad." La sal de nada sirve en el salero, tiene que espolvorearse en la carne, y de igual modo nuestra influencia personal debe sazonar la sociedad introduciéndose en ella. Si vivís alejado de los demás ¿cómo los podréis beneficiar? Nuestro Señor asistió a una boda y comió pan con los publicanos y pecadores, y fue sin embargo mucho más puro que los santurrones fariseos cuya gloria consistía en mantenerse apartados de sus semejantes. Algunos ministros necesitan que se les diga que son de la misma especie que sus oyentes. Es un hecho que por sabido se calla, pero al cual queremos darle un énfasis marcado, que los que se titulan vicarios, rectores, deanes, prebendados, canónigos, obispos, arzobispos y cardenales, no dejan ni pasan de ser hombres, sólo hombres, pues Dios no ha levantado hasta ahora en lugar alguno de la tierra una eminencia que sirva de muro divisorio entre sus ministros y el resto de la humanidad.

Muy conveniente sería que de nuevo se estableciera la costumbre de tener un rato de conversación piadosa en el atrio da la iglesia donde se reúne la gente a esperar que empiece el culto. A mí mucho me agrada ver los corpulentos árboles que hay al lado de nuestras antiguas iglesias, con asientos a su rededor. No parece sino que dicen: "Sentaos aquí, vecino, a platicar acerca del sermón. No tarda en venir el pastor a juntarse con nosotros, y tendremos una agradable y santa conversación." No con todos los predicadores nos gusta platicar, pero hay algunos a quienes por que nos platicaran una hora, daríamos cuanto quisieran. Me encanta un ministro cuya fisonomía me invita a tratarlo como amigo; un hombre en cuya mirada se puede leer: "Salve," "Bienvenido;" y no uno que parece llevar escrito el aviso pompeyano de "Cave canem," "Cuidaos del perro." Dadme un hombre a cuyo rededor se agrupen los niños como las moscas alrededor de un panal' los inocentes son los que mejor pueden juzgar de un hombre bondadoso. Cuando la reina de Seba quiso poner a prueba la sabiduría de Salomón, nos dicen los rabinos que llevó consigo algunas flores artificiales hechas con la mayor perfección y perfumadas, de modo que en nada se distinguieran de las naturales, y presentándoselas al gran rey, le pidió dijera cuáles eran unas y cuáles otras. Salomón mandó entonces a los criados que abrieran la ventana, y cuando entraron al salón las abejas, se dirigieron a las naturales sin tocar para nada a ninguna de las demás. De igual modo hallaréis que los niños tienen sus instintos, y a primera vista descubren quienes son sus amigos, y estad ciertos que a aquellos que lo son, bien vale la pena de conocerlos. Tened una palabra afectuosa para todos y cada uno de los miembros de la familia, para los muchachuelos y los jóvenes, las chiquillas y señoritas, los hombres y los ancianos, en suma, para todos. Nadie sabe todo lo que con una sonrisa o una frase cariñosa se puede conseguir. Un hombre que tiene que hacer mucho con los hombres, debe amarlos y tratarlos como a miembros de su familia. Un individuo que no se halle en disposición de conducirse así, seria mejor que se metiera a empresario de pompas fúnebres y enterrara a los muertos, pues nunca podrá conseguir tener influencia en los vivos. No se en donde he oído hacer la observación de que para ser un predicador popular se necesitan entrañas. Temo que esa observación se haya hecho queriendo criticar de un modo chusco el desarrollo abdominal de algunos buenos hermanos; pero hay algo de verdad en ese dicho: un hombre debe tener si no precisamente un gran vientre, sí un gran corazón, si es que aspira a tener una grande congregación. Su corazón debe tener tanta amplitud como la de aquellos hermosos puertos que hay a lo largo de las costas de Inglaterra, que contienen espacio suficiente para dar abrigo a una flota entera. Cuando un hombre tiene un corazón grande y amante, van las gentes a él como los buques a un puerto, y se sienten seguros cuando han anclado bajo la salvaguardia de su amistad. Un hombre semejante es expansivo tanto en público como en lo privado: no es su sangre fría como la de un pescado, sino caliente como la estufa, con que en invierno se templa el frío de nuestro hogar. No os salen al encuentro el orgullo y el egoísmo cuando os acercáis a él, pues tiene sus puertas abiertas de par en par a fin de recibiros, y os halláis a un lado como si estuvierais en sociedad familiar. Hombres de esta clase, hermanos míos, os encarezco a todos vosotros que lo seáis.

El ministro cristiano debe también ser jovial. No creo que a nada conduzca el andar como ciertos frailes a quienes he visto en Roma, que se saludan entre sí dando a su voz un tono sepulcral para comunicarse la poco placentera noticia de "Hermano, tenemos que morir;" a lo cual los saludados con la alegría consiguiente le contestan: "Sí, hermano, tenemos que morir." Se me ha asegurado que esos perezosos hermanos en lo menos que piensan, por desgracia, es en la muerte; pero de cualquier modo que sea, creo que mientras éste se presenta, debíamos inventar un modo menos triste de saludar.

No cabe duda en que habrá muchos que se impresionen con el simple aspecto de los ministros. He oído hablar de uno que se sintió convencido de que algo extraordinario debía haber en la religión católica romana, al ver el demacrado rostro de un eclesiástico. "Mirad" decía, "cómo se ha convertido ese hombre en esqueleto, por sus ayunos diarios y continuas vigilias." Ahora, es muy probable que el extenuado sacerdote haya sido víctima de una enfermedad interior, de que de buena gana habría querido librarse, y que no reconocía por causa la abstinencia voluntaria de alimento, sino un principio de mala digestión; o posible es también, que una conciencia intranquila, haya contribuido a ponerlo en ese estado. Yo, a la verdad, nunca me he encontrado un texto que haga mención de la prominencia de los huesos como señal evidente de la gracia. Si así fuera "el esqueleto viviente" habría sido puesto en exhibición no simplemente como una curiosidad natural, sino como un modelo de virtud. Algunos de los picaros más redomados del mundo, se han impuesto a juzgar por su aspecto, tantas mortificaciones, que al parecer han vivido de langostas y miel silvestre. Es un error muy vulgar suponer que un aire melancólico es indicio de un corazón agraciado. Yo siempre recomiendo la jovialidad a todos los que quieran ganar almas: no un carácter chisgaravís, meloso ni comadrero, sino dulce, afable y complaciente. Se cogen más moscas con la miel que con el vinagre, y de modo semejante, se llevarán más almas al cielo por uno que lleva el cielo reflejado en su semblante que por uno que lleva el tártaro pintado en sus miradas.

Los ministros jóvenes, o más bien dicho, todos, cuando se hallen en sociedad deben cuidar de no monopolizar el uso de la palabra. No hay duda que podrían hacerlo si quisieran, supuesta su capacidad para instruir y su facilidad de expresarse; pero deben tener presente que a la gente en general no le gusta ser constantemente aleccionadas, y que se les complace y halaga cuando se les invita a tomar parte en la conversación. Una vez pasé una hora en compañía de cierta persona que me favoreció diciendo que mi sociedad le encantaba, y que mi conversación era de lo más instructivo; y sin embargo, no tengo empacho en confesar que apenas dije unas cuantas palabras, pues preferí dejar que charlara cuanto quiso. Ejercitando mi paciencia, gané su buena opinión, y la oportunidad de dirigirme a él en otras ocasiones. Un hombre sentado a la mesa, tiene para hablarlo todo el mismo derecho que para engullirlo todo. Es preciso que no nos tengamos por un Señor Oráculo ante el cual ningún perro debe abrir la boca. No; que todos los que se nos reúnan contribuyan con algo de su parte, y les caerán por buen lado las palabras piadosas con que a nuestro turno tratemos de sazonar la conversación.

Hay algunas reuniones a las cuales iréis, especialmente cuando os acabéis de establecer, en donde todos se sentirán impresionados por la majestad de vuestra presencia, y a donde se habrá invitado a muchos a que vayan con motivo de la visita del nuevo ministro. Una posición semejante me trae a la memoria lo que pasa en la escogida estatuaria del Vaticano. Hay un pequeño cuarto cubierto, se corre la cortina que lo cubre, y he aquí que ante uno se presenta el gran Apolo. Si yo fuera el Apolo, en el acto me bajarla del pedestal y daría un afectuoso apretón de manos a cada uno de todos los que se hallaran a mi rededor, y vosotros no podríais hacer cosa mejor que proceder de ese modo, porque tarde o temprano el alboroto que forman al veros llegará a su fin, y es más prudente que anticipándose a ellos, vosotros mismos lo pongáis. El culto rendido a un personaje es una especie de idolatría y no debe estimularse. Los personajes harán bien cuando a semejanza de los apóstoles de Listra, vean con repugnancia los honores que se les prodiguen, y corran entre la gente exclamando: "Señores, ¿por qué hacéis estas cosas?

Nosotros también somos hombres de pasiones iguales a las vuestras." Los ministros no tendrán que portarse de ese modo durante largo tiempo, porque sus necios admiradores no tardarán en volverles las espaldas, y si no hacen cosa peor apedreándoles casi hasta matarlos, sí por lo menos no faltará quienes hagan alarde de tratarlos con el desprecio mayor.

A la vez que os digo: "No lo habléis todo ni asumáis una importancia que es una mera impostura," me creo obligado a agregar: "no hagáis el papel del mudo." La gente formará un juicio de vosotros y de vuestro ministerio, tanto en lo privado, como en vuestras peroraciones en público. Muchos jóvenes se han nulificado en el pulpito a causa de su indiscreción en la sala, y han perdido toda esperanza de hacer el bien, por su frivolidad y estupidez cuando están en sociedad. No seáis un lefio inanimado. Una vez en una feria, entre muchas curiosidades hacia las cuales se llamaba la atención con grandes cartelones y ruidosos tamborazos, observé una barraca que contenía "una grande maravilla" que podía verse pagando un centavo por cabeza: era un hombre petrificado. Yo no quise gastar la cantidad requerida, por haber ya visto de balde muchos hombres petrificados, tanto en el pulpito como fuera de él, hombres destituidos de vida, de cuidado, de sentido común y enteramente inertes, aunque al parecer ocupados en los negocios de mayor responsabilidad que el hombre puede emprender.

Procurad llevar la conversación a un fin provechoso. Sed en buena hora sociables, festivos y cuanto queráis, pero en medio de todo esforzaos por hacer algo que sea útil. ¿A qué conduce sembrar aire o cultivar pedernales? Haceos cargo de que sois responsables de la conversación promovida en el lugar en que estéis, pues debe ser tal la estimación en que por lo general se os tenga, que seréis naturalmente a quien cumpla dirigirla. Llevadla de consiguiente, por el mejor camino, aunque sin violencia ni aspereza. Conservad los puntos de la línea en buen estado, y el tren correrá sobre vuestros rieles sin sufrir ninguna sacudida. Aprovechad sagazmente las oportunidades que se os presenten, y sin sentirlo vuestro auditorio os seguirá por la ruta que le queráis trazar. Si vuestro corazón se presta y vuestros sentidos están alerta, eso os será bastante fácil, especialmente si del fondo de vuestra alma eleváis una oración solicitando la divina guía.

Nunca olvidaré la manera con que un individuo sediento me pidió una vez que le diera para un trago. Lo vi llevando a cuestas una gran caja en la cual había puesto un bulto muy pequeño, y llamándome la atención que no se hubiera guardado el bultito en la bolsa, y dejado en la casa su cajón, no pude menos que decirle: "Me parece extraño ver una caja tan grande para carga tan ligera."—"Sí, señor," me contestó, "es muy extraño; pero ha de saber usted que me he encontrado con una cosa todavía más extraña, este mismo día. Durante todo él me he estado trabajando y sudando, y hasta esta hora no me ha deparado la suerte a un solo caballero que me pareciera con voluntad de darme un trago de cerveza y me hubiera quedado sin hallarlo a no haber visto a usted."—Noté que el giro que le daba a la conversación era muy diestro; y ¿por qué teniendo nosotros por nuestra parte, preocupado el ánimo con un asunto de mucho mayor interés, no habíamos de poder sacarlo a colación? Había tal naturalidad en las maneras de mi hombre, que me causaron envidia, porque a mí no me pareció nada sencillo haber llevado en esas circunstancias la conversación al terreno a que yo hubiera deseado; sin embargo, si el modo de hacerlo me hubiera estado preocupando tanto cuanto a él lo preocupaba el conseguir un trago, estoy cierto de que no se me habría presentado tamaña dificultad. Si hay un medio por el cual podemos salvar a algunos, debemos a semejanza de nuestro Señor, platicar en la mesa, con naturalidad, llevando ese buen propósito; hacerlo en el borde de un pozo, al andar por un camino, en la playa del mar, en la casa y en el campo. Un platicador santo, es casi tan útil como un fiel

predicador. Llevad por mira la excelencia en uno y otro ejercicio, y si en su práctica solicitáis el auxilio del Espíritu Santo conseguiréis sin duda lo que deseáis.

Quizá convenga aquí formular un consejo, por más que en mi concepto sea innecesario al tratarse de hermanos tan honorables como son todos y cada uno de aquellos a quienes me dirijo.

No frecuentéis las mesas de los ricos mendigando sus favores, ni nunca consintáis en llevar, por decirlo así, la batuta, en las convivialidades y diversiones mundanas. ¿Quiénes sois vosotros para andar formando el séquito de los ricos y poderosos, cuando los pobres del Señor, sus enfermos y humildes ovejas descarriados exigen vuestros servicios y preferente atención? Sacrificar el estudio a las tertulias en un acto reprensible. No tener gente en la iglesia y andarla asechando en sus casas para llevarla a remolque a que llene nuestros asientos vacíos, es una degradación a que ningún hombre digno se querría sujetar. Ver a ministros de diferentes sectas revolotear alrededor de un rico, como lo hacen los buitres alrededor de un camello muerto, es cosa repugnante. Deliciosamente sarcástica fue la famosa carta dirigida por un anciano y venerable ministro a su querido hijo, con motivo de la entrada de éste al ministerio, y en la cual le decía, entre otras cosas, lo que en segui-guida extractamos y que viene muy a pelo, a lo que llevamos dicho. Se dice que fue copiada de la Smel-Ifungus Gazette, pero me sospecho que nuestro amigo Paxton Hood conoce bien al autor. Dice así: "Está pendiente de toda clase de personas, especialmente de los ricos e influyentes que vengan a tu pueblo. No dejes de visitarlos y de esforzarte en atraértelos haciéndoles la corte. De esta manera promoverás eficazmente los intereses de tu Señor. La gente ha menester que se le busque, y el resultado de una larga experiencia ha venido a confirmar mi convicción, por mucho tiempo alimentada, de que el poder del pulpito es nada comparado con el del estrado. Debemos imitar y santificar, por la palabra de Dios y la oración, la práctica observada por los jesuitas. Estos han debido su buen éxito, no tanto al pulpito como al estado. En los salones puedes cuchichear y hacerte cargo de cuáles son las ideas privadas de la gente. El pulpito es un lugar enfadoso: es por supuesto el gran poder de Dios; pero con todo, en los salones es donde se conquista, y un ministro no puede esperar el mismo éxito si es un buen predicador, que si es un perfecto caballero; ni en su trato con la sociedad puede nadie obtener buenos resultados si no lo es, sea cual fuere su carácter. Siempre he admirado el carácter de San Pablo escrito por Shaftesburry, quien afirma que aquel fue un fino caballero. Te aconsejo por lo mismo que tú lo seas. No es que necesites que te haga semejante recomendación, pero insisto en ello porque estoy persuadido de que sólo de esta manera podemos esperar la conversión de nuestra creciente clase acomodada. Debemos manifestar que nuestra religión es la religión del buen sentido y del buen gusto, y que desaprobamos los severos estímulos. Por tanto, mi querido hijo, si deseas ser útil, ora a menudo en tu gabinete pidiendo fervorosamente ser un hombre de buena sociedad. Si me preguntaras cuáles debían de ser tus tres primeros deberes, mi contestación sería que el primero, el segundo y el tercero, consisten en que lo seas."

Los que se acuerden de una clase de predicadores que florecieron hace cincuenta años, verán lo picante de la sátira que se hace en este extracto. Ese mal ha disminuido en términos, que me temo que hayamos ido a dar al extremo opuesto.

Con toda probabilidad, una conversación viva y animada degenerará algunas veces en controversia, cosa que no dejará de meter en dificultades a algunos buenos hombres. El ministro de temperamento vivo, debe ser moderado en sus argumentos. Este, más que otro ninguno, es

preciso que no incurra en el error de imaginar que hay fuerza en la viveza de carácter, y poder en hablar con acritud. Un pagano que se hallaba una vez entre un gentío en Calcuta, oyendo a un misionero discutir con un brahmán, dijo que sabía quién tenía razón, aunque no entendiera el idioma, pues sabia que carecía de ella el que primero perdía la serenidad. Para la mayor parte, eso es una manera lógica de juzgar. Evitad el debatir con la gente. Exponed en buena hora vuestras opiniones, pero dejad que los demás emitan las suyas. Si veis que una vara está curva y queréis que la gente se persuada de ello, bastará que pongáis al lado de la curva otra vara que no lo esté. No tenéis que hacer más. Más si os halláis envueltos en una controversia, emplead argumentos duros, pero palabras suaves. A menudo no podréis convencer a un hombre apelando sólo a su razón, pero lo conseguiréis si lográis haceros de su afecto. El otro día sucedió que necesitaba yo un par de botas nuevas, y aunque le mandé al zapatero que me las hiciera grandes como unas canoas, hice los mayores esfuerzos para ponérmelas, y no lo conseguí. Armado de un tirabotas entré en unas fatigas como los tripulantes del buque en que viajaba Jonás, pero todo en vano. En esas estaba yo cuando un amigo mío que me vio en semejantes apuros, me aconsejó que les untara a las botas por dentro un poco de jabón, y una vez hecho esto me las puse en un momento. Señores, llevad a prevención con vosotros un pedazo de jabón cuando estéis en sociedad, es decir, un paquetito de persuasión cristiana, y pronto tendréis ocasión de descubrir su virtud.

Por último, sin dejar de ser amable el ministro, debe ser firme en sus principios, y atrevido para confesarlos- y sostenerlos cuando la ocasión así lo exija, en donde quiera que esté. Cuando se le presente una buena oportunidad de hacerlo, o haya conducídose de modo que pueda contar con ella, que no se muestre tardo en aprovecharla. Fuerte en sus convicciones, patético y sincero en su expresión, y sin encono ni saña, que hable como hombre y dé gracias a Dios por ese privilegio. No debe andar con reticencias, ni hay ninguna necesidad de que las tenga. Los más disparatados romances de los espiritualistas, los sueños más fantásticos de los reformadores utópicos, las charlas más insulsas de la población y aun las mayores vaciedades de la gente frívola, exigen un auditorio y lo consiguen. Y ¡qué! ¿Sólo Cristo no ha de ser oído? ¿Tendremos que callar sus amorosos mensajes, por temor de que se nos tilde de intrusos y santurrones? ¿Tiene, acaso, que archivarse la religión, o es que está prohibido hablar del más noble de los temas? Si ésta fuese la regla de alguna sociedad, no debemos conformarnos con ella. Si no está en nuestra mano modificarla, dejemos tal sociedad huyendo de ella, como se huye de una casa apestada de fiebre tifoidea. No consintamos en que se nos amordace, pues no hay razón ninguna para ello. No debemos ir a un lugar al que no podamos llevar a nuestro Señor y Maestro con nosotros. Ya que otros se toman la libertad de pecar, no renunciemos nosotros a la de reprenderlos y amonestarlos.

Bien llevada nuestra conversación común, puede ser un medio muy eficaz para beneficiar a los demás. Pueden surgir de una sola sentencia, una serie de pensamientos que produzcan la conversión de personas a cuya noticia no hayan llegado jamás nuestros sermones. El método de llevar la verdad a la gente en lo individual, ha dado los mejores resultados; pero ya esto es otra cosa que apenas puede considerarse comprendida en la conversación común. Voy a terminar diciéndoos que es de esperar que no demos lugar, no digo en el pulpito, no aun en nuestra conversación ordinaria, a que se nos juzgue comprendidos en cierta clase de personas cuya única ocupación es llevar a todos el barreno, y por ningún motivo se resuelven a desagradar a nadie por reprochable que pueda ser su modo de vivir. Tales personas entran y salen entre las familias y

sus oyentes festejando siempre a todos, por más que con frecuencia debieran lamentar sus errores. Se sientan a sus mesas y se regalan a su satisfacción, sin cuidarse de amonestarlos a que huyan de la ira por venir. Son como los relojes despertadores cuyo mecanismo hace que no despierten a uno si no quiere ser por ellos despertado.

Impongámonos como deber el sembrar no sólo en una tierra buena y fecunda, sino en las piedras y el camino real, y en el último gran día tendremos una buena cosecha. Ojalá que el pan que echamos sobre las aguas en tiempos y ocasiones anormales, volvamos a hallarlo después de muchos días.

***

PLATICA XIII.
A los que Cuentan con Escasos Útiles para Trabajar

¿Qué corresponde hacer a los ministros que cuentan con útiles escasos? Aquí me refiero a los que pueden disponer de pocos libros, y carecen de recursos suficientes para comprar mayor número. Este es un mal que debe siempre evitarse, y las Iglesias por lo mismo, están estrictamente obligadas a cuidar de que no exista jamás. Hasta donde a ellas les sea posible, les incumbe el deber de proporcionar a su ministro no sólo el alimento material, para conservar-le la vida y vigor del cuerpo, sino también el espiritual a fin de que su alma no muera de languidez. Una buena biblioteca debe considerarse como una parte íntegra e Indispensable del mobiliario eclesiástico, y los diáconos cuyas funciones son atender al *servicio de la mesa,* obrarán acertadamente sin descuidar la mesa del Señor ni la de los pobres, y sin disminuir las provisiones de la del ministro, atienden a la vez a la de su estudio y la tienen surtida de obras nuevas y libros de los mejores en abundancia. Esto seria emplear perfectamente el dinero pues se obtendrían magníficos resultados. En vez de declamar contra la decadencia del poder del púlpito, los hombres más influyentes en la Iglesia deben esforzarse en mejorar ese poder proveyendo al predicador de buen alimento espiritual. Poned el látigo dentro del pesebre, es el mejor consejo que yo daría a todo el que refunfuña.

Hace algunos años traté de inducir a nuestras iglesias a que estableciesen bibliotecas para los ministros, como cosa de primera necesidad, y hubo gentes sensatas que persuadidas de la razón que para ello me asistía, comenzaron a poner en práctica la idea que sugerí. He visto en consecuencia con mucha satisfacción aquí y allá, estantes provistos de algunos volúmenes. ¡Ojalá que lo mismo se hubiera hecho en todas partes! pero ¡ay! mucho me temo que una larga sucesión de famélicos ministros traerá a los que por ellos se perjudiquen, la convicción de que la parsimonia para con los pastores de almas es una mal entendida economía. Las iglesias que no pueden cubrir un presupuesto liberal, hallarán alguna compensación fundando una biblioteca como parte permanente de su establecimiento; y si procuran enriquecerla año por año, llegarán a hacerla en breve verdaderamente valiosa. En la casa solariega de mi venerable abuelo, habla una regular colección de obras antiguas puritanas de mucho mérito, que de ministro en ministro habían usado y reunido. Recuerdo que existían entre ellas algunos tomos voluminosos cuyo principal interés estaba para mí en sus curiosas letras iniciales adornadas con pelícanos, grifos, muchachitos en recreo o patriarcas trabajando. Puede objetarse que los libros están expuestos a un extravío por su constante cambio de lectores, pero yo por mi parte los expondría a ese riesgo.

Además, las personas que los tuvieran a su cargo, cuidando un poco de su catálogo, conservarían la biblioteca en tan buen estado, como conservar el púlpito, las bancas y demás mobiliario de la Iglesia.

Si este plan no fuese adoptado, ensáyese algún otro más sencillo: que por ejemplo los que contribuyen para el sostenimiento del predicador, añaden un diez por ciento o mas a sus suscripciones, destinando esto exclusivamente a proveer de alimento al cerebro del ministro. Los contribuyentes quedarían suficientemente indemnizados con la mejoría de los sermones que tuvieran que escuchar si así lo hicieran. Si se pudiera asegurar a los ministros pobres una pequeña cantidad anual para ser empleada en libros, seria esto una bendición de Dios así para ellos como para sus respectivas congregaciones. Las personas de buen juicio no esperan que un jardín les produzca buenas plantas de año en año, a menos que abonen el terreno; no esperan que una locomotora funcione sin combustible, ni que un buey o un asno trabajen sin alimento: pues que tampoco esperen recibir sermones instructivos de parte de hombres privados de adquirir buenos conocimientos por su imposibilidad de comprar libros.

Pero dejando esto a un lado, el asunto que me ocupa es el siguiente: ¿qué deben hacer los ministros que no tienen a su disposición las librerías, ni cuentan con bibliotecas eclesiásticas, ni de otra manera alguna pueden proveerse de libros? Comencemos por hacer observar que silos que se hallan en este caso obtuvieran buen éxito, se harían acreedores a mayor honor que los que

Se dice que a Quintín Matsys le quitaron sus compañeros de trabajo toda su herramienta, no dejándole más que su lima y su martillo, y con sólo estos dos instrumentos construyó su famosa cerradura para los pozos. ¡Cuánta honra por esta circunstancia le es debida! Merecen igualmente grandes elogios los obreros de Dios que han efectuado grandes cosas sin contar con recursos suficientes. Su trabajo habría sido mejor ejecutado, si los hubieran tenido; pero lo que han hecho es ciertamente admirable. En la exposición internacional verificada en Kensington, la Escuela de Cocina, del Sr. Buckmaster, se admira principalmente porque este señor dedicado al arte culinario, prepara apetitosos platillos condimentados con sustancias insignificantes al parecer; con un puñado de huesos y unos pocos macarrones, sazona bocados exquisitos. Si hubiera contado con todas las sustancias empleadas en la cocina francesa, y hecho uso de todas ellas, se habría podido decir: "Bien, cualquiera en su lugar hubiera hecho lo mismo;" pero cuando él muestra fragmentos de carne y huesos, y dice que los compró en una carnicería por unos cuantos centavos, y que puede condimentar con ellos un sabroso platillo para una familia compuesta de cinco o seis personas, todas las buenas esposas abren tamaños ojos, y no se explican cómo semejante cosa puede ser; y cuando él hace que las personas que los rodean prueben su guiso para que se persuadan de lo bueno que está, se llenan todas de admiración. que no se desanimen, pues, los hermanos pobres, ellos podrán hacer con poco, grandes cosas en el ministerio y recibir la felicitación de: "Bien hecho, siervo bueno y fiel;" y ésta será tanto más enfática, cuanto mayores sean las dificultades que hayan tenido que vencer.

Si no puede alguien comprar más que muy pocos libros, el primer consejo que yo le daría, es *que compre* los *mejores.* Si no puede gastar mucho que lo poco que gaste lo emplee bien. Lo mejor será siempre muy barato. Dejad las meras dilecciones y frivolidades a los que pueden permitirse lujo semejante. No compréis leche aguada, sino pura, y después mezcladle si os conviene, el agua que gustéis. En este tiempo abundan los urdidores de palabras, escritores de profesión, que

baten con el martillo un grano de sustancia hasta hacer una lámina de tal manera delgada, que cubren con ella una gran extensión de hojas de papel: estos hombres tienen su mérito como lo tienen los buenos laminadores, pero su habilidad de nada os servirá. Los hacendados de nuestras costas acostumbraban llevar carros cargados de algas marinas a sus tierras; lo que más pesaba era el agua que contenían: ahora ponen a secar las algas, y se economizan un mundo de gastos y trabajo. No compréis caldo delgado; comprad la esencia de la carne. Haceos de mucho en poco. Preferid los libros que abundan en lo que James Hamilton solía llamar "Biblina," esto es, esencia de los libros. Necesitáis de libros bien escritos, condensados, fidedignos, que os puedan servir de guía, y tened por cierto que los conseguiréis. Para la preparación de sus "Horae Biblicae Quotldianae," obra que es un admirable comentario de la Biblia, el Doctor Chalmers consultaba solamente la "Concordancia," la "Biblia ilustrada," la "Sinopsis" de Poole, el "Comentario de Matthew Henry," y las "Investigaciones en Palestina" por Robinson.-"Estos son los libros que consulto," dijo una vez a un amigo suyo, "todo lo que es bíblico se halla en ellos: no necesito más para llevar a cabo la obra que he emprendido." Esto pone de manifiesto que aun aquellos que tienen buenas bibliotecas a su disposición, creen tener lo bastante con unas cuantas obras escogidas. Si el Doctor Chalmers viviera todavía, probablemente daría la preferencia a la obra titulada "La Tierra y el libro" de Thomson, antes que a las "Investigaciones" de Robinson; y dejaría "la Biblia Ilustrada," por las "Ilustraciones Diarias Bíblicas" de Eitto; yo por lo menos, opinaría que se hiciera el cambio en el sentido indicado. Lo expuesto comprueba hasta la evidencia, que algunos predicadores de los más eminentes han juzgado que en el estudio de las Escrituras podría hacer más con pocos que con muchos libros, y semejante estudio tiene que ser nuestra principal ocupación.

Renunciad pues sin sentimiento, a las muchas obras que como las navajas de afeitar del pobre Hodge, de feliz memoria, "han sido hechas para vender," y venden a los que las compran, es decir, los castigan por la falta en que al comprarlas incurren. A propósito del comentario de Matthew Henry que antes he citado, me aventuro a decir que ninguna adquisición mejor que esta obra, puede hacerse por un ministro, y yo a todos les aconsejaría que la compraran, aunque para ello tuvieran que quedarse sin levita.

La segunda recomendación que yo haría, es do*minad* los *libros que tengáis.* Leedlos con la mayor atención. Bañaos en ellos hasta que os saturen. Leedlos y releedlos, masticadlos, rumiadlos y digeridlos. Haced que formen parte de vuestro ser. Examinad un buen libro varías veces, tomad notas y analizadlo. Un estudiante hallará que su constitución mental se afecta más por un libro que ha llegado a dominar, que por veinte que haya visto a la ligera, lamiéndolos, por decirlo así, según dice un clásico refrán, "como los perros beben en el Nilo." La poca erudición y la mucha fatuidad vienen del estudio poco concienzudo de los libros. Cuando se amontonan muchos libros *sobre* el cerebro, éste acaba al fin por fatigarse. Hay hombres cuyo pensamiento se entorpece a causa de que el tiempo que deberían emplear en meditar lo leído, hasta aprovecharlo bien, lo emplean en cosas nuevas que tampoco llegan a aprender. Forman un baturrillo de asuntos que los indigestan, y contraen una dispepsia mental. Los libros *sobre* el cerebro lo debilitan, mientras que *dentro* de él, lo robustecen. En las "curiosidades literarias" de D'Israeli, se halla una crítica de Luciano hecha de aquellos que se jactan de poseer grandes bibliotecas que nunca han leído ni menos aprovechado. Comienza por comparar a tales personas a un piloto que nunca ha aprendido el arte de la navegación, o a un patiestelado que usa chinelas bordadas, pero que no puede ponerse nunca en pie. Después exclama: "¿Por qué compráis tantos libros? Es

como si siendo calvos os comprarais peines; como si siendo ciegos os comprarais un espejo; como si siendo sordos os comprarais instrumentos musicales... ¡ Qué crítica tan merecida de aquellos que piensan que la adquisición de muchos libros podrá darles instrucción. Y no sé por qué nos pasa a todos, cosa semejante pues ¿no es verdad que nos sentimos más sabios después de haber pasado una hora o dos contemplando los aparadores de una librería? Pero con igual razón podríamos creernos más ricos después de haber contemplado la caja fuerte del Banco poderoso de Londres. No, señores, en la lectura de libros, llevad por lema: "Mucho, no muchos." Pensad al mismo tiempo que leáis. Que vuestro pensamiento sea siempre proporcionado a la lectura, y vuestra pequeña biblioteca no será para vosotros gran mal.

Hay mucha sensatez en la observación que hizo un escritor, hace ya muchos años, en la "Quarterly Review." Dice: "Dadme ese libro ahora menospreciado y alguna vez querido, comprado a bajo precio con ahorros formados de lo que se ha cercenado a la comida, manchado con los dedos en las esquinas de las hojas de tanto voltear éstas, con notas manuscritas abajo de las columnas y lleno de garabatos en el margen, sucio y arrugado, gastado de tanto uso, bruñido con el roce de la bolsa y sucio con el tizne de las chimeneas, humedecido por la hierba y secado con las sábanas, es decir, el libro que se haya leído en los paseos por los bosques, al dulce calor de las estufas, en el lecho cuando a él se llega en busca de descanso; el libro en suma, que se haya leído, releído y vuelto a leer muchas veces del principio al fin, y os diré sin temor de equivocarme que ese libro ha contribuido a impartir más instrucción, que todos los centenares de volúmenes flamantes y nuevecitos que adornan los estantes de muchos ricos presuntuosos y fatuos."

Si por circunstancias especiales tenéis necesidad de más libros, *os aconsejaría que* con toda *discreción los pidierais prestados.* Es probable que tengáis algunos amigos que posean buenos libros y sean bastante bondadosos para facilitároslos por algún tiempo, y en ese caso, mucho os recomiendo que para que no os cerréis las puertas de su buena voluntad, les devolváis los que os presten lo más pronto posible y en el estado que los hayáis recibido. Espero no tener la necesidad de encareceros el deber de devolver los libros, tanto cuanto la hubiera tenido hace algunos meses, porque últimamente se ha modificado mucho mi opinión en favor de la naturaleza humana, con motivo de haber oído asegurar a una persona respetable, que ha tenido el gusto de conocer personalmente a tres individuos que han devuelto los paraguas que se les habían prestado. Con pena confieso que él ha caminado con mayor fortuna que yo, que por el contrario, he tenido ocasión de conocer personalmente a varios jóvenes que han pedido prestados algunos libros y nunca los han devuelto. El otro día, cierto ministro que me había prestado cinco libros hacia dos años o más, me escribió un recado rogándome le devolviera tres de ellos, y con gran sorpresa suya recibió a la vuelta de correo no solamente los que me pedía, sino los otros dos que él había olvidado. Yo había formado y conservado cuidadosamente una lista de los libros que me habían sido prestados, y podía por lo mismo devolverlos completos a sus respectivos dueños. La persona a quien me refiero no esperaba seguramente que yo le contestara remitiéndole los libros con tanta prontitud, pues me escribió una carta manifestándome sus agradecimientos; y cuando volví a visitar su estudio, lo hallé en la mejor disposición de hacerme un nuevo préstamo. Es común escribir en la hoja en blanco de los libros, versos por el estilo del siguiente:

> “Si te presto a algún amigo
> Para que él en ti se instruya,

Dile que no te destruya
Y te envíe pronto conmigo.
Que me holgaré si consigo
Que de provecho le seas
Comunícale ideas
Con qué promover su bien;
Que no en cambio, con desdén
Por él mirando te veas."

El Sr. Walter Scott decía con la agudeza que le era genial, que sus amigos podrían ser malos contadores, pero en cambio aseguraba que eran buenos *tenedores* de libros. Algunos han acabado por imitar al estudiante a quien al mandarle pedir prestado un libro, un conocido suyo, por conducto de un criado, contestó que no le era posible permitir que el libro saliera de su gabinete, pero que no tenía inconveniente en que el que lo solicitaba fuera a su casa, y sentado allí lo leyera todo el tiempo que gustara. La contra réplica fue inesperada, pero completa, cuando con motivo de tener el estudiante su lumbre medio apagada, envió a pedir a su conocido un par de fuelles y recibió por contestación, que a éste no le era posible permitir que los fuelles salieran de su cuarto, pero que no tenía inconveniente en que el que los solicitaba fuera a su casa y allí los soplara todo el tiempo que gustara. Cuando el que pide prestado obra con prudencia y delicadeza, puede fácilmente conseguir mucho que leer; pero no debe echarse en olvido *el* hacha de que se habla en la Biblia, sino tenerse mucho cuidado con lo que se pide. "El impío toma prestado y no paga." Sal. 37:21.

En caso de que la escasez de libros sea una plaga que se haga sentir en el lugar en que viváis, *hay un libro que todos vosotros tenéis, y ese es vuestra Biblia;* y un ministro con su piedra, es decir, se halla enteramente equipado para la lucha. Nadie puede decir que no tiene pozo de donde sacar agua, mientras las Escrituras se hallen a su alcance. En la Biblia tenemos una biblioteca completa, y el que la estudia a fondo, será un hombre más erudito que si hubiera estudiado todos los libros de la biblioteca de Alejandría. Entender la Biblia debe ser nuestra ambición. Es menester que estemos tan familiarizados con ella, como lo está una costurera con su aguja, un comerciante con su libro de apuntes, y un marinero con su embarcación. Necesitamos conocer su corriente general, el contenido de cada libro, los detalles de sus historias, sus doctrinas, sus preceptos, en suma, todo lo que con ella está relacionado. Erasmo hablando de Jerónimo, pregunta: "¿Quién como él ha aprendido de memoria toda la Biblia, está embebido de ella, o la ha meditado como él la meditó?" Se dice de Wltslus, un erudito holandés, autor de la famosa obra sobre *"The Covenants,"* (Los Pactos) que también podía no simplemente decir de memoria todas las palabras de la Biblia en las lenguas originales en que fueron escritos sus diversos libros, sino recitar las críticas de los mismos hechos por los mejores autores. He oído decir asimismo, de un antiguo ministro residente en Lancashire, que era una Concordancia ambulante, pues podía dar a uno el capitulo y el versículo de cualquier pasaje citado, o viceversa, dar correctamente las palabras correspondientes a un lugar indicado. Eso puede haber sido efecto de una memoria prodigiosa, pero revela también un estudio útil en extremo. No digo que vosotros intentéis hacer lo mismo; pero si pudierais, seria mucho lo que con eso ganaríais. El Rev. William Huntington, a quien ahora no sé si deba aplaudir o condenar, tenía la manía siempre que predicaba, de citar incesantemente el capitulo y el versículo; y para que se viera que no necesitaba para esto de

recurrir al libro impreso, de un modo algo inconveniente acostumbraba quitar la Biblia de enfrente del púlpito.

El que no ha aprendido meramente la letra de la Biblia, sino su verdadero espíritu, no será por cierto un hombre insignificante, cualquiera que su falta de instrucción en otro sentido pueda ser. Ya conocéis el antiguo proverbio, "Cave ab homine unius libri." Cuídate del hombre de un libro. Un hombre así es un terrible antagonista. El que tiene su Biblia en la punta de los dedos y en el fondo del corazón, es un campeón de nuestro Israel: no os será posible competir con él. Bien podéis tener un arsenal de armas, pero su conocimiento bíblico os vencerá, porque su espada es como la de Goliath, de la cual dijo David: "No hay ninguna como ella." El piadoso William Romaine, en los últimos años de su vida archivó todos sus libros y no leía más que su Biblia. Era un hombre erudito, y con todo había sido monopolizado por ese único libro, y héchose fuerte por su medio. Si nos vemos obligados a hacer lo mismo por necesidad, recordemos que algunos lo han hecho por gusto, y no nos quejemos de nuestra suerte, porque las Escrituras nos harán *"más Sabios que los antiguos."* Nunca careceremos de un asunto santo, si continuamente nos ocupamos en el estudio de ese libro inspirado. Además, hallaremos en él no sólo asunto, sino también ilustración, porque la Biblia es la mejor ilustradora de ella misma. Si necesitáis anécdotas, símiles, alegorías o parábolas, recurrid a las páginas sagradas. La verdad bíblica nunca tiene más encantos que cuando esta adornada con joyas tomadas de su propio tesoro. Últimamente he estado leyendo yo los libros de los Reyes y de las Crónicas, y he quedado enamorado de ellos. Están tan llenos de enseñanzas religiosas, como los Salmos o los Profetas, cuando se leen con la debida atención. Me parece que Ambrosio fue quien dijo. "Yo adoro la inmensidad de la Biblia." Me figuro que escucho a cada momento la misma voz que resonó en los oídos de Agustín, con respecto al Libro de Dios, diciéndole: *"Tolle, lege"* (Torna, lee). Puede suceder que residáis en alguna población en donde no encontráis a nadie de quien poder aprender, ni libros que valgan la pena de ser leídos; y entonces leed la Ley del Señor y meditadla día y noche, y seréis "como un árbol plantado junto a la orilla del agua." Haced de la Biblia vuestra mano derecha, vuestra inseparable compañera, y no tendréis razón para lamentar lo exiguo de vuestro equipo en otra clase de cosas.

Quisiera yo que os impresionarais con la variad de que un hombre que cuenta con pocos recursos para proveerse de lo que necesita, *puede suplir todo lo que le haga falta, pensando* y *meditando mucho.* Pensar y meditar son cosas más provechosas que poseer muchos libros. La meditación es un acto del alma que desarrolla y educa al ser pensador. A una muchachita se le preguntó una vez si sabia lo que era su alma, y con gran sorpresa de todos contestó: "Mi alma es mi pensamiento." Si esto fuere verdad, puede asegurarse que hay algunos que tienen un alma muy pequeña. Sin pensar y meditar, la lectura no puede ser provechosa al espíritu, sino sólo alucinar al hombre haciéndole creer que está volviéndose sabio. Los libros son una especie de ídolos para algunos hombres. Así como las imágenes usadas entre los católicos romanos tienen por objeto hacerlos pensar en Cristo, y lo que hacen es alejar su pensamiento del mismo, así también los libros cuyo objeto es hacer pensar a los hombres, sirven a menudo de estorbo al pensamiento. Cuando George Fox tomó un cuchillo filoso, se cortó un par de pantalones de cuero, y una vez en oposición con las modas de la sociedad, se ocultó en el hueco de un árbol donde se entregó a pensar un mes seguido, se hizo un hombre de grandes pensamientos ante quien los hombres pensadores tuvieron que retirarse derrotados. ¡Qué alboroto causó no sólo entre el Papismo, la Prelacía y el Presbiterianismo de su época, sino también entre los sabios y eruditos

impugnadores de estas instituciones! No se ocupó en quitar las telarañas de los libros, ni dio tiempo a la polilla de que en ellos se echara. El pensamiento es la espina dorsal del estudio y si más ministros se entregaran a él, ¡qué bendición tan grande seria ésta! Pero es de advertir que necesitamos hombres que piensen en la voluntad revelada de Dios, y no soñadores que quieran forjar religiones según su fantasía. En la actualidad estamos por desgracia plagados de una turba de individuos que no parece sino que andan con la cabeza y piensan con los pies. En desbarrar consiste para ellos la meditación. En lugar de fijarse en la verdad revelada, condimentan un menjurje a su sabor, en el cual aparecen en Iguales partes el error, el engaño y la necedad, y a este revoltijo le llaman "pensamiento moderno." Necesitamos hombres que se esfuercen en pensar profunda pero rectamente, abismándose sólo en los pensamientos de Dios. Lejos de mi el aconsejaros que imitéis a los jactanciosos pensadores de este siglo que ven vaciarse las casas donde pretenden celebrar sus reuniones, y se glorían de ello diciendo que eso se debe a que predican para la gente instruida y de talento. Esto no pasa de ridícula jerigonza. Consagrar empeñosamente el pensamiento y la meditación a cosas que con toda confianza son creídas entre nosotros, es cosa diferente, y eso es lo que os aconsejo hagáis personalmente soy deudor a muchas horas y aun días que he pasado enteramente solo, bajo un antiguo encino junto al río Medway. Habiéndome sentido algo indispuesto por los días en que iba a dejar la escuela, conseguí que se me dieran frecuentes asuetos, y armado de una excelente caña de pescar, atrapaba algunos pececillos, y a la vez me entregaba a la meditación tratando de rumiar los conocimientos que habla adquirido. Si los niños quisieran pensar, seria conveniente darles menos clases que estudiar, y más oportunidades para entregarse a tan útil ejercicio. El que se atraca y no digiere, lejos de robustecerse se debilita, y esto es más deplorable en lo mental que en lo físico. Si vuestra congregación no es bastante numerosa para proveeros de una biblioteca no necesitará de todo vuestro tiempo, y teniendo por lo mismo, una parte de él que emplear en la meditación, estaréis en mejores condiciones que aquellos hermanos que cuentan con muchos libros, pero con casi nada de tiempo para meditar.

Sin necesidad de libros *un hombre puede aprender mucho* con *sólo estar atento a lo que pasa.* De las historias que corren entre el vulgo, de los sucesos que ocurren al alcance de nuestras propias narices, de los episodios referidos en los periódicos, de los asuntos de la conversación común, de todo, en fin, es posible aprender alguna cosa. Es admirable la diferencia que hay entre prestar atención y no prestarla. Si no tenéis libros en que fijar los ojos, llevadlos bien abiertos por donde que era que vayáis, y siempre hallaréis algo digno de llamaros la atención. ¿No podéis aprender mucho de la naturaleza? No hay una flor que no se preste al estudio. "Considerad los lirios" y aprended de las rosas. No solamente podéis echar mano de la hormiga, sino que toda criatura viviente, sea cual fuere, os puede ministrar asunto para instruiros. Hay una voz en cada vibración del aire, y una lección en cada una de las partículas de polvo que él mismo arrastra al soplar. Los sermones relucen por las mañanas en cada uno de los pétalos de la perfumada flor, y las homilías vuelan a vuestro lado como las hojas secas que arranca de los árboles un viento juguetón. Un jardín es una biblioteca; un campo sembrado de trigo, un volumen de filosofía; cada roca es una historia, y cualquier riachuelo el bello asunto de un poema. Anda tu, que tienes los ojos abiertos, y busca lecciones de filosofía por todas partes: arriba en los cielos; abajo en la tierra y en las aguas que se hallan debajo de la tierra. Los libros son pobres cosas comparadas con esto.

Además, por desprovistas que estén vuestras bibliotecas, cada uno puede estudiarse a si mismo. El ser de uno es un volumen misterioso, la mayor parte del cual nunca ha sido bien leída. Si alguno cree conocerse a si mismo a fondo, no hay duda que se engaña, porque el libro más difícil de leer, es el corazón humano. Dije el otro día a un incrédulo que parecía metido en un laberinto: "Bien, realmente no puedo entenderos; pero eso no me asombra, puesto que tampoco he podido entenderme a mi mismo;" y le dije en verdad lo que sentía. Seguid con atención las extravagancias y giros caprichosos de vuestros pensamientos; la inconsecuencia que existe entre vuestros hechos como os lo demuestra vuestra propia experiencia; la depravación de vuestro corazón, y la obra que en él efectúa la divina gracia; vuestra tendencia a pecar, y vuestra idoneidad para la santidad; cuán cerca os halláis del diablo, y sin embargo, cuán estrechamente aliados con el mismo Dios. Observad cuán sabiamente podéis obrar si seguís las enseñanzas de Dios, y cuán neciamente si os dejáis llevar por vosotros mismos. Procediendo así hallaréis que el estudio de vuestro corazón es de inmensa importancia para vosotros como gulas de las almas de los demás. La propia experiencia de un hombre debe servirle como laboratorio en qué preparar las medicinas que le es necesario prescribir. Aun vuestras faltas y caídas os instruirán si las lleváis humildemente a las plantas del Señor. Hombres que se hallaran sin ningún pecado, no serian a propósito para abrigar simpatía por la gente pecadora. Estudiad las relaciones que existen entre el Señor y vuestras propias almas, y conoceréis mejor las que él mantiene con la humanidad.

Estudiad a los otros hombres; ellos son tan instructivos como los libros. Suponed que viniera a uno de nuestros grandes hospitales, un joven estudiante tan pobre, que no pudiese comprar libros de cirugía. Esto le seria sin duda, muy perjudicial; pero si tenía entrada en el hospital, presenciaba las operaciones allí efectuadas y observaba casos diversos día tras día, no me llamarla la atención que con el tiempo llegase a ser tan buen cirujano como sus más favorecidos compañeros. Su observación le enseñaría lo que los libros solos no podrían hacer; y estando como estaba mirando la amputación de un miembro, el vendaje de una herida, o el atamiento de una arteria, podría de cualquier modo que fuera, adquirir una práctica quirúrgica que le sería en extremo provechoso. Ahora, mucho de lo que un ministro necesita saber, debe aprenderlo por medio de la observación. Todos los pastores sabios han tenido que recorrer espiritualmente los hospitales, y que tratar con preguntones impertinentes, hipócritas, apostatas y con gente que peca por mucha desconfianza o por mucha presunción. Un hombre que por experiencia práctica conoce lo que se debe esperar de Dios, y ha hecho un estudio concienzudo del corazón de sus semejantes, podrá en igualdad de circunstancias ser más útil a éstos, que el que sólo sabe lo que ha leído. Seria lástima que un hombre fuera como un colegial que sale del aula como si saliera de una caja, para entrar a un mundo que nunca había conocido, tratar con gente a quien jamás habla observado, y tomar parte en actos con los cuales nunca había estado en contacto personal. "No un novicio," dice el apóstol; y es posible ser novicio a pesar de ser un estudiante erudito, un clásico, un matemático y un teólogo teórico. Debemos estar prácticamente familiarizados con las almas de los hombres, y en ese caso, lo poco numeroso de nuestros libros no es cosa que nos pueda perjudicar. "Pero," preguntará quizás algún hermano, "¿cómo puede estudiarse a un hombre?" He oído hablar de un individuo de quien se decía que nunca podía dejar de enseñar algo, al que se ponía a hablar con él unos cuantos minutos debajo de un portal. No puede negarse que era un sabio; pero lo seria mucho más el que nunca pudiera detenerse el mismo espacio de tiempo a hablar con otro, sin aprender algo de él. Los sabios pueden sacar tanto partido de un necio, como de un filósofo. Un necio es un espléndido libro para ser leído, porque en él se

encuentran abiertas todas las hojas. Hay algo de cómico en su estilo que invita a seguir leyendo, y si no conseguís otra cosa que distraeros, os aconsejo que no publiquéis, al confesarlo así, vuestra propia necedad.

Aprended de los santos experimentados. ¡Qué cosas tan profundas pueden algunos de ellos enseñaros a nosotros todos! ¡Cuantos casos los individuos que forman el pueblo pobre de Dios, pueden narrar acerca de las providenciales muestras de su presencia, que les ha dado el Señor! ¡Cómo se glorían de la gracia divina que los ha sostenido, y de la fidelidad con que el Señor guarda su pacto! ¡Qué luz tan clara derraman a menudo sobre las promesas, poniendo así de manifiesto cosas ocultas a los sabios carnales, pero claras a la vista de los humildes y sencillos de corazón! ¿No sabéis que muchas de las promesas están escritas con tinta invisible, y tienen que aproximarse al fuego de la aflicción para que se puedan leer? Los espíritus probados pueden ser excelentes instructores de los ministros.

Por lo que hace al que algo nos pregunta, ¡cuánto se puede aprender del mismo. Yo he tenido ocasión de que se me haga patente mucha de mi estupidez, al estar en conversación con personas deseosas de ilustrarse. Me he visto verdaderamente desorientado por un jovencillo a quien trataba de llevar al Salvador. Yo creía haberle persuadido ya, cuando se me escapaba eludiendo mis razones parapetándose tras de su incredulidad, con perversa ingenuidad. Personas así nos ponen en los mayores aprietos. La gracia del Señor nos auxilia al fin para llevarlas a la luz, pero después de habernos dejado ver nuestra propia insuficiencia. En las extrañas perversidades de la incredulidad, las singulares y falsas argumentaciones con que nuestros contrincantes apoyan su manera de sentir, y combaten los textos de la Escritura, nos hacen hallar a veces un mundo de instrucción. Yo mejor daría a un joven una hora de discusión con un incrédulo investigador, o con uno cuyo ánimo sintiérase abatido, que una semana en las mejores de nuestras clases, por lo que hace a las lecciones prácticas que pudiera recibir para el mejor desempeño de sus funciones pastorales.

Por último, *id con frecuencia al lecho de un moribundo.* Estos son libros que instruyen e iluminan. En ellos leeréis la verdadera poesía de nuestra religión, y descubriréis los secretos de la misma. ¡Qué espléndidos gérmenes van envueltos por las olas del Jordán! ¡Qué hermosas flores crecen en sus riberas! Los manantiales eternos de la mansión gloriosa, arrojan su blanca espuma para lo alto, *y ésta, tornada en gotas de rocío, cae de este lado del angosto río.* Yo he oído a hombres y a mujeres humildes, en sus horas postrimeras, hablar como si estuvieran inspirados, profiriendo palabras extrañas en las que irradia la suprema gloria. Estas no pueden haberlas aprendido de labio ninguno humano: deben haberlas oído al llegar a los suburbios de la Nueva Jerusalén. Dios les habla en el oído, en medio de sus dolores y debilidad, y entonces ellos nos dicen algo de lo que el Espíritu Divino ha querido revelarles. Yo de buena gana dejaría todos mis libros por ir a ver a los Ellas del Señor subir en sus carros de fuego.

¿No he dicho ya lo bastante acerca de nuestro asunto? Si no lo creéis así, yo por lo menos debo recordar el sabio dicho de que es mejor terminar una audiencia con deseo de que siga, que con disgustos de que continúe, y de consiguiente ¡Adiós!

***

[i] "Al principio lo que más me preocupaba, era buscar el asunto sobre el cual tenía que hablar; ahora me preocupa el deseo de no hablar inútilmente. El Señor no me ha enviado aquí a adquirir la fama de un orador elocuente, sino a ganar almas para Cristo y a edificar a su pueblo. A menudo cuando comienzo a hablar, no sé de qué manera proseguir, pero insensiblemente se me ocurre una cosa después de otra, y generalmente las partes mejores y más útiles de mi sermón, se me vienen a la imaginación mientras estoy predicando." John Newton. *Cartas a un estudiante de Teología.*